



ELLE KENNEDY

LOVE



ME

AMOR

IRRESISTIBLE




wonderbooks

Amor irresistible

Elle Kennedy

Serie Love Me 3

Traducción de Sasha Pradkhan

 wonderbooks

Contenido

Página de créditos

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

Nota de la autora
Sobre la autora

Página de créditos

Amor irresistible

V.1: noviembre de 2021

Título original: *The Play*

© Elle Kennedy, 2019

© de la traducción, Sasha Pradkhan, 2021

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2021

Todos los derechos reservados.

Se declara el derecho moral de Elle Kennedy a ser reconocida como la autora de esta obra.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Corrección: Alexandre López

Publicado por Wonderbooks

C/ Aragó, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-18509-23-0

THEMA: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Amor irresistible

Salir con Demi es muy mala idea. Ahora solo tengo que convencerme

Después de los resultados de la temporada pasada, me he propuesto sentar la cabeza. Basta de chicas y de distracciones. Como nuevo capitán del equipo de *hockey*, primero van el deporte y la universidad, y luego todo lo demás. Y eso significa que yo, Hunter Davenport, debo olvidarme de mi faceta de ligón durante un tiempo. Pero mis planes se van al traste cuando la guapísima y divertidísima Demi Davis entra en escena.

Aunque me siento muy atraído por ella, Demi tiene novio, así que problema resuelto. Hasta que él la engaña y Demi se fija en mí. Resistirse es inútil, aunque intentaré hacer todo lo posible. Venimos de mundos muy diferentes y buscamos cosas distintas en la vida. Salir con Demi es muy mala idea... Ahora solo tengo que convencer a mi cuerpo y a mi corazón

La nueva entrega de la autora *best seller* de *Kiss Me* y *Los Royal*

«¡Otra lectura adictiva de Elle Kennedy! *Amor irresistible* es una novela romántica llena de pasión que te derretirá. ¡No podrás dejar de leer!»

Vi Keeland, autora *best seller* del *New York Times*

«Siempre que cojo un libro de Elle Kennedy, sé que no podré dejar de leer hasta que llegue a la última página. *Amor irresistible* no ha defraudado: es una lectura intensa, divertida y me ha tenido en vilo hasta el final.»

K. A. Tucker, autora *best seller*

«¡Este libro es una delicia! Sumamente desternillante. La química fuera de serie entre Demi y Hunter me mantuvo en vilo toda la noche. *Amor irresistible* es una nueva historia fantástica de una de mis series favoritas de todos los tiempos.»

Sarah J. Maas, autora *best seller* del *New York Times*

«¡Ay, madre mía! La Reina del *Hockey* lo ha hecho otra vez. ¿Un macho alfa célibe? ¡Oh, sí!

¿Una heroína que lo convence para romper su voto de castidad? ¡Oh, sí por partida doble!»
Ilsa Madden-Mills, autora *best seller* del *Wall Street Journal*

#wonderlove

*A Sarah J. Maas, por tu apoyo y entusiasmo.
Y por recordarme por qué escribo.*

Capítulo 1

Hunter

Esta fiesta es un rollo.

Debería haberme quedado en casa, pero estos días mi casa parece el set de un programa de las Kardashian. Gracias a mis tres compañeras de piso, está saturada de estrógenos.

Por supuesto, también hay un montón de estrógenos aquí, en la residencia de las Zeta Beta Ni, pero son de esos a los que me puedo sentir atraído. Todas mis compañeras tienen pareja, así que no se me permite tocarlas.

«*Tampoco puedes tocar a ninguna de estas mujeres...*».

Cierto. A causa mi autoimpuesta abstinencia, no tengo permitido tocar a nadie, y punto.

Eso me hace plantearme la siguiente pregunta: si un árbol cae en el bosque y no te puedes acostar con nadie en una fiesta celebrada en la residencia de una sororidad, ¿todavía se considera una fiesta?

Rodeo con los dedos el vaso de plástico rojo que mi amigo y compañero de equipo, Matt Anderson, me acaba de plantar en la mano.

—Gracias —musito.

Doy un trago y hago una mueca. Esta cerveza está aguada, aunque puede que sea algo positivo. Un buen incentivo para no consumir más de un vaso. El entrenamiento de mañana no empieza hasta las diez, pero había planeado llegar un par de horas antes a la pista de hielo para trabajar mis cañonazos.

Tras el desastroso final de la temporada pasada, prometí que haría del *hockey* mi máxima prioridad. El nuevo semestre empieza el lunes, nuestro primer partido es la semana que viene, y estoy motivado. Briar no llegó al campeonato nacional el año pasado, y fue por mi culpa. Esta temporada será diferente.

—¿Qué te parece esa chica? —Matt señala discretamente con la cabeza a una chica mona que lleva unos *shorts* y una camisola rosa pálido. No lleva sujetador y se le marca el contorno de los pezones a través de la tela sedosa.

Se me hace la boca agua.

¿He mencionado que es una fiesta de pijamas? Yip yip, hace casi cinco meses que no tengo sexo y estoy inaugurando mi tercer año de carrera en una fiesta donde todas las mujeres apenas

llevan ropa. Nunca me he jactado de ser muy listo.

—Está muy buena —le digo a Matt—. Venga, ve a ligártela.

—Lo haría, pero... —Suelta un gruñido de protesta—. Te está mirando a ti.

—Bueno, estoy fuera del mercado —contesto, y me encojo de hombros—. Eres libre de acercarte y decírselo. —Le doy un toquecito amistoso en el brazo—. Estoy seguro de que te considerará un premio de consolación adecuado.

—¡Ja! Que te den. No soy el segundo plato de nadie. Si no se muere de ganas por enrollarse conmigo, prefiero encontrar a alguien que sí. No tengo necesidad de competir por la atención de una mujer.

Este es uno de los motivos por los que Matt me cae bien: es competitivo sobre el hielo, pero fuera de la pista es bastante decente. Llevo jugando a *hockey* toda mi vida, y he tenido compañeros que no se lo pensarían dos veces a la hora de robarle la chica a un amigo; o incluso peor, de enrollarse con ella a sus espaldas. He jugado con chicos que tratan a las fans del *hockey* como si fueran de usar y tirar, y que han compartido a chicas como si fueran caramelos. Chicos con ningún respeto y unos prejuicios terribles.

Pero, en Briar, tengo la suerte de jugar con chicos decentes. Por supuesto, no hay ninguna plantilla que se libre de tener un capullo o dos, pero la mayor parte de mis compañeros son buena gente.

—Sí, no creo que te resulte muy complicado —coincido—. La chica morena que está a las dos en punto ya te está haciendo de todo con la mirada.

Abre mucho los ojos marrones cuando se fija en la chica con curvas que viste con un camisón corto blanco. Ella se sonroja en cuanto sus miradas se cruzan, sonrío con timidez y alza el vaso en un brindis silencioso.

Matt me abandona sin mirar atrás, aunque no me extraña.

El comedor está lleno de chicas en lencería y chicos en batines a lo Hugh Hefner. Yo no sabía que era un evento temático, así que llevo bermudas y una camiseta de tirantes, y voy bien. La mayoría de los tíos que me rodean están ridículos con los atuendos que llevan.

—¿Te lo pasas bien? —La música retumba, pero no está lo bastante alta como para que no oiga a la chica a la que Matt miraba en un principio.

—Sí. Ha venido mucha gente. —Me encojo de hombros—. El DJ es bastante bueno.

Se acerca, furtiva.

—Soy Gina.

—Hunter.

—Sé quién eres. —La simpatía irrumpe en su voz—. Estuve en el partido de la liga contra Harvard, cuando aquel capullo te rompió la muñeca. Todavía no me creo que lo hiciera.

Yo sí. Me tiré a su novia.

Pero no se lo cuento. De todos modos, tampoco es que lo hiciera a propósito. No tenía ni idea de quién era esa chica cuando me acosté con ella. Aunque, al parecer, ella sí que sabía quién era yo. Quería vengarse de su novio, pero yo no me enteré hasta el momento en que este se lanzó sobre mí en medio del segundo partido más importante de la temporada, el que determina quién va a la Frozen Four, el torneo más importante de la temporada universitaria. La muñeca rota fue el resultado de un placaje contra el hielo. El capullo de Harvard no pretendía rompérmela, pero ocurrió, y de repente yo estaba fuera del partido. Igual que nuestro capitán,

Nate Rhodes, al que echaron por intentar defenderme.

Regreso de golpe al presente.

—Fue una forma horrible de terminar la temporada —comento.

Ella encuentra la manera de posar la mano en mi bíceps derecho. Últimamente, mis brazos están mucho más grandes, aunque esté mal que yo lo diga. Cuando no practicas sexo, hacer ejercicio es imperativo para no perder la cabeza.

—Lo siento —ronronea Gina.

Desliza los dedos con suavidad por encima de mi piel descubierta, lo que me provoca unos pinchazos de calor por todo el brazo.

Casi gimo en voz alta. Dios santo, estoy tan cachondo que, con solo una caricia en el brazo, una mujer me ha provocado una semierección.

Sé que debería apartarle la mano, pero hace mucho tiempo que nadie me toca de forma no platónica. En casa, mis compañeras de piso me toquetean a todas horas, pero ninguna de forma sexual. A Brenna le gusta darme cachetes o pellizcarme el trasero para burlarse de mí cada vez que pasa a mi lado por el pasillo, pero no me desea. Solo es una cabrona.

—¿Quieres que vayamos a un sitio más tranquilo a hablar o algo? —sugiere Gina.

He vivido el tiempo suficiente en este planeta como para ser capaz de descifrar el significado oculto de «hablar o algo» en el idioma de las chicas.

1) No vamos a hablar demasiado.

2) Vamos a pasar mucho tiempo haciendo «algo».

Gina no podría habérmelo dejado más claro, a menos que hubiera levantado un cartel que dijera: ¡ACUÉSTATE CONMIGO! Incluso se pasa la lengua por los labios cuando articula la pregunta.

Sé que debería negarme, pero la idea de volver a casa ahora mismo y masturbarme en mi habitación mientras mis compañeras de piso se hacen una maratón de temporadas antiguas de *The Hills* no me atrae demasiado. Así que añado:

—Claro.

Y sigo a Gina fuera de la habitación.

* * *

Terminamos en un cuchitril en el que hay un sofá, un par de estanterías con libros y un escritorio contra la pared del fondo bajo una ventana. Está sorprendentemente vacío. Los dioses de la fiesta se han apiadado de mi celibato y nos han proporcionado el tipo de privacidad peligrosa que debería evitar a toda costa. En lugar de eso, me coloco en el sofá y dejo que Gina me bese el cuello.

Su camisola de satén me roza el brazo y la sensación de placer que me produce el más mínimo roce es casi pornográfica. Todo me pone cachondo estos días. El otro día se me puso dura mientras veía un anuncio de Tupperware en YouTube porque la MILF que aparecía en él estaba pelando un plátano. Entonces lo cortó en pedacitos y puso los trozos de plátano en un recipiente de plástico, y ni siquiera ese horrible simbolismo me disuadió de tocarme mientras pensaba en la Mujer del Plátano. En un par de meses, empezaré a penetrar las tartas de manzana que hace cada domingo mi compañera Rupi.

—Hueles muy bien. —Gina inhala profundamente, suelta el aire y su aliento cálido me hace

cosquillas en el cuello. Cierra la boca y, como una herradura ardiente, la posa en mi piel de nuevo.

Me gusta tenerla sobre mi regazo. Sus muslos torneados atrapan los míos y siento su cuerpo caliente y voluptuoso cubierto por el satén. Tengo que parar esto.

Me hice una promesa a mí mismo y al equipo, aunque nadie me lo haya pedido y todos piensen que estoy loco por insistir en no tener sexo. Matt declaró directamente que no creía que dejar de lado mis impulsos sexuales fuera a afectar en lo más mínimo a nuestros partidos de *hockey*. Pero yo creo que sí, y para mí es una cuestión de principios. Los chicos me votaron para que fuera su capitán. Me tomo en serio la responsabilidad y, por experiencia personal, sé que tiendo a dejar que las mujeres me enreden la cabeza. El año pasado, ir de flor en flor me costó una muñeca rota. No lo repetiré.

—Gina, yo...

Me interrumpe cuando presiona sus labios contra los míos. De pronto, nos estamos besando y la cabeza me da vueltas. Sabe a cerveza y a chicle. Y el pelo, que le cae sobre un hombro en una cortina espesa de rizos rojos, huele a manzanas. Mmm... Me la quiero comer.

Nuestras lenguas bailan y el beso se vuelve más profundo y apasionado. La cabeza todavía me da vueltas y la lujuria y el descontento libran una batalla en mi interior. He perdido la capacidad de pensar con claridad. La tengo tan dura que me duele, y Gina solo lo empeora cada vez que se restriega contra mi entrepierna.

Treinta segundos más, me digo. Treinta segundos más y paro esto antes de que vaya más lejos.

—Te deseo tanto... —Vuelve a posar los labios en mi cuello, y entonces, joder, desliza la mano entre los dos. Me agarra el pene por encima de los calzoncillos y casi gimo de placer. Hacía una eternidad que una mano que no fuera la mía me tocaba. El placer es vergonzosamente intenso.

—Gina, no. —Gimo, y necesito hacer un gran esfuerzo para apartarle la mano. Mi pene protesta y deja caer líquido preseminal por el interior de mis bóxers.

Ella se sonroja y se le ponen los ojos vidriosos.

—¿Por qué no?

—Estoy... Me estoy tomando un descanso de todo eso.

—¿De qué?

—Del sexo.

—¿Cómo?

—Intento vivir sin...

—¿Sin qué? —Parece tan confusa como yo abatido.

—Sin sexo —aclaro, taciturno—. Quiero decir que no tendré sexo durante un tiempo.

Frunce el ceño.

—Pero... ¿por qué no?

—Es una larga historia. —Hago una pausa—. Bueno, en realidad, no lo es. Este año quiero concentrarme en el *hockey*, y el sexo es una inmensa distracción. Eso es todo.

Permanece en silencio durante un largo segundo. Entonces, me toca la mejilla y me acaricia la barba incipiente sobre la mandíbula con el pulgar. Se pasa la lengua por los labios, y yo casi me corro en los pantalones.

—Si te preocupa que quiera tener algo más contigo, relájate. Solo busco un rollo de una noche. Tengo muchísimo trabajo este semestre y no tengo tiempo para relaciones.

—No tiene nada que ver con las relaciones —trato de explicar—. Es el sexo en general. Una vez empiezo, no quiero parar. Me distraigo y...

Vuelve a interrumpirme.

—Vale, sin sexo. Te la como.

Casi me atraganto con mi propia lengua.

—Gina...

—No te preocupes, me tocaré mientras lo hago. Las mamadas me ponen muy cachonda.

Esto es una tortura.

Pura tortura.

Lo juro, si el ejército necesita ideas para romper a alguien, dadle a un chaval universitario que tenga una erección, echadle a una tía buena sobre el regazo y haced que ella le diga lo mucho que quiere tener sexo sin compromiso y que le ofrezca mamadas porque la ponen «muy cachonda».

—Lo siento —gruño. Entonces, logro realizar una hazaña todavía más difícil: la aparto de mi regazo y me levanto—. Mi estado mental no es el más apropiado para... nada de esto.

Ella se queda sentada y echa la cabeza hacia atrás para mirarme. Tiene los ojos abiertos de incredulidad y una pizca de... lo que podría ser compasión. Por el amor de Dios. Ahora se apiada de mí por mi celibato.

—Lo siento —repito—. Y para que lo sepas, eres la chica más atractiva de esta fiesta y mi decisión no tiene nada que ver contigo. Me hice una promesa en abril y quiero mantenerla.

Gina se muerde el labio inferior y, para mi sorpresa, veo un destello de admiración en su rostro.

—No voy a mentir —dice—, estoy un poco impresionada. No hay muchos tíos capaces de mantenerse firmes a esa decisión cuando se topan con mi cuerpazo.

—No hay muchos hombres tan estúpidos como yo.

Sonriente, se levanta de un salto.

—Bueno, supongo que nos veremos por ahí, Hunter. Me gustaría decirte que te esperaré, pero esta chica tiene sus necesidades, y es evidente que no van acordes a las tuyas.

Se ríe, sale poco a poco del cuchitril y yo observo cómo balancea su atractivo trasero a cada paso.

Me paso ambas manos por el pelo y suelto un gemido ahogado contra las palmas. No sé si debería estar orgulloso de mí mismo o patearme el culo por el ridículo camino que he tomado.

En gran medida, me ha ayudado a concentrarme en el *hockey*. Saco toda mi frustración sexual sobre el hielo. Soy más fuerte y rápido de lo que era la temporada pasada, y casi me deshago de la desesperación en cada uno de los lanzamientos a portería que hago. Las balas dan en el objetivo, casi a modo de homenaje a mi pene doliente. Un reconocimiento de que su sacrificio debe ser honrado.

Solo es hasta el final de la temporada, me aseguro a mí mismo. Siete meses más, que sumarán un año entero de celibato en cuanto cruce la línea de meta. Y entonces me recompensaré a mí mismo con un verano lleno de sexo. Un verano de sexo.

Un verano de sexo sucio, decadente e interminable.

Por favor. Estoy muy cansado de mi propia mano. Y no estoy ayudando a la causa con estupideces como abrirme a la tentación con preciosas chicas de sororidades.

Por primera vez en mucho tiempo, me muero de ganas por que empiecen las clases. Con suerte, tendré tanto trabajo este semestre que me ahogaré en él. Deberes, tiempo extra sobre la pista de hielo, entrenamientos y partidos: es todo en lo que me permito concentrarme. Y, por descontado, no más fiestas de sororidades.

Evitar la tentación es la única manera de centrarme en el juego y mantener la polla en los pantalones.

Capítulo 2

Demi

—Cierra con llave —ordeno a mi novio, Nico, cuando entra en la habitación. El hecho de que mi sororidad sea la anfitriona de la fiesta de esta noche no significa que mi habitación esté abierta al público. La última vez que organizamos una fiesta y olvidé cerrar con llave, subí a por un jersey y me topé con un trío en curso. Uno de los dos chicos incluso había cometido la atrocidad de usar a Fernando, mi panda tuerto de peluche, como cojín para colocarlo bajo el trasero de la chica. Ya sabéis, para que les resultara más sencillo realizar la doble penetración que estaba a punto de empezar.

«Nunca más, Fernando», le aseguro a mi amigo de la infancia mientras lo muevo a la mesita de noche para hacerle sitio a mi novio.

Nico se deja caer de espaldas sobre la cama, se cubre la cara con el brazo y suelta un suspiro de agotamiento. Se ha perdido la fiesta porque tenía que trabajar, pero aprecio que haya hecho el esfuerzo de venir aquí después de su turno, en lugar de irse al estudio donde está de alquiler en Hastings. El pueblecito está a diez minutos en coche del campus de Briar, así que no se encuentra demasiado lejos, pero sé que le habría resultado más sencillo volver a casa directamente y dormir.

—¿Cansado? —señalo, compasiva.

—Muerto —responde con la voz amortiguada. Su antebrazo impide que le vea los ojos, lo que me da la oportunidad de admirar su cuerpo sin que se burle de mí por ello.

Nico tiene la complexión alta y esbelta de un jugador de baloncesto. Aunque jugó de base en el instituto, no recibió ninguna beca universitaria, y tampoco era lo bastante bueno como para jugar en la NBA, pero no creo que le importe demasiado. El baloncesto era un deporte que disfrutaba cuando jugaba con sus amigos del instituto; su verdadera pasión son los coches. Sin embargo, aunque ya no haga deporte, todavía está en buena forma. Realiza una buena dosis de ejercicio al mover cajas y muebles en la compañía de mudanzas donde trabaja.

—Pobre bebé —murmuro—. Deja que me ocupe de ti.

Con una sonrisa, empiezo por la parte inferior de su cuerpo y voy poco a poco hacia arriba. Le quito las zapatillas, deslizo el cinturón por las presillas y le bajo los pantalones. Se sienta para ayudarme con la sudadera y vuelve a desplomarse hacia atrás. Ahora tiene el pecho

descubierto, lleva bóxers y calcetines, y ha vuelto a colocarse el brazo sobre la cara para protegerse los ojos de la luz.

Me apiado de él y apago la luz del techo para encender la lámpara de la mesita de noche, que emite un resplandor pálido.

Entonces me acomodo a su lado, vestida con el camisón de seda negro que llevaba para la fiesta.

—Demi —balbucea cuando empiezo a besarle el cuello.

—¿Mmm?

—Estoy demasiado cansado para esto.

Desplazo la boca por la línea angulosa de su mandíbula y la áspera barba incipiente me rasca los labios. Llego a su boca y lo beso con suavidad. Me devuelve el beso, pero es una caricia efímera. Entonces, vuelve a soltar un gemido de cansancio.

—Cariño, en serio, no tengo energía. He trabajado catorce horas seguidas.

—Yo haré todo el trabajo —susurro, pero en cuanto deslizo la mano hacia su entrepierna, noto ninguna señal de vida. Su pene está flácido como un fideo.

—Otra noche, mami —dice, adormecido—. ¿Por qué no pones esa serie siniestra que tanto te gusta o algo?

Me trago la decepción. Hace más de una semana que no lo hacemos. Nico trabaja los fines de semana y varias noches entre semana, pero mañana tiene el día libre, así que este es uno de los escasos sábados en los que podríamos quedarnos despiertos hasta tarde enrollándonos si quisiéramos.

Pero no ha movido un solo músculo desde que se ha tumbado.

—Está bien —cedo, y me doy la vuelta para tomar el portátil—. El último capítulo es *Niños que matan*, pero no recuerdo si te puse el anterior, *Payasos que matan*...

Nico ronca flojito.

Maravilloso. Es sábado por la noche, hay una fiesta increíble en el piso de abajo y ni siquiera son las diez en punto. Mi novio buenorro está dormido en mi cama y yo estoy a punto de ver una serie sobre asesinos. Sola.

Viviendo el sueño universitario. Yupi.

Para empeorar la situación, este es el último fin de semana libre de estrés que vamos a tener en mucho tiempo. El semestre de otoño empieza el lunes, y este año tengo un horario intenso. Estoy en el curso propedéutico para Medicina, así que tengo que destacar de verdad durante mis dos últimos años en Briar si quiero entrar en una buena facultad de medicina. Ni en sueños tendré tanto tiempo para Nico como me gustaría.

Echo un vistazo rápido al bulto que ronca junto a mí. No parece preocuparle nuestra falta imperiosa de tiempo de calidad, pero quizá tiene razones para no hacerlo. Llevamos juntos desde secundaria. Nuestra relación ha tenido sus altibajos a lo largo de los años, y nos hemos tomado un tiempo más de una vez, pero hemos sobrevivido a todos y cada uno de los obstáculos, así que también podremos con esto.

Me meto debajo de la manta, una hazaña que requiere de habilidad, pues el pesado cuerpo de Nico presiona el otro lado del cobertor. Me coloco el ordenador sobre el regazo y cargo el siguiente episodio de mi serie favorita. Me gustaría decir que veo esta serie únicamente por el componente psicológico, pero... ¿a quién voy a engañar? Es una paranoia y me encanta.

La música amenazante llena la habitación, seguida por el familiar tono británico e invariable

del presentador que me informa de la inminencia de sesenta deliciosos minutos de niños que matan.

* * *

El resto del fin de semana pasa volando. El lunes por la mañana trae consigo mi primera clase de tercero de carrera, y la que me tiene más emocionada: Psicopatología. E incluso mejor, dos buenos amigos míos también asisten a esta clase. Me esperan en las escaleras de piedra del enorme edificio cubierto de hiedra.

—Madre mía, ¡estás genial! —Pax Ling me rodea con los brazos, tira de mí para plantarme un ruidoso beso en la mejilla y me alcanza por detrás para pellizcarme el trasero. Llevo unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas a rayas, porque hoy hace un calor de mil demonios. Que no me quejo de que el verano siga durante septiembre. Arriba el calor, *baby*.

—Lo que estos pantalones cortos les hacen a tus piernas, cari —exclama Pax con aprobación.

A su lado, TJ Bukowski pone los ojos en blanco. Cuando los presenté por primera vez, TJ no era muy fan de la personalidad extravagante de Pax, pero al final se abrió a él, y ahora tienen una relación de amor-odio que me da la vida.

—Tú tampoco estás nada mal —informo a Pax—. Me encanta la camiseta.

Se sube el cuello del polo verde guisante.

—Es un Gucci, zorras. Mi hermana y yo hemos estado en Boston este fin de semana y nos hemos gastado algo de dinero. Bueno, un poco demasiado. Pero, eh, ha valido la pena, ¿verdad? —Da una vuelta rápida para mostrarnos el polo nuevo.

—Ha valido la pena. —Asiento.

TJ se ajusta las tiras de la mochila.

—Venga, entremos ya. No queremos llegar tarde a la primera clase. He oído que Andrews es una profe estricta.

Me río.

—Aún tenemos quince minutos. No te preocupes.

—¿De verdad le acabas de decir a Thomas Joseph que no se preocupe? —pregunta Pax—. Ese es su estado de ánimo por defecto.

No se equivoca. TJ es una bola de ansiedad con patas.

TJ nos fulmina con la mirada. No le gusta que se rían de él, sobre todo a propósito de su ansiedad, así que extendiendo la mano y le doy un cálido apretón.

—No te enfades, cielo. Me gusta que seas un don angustias. Significa que nunca llegaré tarde a ningún lado.

Con una leve sonrisa, me devuelve el gesto. TJ y yo nos conocimos en primero de carrera, cuando vivíamos en la misma residencia de estudiantes. Mi compañera de piso era insoportable, así que la habitación de TJ se convirtió en una especie de santuario para mí. Llevarse bien con él no es siempre fácil, pero para mí ha sido un buen amigo desde el principio.

—¡Esperaaa!

El chillido femenino atraviesa la brisa de la mañana. Giro la cabeza para ver a una chica bajita que corre por el camino arbolado. Lleva un vestido negro largo hasta las rodillas con uno

grandes botones blancos en el centro. Tiene un brazo en el aire y agita lo que parece ser un táper de plástico.

Un chico de pelo oscuro se para cerca de las escaleras. Es alto y se nota que está en forma, aunque lleve una sudadera gris ancha con el logo de la Universidad de Briar. Su hermoso rostro se arruga cuando frunce el ceño al percatarse de que la chica lo persigue.

Ella se desliza hasta que se detiene frente a él. No oigo lo que él le dice, pero su respuesta es alta y clara. Creo que es una de las personas más ruidosas con las que me he topado jamás.

—¡Te he hecho la comida! —Con una amplia sonrisa, le presenta el recipiente como si le entregara el santo grial.

Mientras tanto, el lenguaje corporal de él muestra irritación, como si lo que le estuviera dando en realidad fuera una bolsa de caca de perro.

¿En serio? ¿Su novia le hace la comida y él no se lo agradece y la envuelve con los brazos? Menudo capullo.

—Odio a ese chico —musita TJ.

—¿Lo conoces? —No puedo esconder mi expresión dudosa. TJ no se junta con deportistas, y el chico que tenemos delante es cien por cien uno de ellos. Esos hombros lo delatan.

—Es Hunter Davenport —añade Pax, y reconozco su tono de voz al instante. Traducción: «Oh, madre mía, quiero lamer a ese chico».

Y es cierto, se le ha puesto una mirada soñadora.

—¿Quién es Hunter Davenport? —pregunto.

—Está en el equipo de *hockey*.

He dado en el clavo. Sabía que era un deportista. Esos hombros...

—Nunca he oído hablar de él —digo, y me encojo de hombros.

—Tampoco te pierdes nada. Solo es un deportista rico y capullo —añade TJ.

Arqueo una ceja.

—¿Qué problema tienes con él? —TJ no suele hablar mal de los atletas. Bueno, ni de nadie, de hecho, aparte de alguna crítica ocasional a Pax.

—Nada. Solo creo que es asqueroso. Lo pillé tirándose a una zorra en la biblioteca el año pasado. Completamente vestido, pero con los pantalones bajados hasta la mitad del culo. La tenía contra la pared en una de las salas de estudio. —TJ sacude la cabeza, indignado.

Yo también siento asco, pero se debe a la grosera representación que mi amigo ha hecho de la compañera de Davenport.

—Por favor, no uses esa palabra —le riño—. Ya sabes que no me gustan esas faltas de respeto.

TJ retira lo dicho de inmediato.

—Perdona, tienes razón, no ha estado bien. En todo caso, Davenport fue la zorra en esa situación.

—¿Por qué tiene que haber una zorra?

—Yo quiero ser su zorra —añade Pax, ausente. No despegla la mirada del jugador de *hockey* de pelo oscuro, que todavía discute con su novia.

La chica no deja de darle el táper y se lo devuelve una y otra vez. Creo que dice que no va a tener tiempo para comer, porque su chillido de respuesta es:

—¡Siempre hay tiempo para comer, Hunter! Pero ¿sabes qué? Vale. Muérete de hambre. ¡Perdona por intentar alimentarte!

Con una sonrisa, me pongo las manos alrededor de la boca, como si formara un altavoz, y vocifero:

—¡Pilla la puta comida de una vez!

Davenport gira la cabeza hacia mí y frunce el ceño.

La chica, por su parte, me sonrío.

—¡Gracias!

Le mete el recipiente en la mano una vez más y se marcha haciendo aspavientos. Los tacones bajos resuenan contra los adoquines que conforman casi todo el campus antiguo.

El chico del *hockey* echa chispas por los ojos mientras acerca a nosotros enfadado.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —gruñe. Su voz es más grave de lo que esperaba, con una nota ronca adorable. Levanta el recipiente—. Ahora hemos sentado precedente. Me hará la dichosa comida todo el semestre.

Pongo los ojos en blanco.

—Guau, perdónala por intentar alimentarte.

Suspira y se aleja. Entonces se detiene.

—Oh, hola, ¿cómo va todo, tío? —le dice a Pax.

Mi amigo se queda tan boquiabierto que parece que la mandíbula va a caerle sobre las deportivas blancas. También parecen nuevas, así que supongo que el polo no es lo único que se compró en Boston.

—Hola —responde Pax, claramente pasmado por la distinción.

—Ibas a mi clase de Medios de comunicación alternativos el semestre pasado. Jax, ¿verdad? Para mi sorpresa, Pax asiente de manera estúpida.

—¿También estáis en la clase de Psicopatología?

—Sí. —Pax respira.

—Genial. Bueno, nos vemos dentro. —Davenport le da una palmadita en la espalda antes de subir lentamente por las escaleras hacia la entrada del edificio.

Miro a mi amigo, pero está demasiado ocupado contemplando embobado el trasero de Davenport.

—Ey, Jax —me burlo—. Tierra llamando a Jax.

TJ se ríe.

Pax sale de su trance y me dedica una mirada tímida.

—Se acordaba de mí, Demi. No iba a corregirle después de que se acordara de mí.

—¡Se acordaba de Jax!

—¡Ese soy yo! Soy Jax. Ahora vivo la vida como Jax. Lo ha dicho Hunter Davenport.

Ahogo un suspiro y echo un vistazo a TJ.

—¿Por qué somos sus amigos?

—No tengo ni idea —responde con una sonrisa—. Vamos, Jax, escoltemos a nuestra dama a clase.

Entro en la sala de conferencias entre los dos chicos, como si fuéramos un bocadillo, con los brazos enlazados con los de ellos. La mayor parte de mis amigos son chicos, un hecho que mi

novio ha tenido que aceptar. En el instituto no le hacía especial ilusión, pero Nico nunca ha sido un novio controlador, y creo que, en el fondo, le gusta que me lleve tan bien con sus amigos.

No me malinterpretéis, también tengo amigas. Mis chicas de la sororidad. Pippa y Corinne, con quienes voy a cenar esta noche. Pero, por el motivo que sea, mis amigos chicos superan en número a las chicas.

Dentro de la sala cavernosa, los chicos y yo encontramos tres asientos juntos en una fila que se encuentra en el centro de la habitación. Me fijo en que Hunter Davenport está una fila por delante de nosotros al final del pasillo, encorvado mientras mira el móvil.

—Madre mía, es perfecto —gime Pax—. No tenéis ni idea de lo mucho que he fantaseado con atraerlo hacia la otra acera.

Le doy un golpecito en el brazo.

—Tal vez algún día. Confío en ti.

La sala se llena, y toda la cháchara muere cuando la profesora entra a las nueve en punto. Es una mujer alta y esbelta con el pelo corto, y unos ojos astutos detrás de una montura cuadrada de color negro. Nos da una cálida bienvenida y prosigue a presentarse, nos da sus credenciales y lo que se espera que aprendamos este año.

Estoy entusiasmada. Mi padre es cirujano y mi madre era enfermera de pediatría, así que era inevitable que yo me matriculara en una carrera relacionada con la medicina. Quizá está programado en mi ADN. Sin embargo, la cirugía y la enfermería nunca me han interesado. Desde que era niña, me he sentido atraída por la mente. Me fascinan los trastornos de personalidad, los patrones de pensamientos destructivos y su impacto en el individuo cuando interactúa con el mundo.

La profesora Andrews explica los temas específicos que trataremos.

—Veremos cómo se trataban los trastornos psicológicos en el pasado, y cómo la medicina moderna los ha abordado a lo largo de los años. La evaluación clínica y el diagnóstico jugarán un papel importante en nuestros estudios. Además, creo en los enfoques prácticos de enseñanza, lo que significa que no me limitaré a permanecer de pie en el podio mientras suelto datos sobre trastornos del estrés, trastornos de humor, trastornos sexuales y similares.

Me inclino hacia delante. Ya me ha cautivado. Me gusta su tono sensato y la manera en que pasea la mirada por el aula e intenta hacer contacto visual con todos los alumnos. He tenido muchas clases en las que el profesor leía de un portátil en el mismo tono todo el tiempo y no parecía darse cuenta de que había más gente en el aula.

La profesora añade que tendremos que escribir resúmenes de los casos prácticos de los que hable en clase y que habrá varias pruebas tipo test.

—Las fechas de los exámenes están en el programa que se os ha enviado por correo electrónico. Con respecto al proyecto de investigación, necesitáis un compañero con el que trabajaréis a largo plazo, un artículo final de investigación y un estudio a fondo del caso para antes de las vacaciones. Aquí viene la parte divertida...

Me fijo en que varias personas intercambian miradas incómodas por toda la sala. Supongo que salta la alarma cuando un profesor usa la palabra «divertida». Pero a mí no me importa. Todo lo que ha explicado hasta ahora suena interesante.

—Conocéis ese antiguo juego de niños, ¿«jugar a los médicos»? —La profesora Andrews sonrío a la clase—. Es la esencia de este proyecto de investigación. Un compañero hará el rol del

psicólogo y el otro será el paciente. Al primero se le proporcionarán herramientas de diagnóstico para que realice una evaluación y lleve a cabo un estudio detallado del caso. Al segundo se le asignará un trastorno psicológico que deberá investigar y que, a falta de una palabra que lo describa mejor, representará ante el doctor.

—Me encanta —dice Pax—. Por favor, por favor, déjame hacer de paciente.

—¿Por qué asumes que lo harás con Demi? —protesta TJ.

—Chicos, hay suficiente Demi para todos.

Pero Andrews nos sorprende.

—Asignaré a las distintas parejas por orden alfabético según la lista de clase. —Levanta unas hojas de papel—. Cuando oigáis vuestros nombres, levantad las manos para saber con quién trabajaréis. Muy bien, empecemos: Ames y Ardin.

Se levantan dos brazos. Una chica con el pelo lila claro y otra que lleva una gorra de los Patriots.

—Axelrod y Bailey.

Hay cerca de cien personas en la clase, pero Andrews es eficiente. Lee la lista a toda velocidad y enseguida ha llegado a la letra «D».

—Davenport y Davis.

Levanto la mano a la vez que Hunter. Gira la cabeza hacia mí y se le forma una media sonrisa en el rostro.

A mi lado, TJ suspira, descontento. Se acerca a mí y susurra:

—¿Quieres que me cambie el apellido legalmente a Davidson para salvarte del capullo del *hockey*?

Le sonrío.

—Está bien, sobreviviré.

—Grey y Guthrie —dice Andrews.

—¿Estás segura? —insiste TJ—. Seguro que puede cambiar de compañero si se lo comentas a la profesora.

—Killington y Ladde.

—Cielo, está bien. Ni siquiera lo conozco —digo—. Es a ti a quien no te cae bien.

—Yo lo adoro —se lamenta Pax—. Quiero jugar a los médicos con él.

Pero Andrews sigue enumerando:

—Lawsin y Ling.

Y a Pax se le ilumina el rostro cuando su compañero alza una mano. Es un chico con el pelo ondulado marrón y una mandíbula de muerte.

—Me vale —murmura Pax, y me trago una risa.

—Estos paquetes... —dice Andrews a la vez que gesticula hacia las pilas de sobres naranjas de manila que hay sobre su escritorio... contienen instrucciones detalladas sobre el proyecto. Uno de los compañeros, por favor, que recuerde tomar uno al final de la clase. Cada equipo decidirá qué rol asume quién.

Hunter se gira y me hace el gesto de disparar con los dedos, asumo que me toca ir a por el sobre.

Pongo los ojos en blanco. Veo que me va a tocar hacer todo el trabajo.

En cuanto todos estamos emparejados, Andrews prosigue con la lección, y tomo tantos apuntes que empiezan a dolerme las muñecas. Mierda, la próxima vez tendré que traer el portátil. Por lo general, prefiero tomar apuntes a mano, pero hay mucho material que dar y la profesora cubre mucho en muy poco tiempo.

En cuanto termina la lección, me acerco a la parte delantera de la sala para coger un sobre de manila. Uf, cómo pesa. Esto alarmaría a algunas personas, pero yo tengo ganas de empezar ya con el proyecto. Suena divertido y exhaustivo, aunque mi compañero sea un deportista.

Hablando del rey del deporte, se me acerca con la mochila al ancho hombro.

—Davis —me saluda.

—Davenport.

—Llámame Hunter. —Me recorre lentamente con la mirada de la cabeza a los pies. Se toma su tiempo para observar mis piernas descubiertas, todavía bonitas y morenas del verano que he pasado en Miami.

—Demi. —Me doy cuenta de que TJ y Pax están junto a la puerta, donde esperan a que acabe.

—Demi... —dice, ausente. Todavía me revisa las piernas, y traga saliva de forma exagerada antes de subir la mirada hacia la mía.

—Sí, ese es mi nombre. —¿Por qué cambia de postura así? Entrecierro los ojos al mirarle la entrepierna. ¿Tiene una erección?

—Demi —repite.

—Ajá. Que rima con «semi». —Señalo su entrepierna con la mirada.

Hunter mira hacia abajo y se ríe.

—Por el amor de Dios, no se me ha puesto dura. Es el efecto de los pantalones.

—Claaaro.

Desliza una mano grande hacia la zona de la cremallera, la cubre con la palma y la tienda de campaña de los vaqueros parece aplanarse.

—Vaqueros nuevos —refunfuña—. Todavía están algo tiesos.

—Tiosos, dices.

—Es la tela. ¿Ves? Tócalo.

Suelto una risa gutural.

—Oh, por favor, no voy a tocarte la polla.

—Tú te lo pierdes. —Hunter sonrío con suficiencia.

—Si tú lo dices, colega. —Levanto el sobre—. Entonces, ¿cuándo quedamos para echarle un vistazo a esto?

—No sé. ¿Estás libre esta noche?

Sacudo la cabeza.

—Tengo planes. ¿Qué tal mañana por la noche?

—Sí, me va bien. ¿Cuándo y dónde?

—¿A las ocho en punto en la residencia Zeta Beta Ni?

—Oh, ¿en serio? No te tomaba por una chica de sororidad.

Me encojo de hombros.

—Bueno, pues lo soy.

A decir verdad, solo juré lealtad a la sororidad porque no quería vivir en la residencia. Además, mi madre formaba parte de la sección Zeta de su universidad, y crecí oyendo cómo sus días de sororidad fueron de los mejores de su vida. Era el alma de la fiesta entonces, y todavía lo es.

—De acuerdo. Te veo mañana por la noche, Semi —alarga las palabras antes de irse a grandes zancadas.

Capítulo 3

Hunter

—Uf. Echo mucho de menos esas tetas.

—Ellas a ti también...

—Mmm, ¿sí? ¿Qué es lo que más echan de menos de mí?

—Tu lengua, evidentemente.

—Mmm. Déjame verlas, tía buena. Solo un vistazo.

—¿Y qué pasa si entra uno de tus compañeros de piso?

—Entonces sentirán celos de mí hasta el fin de los tiempos porque estoy saliendo con la chica más sexy del planeta.

—Vale, juego. Pero solo si tú me la enseñas a mí.

—Trato hecho. Tú primero... Ah, joder, cariño... espera, igual deberías guardarlas... ¿Qué pasa si entra Hunter? Has dicho que estaba en casa.

—Ah, sin problema. Ahora Hunter es un monje. Mis tetas descubiertas no tendrán ningún efecto sobre él.

Desde la cocina, suelto el gruñido que tenía atragantado. Tenía pensado bajar a por la cena antes de mi cita de estudio con Demi Davis. En lugar de eso, he pasado los últimos cinco minutos escuchando la sesión de Skype más nauseabunda de la historia.

—Sí, soy un monje —grito hacia el pasillo—. ¡No un jodido eunuco!

Entro al salón sin darle tiempo a Brenna de cubrirse. No se lo merece. Como recompensa por soportar la videollamada sexual de Brenna y Jake Connelly, me merezco ver un par de tetas fuera del porno.

Sin embargo, Brenna ya se está subiendo la camiseta por encima del pecho, así que todo lo que me da tiempo a ver es un destello de unos pezones marrón rojizo antes de que desaparezcan de mi vista.

—Muévete, mujer del demonio. —Dejo caer el culo en el sofá a su lado y me meto una cucharada de arroz salvaje en la boca. Echo un vistazo al ordenador que hay sobre la mesita.

—Eh, Connelly. Bonita polla.

El tío de la pantalla del ordenador se sobresalta y suelta un insulto. Baja la mirada hacia la mano derecha, como si se le acabara de venir a la mente que sostiene una erección bastante

impresionante. Un borrón de movimiento, el sonido de una cremallera y entonces Jake Connelly me fulmina con sus intensos ojos verdes.

—¿Nos espiabas, Davenport?

Me trago la comida.

—¿Se considera espiar cuando estás desnudo por Skype en mi maldito comedor?

—Nuestro comedor —me corrige Brenna con dulzura, y estira el brazo para darme un golpecito en el hombro.

Claro, como si pudiera olvidarlo. Quizá otro hombre estaría entusiasmado con la idea de compartir piso con tres chicas, pero no es mi situación ideal. Brenna, Summer y Rupí me caen bien por separado, pero, al juntarlas, el mundo se vuelve... ruidoso. Por no mencionar que se alían constantemente contra mí.

En teoría, mis anteriores compañeros de piso, Mike Hollis y Colin Fitzgerald, también viven aquí, pero no pasan tanto tiempo en casa como me gustaría.

Hollis solo aparece los fines de semana: pasa el resto de los días en casa de sus padres en Nuevo Hampshire por trabajo.

Fitz es diseñador de videojuegos y ha aceptado muchísimos trabajos como externo desde que se graduó de Briar. En ocasiones, eso significa desplazarse hasta la sede del estudio de videojuegos. Ahora mismo está en Nueva York, donde trabaja en un juego de rol de ciencia ficción, y se queda en el ático de Manhattan de la familia de Summer durante lo que dure el proyecto. Qué suerte tiene. El clan Heyward-Di Laurentis es asquerosamente rico, así que ahora mismo vive a cuerpo de rey.

—Connelly, muévete. El coche nos espera abajo —ladra otra voz desde los altavoces del portátil—. Tenemos esa sesión de fotos de beneficencia esta noche.

Jake mira por encima del hombro.

—Oh, mierda, lo había olvidado.

—¿Qué estás haciendo en...? Oh, ¡hola, Brenna! —Una cara enorme aparece en la pantalla; un primer plano tan inmenso que casi le veo las fosas nasales peludas al chaval.

Cuando se retira, experimento un extraño momento fan, porque, madre mía, es Theo Nilsson, uno de los jugadores estrella de Edmonton. No me creo que Nilsson haya entrado casualmente en la habitación de hotel de Jake, y no hay forma de frenar el pinchazo de envidia que siento al pensar que Jake está ahí fuera jugando a *hockey* con auténticas leyendas.

De pequeño soñaba con dedicarme profesionalmente al *hockey*, pero, a medida que crecía, me di cuenta de que tal vez no era el mejor camino para mí. Ese estilo de vida me asusta, si soy sincero. Así que no me presenté a la selección. Joder, ni siquiera me había planeado jugar en la universidad. Vine a Briar con la intención de sacarme un grado en empresariales y convertirme en emprendedor, pero un amigo y compañero de equipo que se graduó hace un par de años me sacó de mi retiro autoimpuesto, y aquí estoy ahora.

—Me tengo que ir, cariño —dice Jake a Brenna.

—Pásalo bien haciéndote fotos con todas esas fans que se mueren por ti —canturrea ella.

Nilsson suelta una risotada.

—Es un evento benéfico para una organización de *curling* sénior —revela el compañero de equipo de Jake.

Ella no se inmuta.

—¿Tú has visto a Jake? —pregunta a Theo—. Esos tipos viejos se le tirarán encima. Los fans locos no saben de edades.

Mientras Brenna cuelga, me meto un trozo de pollo a la parrilla en la boca.

—No me creo que ese fuera Theo Nilsson —digo con la boca llena.

—Ya, es muy guay. La semana pasada cenamos con él cuando jugaron contra los Bruins.

—No me lo restriegues.

Los labios rojos marca personal de Brenna forman una sonrisa empalagosa. Incluso cuando está sola en casa, se toma su tiempo para ponerse ese pintalabios que grita «fóllame». Es mala.

—Si te portas bien, la próxima vez te invito.

—Yo siempre me comporto —protesto—. Pregúntaselo a mi pene, el pobre quiere portarse mal y yo no se lo permito.

Se ríe.

—Creo que toda esta lujuria embotellada no le hace ningún bien a tu salud. ¿Qué pasa si te explotan las pelotas y te mueres?

Me lo pienso.

—Tal vez es como mil orgasmos acumulados en una sola explosión. ¿Quién querría seguir viviendo después de eso? Creo que, tras experimentar una explosión de mil orgasmos, nada sería igual.

—Es un buen argumento. —Los ojos oscuros de Brenna me siguen cuando me levanto y voy a la cocina a lavar el plato.

—Me tengo que ir —digo tras asomar la cabeza hacia la sala de estar—. Te veo luego.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cita de estudio en la residencia Zeta.

—¡Ja! Y hasta aquí el voto de castidad.

—No. El voto sigue intacto. Solo estoy trabajando en un proyecto con una chica de la sororidad.

—Un proyecto —se burla.

—Sí, un proyecto. El mundo no gira alrededor del sexo, B.

—Claro que sí. —Se pasa la lengua por los labios de forma lasciva y se me estremece la boca como respuesta. El pene también.

Tiene razón. El sexo lo es todo y está en todas partes. No puedo ver a una mujer humedecerse los labios sin que mi cerebro se ahogue en la alcantarilla de lo sexual.

Hasta ahora, solo he encontrado una solución para controlar la libido: la marihuana. Y ni siquiera puedo servirme de ello tanto como me gustaría, aparte del porro ocasional en una fiesta. La hierba me relaja y me ayuda a controlar los impulsos carnales, pero también me deja exhausto y me ralentiza durante los entrenos. Y ni de broma quiero tentar a los dioses de las pruebas de drogas de la NCAA. Así que, igual que el sexo, solo es otra actividad divertida que tengo que evitar. Mi vida es maravillosa.

—En fin, y luego he quedado con algunos de los chicos en el Malone para jugar al billar. No me esperes despierta.

—¿Qué? ¿Y no estoy invitada? —Hace pucheros en forma de burla.

—No —respondo, y no siento ni la más ligera culpa. Vivo en Villa Estrógeno, y, a veces,

necesito escapar, aunque solo sea durante una noche—. Prohibido chicas. Ya hay bastantes mujeres en esta casa.

—Oh, te encanta. Rupi te hace la comida cada día, Summer, el desayuno, y yo siempre voy por la casa en ropa interior. Comida e inspiración sexual para tus pajas, Davenport. Estás en el paraíso.

—Si estuviera en el paraíso, me acostaría con vosotras cada noche. A la vez.

—¡Ja! Ya te gustaría. Pásatelo bien con tu... —Brenna dibuja unas comillas en el aire— «proyecto».

La hago una peineta y me voy. Al cabo de quince minutos, vuelvo a estar en el campus, con el Land Rover aparcado en la calle arbolada donde se encuentra la hilera de residencias de las fraternidades y sororidades, pero esta noche solo oigo el sonido amortiguado de la música de unas pocas.

Ando por el camino lleno de flores que lleva a la puerta delantera de la residencia Zeta. Casi todas las ventanas de la casa victoriana de tres plantas tienen la luz encendida. Llamo al timbre y aparece una chica alta y delgada en pantalón de pijama.

Arquea una ceja.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—He venido a ver a Demi. —Levanto el hombro sobre el que llevo la mochila—. Vamos a estudiar.

La hermana de Demi se encoge de hombros, gira la cabeza y grita:

—¡Demi! ¡La puerta!

Entro en la casa, que ha sufrido un cambio drástico desde que estuve aquí el fin de semana. Está limpia como una patena, huele a friegasuelos de limón y no hay chicas con poca ropa, ni tíos borrachos, ni charcos de cerveza esparcidos por el suelo de madera.

Oigo unos pasos por las escaleras de madera, y la chica de la clase de Psico baja los escalones a saltos con una piruleta que le sobresale por la comisura de la boca. Por supuesto, me fijo en sus labios, que brillan y están tintados de rojo por el caramelo que está chupando. Lleva el pelo negro recogido en una coleta alta, unos pantalones a cuadros y una camiseta de tirantes fina de color blanco por encima de un sujetador deportivo negro.

Es muy mona, y tengo que obligarme a dejar de repararla con la mirada.

—Hola —dice, y me echa un largo vistazo.

—Mel, ¿quién estaba en la puerta? —grita alguien.

Se produce un estallido de voces y media docena de chicas salen de la cocina hacia el recibidor. Todas se detienen de golpe al verme. Una de ellas me desviste con los ojos sin disimular, mientras que las demás son ligeramente más discretas.

—Hunter Davenport —exclama la mirona alargando las palabras—. Dios, eres incluso mejor de cerca.

Por lo general, me vuelvo tímido o estúpido cuando estoy rodeado de mujeres, pero todas me están evaluando, y es realmente desconcertante.

—Tal vez deberías darme tu número —murmuro.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Para que la próxima vez pueda escribirte cuando llegue y salgas a buscarme con discreción para evitar todo... esto... —Hago un gesto hacia nuestra audiencia.

—¿Qué pasa? ¿Te intimidan unas cuantas chicas? —Demi pone los ojos en blanco y me guía escaleras arriba.

—Nah. —Guiño un ojo—. Me preocupo por ti.

—¿Por mí?

—Bueno, sí. Si no dejo de venir a verte, tus hermanas se pondrán locas de celos y, al final, su resentimiento provocará que te traten peor y perderás a todas tus amigas. ¿Es eso lo que quieres, Semi?

Se ríe.

—¡Oh, no! Tienes razón. A partir de ahora deberías trepar hasta mi ventana. Como Romeo. —Cambia la piruleta de lado con la lengua—. *Spoiler*: Romeo muere.

Me mete en una habitación del segundo piso y cierra la puerta.

Examino el cuarto. Las paredes son amarillas y la cama tiene cuatro postes como si debiera contar con un dosel ondulado, pero no lo tiene. La ropa de cama es lila y hay un panda de peluche sobre una de las almohadas.

El escritorio de Demi está repleto de libros de texto. Química, biología y uno de matemáticas, cuyo título no alcanzo a leer. Arqueo las cejas. Si tiene todas esas asignaturas en un semestre, va a tener mucho trabajo; no la envidio para nada.

Pero lo que más me llama la atención es el gran tablón que hay sobre el escritorio. Está repleto de imágenes, y me acerco para verlo mejor. Hmmm, hay un montón de chicos en estas fotos. También aparecen algunas chicas, pero el grupo de amigos de Demi parece consistir en su mayoría de chicos. En varias de las fotos aparece Demi con el mismo chico de pelo azabache. ¿Su novio?

—Bueno, pues ¿cómo lo hacemos? —pregunto, y dejo caer la mochila sobre la silla del escritorio.

—Bueno, Andrews dijo que tenemos que tratar estos encuentros como si fueran sesiones de terapia reales.

—Claro. —Subo y bajo las cejas—. ¿Estás lista para jugar a los médicos?

—Qué asco. No voy a jugar a nada contigo, chico del *hockey*.

—Es hombre del *hockey*, por favor y gracias.

—De acuerdo, hombre del *hockey*. —Demi rebusca en la mochila y saca el sobre de manila que nos dieron ayer en clase. Se sienta en el borde de la cama y se lo coloca en el regazo—. Muy bien, pues yo había asumido que tú serías el paciente y yo la doctora. Eso significa que tú harás la parte fácil del informe.

Frunzo el ceño.

—¿Qué te hace pensar que necesito hacer la parte fácil?

—Oh, perdona, no quería insultar tu inteligencia —se disculpa, y suena sincera—. Pero un amigo me dijo que estás estudiando empresariales.

—¿Y?

—Que yo soy la que estudia psicología de los dos, y creo que redactar el estudio del caso y hacer todo el trabajo de diagnóstico sería mucho más beneficioso para mí que para ti, ya que quiero dedicarme a esto. Pero si no quieres hacer la parte de la investigación, podemos echarlo a suertes.

Me lo pienso durante un momento. Tiene razón con lo de la carrera, y no me importa hacer

la investigación.

—Vale, lo que sea. Seré el paciente.

—Perfecto. Hecho.

—¿Ves qué bien trabajamos juntos? —Se me va la vista hacia el sofá biplaza encastrado bajo la ventana—. Genial, es como el despacho de un loquero de verdad—. Doy una zancada hacia el sofá, embuto mi cuerpo demasiado grande en él y estiro las piernas por encima del borde. Entonces, acerco la mano a la cremallera—. ¿Me quito los pantalones o me los dejo puestos?

Capítulo 4

Demi

Me echo a reír ante la estrafalaria pregunta.

—Por el amor de Dios, déjate los pantalones puestos, por favor.

—¿Estás segura? —dice Hunter, con los dedos suspendidos sobre el botón de los vaqueros.

—Afirmativo.

—Tú te lo pierdes. —Guiña un ojo y coloca las manos detrás de la cabeza.

Debo admitir que Davenport es divertido. También es muy atractivo. Mis compañeras de la sororidad han dejado charcos de baba por el suelo cuando ha pasado por delante de ellas hace un rato. La mayoría siente especial atracción por los deportistas, así que es posible que entren en mi habitación para suplicarme que les cuente todos los detalles en cuanto Hunter se vaya.

Se estira sobre mi pequeño sofá y se quita los zapatos de una patada. Lleva unos vaqueros rasgados por las rodillas, una camiseta negra y una sudadera gris con la cremallera abierta. Tiene el cuerpo musculoso, pero no es corpulento; tiene un buen cuerpo acompañado por un rostro capaz de parar corazones. Y cuando me dedica una sonrisa engreída, me horroriza notar cómo me sube el calor por las mejillas. Esa sonrisa es peligrosa. No me extraña que Pax esté obsesionado con este chico.

Abro el sobre y extraigo un paquete grapado con las instrucciones para nuestro proyecto, junto con otros dos sobres. Uno tiene la etiqueta DOCTOR y el otro PACIENTE.

—Toma. —Lanzo el sobre del paciente al sofá. Hunter lo caza sin problema.

Dentro del mío encuentro un montón de papeles y les echo un vistazo. Son plantillas en blanco que tengo que usar para las notas de las sesiones. Leo las instrucciones por encima. Tenemos que registrar un mínimo de ocho sesiones, pero podemos hacer tantas como queramos. Al parecer, debo incluir las notas que tome durante las sesiones en el apéndice para el estudio del caso que tendré que redactar. Mi paquete también incluye herramientas de diagnóstico y hojas con consejos.

Desde el sofá, Hunter se ríe flojito. Lo miro para ver cómo ojea los papeles. Su montón no es tan grande como el mío, seguramente porque su parte del proyecto implica más investigación.

—Creo que tendríamos que haber decidido los papeles en clase —apunto—. No sé si podremos hacer una sesión antes de que hayas repasado tu problema falso.

Pero Hunter se encoge de hombros. Una nota de ironía le tiñe la voz mientras vuelve a estudiarse los papeles.

—Está bien. Sé lo suficiente como para defenderme, por lo menos durante la primera charla.

—¿Estás seguro?

—Sí. —Guarda los papeles de nuevo en el sobre y lo tira sobre su mochila. Entonces vuelve a acomodarse—. Muy bien, empecemos.

Según las instrucciones de Andrews, no se me permite grabar la sesión, pero confío en mis habilidades para tomar notas. Hago crujir el último trozo de piruleta entre los dientes, me trago el caramelo y tiro el palito a la papelería.

En cuanto los dos estamos listos, empezamos con las formalidades.

—Bien, señor... —Espero a que termine.

—Sexy.

—Prohibido. Puedes hacerlo mejor.

—Grande —sugiere.

Suspiro.

—Smith —digo con firmeza—. Eres el señor Smith. Nombre de pila, ejem, Damien.

—¿Como el niño diabólico de esa película de terror? Prohibido. Da mal karma.

—Tú sí que das mal karma —musito. Por favor, estamos perdiendo el tiempo con el registro del nombre falso. A este paso nunca terminaremos el proyecto—. Vale, tu nombre de pila es Richard, capullo quisquilloso.

Suelta un bufido.

—Es un placer conocerle, Pito Smith —digo con dulzura—. Yo soy la doctora Davis. ¿Qué le trae aquí hoy?

Una parte de mí espera que me vuelva a contestar con una tontería, algo sobre cómo necesita que se la coman, pero me sorprende.

—Mi mujer cree que necesito ir a terapia.

Alzo las cejas. Oh, directo al grano. Me encanta.

—¿De veras? ¿Y por qué lo cree?

—La verdad es que no lo sé. Es ella quien necesita ir a terapia. Siempre pierde la cabeza por cualquier cosa.

Anoto el modo en el que ha dicho la frase.

—¿Qué quiere decir con eso de que «pierde la cabeza»?

—Le da demasiadas vueltas a todo. Siempre se está quejando. Por ejemplo, si vuelvo tarde a casa del trabajo, su cerebro enseguida grita: «Ha estado follando por ahí». —Hunter hace una pausa, irritado—. Supongo que, para ser sincero, debería mencionar que le he puesto los cuernos una vez o dos, y sí, ella es consciente de ello.

Guau, parece una telenovela. Ya estoy enganchada.

—Entonces... estas infidelidades que menciona... —Tomo alguna nota más—. ¿Cuánto hace que se produjeron? ¿Y fue una vez o fueron dos?

—La primera aventura fue hace años; la más reciente, este año. Estaba sufriendo mucho estrés en el trabajo.

Me doy cuenta de que ha ignorado mi pregunta sobre cuántas veces ha sido realmente infiel.

—¿Por qué cree que fue infiel? ¿Hay alguna razón en particular a destacar?

—Es difícil sentirse conectado a alguien que se pasa el tiempo entre quejas y exigencias. Me llevó a ponerle los cuernos. Quiero decir, ¿qué creía que pasaría si no abandonaba esa actitud?

Puaj, qué capullo. Responsabiliza a su mujer de sus infidelidades...

Detengo la secuencia de pensamientos que me abordan al recordar que no debo juzgarlo. Se supone que tengo que entenderlo.

Si voy a ser psicóloga clínica, estoy segura de que oiré miles de historias sórdidas sobre infidelidades. Incluso es posible que tenga que aconsejar a alguien que abuse física o emocionalmente de su pareja. Hay muchas probabilidades de que me encuentre con pacientes a los que odie o a los que no sea capaz de ayudar.

Mi trabajo no es condenarlos, sino esperar ser capaz de ayudarlos a desarrollar una conciencia sobre sí mismos.

—Entonces, cuando se sinceró al respecto de las infidelidades, ¿su mujer y usted aceptaron volver a empezar? ¿Comenzaron de cero?

Hunter asiente.

—Aceptó la responsabilidad de su parte de lo ocurrido y me perdonó. Eso significa que ya está, es algo del pasado. Que sospeche de mí a todas horas no hace que me apetezca pasar tiempo con ella. Créame, no me pone nada fácil estar a su lado.

—Lo imagino. Pero ¿puede identificar qué la habría llevado a comportarse de esta manera? Intente ponerse en su situación. ¿Cómo cree que reaccionaría usted si su mujer le fuera infiel?

—Ella nunca me pondría los cuernos —dice con suficiencia—. Yo soy el buen partido de esta relación. Es evidente que ella juega en segunda división.

«*Eres un ser horrible*», quiero decir.

—Ya veo —comento en su lugar. Ahora entiendo por qué los terapeutas parecen abusar tanto de esas dos palabras. Es un eufemismo que sustituye a cualquier palabra malsonante que les venga a la mente.

Hunter y yo hablamos durante los siguientes veinte minutos sobre su mujer ficticia, sus quejas, la infidelidad de él, y empiezo a vislumbrar el patrón que hay en sus respuestas. Una completa inhabilidad de ponerse en la piel de ella.

«*Falta de empatía*», escribo, y dibujo una pequeña estrella alrededor.

Cuando termina otra larga anécdota en la que muestra a su mujer como la villana y a él como la víctima inocente, no puedo evitar sorprenderme por la forma en que se ha lanzado de cabeza en la tarea. Y lo está haciendo muy bien, lo que es... uf, es insoportablemente *sexy*, si soy sincera.

Estoy a punto de formular otra pregunta cuando Hunter se reincorpora.

—Paremos por ahora. Oficialmente, he empleado todo lo que sé sobre... mi condición —dice, vagamente—. Tengo que investigar más antes de continuar.

—Ha sido divertido —admito—. ¿No?

—Sí, bastante. —Se levanta del pequeño sofá y eleva los brazos musculosos por encima de la cabeza para estirarse. La camiseta se le sube cuando lo hace y revela unos abdominales de acero.

Se me desencaja la mandíbula.

—Dios mío. Qué injusto.

—¿El qué? —Hunter frunce el ceño.

—¿Tú te has visto esos abdominales? ¿Quién tiene unos abdominales así?

Su confusión da paso a una sonrisa petulante.

—Juego a *hockey*. Cada centímetro de mi cuerpo es así.

De nuevo, siento una sensación de calor en las mejillas. Me estoy esforzando mucho por no imaginar cómo será su cuerpo bajo la ropa, pero tengo la sensación de que no exagera. Su físico es para perder la cabeza.

Mi móvil se ilumina en la mesita de noche y voy a comprobar qué es. Lo tengo silenciado, y Nico me ha escrito dos veces en la última hora. Un mensaje hace treinta minutos y otro justo ahora.

NICO: Hola, cariño, no podré quedarme a dormir esta noche. El coche ha muerto después del trabajo. La batería, supongo. Pediré que me lo remolquen hasta el taller de Hastings e iré a buscarlo por la mañana antes d clase.

NICO: ¿Te has enfadado?

Tecleo una respuesta rápida.

YO: Enfadada no, cielo. Solo estoy un poco decepcionada.

—¿Todo bien? —pregunta Hunter mientras se sube la cremallera de la sudadera.

Me encojo de hombros.

—Mi novio me ha dejado plantada. Venía a dormir esta noche, pero se le ha muerto la batería del coche. Supongo que necesitará una nueva o algo.

—Qué rollo. Te invitaría a jugar al billar conmigo y mis amigos esta noche, pero necesito un respiro de estar con chicas.

—Sí, imagino que toda la atención femenina debe de ser agotadora. —Pienso en la chica mona de ayer, la que se esforzó por hacerle la comida y él la rechazó—. Vamos, te acompaño al piso de abajo.

Pero antes de que me dé tiempo a llegar a la puerta, recibo una llamada de Nico.

—Oh, tengo que responder —digo al salir de la habitación.

No tengo otra opción, pues si no contesto una llamada o un mensaje suyo, tiende a no responder cuando le llamo o le escribo de vuelta, aunque sea medio segundo más tarde. No lo entiendo. Mucha gente lo hace. ¿Cómo es posible que no estén disponibles cinco segundos después de haberme contactado? De verdad, es como si me mandaran un mensaje y luego arrojaran el móvil al río.

—Hola —digo, enseguida—. ¿Qué pasa?

—Solo quería ver cómo estabas —dice Nico—. Enseguida voy a ducharme y me iré a dormir pronto.

—¿Por q...? Ah, claro, tienes que ir a buscar el coche.

—¿Ir a buscarlo?

—¿Porque te lo han remolcado hasta el taller...? —le recuerdo. Por el rabillo del ojo, me fijo

en que Hunter nos escucha con curiosidad. Le hago un gesto para que se apresure mientras bajamos por las escaleras.

—Ah, no, de hecho, Steve lo ha arrancado con las pinzas. Tenía cables en la furgoneta.

—Espera, ¿entonces has podido arrancar el coche?

«¿Entonces por qué no puedes conducir hasta aquí?», quiero preguntar, pero me obligo a no hacerlo.

—Sí, he podido, pero no quiero volver a conducir esta noche por si la batería vuelve a fallar —añade Nico como si me hubiera leído la mente—. Voy a llevarlo a revisar por la mañana, pero nos vemos mañana por la noche, ¿vale?

—Claro.

—Te quiero, mami.

—Yo también te quiero.

Frunzo el ceño a la par que Hunter y yo llegamos a la puerta de entrada.

—¿El novio? —recuerda.

Asiento lentamente.

—Al parecer ha arrancado el coche con unas pinzas, pero la batería todavía no funciona bien del todo. No estoy segura. No sé mucho de coches.

—Suenas un poco raro —observa Hunter—. Como si usara la vieja excusa de «se me ha estropeado el coche» para evitar quedar con alguien.

—Ah, ¿sí? —le reto—¿Tú mientes a menudo sobre que se te ha estropeado el coche para librarte de las citas?

—¿A menudo? No. ¿Lo he hecho? Sí.

Lo fulmino con la mirada.

—Bueno, no todo el mundo es un mentiroso como tú.

No se ofende. Solo sonrío.

—Dios. No quería poner el dedo en la llaga.

—No lo has hecho.

—Ajá. En fin. Mis amigos me esperan. Hasta luego, Semi.

Prácticamente lo empujo por la puerta delantera. Tal vez, si me libero de él lo bastante rápido, esta pequeña semilla de duda que ha creado no echará raíces.

Capítulo 5

Hunter

Soy el primero en llegar a la reunión de equipo del jueves por la tarde. Nunca llegaba temprano a estas cosas, pero ahora que soy el capitán trato de dar ejemplo, así que aquí estoy, solo en la sala de audiovisuales.

Las instalaciones de *hockey* de Briar son increíbles, así que tenemos un buen equipo de audio y vídeo. La gran sala, similar a un auditorio, presenta tres filas de mesas con butacas acolchadas y una pantalla enorme para ver las grabaciones de los partidos. Hemos estudiado las jugadas del equipo del Eastwood College toda la semana. Son nuestros rivales de la liga, y jugamos contra ellos mañana, en el primer partido oficial de la temporada.

No me preocupa demasiado. La plantilla de Eastwood no es especialmente fuerte este año, la nuestra sí. Incluso sin Fitzzy, Hollis y Nate Rhodes, el equipo todavía tiene una alineación sólida: Matty, un portero excelente, algunos de los mejores jugadores de instituto, que el entrenador Jensen ha reclutado, y yo.

Cuando el equipo me votó para tomar el relevo a Nate, nuestro antiguo capitán, le llamé para pedirle consejo sobre cómo mantener al equipo animado y cómo motivar a los chicos, cómo ser un verdadero líder, pero no tenía mucho que decir. Dijo que las dinámicas cambian cada año con la entrada de caras nuevas, y que aprendería sobre la marcha. Solo es cuestión de abrirte paso entre treinta y pico egos, y mantener a todo el mundo entusiasmado y concentrado en el tema que nos ocupa: ganar.

Hablando de caras nuevas, hay bastantes esta temporada. A finales de agosto hicimos unas pruebas abiertas, un evento que sirve para que los jugadores que no fueron seleccionados en el instituto, o aquellos que quieran presentarse porque les apetece, se luzcan y muestren sus habilidades. Uno de mis nuevos compañeros de equipo favorito llegó a través de estas pruebas: Conor Edwards, que entra en la sala mientras yo me siento en una butaca de la primera fila.

Conor es un autoproclamado seductor, pero no es tan capullo como se podría esperar de él. De hecho, es bastante decente y tiene un sentido del humor irónico que aprecio mucho.

—¿Qué hay, capitán? —me saluda antes de bostezar. Se pasa una mano perezosa por el pelo rubio aclarado por el sol, que hace que me centre en el chupetón morado que tiene en el cuello.

Me recuerda a Dean, el hermano mayor de mi compañera de piso, Summer, un buen amigo

(y antiguo mentor) mío. Dean tenía una vida sexual muy activa cuando estudiaba en Briar. No le importaba que todo el mundo supiera que tenía sexo constantemente. Y su aire de donjuán tampoco afectaba a su reputación, pues cualquier chica que lo conocía deseaba desnudarse ante él. Pero su novia, Allie, es la única que le ha robado el corazón. Viven juntos en Nueva York desde hace un par de años.

Conor se sienta a mi lado. Un par de chicos de cuarto entran y se acomodan en la fila de arriba.

—Ey —nos saludan con un gesto de cabeza.

Imitamos el movimiento.

El siguiente en entrar es Matt Anderson. Como Fitz y Hollis no están, supongo que ahora Matt es mi mejor amigo del equipo. Es el único jugador negro de la plantilla, y el año pasado lo seleccionó el equipo de Los Ángeles. Espero que firme oficialmente con ellos, porque es un buen club para el que jugar.

—Hola —dice Matt.

La sala empieza a llenarse. Tenemos unas dos docenas de titulares, y el resto de la plantilla está formada por suplentes y chicos que todavía tienen mucho que aprender. Y, aunque Mike Hollis se haya graduado, en todos los equipos siempre hay, sin excepción alguna, un chico de su estilo. El idiota adorable, como Brenna lo llama. Este año, ese honor es para un chico de segundo llamado Aaron, pero todo el mundo le llama Bucky, porque se parece al personaje de las películas de Marvel.

Bucky no lo soporta, pero el problema que tienen los apodos es que se pegan, aunque esa persona no quiera. Y si no, que le pregunten a nuestro ala izquierda de cuarto, Caraárbol, a veces abreviado como Árbol o A, quien una vez, hace cuatro años, se emborrachó y se lamentó por lo triste que era que los árboles no tuvieran caras y no pudieran ver a los pájaros que formaban nidos en ellos. Estoy bastante seguro de que John Logan es el responsable de ese mote.

Mordiéndome una magdalena que seguramente ha tomado de la cocina del equipo, Bucky se acerca a la primera fila.

—¿Has hablado de eso con el entrenador? —inquire mientras mastica con la boca abierta.

Me hago el tonto.

—¿De qué?

—De lo del cerdo, tío.

—El cerdo —repite Jesse Wilkes, un compañero de tercero. Estaba pendiente del móvil, pero ahora se ha centrado en nuestra conversación.

Mierda. Esperaba que el tema cayera en el olvido.

—No, todavía no. —«Y no pienso hacerlo», quiero añadir, pero aún no he encontrado la forma de arreglar esto.

Los chicos insisten en que necesitamos una mascota del equipo, pero yo no veo la necesidad. Quiero decir, si tuviéramos la capacidad de engancharle un par de patines a un oso polar para que hiciera piruetas dobles sobre el hielo durante las pausas, entonces, claro, maravilloso. Adelante.

Menos de eso y a quién coño le importa.

La llegada del entrenador me salva de seguirles el rollo a mis compañeros. Al entrar, da unas palmadas bruscas.

—No perdamos el tiempo —brama—. La mirada en la pantalla.

Chad Jensen es muy autoritario: no es delicado con las palabras ni nos consiente nada. Cuando estamos en la pista, tenemos que estar completamente centrados en el trabajo o nos vamos a la mierda.

—Prestad atención a Kriska en esta primera jugada —ordena el entrenador cuando aparece el vídeo en alta definición en la pantalla del proyector. Él está sentado en el escritorio y usa el lápiz de la tableta para rodear al portero de los Eastwood, Johan Kriska.

Se rumorea que el chico de primero es uno de los mejores porteros universitarios de la costa este. He estudiado los partidos de instituto que se televisaron en los que jugó, igual que todos los partidos de pretemporada de los Eastwood. Tengo que estar preparado para cuando me enfrente a este chaval. No quiero presumir, pero soy el mejor delantero del equipo, y el mejor goleador, a juzgar por las estadísticas de la temporada pasada. Nate y yo íbamos empatados en cuanto a goles, pero mi antiguo capitán me hacía las asistencias. Supongo que ese es otro requisito de ser capitán: «No acaparar la gloria».

Poco a poco, voy haciendo una recopilación de qué hay que hacer y qué no cuando uno es capitán.

A pesar de su reputación estelar, Kriska tampoco me preocupa demasiado. Ya he encontrado un punto débil.

—Tiene un guante lento —suelto—. Tiene problemas con los tiros altos. Como mucho, parará un treinta por ciento de ellos.

—Sí —confirma el entrenador—. Por eso hemos estado haciendo estos ejercicios de tiros concentrados durante la semana. Pero estoy seguro de que ellos también están trabajando duro, y Kriska conoce sus propios puntos débiles. Quiero ver muchos tiros bajos hacia la portería mañana. Estará intentando compensar su guante flojo, y puede que esté tan concentrado en parar los tiros altos, que baje la guardia y le marquemos un tanto entre las piernas.

—Buena idea.

Seguimos con la grabación y alguien silba cuando Kriska hace una de las paradas con el palo más bonitas que he visto nunca.

—Mirad eso —comenta el entrenador, y pausa el partido—. No hay un ápice de desesperación en su rostro. Vuelve a su posición para intentar detener el disco después de que le hayan martilleado con esos lanzamientos, y está fresco como una rosa.

Es bastante impresionante. Los porteros no suelen usar el palo para parar los lanzamientos si pueden evitarlo. Prefieren emplear las coderas, los guantes, e incluso sus propios cuerpos. Una parada con el palo suele ser cosa de suerte, con el portero peleando por ello como un loco, pero Kriska hace que parezca cosa de niños.

—Solo tenemos que encontrar la forma de ponerlo nervioso. —Matt alza la voz.

Asiento, de acuerdo. Estoy confiado. La temporada pasada fue un éxito. No fue la falta de habilidad lo que nos costó la victoria, sino una lesión accidental, junto con la expulsión de Nate por defender mi honor.

Otra regla para la guía del capitán: «Defiende a tus chicos».

Este año hemos perdido a algunos de los mejores jugadores después de la graduación, pero hemos ganado muchos más. No hay razón por la que no deberíamos llegar a la Frozen Four, a menos que todo el equipo sufra muchas lesiones o que hagamos algo que acabe con nuestra

suerte a lo grande.

La reunión termina cuando el entrenador da unas palmadas para indicar que podemos irnos. Bucky levanta el brazo y se aclara la garganta con fuerza. Me señala con la mirada.

Mierda.

El entrenador levanta la cabeza del portátil.

—¿Qué ocurre?

—El capitán tiene algo que decir —anuncia Bucky.

Los ojos oscuros y astutos de Jensen se centran en mí; es asombroso lo mucho que se parecen a los de Brenna, con ese destello burlón perpetuo. También es cierto que es su padre, así que...

—¿Davenport? —Me da pie para que hable.

—Eh... —Mierda, mierda, mierda. Voy a parecer un completo imbécil, pero me obligo a levantarme y decir—: Algunos de los chicos quieren un cerdo.

Las cejas del entrenador se elevan hasta donde empieza el pelo. Es raro pillar a este hombre con la guardia baja, pero ahora mismo parece estar estupefacto.

—¿Un maldito qué?

Me trago un suspiro.

—Un cerdo.

—Un minicerdito —añade Jesse Wilkes.

—¿Un maldito qué? —repite el entrenador.

—A ver que lo explico —digo, aunque me siento estúpido—. La hermana y el cuñado de Bucky acaban de comprar un cerdo a una criadora de Vermont. No es enorme, es la versión pequeña. Al parecer son una buena mascota. Son como perros, pero comen más y hacen más caca.

—¿Qué acaba de ocurrir? —El entrenador sacude la cabeza—. ¿Qué me estás contando?

Hago otro intento por explicarme.

—¿Sabe que algunos equipos tienen mascotas? Los Darby College Rams tienen ese cabrón que vive en la sede de su club detrás del estadio. ¿O los Coyotes de Providence, que tienen un perro que es medio lobo y entre todos se turnan para cuidarlo?

—Tabasco —exclama un defensa de cuarto.

—Adoro a ese perro —dice Árbol, contento.

—¿Sabíais que Tabasco fornicaba si se lo pides? —añade Bucky, impresionado.

—Ya ves tú —dice Conor arrastrando las palabras—. Yo también.

Resuena una risa ruidosa.

El entrenador levanta una mano para silenciarnos a todos.

—¿Me estáis preguntando si podéis tener una mascota, zopencos?

—Básicamente. —Le dedico una mirada de súplica—. Como el nuevo capitán, me han pedido que presente la petición.

—Una sala llena de hombres crecidos pidiendo una mascota.

Asiento.

—Nos iría genial para subir los ánimos —insiste Bucky—. Piénselo, entrenador. Podríamos sacar al cerdo antes de los partidos y haría que el público se motivara. Entusiasmaría a todo el

mundo.

—¿Cómo motiva un cerdo al público? ¿Va a cantar el himno nacional? —pregunta el entrenador con educación.

—Venga ya, entrenador. No diga tonterías —se burla Con—. Todo el mundo sabe que los cerdos no saben cantar.

—¿Tú también estás de acuerdo con esto, Edwards? —El entrenador está escéptico—. ¿Eres del equipo Cerdo?

Conor le dirige una sonrisa alegre.

—Sinceramente, no me importa lo más mínimo.

—Estamos todos de acuerdo —insiste Bucky.

El entrenador barre la sala con su mirada penetrante.

—Dios santo. ¿Vais en serio, cenutrios? ¿De verdad creéis que entre los treinta seréis capaces de cuidar de un animal?

—Eh —protesta Matt—. Yo tengo dos perros en casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—En Minneapolis.

—¿Y dónde estás tú?

Matt se calla.

—Sois estudiantes universitarios a tiempo completo con un horario intensivo de entrenamientos, y no me hagáis ni hablar de vuestra vida social. ¿De verdad pensáis que podéis cuidar de un ser vivo? Yo digo que es una gilipollez.

Ha hecho exactamente lo que no debía. Les ha dicho a un grupo de jugadores de *hockey* competitivos que no pueden hacer algo. De repente, incluso los chicos a los que no les importaba lo más mínimo el cerdo se defienden.

—Yo sabría cuidar a una mascota —protesta Joe Foster, una nueva incorporación a la plantilla de los delanteros.

—Yo también.

—Y yo.

—Sí, venga ya, señor. Denos una oportunidad.

El entrenador tensa la mandíbula como si retuviera un montón de palabras malsonantes.

—Ahora vuelvo —dice, finalmente, antes de salir de la sala sin dar explicaciones.

—Mierda, ¿creéis que ha ido a buscar un cerdo?

Me giro hacia el imbécil que ha hecho la pregunta.

—Por supuesto que no —espeto a Bucky—. ¿Dónde iba a encontrar uno? ¿Escondido en el armario del equipo? —Sacudo la cabeza—. Tenías que hacer que se lo preguntara, ¿eh? Ahora cree que estamos locos.

—No es una locura desear el amor de un cerdo.

Jesse suelta un abucheo.

—Chicos, ya sé qué escribir en la tumba de Bucky.

—Vete a la mierda, Wilkes.

Mis compañeros todavía se están peleando entre ellos cuando el entrenador vuelve. Con unas zancadas decididas, va hasta el centro de la sala de audiovisuales y levanta un huevo, que asumo

que ha tomado de la cocina del equipo.

—¿Qué es eso? —pregunta Bucky, desconcertado.

Nuestro valiente líder sonríe con suficiencia.

—Esto es vuestro cerdo.

—Entrenador, yo creo que es un huevo —comenta uno de los de primero, indeciso.

Eso hace que reciba una mirada de desdén.

—Ya sé que es un huevo, Peters. No soy imbécil. Aun así, hasta el final de la temporada ordinaria, este huevo será vuestro cerdo. ¿Queréis que os permita tener una mascota de equipo, cosa que, por cierto, conlleva muchísimos trámites con la universidad? Pues demostradme que podéis mantener algo con vida. —Sacude el huevo en el aire—. Está cocido. Si se agrieta, habréis matado a vuestro querido cerdito. Devolvédmelo de una sola pieza y entonces hablaremos de cerdos.

El entrenador toma un rotulador permanente del escritorio y hace un garabato sobre el huevo.

—¿Qué hace? —pregunta Bucky, curioso.

—Lo estoy firmando. Y creedme, sé distinguir si han falsificado mi firma. Así que, si este se rompe, que ni siquiera se os pase por la cabeza intentar hacer el cambiaso con otro huevo. Si no me devolvéis este huevo, olvidaos del cerdo. —El entrenador le planta el huevo a Bucky en la mano—. Felicidades, tenéis una mascota de equipo.

Bucky busca mi mirada y alza un pulgar, triunfante.

Si ser capitán va de esto, no sé si quiero el puesto, la verdad.

Capítulo 6

Hunter

El viernes por la noche barremos la pista de hielo contra el Eastwood College, y no tiene nada que ver con el guante flojo de Kriska. Simplemente estamos que nos salimos y ellos no. Kriska para un lanzamiento tras otro, pero logramos anotar cinco goles. Me gustaría decir que he contribuido a más de uno, pero los dioses del *hockey* han decidido repartir la riqueza. El primer gol ha sido mío y los cuatro siguientes de varios compañeros.

No sé qué le ha pasado a la defensa del Eastwood, pero los chicos no han venido a jugar esta noche. Kriska está solo en la red, donde aparta el disco de la misma forma que Neo esquivaba balas en *Matrix*. En cada ocasión en las que un jugador de Briar consigue quedarse solo con el portero, la cara de este se vuelve blanca como la leche detrás de la máscara, porque sabe que se avecinan problemas. Los defensas del Eastwood se están esforzando por seguirnos el ritmo o están enzarzados en las esquinas, lo que deja a Briar una infinidad de oportunidades para recuperar el disco.

Nuestros fans gritan para animarnos. Jugamos en casa, así que los colores de nuestra universidad, el negro y el plateado, ocupan gran parte de las gradas. Qué bien sienta estar de vuelta y respirar el aire gélido de la pista. El frío que me hace cosquillas en la nuca solo aumenta la adrenalina que corre por mis venas.

Estoy en el banquillo. Quedan dos minutos del tercer tiempo, pero los de Eastwood no van a marcar cinco goles en dos minutos ni en broma. Alzo la mirada. Tengo a Conor al lado. Estamos en la misma línea este año, junto con Matt, y somos una fuerza a tener en cuenta. Esta línea nos llevará a la final.

—Dios mío, ha sido una embestida de locura —lo alabo.

Estamos los dos sin aliento. Nuestro último cambio lo ha provocado un penalti, pues Conor le ha plantado un durísimo golpe a un delantero de Eastwood.

—Tío, todavía me pitan los oídos. —Su sonrisa desprende un aura lobuna debido al protector bucal que le cuelga medio hacia fuera.

—Te necesitábamos la temporada pasada —admito—. No teníamos muchos matones. —Mientras nuestro mayor rival, Harvard, tenía al rey de los matones, Brooks Weston.

Conor se acaba de trasladar este año de una universidad de la costa oeste. Es un chico de

California, con el pelo estilo surfero y una actitud despreocupada. Sin embargo, todo eso cambia cuando tiene que estampar a otros tíos contra los paneles.

El entrenador nos deja en el banquillo mientras el temporizador se acerca al final y deja que nuestra tercera y cuarta línea disfruten de la acción. No vamos a perder el partido, y el tiempo extra sobre la pista de hielo los ayuda a formarse como jugadores. Los chicos consiguen mantener a los de Eastwood a raya, y nuestro primer partido termina con el marcador rival a cero.

Todos están deseando celebrarlo cuando entramos en los vestidores para ducharnos y cambiarnos. Lo tenemos todo planeado para ir al Malone, el bar de Hastings donde se reúne la gente del mundillo del *hockey*.

—¿Te apuntas? —pregunto a Bucky.

—Sí. Dame un par de minutos. Tengo que asegurarme de que Pablo cene.

Me atraganto al reprimir la risa.

En el estante superior de la taquilla de Bucky está la mascota del equipo envuelta en su nueva funda para bebidas de color rosa coral. Con el mayor cuidado, Bucky alcanza a Pablo Huescobar.

Jesse, que camina por el vestuario enrollado con la toalla, vislumbra al huevo en la mano de Bucky.

—¿Qué haces, tío! ¿No ves que Pablo tiene hambre?

—Dame de comer. —Un canturreo llega desde el otro lado de la habitación, cortesía de Velky, nuestro estudiante internacional de Suecia.

Tras día y medio, que es el tiempo que Pablo lleva con nosotros, las cosas han empeorado. Algunos de los chicos han decidido comportarse como unos capullos y meterse con Bucky. Ahora le escriben mensajes a lo largo del día y de la noche como si fueran el huevo. Por lo general, en mayúsculas y mensajes como ¡DAME DE COMER!, ¡MÍMAME! O ¡DÉJAME SALIR A CAGAR!.

A pesar de todo, igual que a mi amigo Mike Hollis, Bucky los ignora a todas horas y nada de lo que le dice la gente le afecta. El muy cabrón ha decidido que seguir un horario de cuidados tiene sentido, lo ha discutido con el entrenador, y ahora todos estamos comprometidos por el sistema de honor a tratar a Pablo como si fuera un cerdo de verdad. El razonamiento es que, si no lo hacemos, en cualquier momento en el que esté bajo nuestra custodia, lo dejaremos tirado en un cajón y nos olvidaremos de él.

Bucky es el único que se lo toma en serio; al resto solo nos hace gracia meternos con los demás.

—Aquí tienes, Pablo, cómete la cena —le dice Bucky al huevo.

El huevo no le dice nada porque es un maldito huevo.

—Siento que he viajado en el tiempo a preescolar —observa Matt, que sacude la cabeza—. No voy a consentir a un huevo, tío.

—Ah, bueno, eso es una pena —responde Bucky con aire de suficiencia—, porque esta noche te toca quedarte con él.

—No, no me toca. Le toca a Conor —protesta Matty.

—No. Mira el horario. —Bucky ha hecho un esquema aleatorio esta mañana para determinar quién debe cuidar del huevo y cuándo. A mí me toca la semana que viene.

—Esto es un lío. —Matt le quita a Bucky la funda afelpada que contiene el huevo—. Te lo

juro, esta noche voy a pillarme un pedo y comerme esta cosa.

Me río mientras salgo del vestuario, con Matt y Bucky detrás. Conor y los demás ya se han ido. Nos volvemos a encontrar con ellos en el Malone, mi sitio favorito del pueblo. Sobre todo, por sus amplios reservados, la cerveza barata y los recuerdos deportivos que hay en las paredes, que ahora mismo vibran por la canción de *rock* clásico que retumba por todo el bar.

Matt dice algo, pero el ruido de las conversaciones y la música a todo volumen ahogan sus palabras. Decide hacer gestos en su lugar, señala la barra con la cabeza y hace un movimiento de beber con la mano, como para decir que va a pedir algo.

Barro la sala con la mirada, pero no encuentro a nadie que me resulte familiar. Me abro paso entre la gente hasta el arco que conduce a la sala adyacente, donde están las mesas de billar y unos cuantos reservados más a lo largo de la pared. Vislumbro una cabeza rubia y una morena. Las Betty y Verónica de la Universidad de Briar.

—Ahí están Brenna y Summer, en el reservado del medio. —Alzo la voz para que Bucky me oiga.

Le brillan los ojos marrones.

—Joodeeer. Qué buena está.

—¿Quién? ¿Brenna? ¿O Summer?

—Bueno, las dos. Pero yo hablaba de Summer. Ese top que lleva es... joodeeer —vuelve a decir.

Sí, a medida que nos acercamos al reservado debo admitir que el revelador top alto de color amarillo que lleva es muy atractivo, pero me alegro de que ver a Summer Di Laurentis ya no tenga ningún tipo de efecto sobre mí. Incluso célibe, ya no siento ganas de acostarme con ella.

Me gustaba Summer cuando se trasladó a Briar, pero por desgracia a ella le gustaba Fitz. Y, aunque no me pareció bien que mi amigo saliera con ella a mis espaldas, ya he superado a Summer por completo. Ella y Fitz son felices juntos, y cuanto más tiempo comparto piso con ella, más me doy cuenta de que no es mi tipo.

Summer es demasiado fácil, y no me refiero a que sea una fresca, sino a que no supone ningún reto. Es demasiado sencillo complacerla y entenderla. Su transparencia fue lo que me atrajo en un primer momento, pero no puedo negar que resulta más divertido cuando una mujer genera un poco más de misterio.

No es que vaya a resolver un misterio femenino en ningún momento cercano. No tener sexo significa limitar mi exposición a las mujeres, porque me conozco. Cuanto más tiempo paso con alguien, más ganas tengo de acostarme con ella. Mis compañeras de piso son la excepción. Y, desde el lunes, Demi Davis también lo es. Es divertido hablar con mi nueva compañera de clase, pero la mejor parte de ella es su novio.

Brenna sale del reservado en cuanto me ve.

—¡Hunter! Por Dios, ¡vaya partido!

—¿A que sí?

—Eres una superestrella. —Me rodea con los brazos, que ya es más del contacto físico que Brenna suele tener conmigo. Entonces veo dos vasos de chupito sobre la mesa. Ah, Summer y ella ya han empezado con el vodka.

—En serio, he estado todo el tiempo de pie y gritando hasta quedarme sin aire. —Brenna me adula, y sé que no es el alcohol el que habla por ella. Brenna Jensen es, quizá, la mayor fan (y

experta) del *hockey* de todo este bar. Es, claramente, la hija de su padre; incluso le han dado unas prácticas en la ESPN. Trabaja allí los fines de semana y por las tardes, cuando no tiene clase.

—Les habéis dado la paliza del siglo —coincide Summer. Un minuto más tarde, Matt reaparece con una jarra y muchos vasos de plástico. El Malone tiene un nuevo especial de los viernes: jarras a mitad de precio. No planeo beber demasiado esta noche porque volvemos a jugar mañana, pero un par de cervezas no hacen daño a nadie.

—¿Dónde está la loquita? —les pregunta Matt a las chicas.

—¿Quién? ¿Rupi? —Brenna se ríe—. Está en casa viendo reposiciones de *Glee*.

—¿Por qué no ha salido?

—No tiene un carné falso —respondo—. Y se niega a conseguir uno.

Summer alza la voz para imitar el tono agudo de Rupí de una forma tan precisa que es casi como si estuviera en el reservado con nosotros.

—¡No puedo saltarme la ley! Esperaré a tener la edad, ¡muchas gracias!

Brenna suelta un suspiro triste.

—De verdad que no sé cómo Hollis la soporta. Y viceversa.

—En serio —coincide Summer—. Solo se gritan el uno al otro.

—O se lían —agrego.

—Cierto. Se gritan o se lían. —Summer sacude la cabeza—. No hay punto intermedio.

—¿Todavía viene los fines de semana? —pregunta Matt, y se acerca la cerveza a los labios. Le da un sorbo—. Hace mucho que no lo veo.

—Viene a casa todos los fines de semana —confirmo—. Pero pasa la mayor parte del tiempo con Rupí. Hollis enamorado da miedo, tío. Tienes que venir este fin de semana para presenciarlo tú mismo.

Bucky acomoda a Pablo en la mesa para servirse cerveza. Cuando Summer estira la mano hacia el huevo, él se la aparta de un manotazo.

—Pablo no es un juguete —la regaña.

—Solo es un huevo.

—¿Solo es un huevo? —Conor alarga las palabras mientras se acerca al reservado justo cuando Summer acaba de hablar, sorprendida—. Hostia, es nuestra mascota, Di Laurentis. Muestra algo de respeto.

—Oh, ¡lo siento! No quería insultar a vuestro huevo.

Conor sonrío, y ni siquiera Summer puede evitar reaccionar a ella. Se sonroja y Con ensancha la sonrisa. El chico es muy consciente del efecto que su sonrisa tiene en las mujeres. Seguramente ha usado este poder desde el colegio, como un X-Men.

Pero, aunque Summer no haya permanecido inmutable, no deja de estar fuera del mercado.

—Deja de sonreírme así o se lo diré a Fitz. —Le saca la lengua—. Y entonces aparecerá en un entreno y te dará una paliza.

—¿No se me permite sonreírte? Bueno, vale. ¿Y qué hay de bailar? ¿Podemos bailar?

Summer lo sopesa.

—Claro, eso sí, pero solo porque me gusta esta canción. —Es un tema de Taylor Swift que no conozco demasiado bien.

Se levanta de un brinco y tira de Conor hacia el grupo de gente que se ha formado junto al pequeño escenario que apenas se usa. Creo que nunca he visto a una banda en directo sobre el escenario del Malone, pero el pequeño espacio que hay enfrente es lo más parecido a una pista de baile que tiene el bar.

Brenna sigue con la mirada el paso tranquilo de Conor. Y su trasero.

—Madre mía, qué atractivo es ese chico.

—¿Tú no tienes novio? —le recuerda Matt.

—¿Y? ¿No puedo admitir en voz alta que otro chico es atractivo? Venga ya. Miradlo.

Matt, Bucky y yo nos giramos para escrutar a nuestro compañero de equipo. Tiene una mano sobre la esbelta cadera de Summer, y en la otra aguanta la cerveza mientras bailan. Cuando se le acerca para susurrarle algo al oído, le brillan los ojos de forma diabólica.

No voy a mentir. Edwards está bueno. Todos lo sabemos.

—Uf. Ahora me siento excluida —protesta Brenna. Y lo próximo que sé es que me arrastra del reservado y me hace levantarme—. Venga, tío bueno, baila conmigo.

En un abrir y cerrar de ojos, estamos al otro lado de la sala y tengo a Brenna pegada a mí. Y su cuerpo es tan ardiente que me olvido de cómo respirar. Los vaqueros se ciñen a sus piernas largas y torneadas, tiene el pelo espeso y brillante y su top es todavía más indecente que el de Summer. Es tan apretado que da la sensación de que sus pechos intentan escapar.

No quiero tocarla. Tengo miedo de que, si lo hago, si mis manos conectan con una traza de piel descubierta o con una mínima curva femenina, me ponga en evidencia.

—¿Qué pasa? —dice Brenna—. ¿Has olvidado cómo moverte?

Le ofrezco una sonrisa de autocrítica.

—Créeme, no quieres que me mueva.

—¿Por qué...? —De repente lo entiende—. Aaah, porque estás fuera de servicio. —Frunce los labios— ¿Tienes miedo de excitarte si nuestros cuerpos se tocan?

—Ya lo estoy —refunfuño—. Todo me excita, Bren. Notar el viento en la cara me excita. Darme contra una mesa me excita.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Oh, sí que estás afectado, ¿eh?

Me quejo.

—No tienes ni idea.

—Pobrecito. —Me toma las manos, se las lleva a las caderas y me envuelve el cuello con los brazos.

Y sí, mi pene no sabe distinguir entre una chica con novio y una soltera. Enseguida se endurece detrás de la cremallera.

—Joder, Jensen. ¿Podemos no hacer esto? Por favor.

—Ay, venga ya. ¿Qué importa una erección entre amigos? —Empieza a moverse al son de la animada canción de Taylor Swift, solo que, al cabo de tres segundos, termina y comienza a zona un tema viejo de los T.I., *Whatever you like*. Esa que habla de sexo, con un ritmo abrasador que es demasiado peligroso para mis doloridas zonas inferiores.

—Mi erección no entiende que no estás disponible —musito.

—¿Te puedo contar un secreto? —dice Brenna, y casi me desmayo cuando acerca esos labios rojos al oído y me susurra de manera seductora—: Jake y yo tenemos una relación abierta.

Se me seca la garganta de inmediato.

—¿Q-qué? —tartamudeo con la voz ronca.

—Solo digo que... —Balancea las caderas—. Si en algún momento quieres romper tu voto...

Una ola de calor me recorre la columna.

—¿Qué leches estás diciendo?

—Sabes perfectamente a qué me refiero.

Me dibuja pequeños círculos en la nuca con las uñas. Mientras tanto, la canción de los T.I. sigue hablando de cosas húmedas, calientes y apretadas, y yo tengo un gran problema.

—¿Por qué no vamos a casa? —sugiere, y me aprieta el cuello más fuerte con los brazos. Nuestros cuerpos están casi pegados. Su sexy voz me hace cosquillas en la oreja—. No haremos nada de ruido. Rupi no oír nada.

Mi boca es un desierto. Con el rabillo del ojo, veo que Summer nos mira extrañada. He dejado de bailar porque la tengo demasiado dura.

—¿Lo dices en serio? —inquiero, porque no me lo creo.

Y hago bien en no hacerlo.

—Oh, Dios mío, Hunter. Por supuesto que no lo digo en serio. —Tiene una mirada traviesa.

—Entonces, ¿tú y Connelly no tenéis una relación abierta?

—¡No!

La miro.

—¿Qué pasaría si hubiera dicho que sí? ¿Y si te hubiera besado?

—Entonces, Jake tomaría el próximo vuelo nocturno desde Edmonton y seguramente nadie encontraría tu cuerpo.

—Eres una cabrona —suspiro.

—Lo siento. —Sin dejar de reír, tiene la decencia de sonar un poco arrepentida—. No he podido evitarlo. Esta cosa tuya del celibato es... fascinante. Pero..., tío, si estás tan cachondo que habías considerado acostarte conmigo de verdad, no sé si sobrevivirás.

Yo tampoco.

—Da igual, ven aquí —refunfuño, y la acerco hacia mí—. Vamos a bailar y ya está.

—¿Estás seguro?

Asiento, taciturno.

—Sí, por qué no. Qué importa una erección entre amigos, ¿eh?

Capítulo 7

Demi

Sigo a Nico hacia el interior del abarrotado bar. Hemos quedado con unos amigos en el Malone, el único bar que hay en Hastings.

No venimos a menudo; si quedamos por el pueblo, invitamos a gente al piso de Nico y pasamos el rato allí. Pero mi novio tenía ganas de salir esta noche, y yo no iba a protestar. En el Malone hacen los mejores nachos del pueblo. Y unas alitas de pollo increíbles. Y las hamburguesas... Uf, vale, todo el menú es impresionante.

—¿Ves a Pippa? —Me pongo de puntillas y escaneo la sala principal atestada de gente—. Me ha enviado un mensaje en el que dice que están en un reservado junto a... oh, ahí está.

Nico me sigue la mirada.

—¿Con quién está?

—Parece que con Corinne y Darius y... oh, genial, ha venido TJ.

Lo había invitado, pero no esperaba que acudiera, pues mi amigo no es especialmente sociable. Cuando vamos a comer o al cine, lo hacemos los dos solos. Las multitudes y los grupos no le gustan demasiado.

Nico pone una mueca en cuanto menciono a TJ.

—Sé majo —le riño.

—Es un pendejo, Demi. —Mi novio siempre recurre a palabras latinas cuando habla mal de alguien.

—No lo es. Es mi amigo.

—¿Amigo? Venga ya, cariño. Está enamorado de ti.

No es la primera vez que me dice eso, pero yo no me lo creo.

—No está enamorado de mí.

—Oh, ¿de verdad? ¿Entonces por qué siempre te mira con los ojos como platos?

—Te lo estás imaginando. —Me encojo de hombros—. Y si estuviera enamorado de mí, ¿qué? Ambos sabemos a quién quiero yo.

—Y tanto que lo sabemos. —Nico me coloca una mano detrás de la cabeza y me acerca para darme un beso.

Para mi sorpresa, mete un poco de lengua y lo próximo que sé es que nos estamos liando en medio del bar. Llama la atención de un grupo de chicos vestidos con camisetas de *hockey*, que no tardan en silbarnos, y yo me sonrojo y me aparto.

—¿Y esto? —Le sonrío.

—Por ser tú. —Nico me toma de la mano y se la lleva a los labios. Como el buen galán latino que es, me planta un besito sobre los nudillos.

Está siendo muy dulce esta noche, y la verdad es que me encanta. El fin de semana pasado me rechazó una insinuación sexual porque estaba demasiado cansado y luego me dejó plantada por lo sucedido con el coche. Merezco que me mime un poco.

—Ve con el grupo. Voy a buscarnos algo de beber —se ofrece Nico antes de dirigirse hacia la cola ridículamente larga que hay en la barra.

Mientras camino hacia el reservado de mis amigos, veo una cara familiar a través del marco de la puerta que separa la sala principal de la adyacente.

Hunter Davenport está bailando con una morena despampanante en un top ajustado sin mangas y pintalabios rojo sangre. Él le susurra algo al oído y, cuando levanta la cabeza para mirarla, no paso por alto el rubor de sus mejillas y los párpados pesados. Ajá. Alguien va a echar un polvo esta noche.

Me pregunto qué pensará la chica que le llevó la comida de ello...

La idea de salir con varias personas me parece una pesadilla. Aunque, creo que es peor todavía ser la chica que sale con el chico que se ve con mucha gente. Soy una perra posesiva, por favor y gracias. Mi hombre no puede quedar con otras mujeres mientras esté conmigo. Y si alguna vez vuelvo a tener citas, reclamaría mi derecho de inmediato y me aseguraría de tener la charla de la exclusividad antes de que el tío pudiera siquiera tomarme de la mano.

Como dice mi madre: hazte valer. Haz que se esfuercen por estar contigo.

Pero a cada uno lo suyo. Es evidente que Hunter tiene mucha suerte con las mujeres. La chica con la que baila se ríe por lo que acaba de decir y, cuando él alza la cabeza para agitarla, divertido, me ve en el marco de la puerta. Baja la barbilla en forma de saludo.

Le lanzo un beso, sonrío y vuelve a concentrarse en su cita, mientras yo me reúno con mis amigos.

—¡Demi! —chilla Pippa, y salta del reservado para rodearme con los brazos.

—Qué hay, chica. —Pippa es mi mejor amiga de Briar. Nos conocimos en la sesión de iniciación en el primer año de la universidad, descubrimos que las dos habíamos crecido en Florida y nos hicimos inseparables al instante.

—Hola. —Nuestra amiga Corinne me saluda—. Me encanta esa falda.

—Gracias, tiene un millón de años. —Me paso las manos por delante de la falda tejana gastada. Es otoño, y todavía llevo faldas cortas y camisetas sin mangas. No sé si odiar o amar el calentamiento global.

Me inclino por encima del reservado para plantarle un beso en la mejilla a TJ.

—No me creo que estés aquí —digo—. Me alegro mucho de que hayas venido.

Se sonroja ligeramente y toma un gran trago de cerveza. A su lado está Darius Johnson, un buen amigo de Nico y mío.

—Hola, D —digo.

—Hola, D. —Me imita y ambos sonreímos. Cuando nos conocimos, competimos un poco

por ver quién se quedaba el mote, pero al final decidimos compartirlo.

—¿Dónde está el resto del equipo? —pregunto. Esté donde esté Darius, siempre hay, por lo menos, tres jugadores de baloncesto más no muy lejos, pero hoy no veo a ninguno.

—Briar ha ganado el partido de *hockey* —explica Darius—. No querían lidiar con todos los fans. Estos chavales están locos.

Como para darle la razón, un trío de chicos borrachos elige ese momento para pasar a trompicones junto a nuestro reservado mientras gritan:

—¡Bri-ar! ¡Bri-ar!

Uno de ellos ondea su camiseta negra y plateada en el aire, lo que significa que va sin camiseta por el bar. Elegante.

Nico vuelve con un daiquiri rosa para mí y un botellín de cerveza para él. Es una marca cubana difícil de encontrar en los Estados Unidos, pero, por algún motivo, en el Malone la tienen. Sonrío, pues estoy bastante segura de que fue mi madre quien le enseñó esa cerveza a Nico. Recuerdo que le permitió probar la suya en la fiesta de mi decimoquinto cumpleaños. Solo bebe esa cerveza desde entonces.

—¿Qué has hecho esta semana? —le pregunto a Corinne cuando me siento frente a ella—. No me respondiste al mensaje sobre deshacer las maletas. ¿Todavía necesitas ayuda?

—Lo sé, perdona. He estado arreglando cosas del mobiliario. Mudarse es horrible — protesta.

Corinne se acaba de mudar a un apartamento de una sola habitación en Hastings, a pocos bloques del Malone, de hecho. Es raro encontrar vivienda en el pueblo, pero Corinne conocía al anterior inquilino, un estudiante de Economía de Briar que decidió dejar la universidad de forma abrupta, y solicitó alquilar el piso al casero del pequeño edificio antes de que nadie supiera que el apartamento estaba disponible.

—Mudarse no es tan malo —la chincha Nico—. Quiero decir, sobre todo cuando tienes a tres jovencitos corpulentos ayudándote—. Sube y baja las cejas.

Suelto un bufido. Nico y dos de sus compañeros de trabajo de la empresa de mudanzas ayudaron a Corinne el domingo pasado a mover todas sus cajas y muebles desde la casa que compartía con otras cinco chicas.

—¿Y esos jovencitos corpulentos se quitaron las camisetas y exhibieron sus músculos? — pregunto a una Corinne ruborizada.

Se echa a reír.

—Ojalá. Se limitaron a beberse mi cerveza y mancharme la alfombra nueva con las huellas de las botas.

—¡Miente! —declara Nico, de buenas—. Llevábamos patucos sobre los zapatos.

—Y para responderte a la pregunta. —mi amiga se dirige a mí mientras se pasa una mano por la melena de rizos oscuros—, sí. Totalmente, necesito ayuda para organizarlo todo. ¿Alguna noche de esta semana?

—Claro. Tú solo hazme saber cuándo. —Conocí a Corinne a través de Pippa y, aunque nunca hemos sido muy íntimas, me gusta quedar con ella. Es un poco reservada, pero, cuando se relaja, es muy graciosa.

Nico toma un buen sorbo de cerveza antes de dejar el botellín sobre la mesa y pasarme el brazo por detrás. Está muy tocón esta noche. Se me acerca y me planta besitos suaves en el

cuello hasta que Pippa suelta un quejido.

—Venga ya, chicos, parad con las muestras de afecto en público. Acabáis de llegar. A este paso, al final de la noche os lo estaréis montando sobre la mesa.

—Suenas apasionante —dice Nico y me guiña un ojo.

Es tan guapo. Originarios de Cuba, Nico y su familia vinieron a Miami cuando él tenía ocho años. Se mudaron justo al lado, y la Demi de ocho años solo tuvo que mirar los ojos profundos y los hoyuelos de Nico para enamorarse. Por suerte, él sintió lo mismo por mí.

Hablamos un poco de las clases, pero yo no contribuyo mucho a la conversación. A decir verdad, odio todas mis asignaturas de este semestre, a excepción de Psico. Hoy, en Química orgánica, hemos hablado de compuestos organometálicos con tanto detalle que casi se me ha deshecho el cerebro. No tenía problemas con las asignaturas de ciencias en el instituto, pero, desde que empecé la universidad, empiezo a odiar la ciencia.

Mientras doy un trago a mi bebida, oigo cómo Nico y Darius charlan sobre el equipo de baloncesto. D trata de convencerlo para que sea su responsable de material porque el que tenían acaba de dejarlos plantados, pero Nico está demasiado ocupado con el trabajo y las clases. TJ permanece en silencio durante casi toda la conversación, y solo habla cuando le saco de su cascarón.

No me importa lo que diga Nico, TJ es un cielo. Se le da muy bien escuchar y sus consejos siempre son muy acertados. Me gustaría que encontrara novia, pero es muy tímido y le cuesta abrirse a la gente. Una vez intenté juntarlo con una de mis compañeras de la sororidad, que luego me dijo que apenas dijo una palabra durante la cita.

—Yo seré vuestra responsable de material —dice Pippa a D—. Pero solo si, a cambio, puedo ver cómo os ducháis. Siento que es un requisito para... Oh, Dios mío. —Se detiene a media frase, boquiabierta, y mira al chico alto que pasa junto a nuestra mesa—. Olvidadlo. Quiero ver cómo se ducha ese.

Solo consigo echarle un vistazo antes de que se aleje. Pelo rubio hasta los hombros y camiseta roja. Me giro, pero no le veo la cara. Aunque tiene un cuerpo increíble.

—Los ojos aquí arriba. —Nico me riñe y levanta dos dedos hacia su cara.

Sonrío.

—Oh, venga ya. Mírale el culo. Es de otro mundo.

Mi novio lo observa desde el reservado justo cuando el chico desaparece por el pasillo de los baños.

—Está bien —cede—. Pero eso no significa que tengas permiso para hacerle un repaso.

—¿Qué vas a hacer, azotarme?

Entrecierra los ojos de color chocolate de forma seductora.

—No me tientes, mami.

Corinne tose ligeramente, mientras Pippa y Darius suspiran de forma dramática.

—Lo siento —digo a todo el mundo—. A partir de ahora nos portaremos bien, lo prometo.

—Yo no quiero portarme bien —anuncia Pippa—. Yo quiero portarme mal con ese bombón.

¿Quién era?

TJ habla.

—Un jugador de *hockey*, creo. O, al menos, ha venido de su mesa.

—¿La mesa de los del *hockey*? —repite.

Él dirige la cabeza hacia la otra sala, donde Hunter Davenport y sus amigos se amontonan en dos reservados enormes. Solo veo chicas guapísimas, tipos grandes de cuerpo atlético y mucha comida.

Y hablando de comida...

—¿Quién quiere nachos? —pregunto mientras tomo la carta que hay delante de Darius—. Voy a pedir para mí, pero también pienso en... Oh, hay una novedad. Bolas de espinacas y *mozzarella* fritas. Vaya, sí. Quiero. Voy a pedir una ración de esto... Entonces tenemos los nachos, y tal vez... ¿alitas deshuesadas?

—¿Con quién habla? —pregunta Pippa a mi novio.

Él suspira.

—Déjalo, Pips. Ya sabes cómo es.

Levanto la cabeza de la carta.

—¿Me estáis juzgando?

—Sí —admite Pippa.

—Al cien por cien —confirma Darius.

—¿Cómo puedes comer tanto y no ganar peso? —inquire Corinne.

—Yo nunca te juzgaría —me asegura TJ, y sonrío, pícaro.

—Gracias, Thomas Joseph. Y al resto, ¿sabéis qué? No probaréis mis bolas de espinacas. Os quedaréis aquí sentados llenos de envidia mientras...

—Ya vuelve —susurra Pippa.

Y efectivamente, el jugador de *hockey* de la camiseta roja vuelve a pasar. Esta vez sí que le veo la cara, y enseguida entiendo por qué Pippa babea sobre la mesa. Tiene unos ojos grises brillantes y una sonrisa bonita que se le dibuja en el rostro cuando pill a Pippa mirándolo, pero no se detiene.

—Por favor —murmuro, y Nico me da un toque en las costillas.

—Está claro que es un chico del *hockey* —confirma TJ con una inclinación de cabeza—. Pero no recuerdo su nombre.

—Un segundo, voy a averiguarlo—. Saco el móvil del bolso.

—¿Qué quieres decir con que vas a averiguarlo? —chilla Pippa.

Encuentro el nombre de Hunter en la lista de contactos. Intercambiamos los números en mi casa el lunes por la noche.

YO: Ey, chico del *hockey*. ¿Quién es el tío de la camiseta roja con cara de «fóllame» y el culo prieto?

Aunque giro el cuello hacia la otra puerta, no veo a Hunter entre el mar de deportistas, pero en la pantalla del teléfono aparecen tres burbujas grises que indican que está escribiendo.

—¿A quién escribes? —inquire Nico.

—A Hunter Davenport.

TJ alza la mirada con brusquedad.

—¿Le estás escribiendo a Davenport?

—Sí, trabajamos juntos en ese proyecto, ¿recuerdas? Tengo su número.

—¿Quién es Hunter Davenport? —pregunta Corinne.

—Solo es un jugador de *hockey* que cree que es un regalo del cielo —le cuenta TJ, con una sonrisa irónica.

—Ni siquiera lo conoces —le chincho.

—El año pasado asistí a un seminario con él, ¿recuerdas? Trataba la biblioteca como si fuera su propio motel personal.

No respondo porque justo aparece la respuesta de Hunter.

HUNTER: Conor Edwards. Ala derecha, #62. Por? Quieres su número?? Le estamos poniendo los cuernos al novio??? Ay, ay.

«Nadie le está poniendo los cuernos a nadie», escribo de vuelta y, cuando noto que Nico está leyendo por encima de mi hombro, añado para rematarlo: «Quiero MUCHÍSIMO a mi novio».

Nico se relaja y me da un besito en la coronilla.

YO: Una amiga le he echado el ojo. ¿Está soltero?

HUNTER: Sí, pero creo que ya ha hecho su elección para esta noche. ¿Quieres que los presente?

Miro a Pippa.

—¿Quieres una presentación?

Se le desencaja la mandíbula de nuevo.

—¡¿Qué?! No. Es demasiado guapo.

—¿Estás segura? —Agito el móvil delante de ella para tentarla—. Te la he conseguido.

—¿Que si estoy segura? Tengo un grano en la frente y hace cuatro días que no me lavo el pelo porque no planeaba conocer a Adonis esta noche. Venga ya, Demi, ¿qué te pasa?

Me río y le contesto a Hunter.

YO: Otra noche, quizá.

Responde con un «*okey makey*» y los puntos grises desaparecen.

—Cobarde —chincho a Pippa.

—Y qué. No puedes ofrecerme algo así tan de golpe. No estoy mentalmente preparada para un lío esta noche.

No sabía que se necesitaba preparación mental para los líos casuales, pero supongo que no tengo conocimiento alguno de las citas modernas. Y me parece bien. Mirad lo que ocurre a mi alrededor: Hunter hace malabares con varias chicas, Pippa se pone nerviosa ante la idea de que le presenten a un tío bueno. Conocer a gente parece muy estresante.

Las relaciones, en cambio, son bonitas y seguras. Yo pertenezco al mundo de las relaciones.

Enlazo los dedos con los de Nico y doy las gracias a mi fortuna por no formar parte de ese otro mundo tan aterrador.

Capítulo 8

Demi

Nico me acompaña a clase el lunes por la mañana. Ha pasado la noche en casa, y siento que volvemos a estar bien mientras paseamos de la mano por uno de los caminos que atraviesan Briar. Aunque el tiempo todavía no ha cambiado, los colores del campus empiezan a mudar. Admiro los enormes árboles que delinear los caminos y adornan el césped, y me maravillo por lo bonito y pintoresco que es todo. A veces parece surrealista. Viví en Miami hasta que cumplí los quince años, así que estoy acostumbrada a las palmeras y las casitas de playa coloridas, no a los robles majestuosos y los edificios antiguos.

Recuerdo que armé un gran escándalo cuando descubrí que nos mudábamos a Massachusetts. A mi padre le habían ofrecido un puesto en un prestigioso hospital de Boston. Jefe de neurocirugía. Cosa que es muy importante, pero yo era una adolescente mimada, así que no quería.

Mi padre, sin embargo, no tolera las pataletas. O, mejor dicho, me deja quejarme, gritar y protestar... Entonces, me dedica una sonrisa irónica y pregunta, complacido: «¿Has terminado?». Porque todos sabemos que, al final, las cosas irán como él quiere. Hace lo mismo con mi madre. Ella es la personificación del estereotipo de latina peleona, complementado con su receta de salsa picante intergeneracional y un temperamento que es todavía más explosivo que el mío. Aun así, ni siquiera mamá logra vencer a mi padre.

Después de que mi familia se mudara a Boston, Nico y yo superamos tres años de relación a distancia, veranos y vacaciones. Después de graduarnos en el instituto, entré en Briar y recé para que Nico también se matriculara aquí. Estuve un poco preocupada en secreto durante un tiempo. No es tonto, pero la Universidad de Briar es una de las más competitivas de la Ivy League, y Nico no tenía una beca de baloncesto ni ningún dato extracurricular impresionante que poner sobre la mesa. Sacaba buenas notas, pero no era el mejor de su clase.

Al final, creo que logró acceder gracias a su carta de presentación. Escribió sobre su arduo viaje desde Cuba hasta América. El padre de Nico, Joaquín, había llegado a Miami antes que su mujer y su hijo para trabajar e instalarse. Sin embargo, no podía permitirse un vuelo para traer a su familia, así que Nico y su madre tuvieron que viajar en un barco... que se hundió. No es broma. Estuvieron a la deriva sobre un bote salvavidas durante dos días antes de que un barquito de pesca los encontrara y rescatara. Al final, consiguieron la nacionalidad y la hermana de Nico,

Alicia, nació en Florida.

El orgullo que siente por este país brillaba en su carta. Yo se la revisé y, cuando recibió la carta de admisión de Briar, solté un enorme suspiro de alivio.

Mientras nos acercamos al edificio de la facultad de Ciencias, me fijo en una silueta familiar, Hunter, que está con una rubia despampanante.

Con la temperatura de veintipico grados que hace hoy, la compañera de Hunter lleva un top corto, una falda blanca vaporosa y el pelo dorado recogido en un moño. Es igual o más guapa que la morena con la que se restregaba la otra noche, como la chica mona que le trajo la comida. El señor Popular solo se vuelve más popular con cada día que pasa.

No tengo ni idea de cómo lleva la cuenta de todas esas chicas: ¿tres distintas en una semana? Quiero decir, ole por él, pero parece agotador.

Levanto la mano para saludarlo y Hunter me devuelve el saludo antes de decirle algo a la rubia.

—Es el chico del *hockey* —le digo a Nico—. Hunter.

Nico sigue mi mirada.

—Tiene pinta de deportista.

Me vibra el bolsillo y saco el móvil para leer el mensaje que me acaba de llegar.

TJ: Ya estoy dentro. Te veo cuando llegues.

—¿Quieres que nos veamos a la hora de comer? —pregunta Nico.

—Claro. ¿Podemos ir al comedor del edificio de Artes Escénicas? Pippa dice que han empezado a servir tacos.

Suspira.

—¿Me has oído, amor? ¡Tacos! —No entiendo por qué soy la única a la que esto le hace ilusión.

Cuando hemos cerrado los planes para comer, se nos acerca Hunter.

—Buenos días —dice, despreocupado.

—Buenos días —repito, antes de señalar a Nico—. Este es mi novio Nico. Nico, este es Hunter.

—Ey, tío, ¿cómo lo llevas? —Hunter le tiende la mano.

Nico le da un buen apretón, y se le marcan los hoyuelos en las mejillas al sonreír con calidez.

—Bien. He oído que trabajas en un proyecto con esta. —Me señala con el pulgar—. Buena suerte, tío.

—Oh, oh. Por favor, quiero detalles.

—Como te equivoques una sola vez, prepárate para la bronca que te va a echar... —Nico se estremece de broma y Hunter suelta un resoplido.

—Es una pesadilla, ¿eh?

—¿De verdad? —pregunto— ¿Os estáis aliando contra mí? Eso está prohibido.

Me ignoran.

—¿Algún consejo sobre cómo manejarla? —pregunta Hunter con solemnidad.

Nico piensa durante un momento.

—Dale una piruleta cuando esté de mal humor. Y en cualquier otro momento, simplemente dale de comer, o plántala delante de un televisor y ponle un programa de asesinatos.

Hunter asiente.

—Recibido. Gracias.

—Iros a la mierda —digo, alegre.

Nico sonrío y me da un pico en los labios.

—Muy bien, me tengo que ir. Te veo luego, mami.

—Adiós, cielo.

—¿Por qué te llama mami? —pregunta Hunter con el ceño fruncido cuando Nico se va.

—Bueno, es un mote cariñoso. Mami, papi. Igual que cielo, cariño, o cualquier otro.

—Ah, vale. —Hunter hace una pausa—. Te doy permiso para empezar a llamarme Papíto, entonces.

—Qué asco. Nunca.

Suelta una risita mientras entramos en el edificio. TJ me espera a la puerta del aula, y la inquietud se le refleja en los ojos cuando me ve aparecer con Hunter.

—Hola, ¿dónde está Pax? —pregunto mientras miro alrededor.

—No tengo ni idea. —TJ me da un abrazo de lado y un besito en la mejilla.

—Entremos —digo.

En el aula, TJ toma asiento a mi lado, mientras que Hunter se deja caer en la silla que tengo al otro. TJ levanta una ceja ante la intrusión. No solemos sentarnos con otra gente. Yo me limito a encogerme de hombros y le sonrío. Hunter me parece divertido.

La sala se llena y llega la profesora Andrews. No veo a Pax por ningún lado.

—¿Te ha escrito Pax? —le pregunto a TJ.

—No.

—¿Quién es este Pax? —Hunter se entromete en la conversación.

—Es un amigo nuestro —respondo—. Hablaste con él la semana pasada. ¿Le llamaste Jax?

—Ah, sí. Jax. Ese chavalín es graciosísimo.

—Se llama Pax —digo, exasperada.

—Pax —confirma TJ.

Hunter se muerde el labio inferior por un segundo.

—¿Estáis seguros?

—¡Sí! —No puedo reprimir una carcajada—. Se llama Pax Ling.

—No, estoy bastante seguro de que me dijo que era Jax. Estaremos hablando de dos tíos distintos.

Este chaval es increíble.

TJ suelta una risita. Al parecer, ni siquiera él es inmune al extraño encanto de Hunter.

Andrews empieza la lección mañanera con una visión de conjunto de los distintos trastornos de personalidad. Excelente. Me alegro de que comencemos con esto. Todavía estoy intentando diagnosticar a mi paciente ficticio, y, en base a las notas que hice durante nuestra primera sesión, sospecho que se trata de una cuestión de personalidad.

Podría ser un sociópata, pero no presentaba signos de apatía. Los trastornos de personalidad

antisocial o narcisista todavía están sobre la mesa, y puede que también el trastorno límite de la personalidad, o TLP, aunque Hunter no describió ningún cambio drástico de humor ni comportamientos impulsivos, a no ser que contemos el adulterio como uno. Sin embargo, su infidelidad parecía increíblemente deliberada y para nada impulsiva. Espero que me dé más material con el que trabajar en la próxima sesión.

Hacia la mitad de la clase, me vibra el móvil.

PAX: Anoche salí de fiesta y se me fue de las manos. Me he dormido. ¡Tomad apuntes por mí!

Mi vecino de silla, Hunter, espía por encima del hombro.

—¿Es Jax?

—No, es Pax.

—Acordemos no estar de acuerdo.

Me esfuerzo por esconder una sonrisa y devuelvo la atención a la profesora Andrews, que analiza un caso relacionado con un trastorno de personalidad antisocial con el que se topó una vez y cómo hizo el diagnóstico. Estoy obsesionada con esta asignatura.

Después de clase, TJ enlaza su brazo con el mío y dice:

—¿Quieres ir a por un café rápido?

—En realidad... —Miro a Hunter—, ¿tal vez podríamos trabajar en el proyecto un ratito? No he quedado con Nico hasta la una y media.

Se encoge de hombros.

—Claro, por qué no. Yo ya he terminado por hoy.

—Pero nos tomamos ese café en otro momento —le aseguro a TJ, y le doy un estrujón en el brazo.

—Ningún problema. Escíbeme luego.

Mientras TJ se aleja, Hunter lo mira y sacude la cabeza, arrepentido.

—Pobre chaval.

—¿Qué significa eso?

—Significa «pobre chaval». Está loco por ti, pero es lo tienes tan metido en la zona de amigos que, para sacarlo de ahí, se necesitaría el mismo equipo de rescate que liberó a los mineros chilenos. Y, aun así, creo que no tendrían éxito.

—No está loco por mí —insisto. ¿Por qué todo el mundo ve cosas que yo no?—. He tenido novio desde que lo conocí.

—¿Y? A mí me han gustado muchas chicas que tenían novio. Mi pene no discrimina.

—Ya, lo he notado —añado, con sarcasmo.

—¿Qué significa eso? —me imita.

—Significa que en la escasa semana que hace que te conozco, ya te lo has montado con tres mujeres distintas. Felicidades, tu pene debe de estar extremadamente complacido.

—Oh, créeme, mi pene está lejos de estar complacido. —Se pasa una mano por el pelo oscuro—. ¿Quieres que vayamos a tu casa?

—¿Por qué no buscamos un sitio bonito en el patio interior? —sugiero—. Hace un día

precioso.

—Te sigo, Semi.

Tomamos el camino ancho de piedra que lleva a una de las zonas de césped cortado que conforman el campus de Briar. No somos los únicos que queremos aprovechar el buen tiempo; hay alumnos de pícnic, otros chutan una pelota de fútbol y, a lo lejos, juegan con un frisbi.

Nos paramos bajo un árbol imponente, con unas ramas que cuelgan hacia un lado como una cascada. Proporciona algo de sombra, agrietada por los rayos de sol que se cuelan por los huecos que hay entre rama y rama. Normalmente, me dejaría caer sobre la hierba sin pensarlo, pero la minifalda que llevo es de un tono de *beige* que no escondería las posibles manchas de césped.

Miro hacia abajo. Bueno, ahora tengo un dilema.

—Un segundo, nena. —Para mi sorpresa, el hombretón del *hockey* se quita la camiseta de manga larga para quedarse en una camiseta sin mangas estrecha. Estira la fina tela sobre la hierba—. Señorita —dice, con gracia.

—Oh, gracias. Ha sido sorprendentemente amable por tu parte. —Me siento y me tumbo sobre los codos para contemplar la copa del árbol verde que tengo encima.

—¿Por qué te sorprende? —pregunta Hunter.

—No creía que fueras tan caballeroso.

—¿Creías que era un capullo? A todo esto, ¿por qué piensas que me acuesto con tres chicas? —Parece confundido de verdad.

—Venga ya, no te hagas el tonto. —Alzo los dedos para contarlas—. La chica que te trajo la comida y que casi te suplicó que la quisieras. La otra, con la que bailaste en el Malone. Y la de hoy, la rubia con cara de supermodelo...

Hunter se echa a reír. Es un sonido profundo y ronco que me cosquillea en el oído.

—No me acuesto con ninguna de ellas. Son mis compañeras de piso.

—¿Tus compañeras de piso? —repito, poco convencida.

—Sí. La de la voz de pito sale con uno de mis amigos, la rubia, con otro amigo mío, y la morena del bar también tiene novio. Y vivo con las tres.

—¿Vives con tres mujeres?

—Al principio éramos Hollis, Fitz y yo, pero se graduaron y, de alguna manera, se decidió que Summer, Rupi y Brenna se mudaran a nuestra casa. Sin una reunión y sin hablarlo siquiera. Ni siquiera me preguntaron qué opinaba. Tampoco me quejo.

—Te estás quejando.

Hunter refunfuña, irritado.

—Vale, sí, me estoy quejando. Las chicas son geniales, pero me habría gustado que alguno de mis compañeros del equipo se hubiera mudado conmigo. Pero este sistema es más cómodo para Hollis y para Fitz. El primero viene los fines, y el otro todavía vive aquí, en teoría, pero pasa mucho tiempo fuera del pueblo por trabajo. En fin, la moraleja es que mi pene no ha estado dentro de ninguna de ellas.

—Bueno, estoy segura de que tienes mucha actividad de todos modos.

—No.

—Ya, claro. —Lo miro—. ¿Tú te has visto?

Se le dibuja una sonrisa de suficiencia en la cara.

—¿Eso ha sido un cumplido?

—Era la constatación de un hecho: estás bueno. Yo lo sé, tú lo sabes y todos los que están aquí en el césped lo saben. —Señalo con énfasis hacia un grupo de chicas que están sentadas bastante cerca de nosotros. Cada dos por tres, una de ellas dirige una mirada de envidia en nuestra dirección.

—Entonces, qué, ¿la gente guapa tiene que tener sexo en todo momento? —me reta Hunter. Resoplo por la nariz.

—Juegas a *hockey* y eres atractivo. Por favor, no me digas que no tienes sexo. No soy idiota.

—No tengo sexo.

Suena realmente serio y, por un segundo, flaqueo. Entonces, caigo en la cuenta.

—Oh. Ya hemos empezado la sesión. ¿Por qué no me lo has dicho? ¡Tendría que estar tomando notas!

Suelta una carcajada.

—No hemos empezado la sesión. Lo digo en serio. Soy célibe.

—¿Célibe?

—Practico la abstinencia —clarifica.

—Sé lo que significa ser célibe, Hunter. Solo que no te creo.

—Es verdad.

—Mentiroso.

—Te lo juro por Dios.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo? —Hunter vuelve dejarse caer sobre los hombros, y el cuerpo le tiembla al reír.

Casi lo fulmino con la mirada por reírse, pero entonces comprendo que ha sido una petición imposible. No me puede demostrar nada, a menos que se la saque aquí delante y empiece montárselo con una de ellas.

—Vale —musito—. Te seguiré el rollo. ¿Y por qué somos célibes?

—Porque nos tenemos que concentrar en la temporada de *hockey*.

—¿No te puedes concentrar en el *hockey* y tener orgasmos a la vez?

—Al parecer, no.

—Ahora siento curiosidad.

Se encoge de hombros.

—Fui un idiota el año pasado. Me gustaba Summer, y...

—¿Qué? A todo el mundo le gusta el «*summer*» —le interrumpo. ¿Adónde quiere llegar con todo esto y por qué lo dice en inglés?

Resopla por la nariz.

—No, Summer es el nombre de la chica rubia con la que estaba antes.

—La que sale con tu amigo.

—Sí, pero antes de acostarse con Fitz, ella y yo nos besamos en fin de año y, bueno, es una historia larga y no es muy interesante. Básicamente, Fitz dijo que no le gustaba y luego, a mis espaldas, empezaron a salir. No lo llevé bien.

—No te culpo —digo, consternada por él—. Va en contra del código de los colegas.

—¿Verdad?

—¿Y todavía vives con ellos?

—Bueno, sí. Fitz es un buen tío. Solo fue estúpido y negó sus propios sentimientos. Después de eso, me centré en intentar olvidar a Summer. Bebía mucho, ligaba por ahí... Y acabé en la cama con la novia de un rival. En aquel momento, yo no lo sabía —añade, a la defensiva—. Jugamos contra su equipo en la final de la liga y allí se descubrió el pastel. El novio enloqueció y me rompió la muñeca.

—Madre mía.

—Perdimos el partido y el otro equipo fue al campeonato y ganó. —A Hunter se le endurece el gesto—. No dejaré que vuelva a ocurrir.

Me río.

—Creo que «no follar» es una solución extrema a un problema más simple. Aquí tienes una alternativa: no te tires a chicas que tengan novio.

—No es solo eso —admite—. Este año soy el capitán del equipo. Quiero ser un buen líder. Quiero reparar lo que ocurrió el año pasado. Solo creo que es mejor concentrarme en el juego en lugar de en las chicas o en ir de fiesta. —Se mete la mano en el bolsillo y mira el móvil—. Bueno, ¿empezamos? Tengo que irme en una hora.

—¿Qué pasa en una hora?

—Tengo que ir a la casa de un compañero del equipo.

Me yergo.

—¿El buenorro?

—El buenorro soy yo, Demi. —Me guiña un ojo—. ¿Te refieres a Conor? Sí, es su casa, así que es muy probable que esté allí. ¿Pero tú no tenías un novio al que acabo de conocer hace cinco segundos?

—Eso no significa que tu amigo no esté bueno. Le gustó a mi amiga Pippa.

—Bueno, un aviso: es la máquina del sexo que era yo el año pasado, así que yo me mantendría alejada si fuera ella.

—Oye, y ¿cuánto hace de lo tuyo? —No puedo evitar preguntar, la curiosidad es muy cabrona.

—¿Desde la última vez que me acosté con alguien?

—No, desde que subiste el Everest.

—Desde abril. Es decir, que hace... ¿cinco meses?

—¡Pobre monje! ¡Eso es una eternidad! —le chincho.

—Lo sé. —Se tumba en el césped y usa la mochila como almohada—. Es horrible, Semi. Echo de menos el sexo.

—Yo tuve sexo anoche.

—Eso es muy cruel por tu parte.

—Pero es la verdad —protesto.

—Te acabo de decir que me duelen las pelotas y tú fardas de la actividad que tiene tu coño? —Suelta un suspiro dramático—. ¿Cómo fue?

—¿El sexo? Bastante bien.

—Empieza desde el principio —me ordena Hunter—. ¿Te desvistió él o le hiciste un *striptease*? ¿Te...

Aúllo de la risa.

—¿Intentas vivir el vicio a través de mí?

—Sí. —Gime—. No tengo nada de acción. Ni siquiera puedo ver porno porque siempre se cuele alguien en mi habitación o llaman a la puerta cuando me atrevo a cerrarla con llave. Te juro que estas chicas no tienen nada de decoro. Estoy relegado a masturbarme en la ducha. —Hace una pausa—. ¿Igual debería mirarme uno de esos móviles resistentes al agua y llevármelo a la ducha? Así podría ver porno y cascármela viendo chicas reales.

—Eso no son chicas reales —argumento—. La pornografía es responsable de haber creado unas expectativas nada realistas hacia las mujeres. Nadie es así y el sexo de verdad nunca es como lo muestran.

—¿Cómo es el sexo de verdad entonces? —me reta.

—El sexo de verdad no tiene guion. Está lleno de torpeza, de frentes que chocan una contra la otra y de posiciones raras en las que se te quedan atascados los brazos y las piernas. Es reírse, soltar tacos, muchos orgasmos o ninguno. Quiero decir, es divertido, pero también es caótico y ni de lejos es perfecto.

Frunce el ceño.

—Eres la peor. Ahora no dejo de pensar en todo el sexo que no puedo tener.

—Tú has sacado el tema.

—Ah, ¿sí? La verdad es que ya no me acuerdo. No sé dónde acaba el sexo y dónde empiezo yo.

Me río. Este chico es gracioso y es mucho más agradable de lo que creía, claramente no es el capullo arrogante que esperaba que fuera.

No voy a mentir: estoy empezando a cogerle cariño a Hunter Davenport.

Capítulo 9

Hunter

Entro en el Land Rover y pongo el aire acondicionado. ¿Cómo puede hacer tanto calor a mediados de septiembre? No me malinterpretéis, espero que no termine nunca, pero estoy muy sudado después de haber estado la última hora en el patio interior con Demi.

Salgo del aparcamiento de estudiantes y vuelvo a Hastings, donde paso la calle donde vivo y me dirijo a un par de bloques más adelante.

No bromeaba cuando le he dicho a Demi que ojalá alguien me hubiera consultado antes de que las chicas se mudaran a la casa. No tengo nada en contra de ellas, pero estoy en la universidad, ostras. Quiero pasar el tiempo con mis colegas. No estoy en el mercado para tener novia este año, y no hay ninguna razón por la que debería saber tanto de mascarillas de eucalipto ni qué tipo de tampón usa cada una de las personas que viven en mi casa. Además, a Rupi y a Brenna se les ha sincronizado la menstruación de alguna manera, así que ahora la tienen a la vez. Y cuando eso pasa, se ponen muy bordes.

Aparco en la entrada detrás del Jeep destartalado que comparten Matt y Conor. Viven juntos, con otro compañero nuestro, Foster, y dos de cuarto que se llaman Gavin y Alec.

Cuando Matty abre a la puerta, le doy la bienvenida a los sonidos familiares de tíos que se insultan entre ellos, de los clics de los mandos de videojuegos y del aroma a *pizza* y a cerveza rancia cuando apenas es mediodía. Esto sí que es la universidad.

—Ey —saludo a todo el mundo en el comedor.

Foster está despatarrado en el sillón, donde juguetea con una lata de cerveza sobre la rodilla. Gavin y Alec compiten en un juego de tiros. La única ausencia notable es la de Conor, que debe de estar en clase.

No estoy seguro de a quién le toca cuidar de Pablo Huescobar, pero está en la mesita auxiliar sobre el arnés suave para bebidas que le hizo Bucky, y lleva un nuevo *look*. Alguien le ha dibujado unos ojos con un rotulador permanente negro por encima del garabato del entrenador Jensen, y *voilà*, ahora Pablo tiene una cara de cerdo con la firma de Jensen como boca.

La verdad es que me sorprende que siga entero. Un grupo de estudiantes universitarios borrachos no son el perfil más adecuado para cuidar de un huevo.

—¿Qué hay, Pablo? —saludo al huevo. No responde, porque no está vivo, pero, eh, al menos

intento hacer un esfuerzo.

Regla número mil de la guía del capitán de equipo: «Escoge tus batallas».

—¿A quién le toca jugar a ser la madre del huevo hoy? —pregunto.

—A Conor, pero acaba de subir con una chica, así que estamos esperando el momento perfecto. —Matt se acomoda en el sofá.

Yo me dejo caer en el otro lado.

—¿El momento perfecto para qué?

Matt y Foster intercambian miradas diabólicas.

—Para darle de comer. Pablo está a punto de morir de hambre.

Gavin resopla por la nariz sin apartar la mirada de la pantalla del televisor.

Ahogo un suspiro. Según mis fuentes, las cosas se han intensificado desde la semana pasada. Ayer, Jesse Wilkes me escribió para quejarse de que los otros chicos no dejaban de llamarlo mientras estaba con Katie. Ya es oficial, se ha convertido en un juego que consiste en molestar al portador del huevo tanto como sea posible.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya? —pregunta Alec, que mueve los dedos como un rayo por encima del mando de la consola.

—Unos diez minutos —responde Foster—. Todavía estarán con los preliminares.

—Los de ella —supone Gavin.

—O le está haciendo una mamada —rebate Matt.

Se quedan en silencio un momento.

—No —dice Foster al final, y se acerca la cerveza a los labios—. Primero él se lo come a ella, luego ella se la chupa y luego follan. Ese es el orden del sexo.

Me río.

—Oh, ¿de verdad? ¿Es eso lo que dice el manual?

Matt suelta una carcajada.

—Yo también lo hago en ese orden —añade Alec—. ¿Por qué? ¿Cómo lo haces tú?

—No lo sé. No me hago un croquis de mis encuentros sexuales como si estuviera explorando unas islas sin descubrir en las Maldivas. —Pongo los ojos en blanco—. No hay un orden establecido. Simplemente veo cómo evoluciona.

—Siempre lo hace de la misma manera —insiste Alec.

—Es verdad —coincide Foster—. Para mí también suele ser así.

—Jum. Qué raro. —Cuando pienso en las veces que me he enrollado con chicas, cada ocasión ha sido distinta.

A veces entramos a trompicones en mi habitación y, antes de que me dé cuenta, ella está de rodillas con mi pene en la boca. Una vez estuve con una chica que quiso que nos besáramos durante tres segundos enteros antes de darse la vuelta y ofrecerme su culo, y me ordenó que se lo hiciera por detrás. Otras sesiones más largas empezaron conmigo besando cada centímetro de su cuerpo, o al revés. A veces, incluso comenzábamos con la penetración y terminábamos con los preliminares.

—No sé qué haréis vosotros, pero yo no veo un patrón en mis polvos —admito.

—A lo mejor tiene que ver con tener novia —sugiere Foster—. Yo estuve con la misma chica durante el instituto y siempre la uso como referencia.

—Y yo hace tres años que salgo con Sasha —dice Alec con una inclinación de cabeza, para referirse a su novia actual.

—Oh, definitivamente, tiene que ver con tener novia —confirma Matt—. Como Jesse. Katie y él tienen la vida sexual más predecible del mundo. Cuando compartíamos habitación en la residencia el año pasado, cada vez que ponían ese estúpido calcetín en la puerta, sabía que les iba a llevar exactamente cuarenta y siete minutos acabar. Creo que habría sido capaz de indicar el tiempo exacto que tardaban en llegar al orgasmo.

—Parece bastante aburrido. —Aunque, ¿tal vez tener sexo con alguien del que estás locamente enamorado es distinto de alguna manera? No tengo ni idea. Tuve varias novias en el instituto, pero ninguna de ellas fue mi alma gemela.

—Vale. Han pasado veintiún minutos —anuncia Foster—. O él está dentro hasta las pelotas, o ella tiene la boca llena. De cualquier forma, el pene está en juego. Repito, el pene está en juego.

—Sois lo peor, cabrones. Como capitán del equipo, debería parar esto —les advierto.

Todos esperan, expectantes.

Una sonrisa lenta se me dibuja en los labios. Por otro lado, Conor tiene tanta actividad sexual que seguramente un *coitus interruptus* sería bueno para su ego.

—Pero hoy no será el día. Adelante. Hacedlo.

Foster y Alec se apresuran por las escaleras estrechas. Al cabo de un momento, sus pasos pesados resuenan por encima del techo. Los golpes incesantes reverberan por toda la casa cuando atacan la puerta de la habitación de Conor con los puños. Suena como una unidad de la policía al irrumpir en un fumadero de *crack*.

—¡Pablo tiene hambre! —grita Foster.

—Dame de comer —chilla Alec.

Desde el otro lado del sofá, Matt se estremece de la risa.

Le sigue un ruido todavía más fuerte y unas palabrotas enfadadas, seguidas de los pasos frenéticos de dos jugadores de *hockey* enormes que corren escaleras abajo. Conor les pisa los talones, sin camiseta, descalzo y con unos bóxers a cuadros medio bajados. Tiene el pelo rubio hacia arriba y los labios un poco hinchados.

—Seréis cabrones —gruñe.

—¿Qué? —Foster parpadea con inocencia. Hace un gesto hacia la mesita auxiliar—. Nuestro cerdo necesita comer. Tenemos una mascota, tronco. Mascotas antes que el sexo.

—Mascotas antes que el sexo —repite Matt.

Gavin aparta la mirada del videojuego y asiente con gravedad.

—Sabias palabras de Thomas Jefferson.

—Le he dado de comer esta mañana —protesta Conor.

Foster lo fulmina con la mirada.

—Come tres veces al día, cabrón egoísta. Míralo, está muerto de hambre.

Echo un vistazo al huevo y a su estúpida cara, y entierro la mía en las manos mientras tiemblo con una risa silenciosa.

—¡Davenport! —ladra Conor—. Eres el capitán del equipo. Voy a presentar una queja contra ellos.

Levanto la mirada, y todavía me tiemblan los labios.

—¿Cuál es la queja?

Eleva el dedo índice en el aire.

—Estaba follando.

—Eso no es una queja. Es la constatación de un hecho.

Foster se cruza de brazos por encima del pecho corpulento.

—No lo olvides: debes esperar cinco minutos enteros para asegurarte de que se lo come todo.

A Conor le palpita una vena en la frente cuando toma a Pablo de la mesa de un tirón. Parece estar a punto de estamparlo contra la pared, pero en el último segundo maldice por lo bajo y se da la vuelta. Se oye un balbuceo entre dientes desde la cocina.

Miro a Matt, boquiabierto.

—No le va a preparar comida de verdad, ¿no?

—No, no está en las normas.

—¿Cuáles son las normas exactamente?

—Las que nos inventemos nosotros —responde Foster con una sonrisa—. Pero, básicamente, hay que pasar cinco minutos con Pablo.

—Pero no puedes abusar del sistema —dice Matt.

—¿Qué sistema? —suelto—. Son todo chorradas.

—Come tres veces al día, caga dos y requiere de tu atención siempre que uno de nosotros se aburra y quiera fastidiar al que lo tenga.

—Pero no puedes jugar la carta de la atención más de unas cuantas veces al día —añade Foster—. Dicho esto, se recomienda mucho escribir entre la una y las cinco de la madrugada.

—Todo muy razonable —añade Alec—. ¿Qué no entiendes?

—¿Me vais a hacer esto cuando me toque a mí? —Me estremezco. Mi turno es el viernes.

—No, nunca te haríamos algo así —me asegura Foster.

Los otros añaden:

—Nunca.

—Por supuesto que no.

—Nunca le haríamos esto a nuestro capitán.

Qué mentirosos son.

* * *

El jueves por la noche, Demi y yo conseguimos hacer un hueco para una segunda sesión de estudio. De nuevo, nos reunimos en su habitación de la residencia Zeta. Está sentada con las piernas cruzadas sobre el cobertor lila y lame una piruleta de uva. Yo estoy despatarrado en su sofacito y la entretengo con un nuevo relato jugoso de la sórdida historia de Pito Smith.

—Pues prometió comprar una tarta de queso de fresa además del pastel de calabaza de siempre. Mientras tanto, el resto se colocaba en su sitio a la perfección. El personal del *catering* era de primera. La mesa estaba puesta con la cristalería que nos habían regalado mis abuelos en nuestra boda. Venía la familia de visita desde Palm Springs y Manhattan. El día de Acción de Gracias siempre es un evento importante en la zona de los Hamptons.

Demi me observa con cautela. Sé que intenta adivinar adónde quiero llegar con todo esto.

—Pero el quid de la cuestión sería la tarta de queso de fresa —fanfarroneo—. Fue el primer dulce que mis padres vendieron cuando abrieron esa primera pequeña pastelería en la calle Burton, que luego convirtieron en todo un imperio de los postres. Era perfecto: mi madre se emocionaría mucho porque yo me había acordado y me había esforzado por complacerla. Sabe Dios que a mi hermano Geoffrey no le importa su felicidad.

Demi pega la piruleta al interior de su mejilla.

—¿Es habitual en usted dejarse la piel para buscar la aprobación de su madre?

—No tenía nada que ver con su aprobación. Se lo acabo de decir: quería hacer feliz a mi madre.

—Ya veo.

Resoplo, irritado.

—En fin. La cena fue espectacular y, cuando llegó la hora del postre, ¿sabe qué ocurrió? Llegaron los camareros con un maldito pastel de calabaza y nada más. Ninguna tarta de queso. Me vi forzado a sonreír, pero por dentro estaba furioso. Kathryn se disculpó después de la cena e insistió en que todas las pastelerías de la zona estaban cerradas o que las tartas de queso estaban agotadas, pero una maldita disculpa no ayudó en su momento. Me hizo quedar mal delante de toda la familia, el maldito Geoff hizo una broma sobre el pastel de calabaza y lo original que era y sentí ganas de darle una paliza. Feliz día de Acción de Gracias, no te fastidia.

Hay un momento de silencio. Echo un vistazo a Demi y veo cómo me inspecciona con astucia.

—Guau —dice, despacio—. Hay mucho que desentrañar aquí. Supongo que mi primera pregunta es: si todas las pastelerías estaban cerradas porque era un día festivo, ¿cree que es justo culpar a su mujer por no haber encontrado la tarta de queso?

—Podría haberla comprado el día anterior —añado con frialdad—. No es excusa.

Sacude la cabeza un par de veces, como para salir de la pantomima.

—Dios, qué bueno eres —declara.

Me encojo de hombros.

—¿Verdad? ¿Crees que debería dejar el *hockey* para dedicarme a la interpretación? —Es un chiste malísimo.

La gracia de todo es que no es ningún chiste. La historia que acabo de contar es una verdad sin filtros. La única parte que me he saltado es cómo el hijo del cabrón tuvo que soportar semanas de alardeo detestable sobre la maldita tarta de queso antes del Día de Acción de Gracias, y luego años de acusaciones resentidas a cauda del pastel de calabaza a continuación.

Sí, ese es mi padre, a quien no le importa una mierda nadie más aparte de sí mismo. Quería quedar mejor que su hermano, y no le importaban todas las pastelerías cerradas y mi horrible madre egoísta por privarle de sus necesidades. Mi pobre madre tuvo que andar con pies de plomo durante meses después de eso. Es imposible complacer a ese hombre.

Cuando abrí el sobre de PACIENTE la semana pasada y vi el trastorno que se me había asignado, casi me echo a reír. Apenas necesito investigar, estoy totalmente familiarizado con los síntomas y cómo se manifiestan. He vivido con ello toda mi vida.

—¿Por qué era tan importante para usted quedar bien delante de su familia? —pregunta la Dra. Demi.

—¿A qué se refiere?

Reformula la pregunta.

—Lo que tenía que ser una reunión familiar feliz se convirtió en una competición entre usted y su hermano. Simplemente me pregunto por qué se involucró en ella.

—Yo no convierto nada en una competición, *él sí*. Está celoso de mí porque soy mayor y tengo más éxito. Y qué, ¿se supone que tengo que dejar que me humille cuando intenta menospreciarme? Ni de broma. Se la devuelvo.

—Ya veo. —Hace una pausa—. ¿Siente que tiene unas expectativas poco razonables hacia la gente que tiene en su vida, o es más bien un nivel promedio de expectación?

Me pregunto a qué conclusiones estará llegando. Es evidente que Demi es muy inteligente, y esa es solo una de las razones por las que disfruto pasando el tiempo con ella. El motivo principal es que es fácil hablar con ella y que no hay ninguna presión por tener nada más que una relación platónica. Tiene un novio al que está claro que quiere, así que no hay tentaciones por mi parte. Sí, está muy buena y tiene la costumbre de llevar unos tops altos que le abrazan esos pechos turgentes y le dejan el abdomen al descubierto, pero soy capaz de admirarla sin fantasear con arrancarle la ropa.

Demi se apunta alguna nota más, y entonces dice:

—Vale, vayamos terminando. Tengo planes para cenar con Nico, pero creo que empiezo a formarme una idea de tu diagnóstico.

—Es muy divertido —admito. No he perdido de vista la ironía de que me resulta divertido describir con todo detalle cómo funciona el cerebro de mi padre.

Papá no es mi persona favorita, pero no suelo quejarme de él con nadie. Durante toda mi vida, simplemente he seguido la corriente del molde de familia perfecta que tenemos. Cualquier otra cosa me habría parecido autocomplaciente. Quiero decir, soy un niño rico de Greenwich que ha ido a escuelas de élite toda su vida. Hay gente que vive situaciones peores. Algunas personas sufren abusos físicos, que es mucho peor que simplemente no llegar a los estándares irrealistas de un narcisista.

Sin embargo, es fascinante describir estos eventos de mi infancia desde el punto de vista de mi padre. No sé si estoy tocando las teclas correctas, pero, con un poco de investigación, lograré centrarme en patrones de pensamiento más específicos.

—Te veo la semana que viene —le digo a Demi—. Pero creo que el lunes no estaré disponible.

—¿Qué tal hacia la mitad de la semana?

—El miércoles por la noche debería poder, pero el fin de semana no; tenemos tres partidos.

—Vale, pues el miércoles por la noche —dice—, pero suele ser el día que voy al gimnasio.

—¿Vas al gimnasio?

—Por supuesto. ¿Cómo crees que tengo este cuerpo sino?

Claro. Recorro su cuerpo pequeño y terso con la mirada. No medirá más de un metro sesenta, pero, madre mía, sus piernas parecen infinitas. Largas, morenas y al descubierto en esos pantalones cortos vaqueros. Seguro que tiene el culo firme y en forma, perfecto para caber en mi mano.

Oh, mierda.

Está pasando.

Estoy fantaseando con ella.

¡Aborta misión, tío, aborta!

—En fin. —Aparto la mirada, pero no antes de que me pille.

—Oh, Dios mío, para. No se te permite mirarme así de esa forma —me ordena—. Eres un monje, ¿recuerdas?

—No te miraba de ninguna manera —miento.

—Falso. Me estabas mirando con ojos de pene.

—No es verdad. Créeme, las miradas ardientes no son mi jugada por defecto. —Sonríó con suficiencia—. Si quisiera ligar contigo de verdad, no me dirías que parara.

—¿Tienes una jugada estelar? —Una sonrisa encantadora ilumina su precioso rostro. Tiene la piel increíble. Brillante y sin imperfecciones, y creo que ni siquiera lleva maquillaje—. ¡Enseñamela!

—No.

—¿Por favor?

—No —gruño—. No se te permite ver mi jugada.

—¿Por qué no? —gimotea.

—Dos razones: tú tienes novio, y yo soy un monje.

—Vale, pero para que conste, me apuesto lo que quieras a que es patética. —Sonríe y abre el cajón superior de su escritorio. Rebusca un rato y saca la mano con otra piruleta. Esta vez, de cereza. O quizá fresa.

—Creo que eres adicta al azúcar —la informo.

—No, solo me gusta tener cosas en la boca.

—Nop, ni siquiera voy a comentar esa declaración.

Me fulmina con la mirada.

—Se llama fijación oral, Hunter. Es bastante común.

—Ajá. Si tú lo dices.

Y a pesar de mis esfuerzos por olvidar esta conversación, los pensamientos sobre Demi y su fijación oral me persiguen todo el camino hasta casa y consumen mi cerebro calenturiento. Y lo próximo que hago es cerrar la puerta del baño con pestillo y entrar en la ducha, con el puño cerrado alrededor de una erección lo bastante dura como para partir en dos una losa de mármol.

Está volviendo a pasar.

Estoy fantaseando con Demi Davis, y esta vez no pienso parar.

Me imagino sus labios carnosos que envuelven la piruleta roja, pero, en cuestión de segundos, mi glande sustituye la piruleta. Le doy empujoncitos entre esos labios *sexys*, y su lengua enseguida sale disparada porque está deseosa por probarla.

—Mmm —imagino que murmura—. Sabe a caramelo—. Y me imagino a mí mismo diciendo que seguro que su sexo todavía sabe más dulce, lo que la hace gemir, y ese sonido gutural se expande a través de mi miembro y me tensa el escroto.

—Mierda. —El taco ronco que suelto hace eco en el plato de ducha. Apoyo el antebrazo contra la pared de azulejos mientras me masturbo con movimientos rápidos y desesperados. La tengo tan dura que duele. El vapor del cuarto de baño me dificulta la respiración. Mientras me tiro a mi propio puño, hundo la frente contra el brazo y trago bocanadas de aire caliente.

Oh, Dios mío, qué bien. Mi fantasía hortera guionizada se ha disuelto en el aire vaporoso. Ahora me estoy tocando con imágenes aleatorias que me cruzan la mente: Demi que me la come, el escote de Demi saliéndose de los tops ajustados que lleva, sus piernas morenas... que se abren para mí. Hostia, me pregunto qué sonidos hará ella durante un orgasmo...

Me corro como si fuera un cohete de agua. Dios santo. Disparo en mi propia mano, con la respiración entrecortada, y los ojos me hacen chiribitas mientras el pene se me estremece de manera salvaje.

Solo siento un poquito de culpa por fantasear con Demi, aunque creo que ella me perdonaría si se lo dijera. Quiero decir, era obvio que iba a pasar. Estoy en apuros, cinco meses seguidos sin sexo. Al final de mes me la cascaré con fantasías sobre Mike Hollis.

Mi salud mental empieza a preocuparme.

Unos golpes fuertes repiquetean contra la puerta.

Casi me caigo en la ducha del susto.

—¡Hunter! —chilla Rupi—. Sal ya. ¡Vas a gastar toda el agua caliente y me quiero duchar antes de irme a la cama!

Se me atasca un gemido en la garganta, que me escuece de lo fuerte que he jadeado. Todavía tengo el pene en la mano, pero ya se está ablandando, porque ese es el efecto que la voz de Rupi tiene en los penes.

—Vete —gruño a la puerta, pero no se puede negociar con terroristas. Si no me rindo a sus peticiones, seguro que encuentra un vídeo de unas ganzúas en YouTube, abre la puerta y me saca de la ducha a la fuerza.

Odio a mis compañeras de piso.

Capítulo 10

Demi

Los miércoles no tengo clase, así que aprovecho la mañana para estudiar para un examen de Biología y terminar unos deberes de Matemáticas. Este semestre tengo casi el doble de trabajo que el año pasado, así que ahora me levanto una hora antes cada día con la esperanza de que me ayude a seguir entre las mejores de la clase.

Por si no estuviera bastante estresada ya, mi padre ha decidido que debería empezar a estudiar para el examen de admisión a la facultad de medicina. Ayer por la noche incluso me envió un mensaje en el que se ofrecía a pagarme un tutor. Le dije que me lo pensaría.

La verdad es que solo necesito pensar en una forma diplomática de decirle: «Por favor, por el amor de Dios, no me hagas estudiar para acceder a la facultad de medicina todavía o no sobreviviré a tercero».

Paso la tarde con Corinne en su piso nuevo de Hastings y la ayudo a organizar el armario. En mi casa de Boston tengo un bonito vestidor ordenado por estilo y color. Mis niveles de ansiedad se reducen de manera drástica cuando todo está limpio y ordenado.

—Muchas gracias por hacer esto —dice Corinne un poco avergonzada.

Paso una percha por un jersey grueso de punto trenzado.

—Nada. Sabes que estas cosas son lo mío. Además, somos amigas, y no dejamos que las demás ordenen su armario solas.

Su sonrisa rebosa de gratitud.

A veces, Corinne es un hueso duro de roer. Es muy guapa y tiene muchos chicos haciendo cola para salir con ella, pero es exigente a la hora de tener una cita. Es antisocial, callada en ocasiones, pero su sarcasmo es de lo mejor y, cuando se relaja y baja la guardia, es muy divertida.

—Es un piso muy mono —comento—. Me encanta lo grande que es la habitación. —Es casi del tamaño de la mía en la residencia. Allí lo echamos a suertes y me tocó la principal.

Mi móvil vibra sobre la cama de matrimonio de Corinne. Voy a por él y descubro un mensaje de Hunter.

HUNTER: ¿¿Viste el partido de los Bruins anoche??

En una de nuestras conversaciones anteriores, habló entusiasmado sobre un partido que se retransmitió por televisión y yo mencioné que me aseguraría de empezar a ver los de *hockey*. Creo que no entiendo el sarcasmo.

YO: ¡Oh, ya ves! ¡Fue intenso! ¡¡¡No me puedo creer que ese jugador marcara diecinueve puntos!!!

ÉL: No lo viste, ¿verdad?

YO: No. Perdón. Ya te dije que no me importa el *hockey*.

ÉL: Esperaba más de mi terapeuta. Adiós.

Se produce una larga pausa.

HUNTER: Espera, mierda, que te había escrito por otra cosa. ¿Sigue en pie nuestra sesión en el gimnasio de hoy?

YO: Sí. Cuando termine de cenar. ¿Hacia las 8? Ah, y asegúrate de llevar unas mallas de licra apretadas para que te pueda cosificar.

ÉL: Obvio.

Sonrío frente a la pantalla.

—¿Es el jugador de *hockey* otra vez? —pregunta Corinne.

—Sí. —Con una risita, agito la cabeza, indulgente—. Es tan creído... Pero está bueno. Te emparejaría con él, pero no se acuesta con nadie.

—Espera, ¿qué?

—Está practicando la abstinencia durante un tiempo. —Espero que no sea un secreto, pero, por si acaso, no le doy más detalles—. Oye, ¿cuál es tu red wifi? Estoy intentando entrar.

—Ah, todavía no he instalado el wifi. Lo tendré a partir del viernes.

Estoy a punto de dejar el móvil cuando me llega otro mensaje.

TJ: ¿Sigue en pie nuestra cena?

YO: Oh, sí. ¡¡¡*Sushi*, nene!!!!

Termino con tres emoticonos de peces. TJ contesta con un par de gambas, e iniciamos un intercambio de emoticonos aleatorios de animales marítimos que me hacen reír.

YO: ¿Te has dado cuenta de que no hay un emoticono de una langosta?

TJ no responde, así que dejo el móvil y doblo el montón de camisetas sobre el colchón de Corinne.

—Creo que esto tendría que ir en la cómoda —sugiero—. Colgar camisetas es malgastar perchas.

—Estoy de acuerdo. Pues colgamos las cosas que se arrugan, y luego los vestidos, las

faldas...

Vuelve a vibrarme el móvil. TJ me ha enviado la foto de una langosta de dibujos animados con corazones en los ojos, y un bocado por encima de la cabeza que dice: ¡TE QUIERO CLAVAR LAS PINZAS!

Suelto una carcajada.

—Perdona —le digo a Corinne—. TJ me está mandando fotos graciosas.

—Tienes muchísimos amigos chicos. Mientras tanto, yo ni siquiera puedo con uno. —Sacude la cabeza—. No sé cómo lo haces. Con esos egos frágiles... Solo son niños pequeños que necesitan atención. —Toma aire de golpe, encantada de su nueva idea—. ¿Sabes quién eres? ¡Eres Wendy con todos los Niños Perdidos!

—Pues más o menos —digo seca—. Pero me encantan mis Niños Perdidos. Son una fuente de entretenimiento constante. —Doblo otra camiseta—. TJ y yo vamos a cenar en el pueblo esta noche. Vamos a probar el japonés nuevo que han abierto delante del teatro. ¿Quieres venir?

—No puedo. He organizado un grupo de estudio aquí luego. ¿Solo vais TJ y tú? ¿Sin Nico?

—Nico va a jugar al baloncesto con Darius y luego ha quedado con unos chicos del trabajo para tomar algo. Creo que los conociste cuando te ayudaron con la mudanza.

—Conocí a dos. —Se lo piensa—. Uno era muy mono, el otro estaba muy calvo.

Me río.

—El calvo es Steve, y creo que el mono era... ¿seguramente era Roddy? Es el diminutivo de Rodrigo, pero creo que tiene novia.

—Qué mal.

—Ya, bueno. Tú ni siquiera quieres tener novio.

—Cierto.

Llevo la pila de camisetas bien dobladas a la cómoda de madera de segunda mano de Corinne.

—Venga, guardemos todas estas cosas aleatorias y luego volvamos a ponernos con el armario. Esa es la parte divertida.

—Las cosas que te hacen feliz... —Suspira—. Eres rarísima, Demi.

Paso un par de horas más con Corinne y después voy a pie hasta el centro del pueblo. Me encuentro con TJ en el restaurante de *sushi*, que resulta ser increíble, así que, por supuesto, le escribo un mensaje a mi novio para contárselo todo en el Uber que me lleva de vuelta al campus, pues me entusiasma la comida rica y, cuando estoy emocionada, tengo que compartirlo con Nico.

NICO: Creo que devalúas el valor de los orgasmos cada vez que dices que una comida es «orgásmica».

YO: Bueno, yo creo que infravaloras la buena comida. Y eso es casi un crimen, porque eres cubano y llevas la comida en la sangre.

ÉL: Qué va.

YO: Voy a decirle a tu madre que has dicho esto.

ÉL: Ni se te ocurra.

YO: Voy al gimnasio en nada. Estaré en casa hacia las 9. ¿Quieres venir cuando termines con los chicos?

ÉL: Seguramente no, bebé. Creo que iremos a casa de Steve y haremos una maratón de Fortnite.

Solo estoy un poco decepcionada. No teníamos planes, así que no le puedo culpar por querer quedarse con sus amigos, con quienes tenía planes para empezar.

YO: Vale. ¡Pásatelo bien! Te quiero.

NICO: Yo también te quiero, cielo <3 <3 <3 <3

* * *

—Echo de menos las mamadas —declara Hunter en el gimnasio, una hora más tarde.

La afirmación desolada me arranca un estallido de carcajadas que casi provoca que me caiga de la cinta de correr. Ha pasado una semana desde la última vez que nos vimos, y está claro que su condición de monje sigue intacta.

—Siento oír eso —comento.

—No me lo digas a mí, díselo a mi pene.

Con un resoplido por la nariz, bajo la mirada. No voy a mentir: tiene un paquete bastante impresionante debajo de los pantalones de deporte negros. Hago un gesto magnánimo hacia su entrepierna.

—Mis sinceras condolencias por sus recientes dificultades, pene de Hunter.

El propietario del pene asiente con seriedad.

—Aprecia el sentimentalismo.

Este chico es genial o lo peor. Todavía no lo he decidido.

Dicho esto, es el peor compañero de gimnasio que he tenido jamás. Durante los últimos cuarenta minutos hemos estado uno junto al otro, cada uno en su cinta, sin alterar el ritmo, pero empiezo a cansarme. Y admito mi derrota cuando le doy al botón de inclinación con el dedo para ponérmelo un poco más fácil.

El señor estrella del *hockey* apenas ha sudado. Una ligera capa de brillo le cubre la frente, y eso es todo. Yo, mientras tanto, soy un pequeño desastre sudado. Menos mal que no siento nada romántico por él, porque ahora me estaría muriendo de la vergüenza por sudar tanto. Ni siquiera Nico me ha visto tan sudada en mi vida.

—Oh, ¿alguien necesita una pausa? —se burla Hunter.

—No, solo un camino más llano.

—Floja.

—Monje.

—Tienes que dejar de usar eso como insulto. Hay gente que considera mi celibato admirable.

—Dice el chico que se queja porque echa de menos las mamadas.

—Oh, como si tú no fueras a echarlo de menos si tu novio dejara de bajar al pilón.

—La verdad es que no —digo antes de detenerme, y me arrepiento al instante. No me gustan las charlas de vestuario, y menos cuando involucran a mi novio. ¿Y qué, si Nico no es un genio

del sexo oral? No significa que no tenga otras cualidades excepcionales.

Por desgracia, Hunter me ha oído alto y claro, pero, aunque gira la cabeza hacia mí, el resto de su cuerpo no deja de caminar, con esas piernas largas que parecen comerse la cinta.

—Oh, oh. ¿Mi amigo Nico no usa bien la lengua?

—Ay, no, que sí.

—Ah, ¿sí? No ha sonado a eso.

—Qué importa, no todo el mundo es bueno con el sexo oral —gruño—. La práctica hace al maestro, ¿no?

Hunter hace un esfuerzo por no reírse.

—¿Pero no lleváis como diez años juntos?

—Ocho —digo a regañadientes—. Empezamos a salir más formalmente a los trece años.

—¿Y todavía no domina el arte de comer coños? —dice incrédulo.

—No seas bruto.

—Vale, ¿prefieres que diga *cunnilingus*?

Puaj, esa palabra me resulta muy poco atractiva. ¿A quién se le ocurrió?

—Mira, no estoy diciendo que se le dé fatal. Sinceramente, creo que soy yo. No me interesa demasiado.

—¿Alguna vez te ha hecho sexo oral otra persona?

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes que eres tú? —me reta Hunter—. Me apuesto cien dólares a que se le da fatal practicar sexo oral. ¿Cuánto tiempo pasa ahí abajo?

Me arden las mejillas.

—No mucho. —Me apresuro a defender a Nico—. Creo que es porque está muy impaciente por penetrarme.

—Pero si la anticipación es la mitad de la diversión —protesta Hunter.

Me encojo de hombros.

—Da igual. Aunque sea por él, hace cosas maravillosas cuando está dentro de mí, y lo que hace con los dedos está bastante bien. No podemos ser todos buenos en todo, ¿no?

—Yo lo soy —dice Hunter, engreído.

—Ajá, estoy segura de que eres fenomenal en la cama. Los hombres que presumen de su destreza sexual siempre lo son.

—Lo soy. Es una pena que nunca vayas a comprobarlo.

—Ni yo ni ninguna otra chica, monje.

Pone los ojos en blanco. Su paso se mantiene inalterado. ¿Cómo puede mantener una conversación y no quedarse sin aliento? Yo me estoy esforzando por hablar y correr a la vez. Malditos deportistas.

—En fin, aparte de sus decepcionantes fallos, Nico parece un buen chico —cede Hunter—. Es divertido.

—Es muy gracioso. Y sí, es un buen tío.

—Menos sus habilidades orales por debajo de la media, claro.

—No están por debajo. Son promedio.

—¡Uf, qué suerte!

—Anda, cállate.

—Cállate tú. —Hunter me dedica una de sus sonrisas diabólicas—. No te preocupes, no le diré que has dicho eso. Le destrozaría el ego.

—Cualquier cosa de la que hablamos está bajo la confidencialidad de médico y paciente —digo con firmeza.

—Eso es, doctora.

Una mujer vestida con ropa de deporte ajustada deambula y empieza a hacer sentadillas justo delante de nosotros. Podríamos pensar que su elección de colocarse aquí no ha sido intencionada si no fuera porque, desde el espejo que hay al otro lado de la sala, su mirada sedienta no se separa de Hunter.

Él ve a su admiradora y me guiña un ojo. No es la primera mujer que intenta llamar su atención esta tarde, y estoy segura de que tampoco será la última. Es irónico que sea célibe, porque cualquier chica de este centro de *fitness* estaría encantada de acostarse con él. En el gimnasio. Delante de todo el mundo.

—No me creo que Nico sea la única persona con la que te has acostado —musita Hunter.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—¿De malo? Nada. Solo me sorprende.

—Llevamos toda la vida juntos. ¿Cuándo iba a tener la oportunidad de acostarme con otra gente?

—¿Nunca has sido infiel? ¿Jamás?

—Jamás. Nos hemos dado más de un tiempo a lo largo de los años, pero nunca me he acostado con otra persona.

Alza una ceja, desafiante.

—¿Me estás diciendo que no te enrollaste con nadie durante esas pausas?

—He besado a algún chico —admito, y me encojo de hombros.

—Y esa no es la respuesta más vaga que he oído nunca.

—Dios, qué cotilla eres. Vale. He besado a otros tres chicos, y puede que haya habido algo de magreo durante uno de esos encuentros.

—¿Suave o fuerte?

—Suave. No pasó de tocarme los pechos. Él quería más, pero yo sentía que estaba traicionando a Nico.

—¿En serio? Tendrías que haberlo hecho. Porque, me sabe mal decírtelo así, pero te garantizo que Nico sí que pasó de tocar pechos.

—Ya lo sé. Somos sinceros el uno con el otro. Además, durante una de las pausas vi cómo se enrollaba con una chica en una fiesta. Eso fue lo que me llevó a tontear con el chico del magreo. —Titubeo—. Y sé que Nico se ha acostado con otra persona, por lo menos una vez.

—¿Por lo menos? —Las zapatillas de Hunter chocan contra la cinta cuando aumenta la velocidad. Uf. ¡Ahora corre más rápido! Y ni siquiera le cuesta respirar. Es increíble.

Llegados a este punto, yo voy a paso de caracol y ni siquiera he puesto la configuración de descanso.

—Sé que se acostó una vez con alguien seguro, porque me lo contó. Pero... creo que una vez me puso los cuernos —confieso, y me reprendo por ello.

Una cosa es criticar las habilidades de sexo oral de tu novio, pero ¿abrir el armario y sacar a

los fantasmas? Eso es cruzar la línea.

—No le cuentes a nadie que he dicho eso.

Hunter es lo bastante listo como para ver que hablo en serio.

—¿De verdad crees que te ha puesto los cuernos?

Asiento. No es un tema del que me encante hablar largo y tendido, que digamos.

—En el instituto, durante el verano antes del cuarto año le visité en Miami y fuimos de acampada a los Everglades con un grupo de gente. Bueno, no era un *camping*. Era más como un resort.

—¡Buuu! —exclama Hunter al instante, y me muestra dos pulgares hacia abajo.

La mujer que sacude el culo delante de nosotros echa un vistazo por encima del hombro para ver a qué viene tanto escándalo, pero él ni siquiera la mira.

—No, no, no —anuncia—. No puedes ser una de esas chicas, Semi.

—No me gustan las letrinas, ¿vale? Prefiero acampar en un sitio que tenga paredes, un baño de verdad, wifi y...

—¡Eso no es acampar!

—Exacto. Eso es ir de resort, como he dicho.

—¡Buuu!

—¿Puedes dejar de abuchearme, por favor?

—Justo cuando empezabas a caerme bien, descubro que eres una pija mimada de Miami que se niega a dormir en una tienda de campaña.

—¿Quieres oír el resto de la historia o no?

Su expresión se vuelve impaciente.

—Oh, me apetece mucho, pero solo si tú quieres contármelo.

Por alguna razón inexplicable, sí que se lo quiero contar. Solo he tenido a otra confidente: Amber, mi mejor amiga de Miami, y me dijo que todo eran paranoias mías.

—Uno de nuestros amigos se llevó a su prima Rashida al viaje, y esa chica no dejaba de tontear con Nico. Empezaba a molestarme, así que... —Me detengo de golpe.

—¿Así que qué? —inquieta Hunter.

Me quejo con un ligero sonido.

—Ni confirmo ni desmiento que le dije que, si no paraba de intentar ligar con mi novio, la iba a ahogar en el lago y dejaría su cuerpo para los caimanes.

Por primera vez en sesenta y dos minutos, Hunter da un traspie sobre la cinta. Se agarra al pasamanos para mantener el equilibrio, pero no deja de reír.

—Joder. Eres una psicópata, Davis. Lo sabía.

—No, tomé prestado el método de un episodio de *Animadoras que matan*. No soy tan creativa como para planear un asesinato macabro. En fin, que esta chica, Rashida, había entrado en tal modo de depredadora, y no se molestaba en disimularlo, que necesitaba un recordatorio de que Nico tenía novia, pues él no estaba actuando como tal. Yo sentía que él incentivaba el tonto, lo que hizo que me enfadara todavía más. Empezamos a discutir sobre el tema y Nico se puso borde, anunció que se iba a dar un paseo y desapareció durante unas cuantas horas.

—¿Unas cuantas horas? —Hunter entrecierra los ojos—. Déjame adivinarlo, ¿Rashida desapareció durante el mismo rato?

—Buena suposición. Dijo que había ido en coche a comprar tentempiés al pueblo cuando el armario de la cabaña estaba lleno, por lo que tal vez lo hizo, pero a mí aún me parecía sospechoso.

—Y tanto.

—Me enfrenté a Nico sobre ello y él insistió en que estaba solo en el bosque y que hacía horas que no había visto ni hablado con Rashida. Añadió que estaba siendo ridícula y que estaba exagerando. Perdió tanto los papeles que me sentí culpable por haberlo acusado y le pedí perdón durante un año entero después de eso. —Frunzo el ceño—. Quiero creer que no hizo nada, pero...

—Pero no te lo crees —termina Hunter.

—No. Y me siento mala persona por ello.

—No deberías. Siempre debes confiar en tu instinto, Demi. Si la gente se comporta de forma extraña, suele deberse a algo. El hecho de que perdiera los papeles y te gritara dice muchas cosas. Los culpables suelen atacar. La gente inocente, no.

—Puede ser, pero... no importa, ocurrió hace años. Éramos unos niños. —Me encojo de hombros—. Ahora ya estamos en la veintena y eso es cosa del pasado.

—¿Algo como eso se queda en el pasado de verdad? —La voz de Hunter se vuelve áspera—. Creo que yo no sería capaz de olvidar un incidente como este. Lo tendría en la mente, acechando. Por ejemplo, pongamos que Summer hubiera cambiado de opinión y al final hubiera decidido que le gustaba yo en lugar de Fitz. Durante toda la relación, no habría dejado de pensar en cosas como «¿Le gusto de verdad?», «¿Está pensando en él?» y mierdas así. Creo que es mejor... —Hace un gesto de tijeras con los dedos—. Cortar. Empezar de cero. Si un pozo se seca o se estropea, haces otro, ¿no? No bebes del agua contaminada.

Suelto un bufido por la nariz.

—¿Sabes mucho de pozos, chico de Connecticut?

—No hay que tener experiencia de primera mano con algo para usarlo como metáfora. —Hunter se queda pensativo—. Pero mira, Nico parece un chico decente y es evidente que está enamorado de ti, si eso te hace sentir mejor.

—La verdad es que sí. —Valoro las observaciones imparciales de terceras personas. Significan más que las afirmaciones falsas y los tópicos que suele decir la gente que te quiere.

Otra chica pasa por delante de nosotros y ralentiza el paso de forma drástica cuando ve a Hunter. Por fin está sudando y tiene la camiseta empapada pegada al torso más impresionante que he visto nunca. Tiene los pectorales perfectamente definidos y unos brazos espectaculares. No culpo a ninguna de estas mujeres por babear al verlo.

Hunter mira a su admiradora y luego me observa, serio.

—No tienes ni idea de lo que me gusta pasar el rato con alguien que no se quiere acostar conmigo.

—Oh, por Dios, es lo más arrogante que he oído nunca.

—Es verdad. —Mueve la mano para señalar a nuestro alrededor—. Míralas, Semi, ¡míralas a todas! Todas son *sexies* y me desean. Y, mientras tanto, tú eres una bonita criatura neutral que no desea echarme un polvo. Es glorioso.

—¿Son todas *sexies*? Creo que exageras.

—Ya hemos establecido que mi pene no discrimina. Ni siquiera tú te escapas.

Giro la cabeza.

—¿Qué significa eso?

—Ah. Nada. —Es obvio que oculta algo. Pulsa unos botones en la máquina para poner el modo descanso. Cuando vuelve a mirarme, parece avergonzado—. Tengo que confesarte algo, pero me tienes que prometer que no te vas a enfadar.

—Nunca te prometeré eso. Jamás.

—¿En serio?

—En serio. Cuéntamelo bajo tu propio riesgo.

—Vale. La otra noche me masturbé...

—Felicidades. ¿Se te estremeció el pene al terminar?

—No había terminado.

—¿No te corriste?

—Quería decir que no había terminado de hablar —protesta—. La otra noche me masturbé... fantaseando contigo.

Se me desencaja la mandíbula.

Ejem. ¿Qué?

—Oh. Dios. Mío. —Lo miro con total incredulidad—. ¿Por qué me lo cuentas?

—Porque me sentía culpable. Como si tuviera que ir a la iglesia a confesarme.

Noto cómo me ruborizo y sospecho que estoy realmente roja. Sí, tengo muchos amigos chicos, pero es la primera vez que uno de ellos me confiesa que se ha dado placer mientras fantaseaba conmigo. Quiero decir... es halagador, supongo. Si TJ o Darius o...

Me estremezco con la mera idea de ello.

Vale. Qué respuesta tan interesante. La idea de que mis otros amigos chicos se masturben pensando en mí es extremadamente poco atractiva. Sin embargo, pensar en Hunter tocándose conmigo en mente es...

Se me tensan los muslos ante la obscena imagen.

Dios mío.

No.

No.

I-na-propiado.

Hunter suelta un gran suspiro.

—Me siento mucho mejor ahora que me he quitado esto de encima.

—Bueno, ¡pues yo no! —Ahora no me puedo sacar la imagen de la cabeza, y eso está muy mal.

Le brillan los ojos oscuros.

—Tómatelo como un cumplido.

—No, gracias.

Se seca el sudor de las cejas con el dobladillo de la camiseta y nos muestra el pecho descubierto a mí y al resto de los usuarios del gimnasio. Sus abdominales marcados resplandecen.

—En fin, aparte del pequeño detalle de que me he masturbado pensando en ti, valoro mucho esto que tenemos. —Nos señala a ambos—. Prométeme que no cambiaré nada entre nosotros.

—¿Qué no va a cambiar nunca?

—Que nunca querrás acostarte conmigo —dice, de forma dramática.

Es pura arrogancia... Suelto un suspiro exagerado y alargo la mano para darle una palmada en el brazo rematadamente musculoso.

—Hunter, te prometo que nunca desearé acostarme contigo.

Capítulo 11

Hunter

He esquivado las fiestas de las fraternidades y sororidades desde el tortuoso festival de lencería de la Zeta Beta Ni, pero los chicos han insistido en ir a una fiesta de una fraternidad después del partido del sábado. Hemos jugado en Suffolk, así que el autobús no nos deja en el campus hasta pasadas las once. Después tenemos que conducir hasta Hastings, porque todos vivimos fuera del campus y los chicos se quieren cambiar. O, en el caso de Foster, coger la hierba.

En plena temporada, asistimos a pocas fiestas, pero no es raro beber o fumarse un porro de manera ocasional. Conozco a algunos jugadores de *hockey* que consumen coca, pero el entrenador Jensen se encarga de que en Briar nos mantengamos limpios. De vez en cuando, alguien va a un concierto y toma MDMA, pero no es algo que ocurra con frecuencia. Todos somos muy conscientes de que el protocolo antidrogas de la NCAA es estricto (y aleatorio).

En lugar de elegir a un conductor, tomamos un Uber para volver al campus, porque todos planean tomar unas copas para celebrar que hemos ganado los partidos de este fin de semana. Aunque hasta ahora hemos tenido un horario bastante laxo, la semana que viene tenemos varios partidos complicados, Universidad de Boston incluida, y esta temporada han sido invencibles. Pero todavía es pronto.

Conor va a mi lado en el asiento de atrás, con Foster a su derecha. Conor está con el móvil. Seguramente repasando su lista de ligues digital.

Me toca cuidar del huevo esta noche, así que me he puesto un polo con bolsillo para meter a Pablo dentro.

—Mira a este putón —le digo al huevo—. ¿Alguna vez has visto algo tan repulsivo?

Conor levanta la cabeza de la pantalla.

—Anda, cierra el pico. He oído rumores sobre ti, señor «El Año Pasado Me Tiré a Todas las Mujeres del Campus».

Ahí me ha pillado.

—¿Con quién hablas? —pregunto, curioso.

—Con una chica que se llama Michelle. Nos la encontraremos en la fiesta.

Vuelve a escribir, así que yo hago lo mismo, porque Foster también está pendiente del móvil

y me he cansado de que me ignoren. Le mando un mensaje a Hollis, que está en casa este fin de semana y quería salir de fiesta con nosotros esta noche. Rupi y él estaban discutiendo sobre el tema cuando me he ido. Él quería salir y ella quería quedarse en casa. Novias, ¿a que sí?

YO: Tío, pasa de esa fiera y sal. Sabes que quieres...

HOLLIS: Tengo muchas ganas. Hace taaanto que no voy a una fiesta :(((¿Tener novia era esto? ¿Estar todo el rato achuchándonos?

Estoy escribiendo una respuesta cuando aparece otro mensaje.

HOLLIS: No quería decir eso. Tener novia es la experiencia más gratificante en la vida de un hombre joven. Las novias son un tesoro que hay que valorar.

YO: Rupi, ¿le has robado el móvil a Mike?

Responde con un «NO» y me echo a reír porque es evidente que sí. Aparte de las palabras cursis, Hollis jamás ha escrito usando frases enteras.

YO: Dale un poco de margen, Rupita. Quiere ir a una fiesta, no a un festival de música electrónica durante todo un fin de semana. Básicamente, significa tomar un par de cervezas y pegarse a ti mientras suena música de mierda. Sé maja con él por una vez.

No hay respuesta. Mi móvil permanece en silencio durante todo el camino hasta el campus, y no se ilumina hasta que los chicos y yo salimos del Uber.

HOLLIS: ¡Eres el mejor, Davenport! ¡¡¡¡¡¡¡NOS VEMOS ALLÍ!!!!!!!

Bueno. He hecho mi buena obra del día.

Hay una muchedumbre reunida a la entrada de la residencia Alfa Delta. El maravilloso tiempo que ha hecho estos días todavía dura, así que, aunque ya sea casi medianoche, el aire es templado y la gente lleva pantalón corto y camiseta. Los miembros de la fraternidad incluso han instalado una máquina de granizados en el jardín delantero. Me encanta la universidad.

Conor me da un toque en el brazo.

—Michelle dice que está en el patio trasero. —Me guiña un ojo—. En el *jacuzzi*.

Foster palidece.

—Oh, Dios, no, no te metas en ese *jacuzzi*. Vas a pillar sífilis en las piernas.

—¿De qué narices hablas?

—¿No te acuerdas de ese sarpullido asqueroso que le salió en la pierna a Josh? Durante la pretemporada. Sí, lo pilló por remojarse en el *jacuzzi* de los Alfa Delta, también conocido como la Central de Bacterias.

—Es verdad —confirma Bucky—. Creo que nadie comprueba el nivel de pH o lo que sea que se supone que hay que hacer. —Mueve un dedo hacia mí—. Ni se te ocurra acercarse a Pablo por ahí.

—Sí, sin querer podrías hervir al cabroncete. —Foster se ríe.

—Ya es un huevo duro —razono—. No puede hervirse más.

—¿Y?

—Pues que podría romperlo ahora mismo y estaría delicioso.

—Tío, no hagas eso. —Conor arrastra las palabras—. Ese huevo ha cambiado tanto de manos este último par de semanas que seguramente tenga sífilis.

Resoplo por la nariz y me doy un toquecito en el bolsillo del pecho.

—Felicidades. Ha conseguido usted vivir un día más, señor Huescobar.

Rodeamos la casa y entramos por la verja. El patio trasero es enorme, aloja una piscina en forma de riñón, un terreno grande de césped y el infame *jacuzzi*. Por suerte, está lleno, así que, aunque quisiéramos entrar, no habría sitio. Hay chicas sentadas sobre los regazos de los chicos y entre ellas.

Varios de los asistentes nos vitorean al vernos entrar.

—¡*Hockey* de Briar! —chilla alguien, y alza un vaso rojo.

—¡*Hockey* de Briar! —grita la multitud.

No voy a mentir: es maravilloso ser los famosos del campus. El equipo de fútbol lleva una década sin jugar demasiado bien, pero el programa de *hockey* siempre ha sido excelente. Ganamos con frecuencia, y no nos faltan admiradores.

Los chicos se acercan a mí para darme palmadas en el hombro. Las chicas revolotean a nuestro alrededor y una de ellas va directa hacia Conor.

Lo bueno de Conor es que es hombre de «solo una a la vez». Cuando posa la mirada en una mujer, tiende a permanecer sobre esa mujer. Eso sí, no le dura más de una o dos semanas. Cuando se trata de enrollarse con gente, Conor supera incluso a Dean Di Laurentis. Pero, ahora mismo, su interés se concentra en la rubia que se abre paso a codazos entre la gente.

Conor le pasa un brazo por detrás del hombro.

—Hola, nena.

—¡Hola! —Tiene los labios manchados de rojo por el granizado de cereza que sujeta en la mano. Se lo acerca a Conor a la boca y canturrea—: ¿Quieres un poco?

—Joder, sí. —Suelta un gruñido y le da un bocado en la parte de arriba como un salvaje.

Michelle se ríe, y las otras chicas se dispersan descontentas al comprender que no van a atraer a peces gordos esta noche.

Conor me presenta a Michelle y hablamos un rato mientras Bucky y Foster salen disparados a traernos algo de beber. Michelle me pregunta por qué tengo un bulto en el bolsillo de la camiseta, lo que nos obliga a explicar la situación de Pablo. Se podría pensar que le horripila la magnitud de nuestra inmadurez, pero, en lugar de eso, se ríe deleitada y le dice a Conor lo adorable que es. La mira con Ojos de Pene y, al cabo de un momento, se dirigen al interior de la casa en busca de privacidad.

—¡Chico del *hockey*! —exclama una voz en alto, y me giro para ver que Nico se acerca a mí.

Parpadeo, sorprendido.

—Ey —saludo al novio de Demi—. Qué bien encontrarte aquí.

Nos saludamos con un masculino choque de puños.

—Todos estos capullos no paran de gritar, ¿asumo que acabáis de ganar un partido? —

pregunta con una sonrisa.

—Sí, sí.

—Bien. Supongo que Briar está imparable esta noche: el equipo de baloncesto también ha ganado. Hemos destrozado a Yale. Acabamos de llegar de allí.

—¿Está Demi contigo? —Miro por detrás de su hombro.

—No, está en casa. Es noche de chicos. —Hace un gesto hacia un grupito que hay a varios metros, y me doy cuenta de que no solo incluye a chicos. Unas cuantas mujeres ligeras de ropa se inclinan sobre los amigos de Nico.

De repente, me viene a la mente la confesión que Demi me hizo sobre la cinta de correr la otra noche. Cómo, incluso años más tarde, piensa en secreto que Nico le fue infiel durante el instituto.

Y ahora, habérmelo encontrado en una fiesta universitaria escoltado por un corro de chicas hace que mi sistema de alarma interno se active.

Pero quizá estoy siendo injusto. Que esté de fiesta con unas chicas no significa que le esté poniendo los cuernos a Demi.

—Bueno, que te he visto desde allí y quería saludarte —dice Nico, y levanta el vaso para brindar. Pero lo hace de una forma tan abrupta que vierte un poco de líquido, y el potente olor a vodka me llega a las fosas nasales. Esas manos patosas y esos ojos brumosos me indican que está bastante borracho—. Te veo luego, ¿vale?

—Guay. Chin chin. —Levanto mi vaso.

Nico vuelve hacia sus amigos. Me tranquiliza bastante ver que no se coloca al lado de ninguna chica, sino que de inmediato se centra en una conversación con un chico bajito medio calvo en una camiseta de tirantes negra. No me importa si Nico me pilla mirándolo: solo estoy atento por Demi. Es una buena chica.

—Igualito que tú —le digo a Pablo, y me doy una palmadita en el bolsillo.

—He. Llegado.

El grito majestuoso es cortesía de Mike Hollis, que emerge en el patio desde la puerta trasera con ambos brazos alzados en pose victoriosa. Rupi le pisa los talones como un gatito enfadado.

A pesar de ser increíblemente detestable, Hollis era bastante popular cuando iba a Briar. Antiguos compañeros de equipo y un montón de fans se acercan a darle la bienvenida, y él acepta la acogida y los elogios como si se tratara de Meghan Markle saludando a los plebeyos.

Rupi me localiza y camina hacia mí. Lleva el tradicional atuendo Rupi: una falda de cintura alta hasta las rodillas y una camisa recatada con botones y el cuello alto.

—Tenía muchas ganas de ver *Riverdale* esta noche, Hunter —resopla.

Le paso el brazo por detrás de los hombros diminutos.

—Lo siento, Rupita. Pero, a veces, tenemos que hacer sacrificios por la gente a la que amamos.

Una sonrisa enorme le atraviesa el rostro.

—Oh, dios mío, eso es lo más dulce que has dicho nunca. Sabía que en secreto eras un blandito.

—No se lo digas a nadie. ¿Quieres algo de beber?

—No puedo. Conduzco yo.

—Creía que no tenías carné de conducir.

—No, lo que no tengo no tengo un carné falso. Uf, Hunter, no sabes nada de mí.

Supongo que no, y debo admitir que estoy bien así. Rupí es extenuante en sus días buenos.

—¿Ese es Pablo? —Se le ilumina la cara—. No sabía que nos tocaba este fin de semana —añade, como si hablara del acuerdo de la custodia de un bebé—. ¡Déjame cogerlo!

Saco el fardo rosa del bolsillo y se lo paso a Rupí.

—Pásatelo bien —añado.

Socializamos durante una hora o así. Foster me pasa un porro y le doy una calada profunda antes de devolvérselo. Me sienta bien. Estoy suelto, relajado. Feliz de pasar el rato con mis amigos y bailar con Rupí con la música pop de mierda que retumba por los altavoces exteriores. Por primera vez en años, no pienso en sexo. Hay mujeres que intentan llamarme la atención. Algunas se acercan a tontear conmigo, pero apenas lo noto. No tengo libido esta noche. La hierba me produce este efecto.

—¡Pablooo! —grazna Hollis. Ha estado charlando con algunos chicos del equipo de *lacrosse*, pero ahora se reúne con nosotros junto a lado hondo de la piscina—. Pásamelo, cariño.

—Deja a Pablo tranquilo —le reprende Rupí, que sostiene el huevo de manera protectora contra el pecho—. Estás demasiado borracho para sostenerlo.

—¡No lo estoy! Venga ya, pásamelo.

—No.

—Vale, entonces simplemente... ¡te lo quitaré!

Como un ninja, Hollis le arrebató el huevo a su novia, pero ella tiene razón: está demasiado borracho para sostener objetos pequeños. Su zarpa agarra a Pablo con torpeza hasta que sale volando.

Directamente a la piscina.

Bucky suelta un grito horrorizado. Ostras, es que incluso yo estoy aturdido por un momento. Todos miramos el pequeño bulto que se balancea en el agua, que ahora se ve azul gracias a los azulejos iluminados de la piscina. Nadie se mueve.

—¿Acabamos de matarlo? —pregunta Foster.

—¿Los cerdos saben nadar? —pregunta Rupí, ansiosa.

—Ni idea —admito. Pablo todavía flotaba en la piscina.

—Rápido, que alguien busque en Google si los cerdos pueden nadar —ordena Bucky.

Rupí ya ha sacado el móvil.

—Oh, Dios mío —dice al cabo de un momento, con una voz que rezuma alivio—. ¡Sí pueden! Dice aquí que algunos cerdos les gusta el agua, como los perros. Otros odian mojarse. Se les puede enseñar a nadar. —Examina nuestro huevo acuático—. Pero si eso fuera un cerdo real, no creo que fuera capaz de salir de la piscina por su propio pie. No hay escalera en el lado poco profundo.

—Ya, y no podrá subir por esa escalera —coincide Foster.

Todos los ojos se giran hacia mí.

—¿Qué? —digo.

—Tú estás a cargo de él esta noche. Tienes que sacarlo.

—¿Perdona? —Miro la piscina vacía, que hace una hora estaba a rebosar de gente. Ahora son casi las dos de la madrugada y ya no es momento de bañarse—. No pienso saltar a la piscina, cabrones.

—No le hemos enseñado a nadar —razona Bucky—. Ahora mismo, está pataleando para no hundirse. Pronto estará muerto.

—Esto ha ido demasiado lejos —digo con firmeza.

Pero, para mi asombro, todo el mundo defiende su posición, incluso Foster. Bucky se cruza de brazos.

—Madre mía —espeto—. ¿De verdad me vais a obligar a hacer esto?

Suelto una retahíla de tacos mientras me quito la camiseta. Los zapatos y las bermudas también, porque no pienso volver a casa empapado en un Uber.

Doy un paso hacia el borde de la piscina.

—No me merecéis como capitán, desgraciados —musito, y me zambullo en el agua en bóxers.

Por suerte, la temperatura es de agua de bañera, y mientras nado en busca de Pablo, meuerzo a pensar en cosas buenas sobre mi equipo.

Regla número un millón del capitán: «Paciencia. Sé siempre paciente».

Con Pablo en la mano, subo por la escalera y dejó un rastro de agua por el suelo de hormigón.

—Toma —le musito a Foster, y le meto el huevo en la mano—. Voy arriba a secarme y a cambiarme.

La mirada descontenta de Rupi va hasta mi ropa interior.

—Hunter, te veo el contorno del pene.

Sí, porque mis bóxers son blancos, y están empapados y pegados a mi carne. Frunzo el ceño antes de tomar la ropa que había dejado tirada y entro en la casa.

Es tarde y la fiesta se está acabando, así que no hay cola en el baño principal. Pero la puerta está cerrada y, cuando llamo con un golpecito, una voz agonizante masculla:

—Vete, esto está ocupado.

Así que subo arduamente por las escaleras y pruebo con el baño del pasillo. La puerta está cerrada, pero muevo el pomo y se abre. Empujo la puerta justo a tiempo para oír un gemido rasposo y ver Conor Edwards agarrando con ambos puños una maraña de cabello rubio.

—Ohhh, joder, me corro —dice con voz ronca a la vez que se le agitan las caderas. Y de rodillas, Michelle se traga hasta la última gota.

¡¡Dios!!

Cierro de un portazo enseguida, sin importarme si lo oyen. He pillado a amigos follando antes, pero nunca había tenido el honor de observar sus ojos nublados con los párpados pesados mientras llegan al clímax. Maldito Conor. ¿No sabe lo que es un pestillo?

Miro hacia el fondo del pasadizo. Conozco al chico que vive allí: Ben no-sé-qué no-sé-cuántos. Mi cuerpo mojado gotea sobre la moqueta. Necesito una toalla y una basura para tirar los bóxers. Así que sí, baño de Ben, entonces.

Pero, en cuanto doy un paso por el pasillo, la puerta de Ben se abre y me encuentro con otra cosa que no debería haber presenciado.

Solo que esta vez es peor que Conor corriéndose en la boca de una chica.

Muchísimo peor.

Capítulo 12

Hunter

El lunes me despierto a las seis de la mañana. Tenemos entreno matutino a las siete y tengo que comer, porque siempre desayuno antes de patinar. Y después me tomo un segundo desayuno en la cocina de las instalaciones de *hockey*. Como un hobbit.

Hollis ya está despierto. Hoy viaja de vuelta a Nuevo Hampshire en coche. A veces se va el domingo por la noche, pero algunos fines de semana simplemente no puede sacrificar ni un segundo con su doncella Rupi y se marcha temprano el lunes. Supongo que este es uno esos. Sin embargo, a estas horas está insufrible por tener que desplazarse lejos a trabajar.

—Hola —digo cuando entra a la cocina, tambaleándose.

Gruñe como respuesta.

Me dirijo hacia la cafetera. Necesito una dosis de cafeína para arrancar el cerebro.

—¿Quieres un poco? —ofrezco.

Eso hace que me lleve otro gruñido.

Me lo tomo como un sí. Al cabo de pocos minutos, nos bebemos el café mientras miro el móvil para ver el menú de la semana. Karly, nuestra nutricionista, tiene al equipo bajo una dieta estricta. Sí, nos la saltamos cada dos por tres, pero Karly siempre nos advierte de que ignorar sus planes de dieta solo nos perjudicará.

Busco entre las opciones y me decido por una tortilla de clara de huevo con verduritas.

—¿Quieres desayunar? —le pregunto a Hollis—. Tortilla.

Asiente.

—Sí, una para el camino podría estar bien. En realidad, que sean dos.

—Quieres dos tortillas.

—Tengo hambre.

—Empezaré con una y luego vemos si hay tiempo. El entrenador se enfadará si llego tarde.

—Le paso una tabla de cortar y un cuchillo al otro lado de la encimera—. Ponte a cortar.

Hollis trocea champiñones y pimientos verdes mientras yo preparo los huevos. Mientras cocinamos, el resto de la casa permanece en un silencio siniestro y el cielo todavía está oscuro tras la ventana de la cocina. La oscuridad me da la sensación de que es muy tarde, y el cerebro me transporta de forma inconsciente al sábado por la noche.

Mierda.

Seguro que Nico se acostó con esa chica con la que lo vi salir de la habitación.

O, por lo menos, se quitó los pantalones con ella.

Y cuando tienes una novia formal, nunca deberías quitarte los pantalones en presencia de otra mujer.

La cosa es que... No lo pillé con las manos en la masa, sino en la que podría haber sido la escena posterior. Y no voy a meter cizaña en la relación de alguien a quien apenas conozco. Demi no confía en mí lo suficiente como para tomarme la palabra. Si se tratara de un amigo, como Dean, por ejemplo, y le dijera: «Ey, Allie te está poniendo los cuernos», me creería. Porque Dean sabe que no tengo ningún motivo para mentir ni andarme con juegos. Pero Demi no. Ella cuestionaría mis motivaciones, tal vez incluso sospecharía que trato de sabotear a Nico para quedarme con ella, lo cual no es el caso.

—Ey, Mike —digo, mientras vierto la primera mezcla de tortilla en la sartén caliente.

—¿Mmm? —Está ocupado troceando un pimiento rojo.

—Tengo una hipótesis para ti.

—Bien. Hipotetízame.

—¿Qué?

—Ya sabes, como «cuéntame», pero con la palabra hipotético en lugar de... Da igual, dilo y ya.

—Vale. Imagina que alguien a quien conoces está en una relación larga y que pillas a su pareja poniéndole los cuernos. Bueno, es posible que le estuviera poniendo los cuernos. No estás seguro al cien por cien, pero las circunstancias eran muy sospechosas, y... —Dejo la espátula sobre la encimera—. ¿Sabes qué? A la mierda. Estoy seguro al cien por cien. Sé cuándo se la acaban de chupar a un chico. Literalmente, hacía tres segundos que acababa de ver a Conor eyaculando.

—Davenport. —Hollis habla con una voz tan amenazante que casi me pone nervioso girarme hacia él.

—¿Sí?

—¿Tratas de decirme que viste a Rupí haciéndole una mamada a Conor Edwards? —La voz de Hollis retumba como la de un oso iracundo, con la cara más roja que el pimiento que está cortando sobre la tabla—. ¿Cuándo cojones ocurrió? ¿Fue en la fiesta? ¿Fue cuando fue a arreglarse el peinad...

—Relájate —le interrumpo—. No hablo de Rupí. ¿Estás loco? Esa chica nunca te pondría los cuernos. Está obsesionada contigo, Hollis. Es tu acosadora. Sales con tu acosadora.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca.

—Hablo de una chica de clase, ¿vale? Estoy bastante seguro de que su novio le ha puesto los cuernos. La pregunta es: ¿se lo cuento?

—No. —Hollis no muestra un atisbo de duda.

—¿Por qué no? —Con la espátula, paso la primera tortilla de la sartén al plato de Mike, y me dispongo a preparar mi desayuno.

—Porque no quieres entrometerte en asuntos ajenos. Créeme.

—Pero le está poniendo los cuernos.

—¿Y? Es su problema, no el tuyo.

—También es problema de ella —señalo.

—No puede ser problema suyo si no sabe nada —argumenta Hollis.

Hago una pausa.

—¿Así que te apoyas en el «si no lo sabe no le hará daño»? ¿En serio?

—Yo solo digo, ¿vale la pena que te involucres en una relación a tres bandas por una persona aleatoria de clase? Chico, por favor.

—Por favor, no digas «chico, por favor».

Me ignora y le da un bocado enorme a la tortilla.

—Mira, si fuera alguien de nosotros —masculla con la boca llena—, entonces te diría sí, claro, tienes el deber de decir algo. ¿Pero cuánto conoces a esta chica?

—No muy bien. Nos estamos conociendo.

Hollis se traga la comida.

—Ahí lo tienes. Además, aunque se lo dijeras, no te creería, tío. Si alguien «con quien todavía me estoy conociendo» —dibuja unas comillas en el aire— acusara a Rupi de ser infiel, le diría chico, por favor...

—Te ruego que dejes de decir eso.

—Y pensaría que va con segundas intenciones.

Mike Hollis, de entre todo el mundo, me está confirmando mis dudas de forma racional. Pero ¿es posible que los hombres seamos cínicos por naturaleza? Estoy seguro de que, si interrogara a cualquiera de las mujeres que viven en esta casa sobre si querrían saberlo, la respuesta sería sí al instante.

—No quieres entrometerte —me advierte Hollis—. Créeme, tío. Mantente tan lejos como puedas de esta situación.

* * *

El entreno matutino va a un ritmo acelerado. Estoy sudando como nunca, y jadeo mientras patino hacia la red. Estamos haciendo jugadas de dos contra unos, diseñadas para que los defensas practiquen cómo detener un avance en un contragolpe. Pero soy mucho más rápido que Kelvin y Peters. Durante todo el ejercicio, no solo he conseguido adelantarlos, sino también marcar en la red cada vez.

Hasta ahora. Elevo el palo y disparo el disco, pero el portero lo pilla en el aire con el guante. Es Trenton, nuestro portero reserva.

Se levanta la máscara y me lanza una sonrisa que muestra los dientes.

—¿Cómo te quedas, capitán?

Silbo con admiración.

—Vaya guante diabólico tienes. Si fueras un poco más rápido con las espinilleras, serías una competencia real para Boris entre los principiantes.

En lugar de parecer abatido, a Trenton le brillan los ojos con fuerza.

—Entonces, aprenderé a ir más rápido —promete.

Oh, sí, tiene esa hambre voraz. Este chico empezará a jugar en los partidos en muy poco tiempo.

Patino hacia el banquillo. El entrenador hace sonar su silbato, como señal de que la sesión ha terminado. Nuestro coordinador de la defensa, O'Shea, pide a un par de defensas que se queden para realizar un ejercicio más, pero el resto somos libres de irnos. Bien, porque me ruge el estómago. Es la hora del segundo desayuno, pero primero tengo que limpiarme el sudor.

Nuestras duchas tienen las mejores instalaciones. Cada una tiene su propio compartimento separado por particiones a la altura de la cadera, así nos vemos las cabezas, pero no la entrepierna, como a mí me gusta. En el compartimento de al lado, Conor se empapa la cabeza bajo el chorro y se aparta el pelo, ya largo, de la frente. Tiene una marca de un mordisco en el hombro izquierdo. Este chaval...

—Ey, sobre este fin de semana —digo, decidido a interrogar a más gente respecto a mi dilema.

Pero Conor me malinterpreta. Se ríe suave y se gira para sonreírme.

—Sí, perdón por eso. Se me olvidó poner el pestillo. —Levanta una ceja—. Tendrías que haberte unido.

Me desespero porque no se me retuerza el pene. Ya tengo bastante con no practicar sexo con el desfile de chicas que se me lanzan en las fiestas, ¿y ahora también me invitan a practicar tríos? El universo tiene un terrible sentido del humor.

—No, no estoy hablando de la mamada. Necesitaba...

—¡Dame de comer! —El grito iracundo reverbera por la zona de las duchas, y nos hace saltar a Conor y a mí.

—Madre mía —dice Conor, y se gira hacia la puerta.

Matt y Caraárbol están frente a la ducha de Jesse Wilkes, y el segundo agita a Pablo en el aire. No me preocupa que el huevo se caiga en las duchas porque hemos establecido que los cerdos, ciertamente, saben nadar.

Jesse permanece impassible ante los intrusos. Se echa un chorro de champú en las palmas y se enjabona el pelo.

—Puedes esperar cinco minutos, Pablo —dice con alegría.

Matt lo fulmina con la mirada.

—¿En serio harías eso si fuera de verdad? ¿Si tu mascota cerdito estuviera de pie a la puerta rogándote que le des de comer?

—Pues claro que lo haría. Tengo tres golden retriever en casa. Comen cuando les digo que lo hagan.

Las risas retumban por la acústica de la habitación. Algo de razón tiene. Yo tenía un jack russell de pequeño y comía dos veces al día, como un reloj. El controlador de mi padre no permitía que fuera de otro modo.

Tío, echo de menos a ese perro. Yo tenía diez años cuando murió, y me acuerdo de que lloré hasta quedarme dormido en la habitación. Entonces vino mi padre a informarme de que los hombres de verdad no lloran. Buena charla.

—Pero se está muriendo de hambre —añade Árbol, con tono acusador.

Jesse les hace una peineta antes de seguir lavándose el pelo. Incluso se pone a silbar.

Aunque... se ha dado prisa con el champú... De hecho, apenas tengo tiempo de parpadear, pues ya ha apagado el agua y ha salido disparado por la puerta.

Conor sonrío mientras ve cómo Jesse se retira.

—Tío, creo que han empezado a pensar que es un cerdo real.

—¿Verdad? —Pero no puedo negar que Pablo ha desarrollado una vida propia. Ni siquiera yo estoy seguro de que sea un huevo. Creo que podría ser un niño de verdad.

—En fin —digo mientras me enjuago—. Necesito consejo.

—Cuéntame —responde Conor, porque esa es la respuesta normal de una persona normal. No entiendo por qué Hollis... y no tiene ningún sentido tratar de entenderlo. Es como intentar comprender el viento.

Mientras me seco, le hago un esquema de la situación. Al contrario que Hollis, Conor sí que duda. Se lo piensa durante unos segundos antes de responder.

—Yo se lo diría.

—¿Sí? ¿Aunque quepa la posibilidad de que me dé un puñetazo en la cara?

—Bueno, el mensajero siempre se arriesga a que le disparen, pero ¿es mejor dejarla en la inopia? ¿Qué pasa si te cruzas con ella y su novio? ¿Qué haces? ¿Finges que todo está bien y que no sabes que es un capullo?

—Estoy con Conor. —Foster se entromete desde el otro lado. Ha estado escuchando todo el tiempo.

—Se lo tienes que decir, tío. Y, eh, ¿y si al final estabas equivocado? Pues le dices: «Perdona, estaba tratando de ser un buen amigo y preocuparme por ti, pero he cometido un error».

Que es precisamente a lo que se reduce todo esto: yo quiero ser un buen amigo. Odio la idea de que le tomen el pelo a Demi. Nico parecía un buen chico la primera vez que lo vi, pero en la fiesta me dio la sensación de que es un baboso. Por otro lado, apenas lo conozco. Quizá es un poco baboso, pero eso no lo convierte en un infiel.

Interrogo a un par de compañeros más en el vestidor, y la conclusión parece ser contarle la verdad a Demi. No obstante, no es hasta que Jesse le escribe a su novia para saber su opinión que me coloco por completo en el lado de la moralidad. En mayúsculas, Katie le contesta con un rotundo:

«¡¡¡¡¡DÍSELO AHORA MISMO, MONSTRUO DESALMADO!!!!!!»

Supongo que ya tengo mi respuesta.

Capítulo 13

Demi

Tengo un mensaje de Hunter cuando salgo de la clase de Biología bien entrada la tarde. Tenía que venir a casa esta noche para una sesión falsa de terapia, pero al parecer va a cancelar.

HUNTER: Tengo que cancelar lo de esta noche. Me ha surgido un imprevisto en Boston.

YO: ¿No acabamos de hablar hace nada en clase JUSTO para confirmarlo?

ÉL: Sí, y entonces JUSTO he recibido un mensaje de un amigo y ahora tengo que cancelarlo.

YO: Exijo saber el motivo.

ÉL: Por un partido de los Bruins.

YO: ¿Hay un partido de verdad o solo me estás mintiendo para escaquearte de estudiar? Porque esta mañana te has comportado de una forma rarísima. Hasta TJ lo ha notado.

ÉL: No me estaba comportando raro y sí que hay partido. Búscalo en Google.

YO: Escogeré creerte. ¿Cómo vas hasta allí?

ÉL: Voy a teletransportarme, es evidente.

YO: Imbécil. ¿Vas en coche?

ÉL: Sí. ¿Por?

YO: ¿A qué hora te vas? Quizá podría aprovechar el viaje contigo.

Me muestro optimista mientras espero su respuesta. Un viaje gratis a Boston me permitiría visitar a mis padres, a quienes no veo desde el Día del Trabajo. Ya estamos a mediados de octubre, pero no he tenido mucho tiempo libre para viajar a la ciudad. No tengo coche, un Uber saldría demasiado caro y el autobús tarda muchísimo.

En lugar de escribirme, Hunter me llama.

—¿Por qué tienes que ir a Boston?

—Mis padres viven allí. Nuestra casa está cerca de Beacon Hill.

—Qué lujo.

—Mira quién habla, niño rico. Entonces, ¿puedo viajar contigo?

—Claro. Me voy hacia las seis, pero, si también quieres volver conmigo, no será hasta las once o así.

—Me parece bien. ¿Pasa a por mí?

—Yip yip.

—Por favor, no digas «yip yip». No me gusta.

—No me importa. Te veo en una hora.

Cuelga, y sonrío al móvil. Hunter me divierte. Es un buen fichaje para mi cantera de amigos de género masculino. Los Niños Perdidos, como diría Corinne.

Me doy una ducha rápida y me pongo un vestido verde veraniego y los pendientes dorados de aro que me regalaron mis padres por mi cumpleaños en agosto.

Odio estos pendientes con toda mi alma. Son unos aros grandes y, si fuera por mí, estarían prohibidos en este país. Pero ahora me los pongo porque quiero que mis padres piensen que los llevo de forma habitual. Tienden a actuar como si les doliera que no adule sus regalos.

Hunter me escribe cuando está fuera, y no me sorprende encontrar un Land Rover negro brillante aparcado junto al bordillo. Subo por el lado del copiloto y me acomodo en el asiento de cuero liso.

—Ey —dice. Lleva una camiseta negra y amarilla, y el pelo oscuro peinado hacia atrás.

—¿Llevas gomina?

—¿Llevas unos pendientes enormes de aro?

—Yo he preguntado primero.

—Sí, llevo gomina.

—Te reluce la cabeza.

—Sí, pero por lo menos se queda en su sitio. Cuando voy a ver un partido de *hockey*, me pongo muy nervioso y me paso los dedos por el pelo hasta que me despeino. He supuesto que la gomina me ayudaría a prevenir eso. Tu turno.

—¿Mi turno de qué?

—Los aros, Semi. Seguro que podría pasar mi cabeza reluciente entera a través de esos monstruos. —Se ríe bajito—. ¿Supongo que puedes sacar a la chica de Miami, pero no puedes sacar Miami de la chica?

—Te equivocas. Aborrezco estos pendientes. Son del estilo de mi madre —admito—. Le gustan mucho los aros grandes y cree que todo el mundo debería vestir y ponerse accesorios exactamente como los suyos. Pero yo prefiero los pendientes de botón pequeños. Ya sabes, para que no exista la posibilidad de que se enganchen con nada, me rasguen la oreja y me dejen un agujero sangriento a un lado de la cabeza.

—Esa es una visión muy cínica de los aros.

—Son un riesgo contra la seguridad pública. La mantengo.

—Entonces ¿finges que te gustan para complacer a mamá y a papá? —se burla de mí.

Me enfurezco un poco porque hay algo de verdad en esa afirmación. Sobre todo, en la parte de papá. Mi padre es un hombre imponente. El tipo de hombre que es tan impresionante que sientes la necesidad de impresionarlo de vuelta a todas horas.

—¿Por qué no te ha llevado Nico esta noche? —pregunta Hunter de repente con un tono extraño.

Esta mañana ha usado este mismo tono. Cada vez que le susurraba algo durante la clase de

Andrews, me respondía así y evitaba mi mirada.

Lo miro, pero está concentrado en la carretera y tiene la cara desprovista de emoción.

—Nico trabaja esta noche.

—¿La gente se muda de noche?

—A veces, sí. De hecho, le pagan más por las mudanzas nocturnas.

—«Mudanzas nocturnas», suena a título de película porno.

—Creo que era una canción. —Intento recordar—. Aunque podría estar equivocada. En fin, que le pagan una jornada y media por cualquier trabajo que haga más tarde de las seis, así que, si le sale un turno de noche, siempre lo acepta.

—Tiene sentido. —Hunter asiente. Le siguen unos segundos de silencio incómodo. Es la primera vez que nos pasa. Aunque, bueno, no nos conocemos tan bien, así que estaba claro que tarde o temprano aparecería un silencio incómodo.

—Déjame conectar el Bluetooth a tu coche —digo, y alargo la mano para tocar la pantalla del salpicadero—. Buscaré una lista de reproducción divertida para conducir.

Me golpea la mano al instante.

—Ni de broma —añade—. Ninguna mujer tiene permitido tener tanto control sobre mí.

Me río.

—¿Qué control? Es Bluetooth. Es inofensivo.

—No. Quizá esta noche sea inofensivo, pero puede que mañana controles mi coche de forma remota.

—¿Cómo haría eso?

—Hackeando el sistema y haciendo que el Rover salte por un barranco. —Suena petulante.

—Quiero que saltes por un barranco ahora —lo desafío—, pero déjame conectarlo, hombre. —Y, como soy una capulla, hago todo el proceso de emparejar el móvil con el coche mientras no dejo de silbar.

Cuando termino, le pregunto de manera cortés:

—¿Qué te gustaría escuchar?

Me fulmina con la mirada.

—No me creo que acabes de hacer eso.

—Si no eliges nada, pondré bandas sonoras de Disney.

Hunter se rinde.

—¿Tienes alguna mezcla de hip hop del viejo?

Asiento en aprobación.

—Enseguida.

Pulso una lista de reproducción popular y pasamos el resto del viaje haciendo una batalla de rap competitiva al son de Cypress Hill y Run-DMC. Para cuando llegamos a la ciudad, tengo la voz ronca, y la cara de Hunter está roja como una gamba de tanto reír.

—¡Vaya ritmo tienes, Semi! —dice alegre—. Tenemos que grabar un vídeo de YouTube.

—Oh, Dios, nunca. No tengo interés alguno en ser el centro de atención. Al contrario que tú.

—¿Yo?

—A ti te gustan los focos, ¿no? ¿No vas a dedicarte al *hockey* profesional cuando acabes la carrera?

Hunter me sorprende cuando agita la cabeza.

—No, no me apunté al reclutamiento y no planeo firmar con ningún equipo después de la graduación. He recibido ofertas de equipos desde que iba al instituto, pero siempre les he dicho que no me interesa.

—¿Por qué no?

—Porque no. No quiero ese tipo de atención nacional.

Arrugo la frente.

—¿Pero no tienes mucho talento? Las chicas de la residencia dicen que eres el mejor jugador del equipo.

—Soy normal.

Aprecio la modestia, pero todo me indica que Hunter es mucho más que «normal».

—No me interesa la liga profesional, Demi. No todo el mundo quiere ser famoso.

Es una respuesta peculiar y no me la creo del todo, pero la mujer británica del GPS de Hunter ha indicado que nuestro destino está todo recto y a la derecha.

Sonríó mientras conducimos por la calle a la que he llamado hogar desde los quince años. Incluso después de haber pasado seis años en la Costa Este, mi madre sigue sin estar enamorada de Boston, mientras que a mí me gustó en cuanto nos mudamos.

Miami es ruidoso, colorido y divertido, sin duda, pero solo porque sea medio latina no significa que siempre quiera que todo haga ruido a mi alrededor. Vivíamos en la Pequeña Habana, una comunidad mayoritariamente cubana llena de galerías de arte, cafeterías y estancos en cada esquina. Es una zona bulliciosa, casi opuesta al barrio conservador de Beacon Hill en Boston.

Aunque mi nueva ciudad no es tan fascinante como Miami, tiene su propia personalidad, desde los ladrillos areniscos y las calles bordeadas de árboles hasta el parque Boston Common y la calle Newbury. Además, a pesar de las opiniones contrarias, los acentos me parecen encantadores.

—Aquí estamos. Pásalo bien con tus padres —dice Hunter.

—Diviértete en el partido.

Me alegra ver que espera a que llegue a la escalera de la entrada antes de alejarse del bordillo. Hoy en día, es difícil toparse con caballeros de verdad.

Mi madre chilla de alegría cuando entro por la puerta. Es la persona más ruidosa del planeta. Mis amigos insisten en que es un clon de Sofía Vergara, de *Modern Family*, y no se alejan demasiado de la realidad. Aunque mi madre no es colombiana como el personaje, es preciosa y tiene una voz que haría añicos cualquier bandeja en una tienda de porcelana.

Mientras parlotea con su acento cubano, me abraza tan fuerte que casi me ahoga y me arrastra desde la entrada hacia la cocina.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

—De camino desde el hospital. Acaba de terminar una operación, así que puedes esperar al Papá Gruñón esta noche.

Estoy acostumbrada al Papá Gruñón. Algunos cirujanos tienen un subidón de adrenalina después de realizar una cirugía, pero mi padre siempre está exhausto tras cada operación, y se pone cascarrabias cuando está cansado. Como un niño pequeño. Pero se merece algo de margen, porque, a ver, acaba de salvarle la vida a alguien. Los neurocirujanos tienen un pase gratis de

irritabilidad, hasta donde yo sé.

—¿Tienes hambre? —pregunta mi madre, y entonces responde a su propia pregunta—. ¡Claro que sí! Siéntate para que te dé de comer, mami. ¿Qué tal la universidad?

—Bien. —La pongo al día de las clases y del proyecto con Hunter mientras ella saca las fiambreras de la nevera.

Si mi visita no hubiera sido de último momento, no tengo ninguna duda de que me habría cocinado un festín. En su lugar, me toca tomar las sobras del festín que ayer le cocinó a mi padre. Y es espectacular. Enseguida, la isla de cedro de la cocina está repleta de platos, en su mayoría cubanos, con algunos de los favoritos americanos de mi padre.

Se me hace la boca agua cada vez que saca uno nuevo del microondas. Hay tiras de ternera sazonadas a la perfección con verduritas y olivas servidas sobre arroz integral. Estofado cubano de pollo con pasas para darle un toque dulzón. Pimientos rellenos. Frijoles fritos. Las patatas asadas y zanahorias con ajo que le gustan a mi padre.

—Dios mío, mamá —declaro al oler la cocina—. He echado tanto de menos tu comida. —Al hablar, escupo granos de arroz por la boca.

—Demi —me riñe.

—¿Mmm? —mascullo con un pedazo de ternera sabrosa en la boca.

Se pasa el pelo moreno brillante por detrás del hombro.

—De todos los rasgos que podrías haber heredado de tu padre, ¿tenían que ser sus malas formas en la mesa?

—¿Qué pasa? Tendrías que tomarte como un cumplido que ambos disfrutemos de tu comida.

—Tal vez puedas disfrutar de ella con la boca cerrada —sugiere—. Y déjale alguna zanahoria a tu padre—. Me da un manotazo cuando trato de pinchar el recipiente de las zanahorias con el tenedor.

Hablando de mi padre, aparece en la puerta sin avisar. No le he oído llegar. Vale, seguramente es porque estoy masticando muy fuerte.

—Hola, cielo —dice, contento. Unos brazos enormes me rodean por detrás mientras me da un beso en la coronilla.

—Hola, papá. —Trago un poco más de arroz.

Saluda a mi madre, que siempre es algo divertido de ver. Con su metro noventa y cinco, mi padre es un hombre negro con unos brazos como troncos de árbol, las palmas de las manos como manoplas de horno y unos dedos largos, pero sorprendentemente delicados. O supongo que no es tan asombroso, pues deben ser diestros para fisgonear en el cráneo de la gente. Y luego está mamá, que mide un metro cincuenta y tres, tiene unos pechos enormes, el pelo brillante y el temperamento latino que he heredado. Son la pareja más bonita del mundo, y adoro a mi pequeña familia. Ser hija única significa que no tengo que compartir nada con un hermano, incluida la atención de mis padres.

Mi padre se une a mí en la encimera y le hinca el diente a las sobras. Mamá, que tiene problemas para permanecer quieta, también se sienta con nosotros y mordisquea una aceituna mientras mi padre nos cuenta cómo ha ido la cirugía. El paciente era un trabajador de la construcción a quien casi le aplasta el cráneo una viga de acero. No llevaba puesto el casco, y ahora puede que tenga una lesión cerebral permanente. Es estremecedor. Y una de las razones por las que nunca querría ser cirujana. Esa, y que no tengo las manos para ello. Los dedos me

tiemblan cuando estoy nerviosa, y no puedo imaginar una situación que provoque más ansiedad que serrar el cráneo a un ser humano.

Volvemos a cambiar de tema a mis clases, y se las enumero a mi padre.

—Química Orgánica, Biología, Matemáticas, Psicopatología.

—La de Química Orgánica siempre fue una de mis favoritas —revela mi padre, y da un sorbo al vaso de agua que le prepara mi madre.

—Es la que menos me gusta —confieso—. Ahora mismo, donde mejor me lo paso es en la clase de Psicología. Es fascinante.

—¿Estudiarás Física el semestre que viene?

Pongo una mueca.

—Por desgracia.

Mi padre se ríe.

—Te gustará —promete—. ¡Y espera a llegar a la facultad de medicina! Todo lo que aprendas allí será fascinante. ¿Te has planteado lo de buscar un tutor para el examen de acceso a la facultad? Tengo uno preparado; solo tienes que decírmelo.

Trago saliva, pero no logro aliviar el bulto que me oprime la garganta.

—¿Tal vez el semestre que viene? —replico—. Me preocupa que mis notas disminuyan si añado otro compromiso de estudios a mi horario.

—Solo serán unas cuantas veces a la semana.

«¿Unas cuantas veces a la semana?». Dios mío, yo pensaba que solo tendría una sesión semanal con el tutor, dos como mucho.

—Déjame ver cómo me va con los parciales y entonces lo volvemos a hablar. —Agunto la respiración y ruego por que acepte el trato.

Por suerte, así es.

—De acuerdo, pero creo que empezar con ventaja te ayudará mucho. El proceso de admisión para la facultad de medicina puede ser estresante.

—La verdad es que... —Busco algo de valor y continúo—. A veces me siento abrumada cuando pienso en ello. En la facultad de medicina, quiero decir.

—No negaré que supone mucho trabajo y muchas noches sin dormir. Pero eso hará que sea más gratificante cuando te gradúes y empieces a llamarte doctora Davis.

—El doctor Davis eres tú.

—Puede haber dos —me chincha.

Vuelvo a titubear.

—Sabes, podría llamarme doctora igualmente si hiciera un doctorado en psicología en lugar de asistir a la facultad de medicina.

Se le tensan los hombros de inmediato.

—¿Estás considerando esa opción? —Suena ligeramente borde, junto con una pizca de desaprobación teñida de sorpresa.

«Sí», casi se me escapa. Porque a mis ojos es el camino más atractivo. ¿A mí qué me importan la biología o la anatomía? Preferiría tomar clases como teoría de la psicología, terapias cognitivas y conductuales, métodos de investigación o desarrollo de la personalidad. Es decir, áreas de estudio mucho más interesantes.

Pero no puedo decir nada de eso en voz alta. Me importa la aprobación de mi padre. Quizá demasiado, pero siempre ha sido así.

Así que me retracto tan rápido como puedo.

—No, era una broma. Todo el mundo sabe que aquellos que tienen doctorados no son doctores de verdad. O sea, venga ya.

Mi padre vuelve a estallar en risas.

—Ahí le has dado.

Entonces vuelvo a meterme comida en la boca para no hablar más, pero no es un buen presagio. Con cuarto a la vuelta de la esquina, he pensado mucho en lo que quiero hacer después de la graduación. El plan era asistir a la facultad de medicina, pero hacer un máster también es tentador. La verdad es que creo que la psiquiatría es muy... clínica. Se centra en la gestión de la medicación de los pacientes, y la idea de prescribir fármacos y controlar las dosis no me emociona demasiado. Supongo que podría especializarme en algo más estimulante, como la neuropsiquiatría, y tratar con pacientes de alzhéimer y esclerosis múltiple. O tal vez trabajar en la unidad psiquiátrica de un hospital.

Pero yo quiero centrarme en tratar las conductas de los pacientes, no solo los síntomas. Quiero hablar con la gente, escucharlos. Pero mi padre nunca lo entendería. Y esto es una prueba de ello. Quiero decir, acabo de meter el pie para probar el agua y me ha mordido un caimán. No me anima demasiado a volver a sacar el tema.

Capítulo 14

Hunter

—¡Tío! ¡Cuánto tiempo! —Dean parece muy contento de verme. Me acogió bajo su ala cuando yo estaba en primero y él en cuarto, y creo que una parte de él todavía me ve un poco como su protegido. A decir verdad, él es quien me enseñó los malos hábitos que me metieron en problemas la temporada pasada. «Cómo ligar con chicas», de Dean Heyward-Di Laurentis, debería ser una asignatura obligatoria para cualquier universitario salido. Este hombre sabe lo que hace.

Por supuesto, ayuda tener unos rasgos cincelados de supermodelo, el pelo dorado y unos ojos verdes brillantes. Summer es como la versión femenina de Dean, lo que es un poco perturbador considerando que hace tiempo me tocaba mientras fantaseaba con ella.

—Me alegro de verte —le digo a mi viejo amigo—. ¿Cómo va?

—Bastante bien. Mi cantera está que arde este año. —Dean entrena a un equipo de *hockey* femenino en una escuela privada de Manhattan. Había entrado en la facultad de Derecho de Harvard, pero en el último momento aceptó un puesto de profesor. Supongo que podría decirse que es profesor de Educación Física de instituto, pero también entrena a equipos de *hockey* y vóleibol, y ahí es donde yace su verdadera pasión.

—Guay. Debería intentar ver algún partido vuestro si no interfiere con mi horario. ¿Alguna vez jugáis fuera de casa? ¿Tenéis algo en Boston?

—De hecho, hay un torneo aquí el mes que viene. Te pasaré las fechas. Pero sí, claro, deberías venir. Allie apareció en el último partido y las chicas se volvieron locas. Les encanta su serie. —La novia de Dean, Allie Hayes, actúa en una serie popular de HBO que incluso ganó un par de Emmys hace poco. A Allie no la nominaron por el papel, pero se llevaron el premio a la Mejor Serie Dramática, lo que es impresionante.

—¿Allie está aquí? —pregunto mientras busco una cabeza rubia.

Dean asiente.

—Está arriba en el palco con Grace, hablando sin parar. Los temas de chicas me empezaban a cansar, así que les he dicho que te esperaba aquí fuera. —Hace un gesto hacia la entrada principal del enorme estadio que tenemos detrás.

El aire está muy cargado esta noche, como siempre que hay partido en casa. A nuestro

alrededor solo veo camisetas negras y amarillas intercaladas con las rojiblancas que llevan los fans de Detroit, el oponente de hoy.

Es francamente surrealista pensar que soy amigo no de uno, sino de dos de los hombres que habrá en el hielo esta noche. Garrett Graham es la estrella del equipo, el goleador que encabeza la liga entera y se podría decir que uno de los mejores jugadores de *hockey* de todos los tiempos. No me puedo creer que yo jugara un año de *hockey* universitario con él.

El otro amigo es John Logan, otra leyenda universitaria. Es su primera temporada como principiante con el equipo. Antes de esto, jugaba en el equipo de la cantera de los Bruins, así que esto es como su gran ascenso. Hasta ahora, le ha ido bien en los primeros partidos de la temporada, y estoy emocionado por volver a verlos jugar en directo a él y a Garret. Ahora sigo sus partidos por la tele, pero no es lo mismo.

—¿Fitz todavía vive con vosotros en Manhattan? —le pregunto a Dean mientras entramos en el edificio.

—En nuestra casa no. Está en el ático de mi familia, donde trabaja para ese estudio de videojuegos de Brooklyn. Esta vez lo tiene para él solo, y creo que es un alivio para él.

—Oh, pues sí. Me dijo que el mes pasado estaba allí con vuestro padre.

Dean se ríe.

—Sí, ambos vivían en una casa de solterones, mientras Summer estaba en Boston y mi madre en Greenwich. Por favor. No imagino tener que convivir con el padre de Allie. Seguramente me mataría mientras duermo y enterraría mi cuerpo en un bloque de cemento debajo de su casa de ladrillo. Nadie lo encontraría hasta pasados muchos años, cuando alguien decidiera volver a construir la casa y taladrara los cimientos.

—Venga ya. Yo creía que el padre de Allie y tú os llevabais bien.

—En gran parte, sí, pero todavía me llama «niño pijo» y siempre me pregunta de qué diseñador es la ropa que llevo. —Dean suspira con tristeza—. Así que ahora visto con harapos cuando estoy allí para que no se ría de mí.

Me trago una risa. Las historias sobre el padre de Allie nunca fallan a la hora de entretenerme. No lo conozco en persona, pero parece graciosísimo.

—¿A tu padre le cae bien Fitzy? —pregunto con curiosidad.

—¿Estás de broma? Mi padre amará a cualquier persona que Summer traiga a casa. Es su princesa y no hace nada mal. Podría traer a un asesino en serie y mi padre le pediría fotos de las víctimas. —Dean imita la voz de su padre—. Oh, ¿usaste una sierra de arco para cortar la cabeza? ¡Qué limpio! ¿Me enseñas cómo se hace?

Esta vez no puedo contener la risa.

—Estás exagerando.

—Ni una pizca, tío. ¿Te acuerdas de aquel chaval del instituto? Seguro que sí, ibais al mismo curso. ¿Ricky? ¿Ronnie? El del tatuaje en la cara.

—Lawrence —gruño.

—Buah, ni de lejos.

—Ese chico era un pringado. ¿Summer salió con él?

—Durante su época rebelde. Mi madre le dijo que no podía hacer algo, no recuerdo el qué, así que se enfurruñó y ese fin de semana trajo al Cara-Tatuajes al pícnic familiar. Mi madre casi se muere. Mi padre, en cambio, le preguntó qué le había inspirado a tatuarse en la cara.

—¿Eran... estrellas? —pregunto a la vez que trato de imaginar los tatuajes de Lawrence.

—Pájaros —me corrige Dean, que se ríe por la nariz—. Le envolvían el cuello y le subían por la mejilla hasta la frente.

—Suenan atractivo.

Entre risas, tomamos las escaleras mecánicas hacia los palcos privados. Muestro las credenciales de invitado que me ha dado Dean abajo y los guardias nos dejan pasar con un gesto. Nuestro palco es el de las Esposas y las Novias. Me encanta. Esta noche, se nos considera Esposos y Novios, pero la única novia presente de verdad es Grace Ivers, estudiante de cuarto en Briar. Ella y Logan viven juntos en un piso entre Hastings y Boston.

No conozco muy bien a Grace. De hecho, creo que nunca hemos tenido ninguna conversación, pero me saluda con amabilidad y me da un abrazo rápido.

A Allie la conozco mucho mejor por Dean, y nos abrazamos con más intensidad y durante más tiempo.

—¡Hunter! ¡Estás guapísimo! Has ganado como veinte kilos en músculo.

—No tanto —sonríe—. A ti se te ve bien. Me gusta el pelo corto.

Se pasa la mano por encima del corte rubio.

—¿De verdad? Dean dice que parezco un hada.

—¿Y? Las hadas están buenas. ¿Habéis tomado el tren desde Nueva York?

—Sí. Ambos teníamos la noche libre y hemos dicho, qué puñetas. Podemos ir a apoyar a los chicos.

—Bien pensado.

Camino hacia el ventanal con vistas a la pista. Los jugadores están calentando y busco los números de las camisetas de Garrett y Logan en el hielo. Veo a Logan primero. Los ojos de Grace también están pegados a él cuando llega a mi lado.

—¿Cómo va esta temporada? —le pregunto—. No me he estudiado a fondo sus estadísticas.

—Va bien. No tanto como le gustaría, pero hizo dos asistencias en el partido contra Filadelfia. Boston ya tiene unos defensas muy buenos, así que a John no le dan tanto tiempo en la pista como le gustaría. —Grace suena descontenta. No estoy seguro de si es en nombre de Logan o si hay algo más.

—Oh-oh, ¿lo está pagando contigo? —inquieta Allie. Es evidente que ella también ha captado el mismo titileo de desánimo en los ojos de Grace.

—No, para nada. Pero está un poco nervioso. Y yo estoy muy ocupada en la estación de radio, así que nuestros horarios no suelen coincidir. —Se encoge de hombros antes de ofrecer una sonrisa poco entusiasta—. Todas las relaciones tienen sus baches en el camino. Ya pasará.

—Cierto —coincide Allie—. Pero si quieres que le infundamos un poco de sentido común, házmelo saber. Haré que mi novio le dé una paliza.

—Espera —se opone Dean, que imita a Mike Hollis—. Yo soy tu novio.

Me río.

Dean tensa la mandíbula.

—Yo nunca le pegaría una paliza a Logan por ti, Allicita. Es mi mejor amigo.

—Yo creía que Garrett era tu mejor amigo —le chincha ella.

—Yo pensaba que yo era tu mejor amigo —gimoteo yo.

Suspira.

—Por el amor de Dios, todos sois mis mejores amigos, ¿vale?

—Eh, ¿dónde está Hannah? —pregunto, en referencia a la novia de Garrett, Hannah Wells. La última vez que estuve en el palco de Esposas y Novias, también estaba ella.

—Ostras, ¿no has oído lo de Wellsy? —inquire Dean.

—¿Qué le pasa?

—¿Sabes que estuvo trabajando con ese productor famoso? ¿El que también había trabajado con Rihanna y Beyoncé y un montón de celebridades?

—Sí, pero pensaba que ella no hacía su propia música. ¿Ahora está escribiendo canciones?

—Sí —confirma Allie—. Y una de sus canciones la va a cantar... alucina, ¡Delilah Sparks! Están en el estudio de grabación ahora mismo, trabajando en el tema. Hannah dice que podría ser el *single* del próximo álbum de Delilah.

—Guau. Es impresionante. —Es muy guay ver lo que hace todo el mundo después de la universidad. Dean enseña y entrena. Allie en la tele. Hannah se codea con superestrellas del mundo discográfico.

Pero..., y quizá solo sea el niño pequeño que llevo dentro, pero para mí, ver a Garrett y a Logan patinar en el estadio TD Garden a rebotar, representando a nuestra ciudad, supera las carreras de los demás.

Yo siempre he querido dedicarme al *hockey* profesional. Era mi sueño de la infancia. Cuando se lo conté a mis padres, creo que papá se enfadó, porque en su mente me había preparado desde mi nacimiento para trabajar en su empresa y, al final, tomar las riendas. Pero, cuando resultó que era bueno en ello y era realista pensar que podría ganar mucho dinero como jugador de *hockey* profesional, de repente mi padre lo aceptó y me animó con mi carrera en ciernes.

Así que sí, quería eso. Muchísimo. Pero entonces... cambié de idea. Me di cuenta de que el estilo de vida de la NHL no estaba hecho para mí. Es demasiado decadente, demasiado destructivo si no vas con cuidado, y la verdad es que no sé si confío en mí mismo como para formar parte de ello.

Aun así, saber que no jugaré en esa pista algún día, no me quita la emoción por ver patinar a mis amigos. Toda la gente del palco los anima a pleno pulmón, y una oleada de gritos sacude la sala cuando Garrett provoca un rebote que termina sobre el palo de Logan. Este lo atrapa y marca su primer gol de la temporada. Grace está de pie y chilla hasta quedarse afónica, con la cara resplandeciente de orgullo.

Me pregunto si alguna vez encontraré a alguna mujer que me mire así. Alguna que, cuando se tope con «baches» en nuestra relación, trabaje para alisarlos conmigo en lugar de dar media vuelta. Puede que no quiera una novia en este preciso momento, pero no negaré que espero encontrar algo —no, a alguien— de verdad en el futuro.

Por otro lado, algunas relaciones son pura mierda. Quiero decir, mirad a Demi. Está enamoradísima de su novio, y él va por ahí acostándose con otras en fiestas universitarias.

Y yo todavía no le he contado la verdad. He tenido todo el día para hacerlo, por favor. Nos hemos sentado juntos en Psicopatología esta mañana. Nos hemos pasado una hora juntos en el coche de camino hasta aquí. Pero cada vez que he abierto la boca para decírselo, no he logrado pronunciar las palabras.

Le diré algo en el viaje de vuelta. Tengo que hacerlo.

Haré de tripas corazón, lo escupiré de golpe y dejaré que pase lo que tenga que pasar.

* * *

Como un cobarde, espero hasta el último momento para abordar el tema con Demi. Después de recogerla en casa de sus padres, la dejo hablar durante todo el viaje de vuelta, asiento y sonrío mientras por dentro reúno el coraje necesario. La última vez que me encontré en una situación como esta me estalló en la cara como una granada. Todas las fibras de mi ser quieren que mantenga la boca cerrada, pero esta chica me cae muy bien y creo que merece saberlo.

Supongo que no soy buen actor, porque Demi me llama la atención sobre mi actitud mientras giro hacia la calle principal que lleva al campus.

—Vale, ¿qué te pasa?

—Nada —miento.

—Creería que te estoy aburriendo, pero sé que no soy aburrida. Soy una conversadora excelente y te acabo de contar la historia de cuando conocí a Gigi Hadid en South Beach, también conocida como el mejor encuentro romántico del siglo.

Sonrío.

—No eres aburrida, evidentemente —coincido.

—Entonces, ¿por qué estás tan raro? —Demi suena irritada.

—Yo... —Inhalo. Exhalo. Aquí va—. Tengo algo que decirte y he pasado el día pensando en si hacerlo o no.

—¿De qué se trata?

—Uf.

Se forma el silencio.

—Vale. Bien. ¡Buena charla, tío!

Enseguida me retracto.

—¿Sabes qué? No es importante. —«No es cosa mía», me digo. Lo que haga Nico es problema suyo.

—Era broma —insiste—. Dime qué pasa.

—Uf.

Vuelve el silencio.

—Venga ya, monje, ¿voy a tener que sacártelo a golpes?

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

—Soy más fuerte de lo que parece. —Frunce el ceño—. ¿De verdad no me lo vas a contar?

—Nico —se me escapa antes de que pueda detenerme.

Y al instante me quiero dar un puñetazo en la cara, porque Demi se convierte en un tiburón que ha olisqueado algo de sangre.

—¿Qué le pasa? —inquiére.

—Nada. —Por Dios, ¿por qué lo he dicho? ¿Y por qué estamos tardando tanto en llegar a la hilera de sororidades y fraternidades? Necesito un plan de escape ya.

—Hunter —dice con brusquedad.

—Vale. Pero... No dispires al mensajero, ¿vale? —Suelto el aire—. Me lo encontré en una fiesta este fin de semana en la residencia Alfa Delta. El sábado por la noche.

Demi juega con uno de los pendientes de aro mientras le da vueltas.

—Salió con sus amigos del trabajo el sábado por la noche. Yo creía que estaban en Hastings, pero supongo que podrían haber ido a esa fiesta.

—Estaban allí, te lo seguro. No sé si estaba con sus colegas del trabajo, pero Nico estaba allí. Incluso habló conmigo.

—Vale. Pues fue a una fiesta. Qué fuerte.

—No es lo único que hizo.

Se le endurecen los rasgos de nuevo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que lo vi en el piso de arriba con una chica.

Otra vez, el silencio inunda el coche. Mierda. No tendría que haber sacado el tema.

—De acuerdo —dice despacio—. Lo viste con una chica. ¿Qué hacían?

—Estaban saliendo de una habitación.

—¿Estaban desnudos?

—Bueno, no, ambos estaban vestidos. Pero... —No lo quiero decir, pero me obligo a escupirlo—. Él se estaba subiendo la cremallera del pantalón.

—Oh.

—Por supuesto, eso no significa que estuvieran haciendo nada —añado enseguida—. A lo mejor, los dos habían usado el baño y él había olvidado abrocharse la bragueta después. Pero, desde mi perspectiva de chico...

—De putón, querrás decir.

—Guau. —El ataque verbal me pilla desprevenido. Ahora mismo debe de odiarme mucho—. ¿Te recuerdo que llevo meses sin ser sexualmente activo?

—¿Te recuerdo lo muy activo que eras sexualmente el año pasado? Lo dijiste tú, ¿te acuerdas? Así que tal vez solo estás asociando tu propio comportamiento con lo que sea que crees que le viste hacer a Nico. —Se le tensan los labios—. Puede que estuvieran usando el baño. Puede que estuvieran pasando el rato o hablando o lo que sea. No puedes estar seguro de lo que viste.

—Es exactamente lo que te estoy diciendo —me quejo—. No sé si pasó algo.

Llegamos a la bifurcación que lleva a la hilera de hermandades y enseguida pongo el intermitente. Nunca había estado tan feliz de ver la residencia de una sororidad, y ni siquiera voy a acostarme con nadie de allí.

—Mira, lo siento —musito—. No tendría que haber dicho nada.

Demi no responde. Tiene el perfil tan tenso como yo los hombros.

Me detengo delante de la casa Zeta y esquivo su mirada al poner el Rover en punto muerto.

—Pero supuse que debía contártelo. Ya sabes, por si acaso.

—¿Contarme el qué? ¿Que mi novio estuvo hablando con una chica?

—No, que subió con ella al primer piso, que estaban solos en una habitación y que salió subiéndose la cremallera del pantalón. Date cuenta, Demi. Los hombres que están en una relación no hacen esas tonterías.

Enseguida me arrepiento del tono seco que he usado, pero en lugar de callarse o volverse dócil, los ojos de Demi se derriten.

—No sabes nada de mi relación, Hunter.

—Sé que ya habías sospechado que te había sido infiel una vez.

—Sí, cuando éramos niños. Ha madurado desde entonces.

«¿Ah, sí?». Quiero retarla. Me quedo callado, pero la pregunta implícita flota en el aire, y Demi resopla para responderla.

—Es verdad —insiste—. Y ¿sabes qué? No me parece bien que saques conclusiones precipitadas, ¡y no me gusta que difames calumnias!

—¿Difamar calumnias? —No puedo evitar reírme—. Por favor. Todo lo que te he contado es que vi al chaval subiéndose la cremallera. Haz lo que te dé la gana con esa información.

Capítulo 15

Demi

«Se estaba subiendo la cremallera del pantalón».

Las palabras de Hunter zumban en mi mente mientras entro con sigilo a la residencia. A pesar de la hora que es, algunas de mis compañeras de la sororidad todavía están despiertas viendo una película de terror. El salón está oscuro, entreveo boles de palomitas y oigo chillidos hacia la pantalla, pero no me uno a ellas. No estoy de humor.

En lugar de eso, voy a la cocina y meto la cabeza en la nevera. Necesito un tentempié. Rápido. Cuando estoy nerviosa, como. Es un hábito que seguramente debería cortar, porque un buen metabolismo no permanece así para siempre, aunque mi madre está ya en la cuarentena y todavía puede comer lo que quiera, por lo que tengo esperanzas para el futuro. Agarro un bloque de cheddar y corto queso con furia, a cubitos.

No me importa lo que diga Hunter. Nico no puede haberme sido infiel. Sí, salió con sus amigos el sábado por la noche. Y, vale, puede que terminaran en una fiesta universitaria, pero eso no significa que hiciera algo turbio. Por lo que sabe Hunter, Nico podría haber estado charlando con Pippa. Estoy segura de que Pippa también fue a esa fiesta.

Suelto el cuchillo y tomo el móvil. No pierdo el tiempo en escribirle a mi amiga.

YO: Hola, ¿estabas en la fiesta de Alfa Delta el sábado??

Mientras espero a que Pippa responda, pongo los cubitos de queso en un plato y rebusco una caja de tostadas en la despensa. También coloco unas cuantas en el plato.

Cuando me vibra el móvil, me apresuro a responder.

PIPPA: Sí. ¿¿Por??

YO: ¿Viste a Nico?

ELLA: No. ¿Estaba allí?

YO: Puede ser. Me han dicho que lo vieron allí.

ELLA: Mmm. Bueno, yo me fui bastante pronto, hacia las 11. ¿Sabes a qué hora llegó él?

YO: Ni idea. Pero para que me quede claro, ¿no lo viste mientras estabas allí?

ELLA: No.

Me muerdo el labio. Vale. Pues no estaba con Pippa. Eso no significa nada.

PIPPA: ¿Qué pasa, D?

YO: ¿Me puedes llamar?

Me llama en menos de cinco segundos. Me llevo el plato de tostadas y queso a la habitación y sujeto el móvil con el hombro.

—¿Crees que Nico me está poniendo los cuernos? —inquiero en lugar de saludar.

—¿Poniéndote los cuernos? ¿Es una broma?

—No. Alguien lo vio en una situación comprometedor con otra chica en la fiesta.

Pippa se ríe.

—Qué tontería.

Me atraviesa un rayo de esperanza.

—¿Tú crees?

—Lo sé. Venga ya, tía. Ese chaval está obsesionado contigo.

—Eso no significa que no sea infiel.

—Créeme, ni de broma haría algo que saboteara vuestra relación. Se pasa el tiempo hablando de cómo os vais a casar algún día. No imagino que vaya a echarlo todo por la borda por un polvo cualquiera.

Yo tampoco. Y tiene razón. Nico tiende a alardear del maravilloso futuro que tendremos juntos. ¿Por qué planearía un futuro conmigo si se está acostando con más mujeres?

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunta Pippa.

—Hunter —confieso.

—¿El jugador de *hockey*?

—Sí. Estaba en la fiesta y vio a Nico saliendo de una habitación del piso de arriba con una chica. Al parecer, se estaba subiendo la cremallera del pantalón.

Se hace el silencio al otro lado de la línea. Entonces Pippa añade:

—No. Sigo sin creérmelo.

—¿No? —La esperanza que tengo en el pecho crece, y se mezcla con una avalancha de alivio—. Entonces qué, ¿crees que Hunter miente?

—Seguramente.

—¿Por qué me mentaría?

—Me apuesto a que te la quiere meter.

—Solo somos amigos —digo. Y no puedo parar de imaginar su amarga expresión cuando me ha contado lo que había visto. Es obvio que no me quería decir nada.

O... puede que estuviera actuando, fingiendo que le dolía mucho contármelo, pero en realidad todo era una conspiración para, como dice Pippa, metérmela. Quiero decir, Hunter me admitió una vez que tuvo una fantasía sexual conmigo. Y se ha autoproclamado mujeriego retirado. ¿Por qué debería creerme cualquier cosa que tenga que decir él sobre mujeres y relaciones?

Por otro lado, conozco a Nico desde que tenía ocho años. Es mi mejor amigo.

—Nico te quiere —comenta Pippa como si me leyera la mente—. Creo que Hunter miente o que ha malinterpretado lo que vio.

—Entonces ¿crees que estoy exagerando?

—Creo que estás exagerando.

—Gracias, chica —suspiro—. ¿Debería decirle algo a Nico?

—No lo sé, cielo. Puede que sea motivo de discusión, pero, si así te quedas más tranquila, entonces sí, claro. Pero no lo plantees como una acusación —me aconseja—. ¿Quizá podrías tratarlo como una broma? En plan: «Madre mía, amor, ¿te puedes creer esto?».

—Es un buen acercamiento.

Colgamos al cabo de unos minutos, y me quedo en la cama con un plato de tentempiés en el regazo.

Bajo la mirada hacia la montaña de queso y tostadas, pero ya no tengo apetito.

* * *

NICO: Buenos días, cielo. ¿Quedamos para desayunar?

Miro el mensaje de mi novio durante unos largos cinco minutos antes de reunir el valor suficiente para responder.

YO: Claro. Pero me acabo de levantar, necesito tiempo para prepararme. ¿Me vienes a buscar en 45 minutos?

ÉL: Me parece bien :) Te escribo cuando llegue al campus.

Me pongo nerviosa mientras me preparo. He decidido que voy a enfrentarme a él sobre lo que Hunter me dijo ayer. No tengo elección, porque si no lo hago, me comerá por dentro como un cáncer lento hasta que no sea capaz de mirarle sin preguntarme si me ha sido infiel.

Aun así, Hunter tiene que estar equivocado. Como dijo Pippa, o miente directamente o malinterpretó la situación. Espero que sea lo segundo, porque disfruto de nuestra amistad y no me gusta la idea de que, en secreto, todo haya sido una farsa para llevarme a la cama. Eso sería una mierda.

Nico me escribe cuando está fuera. Salgo al porche y me saluda con su cara bonita y una sonrisa que le dibuja dos hoyuelos. Me sorprende cuando me relajo. Adoro esa sonrisa y ese rostro. Es..., bueno, es mi primer amor. Siempre que lo vea, reaccionaré como una adolescente atolondrada. Y solo porque haya dudado alguna vez de nuestra relación y haya tenido alguna que otra sospecha, no significa que no seamos una buena pareja.

—Hola, mami. —Me acerca a él para darme un abrazo seguido por un beso largo con un enredo de lenguas.

Me gustaría decir que es mucha pasión para ser tan temprano, pero Nico siempre es así de apasionado. Es el cubano que lleva dentro. Es todo declaraciones y gestos románticos.

—Estás para comerte. —Emite un chasquido cómico al juntar los labios y me río.

—Tú también. Pero creo que primero quiero un poco de comida de verdad.

—Tú siempre quieres comida de verdad.

—Cierto.

Se ríe.

—¿Qué tal anoche en Boston? —me pregunta cuando bajamos del porche.

—Bien. A mis padres les supo mal que no estuvieras.

—A mí también, pero tenía que trabajar. —Me toma de la mano—. Con suerte, nos las ingeniaremos para ir antes de Acción de Gracias.

—Lo dudo. Tengo parciales y a principios de noviembre la sororidad planea llevar a cabo ese evento benéfico para la protectora de animales.

Entrelaza nuestros dedos con suavidad mientras andamos hacia el bordillo.

—Guay, tienes el camión del trabajo —digo. Es una de las camionetas blancas de la empresa de mudanzas, con el logo negro y rojo troquelado a un lado.

—Sé que solo son diez minutos a pie, pero ¿te importa si vamos en coche a Carver? Solo tengo una hora.

—Tu primera clase no es hasta las dos —le recuerdo.

—Lo sé, pero tengo que ir a trabajar un par de horas. Le dije a Frank que haría un trabajito antes de clase. —Me abre la puerta del copiloto y se apresura a dar la vuelta para entrar por el asiento del conductor.

—Le has pedido a Frank lo del viernes que viene, ¿verdad?

Nico enciende el motor.

—¿El viernes que viene? ¿En dos semanas?

—Sí, es la fiesta de inauguración del piso de Corinne. Tenías que decirle a Frank que esa noche no puedes trabajar.

—Ah, es verdad. —Nico asiente, y un mechón de pelo negro le cae sobre la frente. Alargo la mano para apartárselo—. Lo siento, lo había olvidado porque queda mucho. Pero sí, hablé con él. Me prometió que acabaría hacia las siete.

—Bien. —Me abrocho el cinturón—. ¿A que su piso es mono?

—La verdad es que no recuerdo cómo era —añade, con una sonrisa—. He llevado cajas a tantas casas y tantos pisos que se me mezclan todos en la cabeza. Oh, por cierto, tengo algo para ti.

Eso despierta mi interés.

—Ah, ¿sí?

—El otro día, D y yo fuimos a comernos una hamburguesa a la ciudad, y tenían una de esas máquinas de bolas de chicle, pero en lugar de chicles, te daba juguetitos y tonterías. Me costó un dólar, pero... —Nico sonrío de oreja a oreja—. Tenía que conseguirte esto.

Abre el compartimento central del salpicadero y mete una mano. Hay cosas que crujen y unas llaves resuenan mientras rebusca.

Al final, saca un huevo de plástico amarillo.

—Aquí lo tienes.

Con mucha curiosidad, hago presión para abrir las dos piezas de plástico y una bolsita me cae sobre el regazo. Se me escapa una sonrisa. La bolsita contiene un par de pendientes baratos

de plástico: unos aros rojos enormes con topos negros.

—Porque sé lo mucho que te encantan los aros grandes —me chincha Nico.

—Oh, eres lo peor. —Pero no puedo dejar de sonreír porque este regalo significa que, mientras estaba con sus amigos, pensó en mí lo suficiente como para meter un dólar en una máquina infantil y conseguirme la tontería de los pendientes.

—Me encantan —digo, y le paso los brazos alrededor del cuello de forma dramática para darle un beso en la mejilla.

—Además, son de plástico —añade con amabilidad—. Así que, si se te enganchan con algo, seguro que se rompen antes de extirparte la oreja.

Cómo me conoce este chico.

Se separa del bordillo y nos lleva un minuto exacto pasar por tres aparcamientos hasta el que hay detrás de Carver Hall. Yo estoy incluida en el programa de comidas porque vivo en el campus, pero Nico no, así que tiene que pagar por el desayuno. Se pide una tostada francesa, y yo me lleno el plato con beicon, huevos y tostadas del bufé libre. Buscamos una mesa acogedora al fondo del comedor de estilo chalé. La sala tiene un techo muy alto, las paredes son de paneles de roble y hay unas mesas redondas de caoba esparcidas por el espacio.

A los diez minutos de desayuno, por fin saco el tema.

—Oye, quería preguntarte algo.

—¿Mmm? —Le da un mordisco a la tostada francesa.

—Es que... y de verdad, no te estoy acusando de nada, así que, por favor, no lo malinterpretes.

Eso le llama la atención. Su tenedor da un golpe contra la bandeja.

—¿Acusarme? ¿Qué pasa?

—Em, bueno. Una persona me ha dicho una cosa y quería comentarlo contigo.

—¿Comentar el qué?

Mierda, ¿qué estoy haciendo? ¿De verdad quiero hablar de esto en público? ¿Qué pasa si sale fatal?

Pero ya me he subido al tren y ahora tengo que seguir el trayecto hasta el final.

—Alguien te vio en la fiesta de los Alfa Delta el fin de semana pasado. Con una chica.

—Alguien me vio con una chica... ¿Podemos especificar un poco más?

—Te vieron salir con ella de una habitación del piso de arriba, y puede que te estuvieras subiendo la cremallera del pantalón.

Le destellan los ojos con furia.

—¿Quién ha dicho eso exactamente?

—Eso no importa.

—Y una mierda que no. Quiero saber quién está difundiendo mentiras sobre mí.

Estudio su expresión. Parece enfadado de verdad, y la forma en la que lo ha negado no me ha sonado falsa. Pero, por alguna razón, no quiero meter a Hunter en esto, así que miento sobre mi fuente.

—Una chica de la fiesta se lo dijo a una de las chicas de mi sororidad, que me lo contó a mí. Cómo lo he sabido, no importa. Solo quería asegurarme... ¿Dices que no hiciste nada?

—Por supuesto que no.

Solo oigo sinceridad en su voz.

—¿Pero estabas en la fiesta?

—Sí, fui con Steve y Rodrigo y otro par de chicos del trabajo. Te dije que salía con ellos esa noche.

—Sí, pero no me dijiste que ibas la residencia de una fraternidad en mi calle.

—Dije que salía con los chicos, y eso hicimos. Fuimos a varios sitios —dice Nico irritado—. Al final, acabamos allí, pero era tarde y pensé que llamarte no tenía sentido. Bebimos un par de copas, bromeamos con los chicos, y la única chica con la que pasé el rato fue la hermana de Roddy, Carla. Supongo que fue con ella con la que me vieron. La llevé al baño de arriba. La cola para el otro era larguísima, así que nos colamos por las escaleras.

Todo esto suena plausible. He estado en la casa Alfa Delta, y he visto lo concurrido que suele estar el cuarto de baño de abajo.

—Carla hizo lo suyo, yo lo mío, y salimos de la habitación. No recuerdo subirme la cremallera. —Se le tensa la mandíbula—. Pero, si lo hice, supongo que fue porque olvidé hacerlo después de ir al baño.

No parece que esté a la defensiva. Se está defendiendo, sí, pero no noto que trate de convencerme de nada.

—Está claro que quienquiera que te dijo esta mierda malinterpretó la situación.

—Es lo que había pensado. Solo lo he dicho porque... —Me encojo de hombros—. Bueno, porque es bueno que seamos abiertos y honestos entre nosotros.

—Estoy de acuerdo. —Todavía está un poco tenso mientras toma el tenedor y sigue comiendo—. Pero no me gusta la idea de que la gente hable mal de mí.

—Nadie ha hablado mal de ti —le aseguro—. Solo fue una amiga que cuidaba de otra amiga.

—O, más bien, una amiga removiendo mierda. ¿Qué chica te lo ha contado?

—Ya te lo he dicho, no conozco a la chica de la fiesta.

—Pero ¿cuál de las chicas de la Zeta te lo ha dicho?

—No importa. Me lo contó porque nos protegemos la una a la otra, pero, por si te interesa, ella tampoco pensó que hubiera nada raro en la historia —miento.

Nico parece satisfecho.

—Bien. Y me alegro de que tú tampoco te creas esas mentiras. —Alcanza mi mano con la suya por encima de la mesa para entrelazar los dedos—. Sabes que nunca te haría algo así.

Capítulo 16

Demi

El lunes siguiente estoy tentada de cancelar mi sesión con Hunter. No hemos hablado desde la semana pasada en Boston; el único contacto que hemos tenido fue cuando me escribió para preguntar si seguía en pie lo de esta noche. Tengo la sensación de que esperaba que lo cancelara, pero esta asignatura es importante para mí, y quiero que el proyecto nos vaya bien. Eso significa que debo aguantarme y seguir quedando con él cada semana.

Quizá Hunter sí que estaba cuidando de mí cuando me contó lo de Nico, pero todas las personas con las que hablé durante la semana pasada me aseguraron que no importa lo que pasara entre Nico y esa chica, seguro que era algo inocente. Hace unas cuantas noches, estábamos en un bar del campus y Darius me apartó un momento para decirme:

—Escucha, yo ni siquiera estaba allí y, aun así, te aseguro que es una estupidez.

Me gustó oírlo de su boca. Los amigos del trabajo de Nico también lo apoyaron, pero no los conozco tanto como a D. Además... Nunca lo diría en voz alta, pero Steve, Roddy y los demás me parecen unos imbéciles. Sospecho que apoyarían a Nico sin tener en cuenta su culpabilidad o inocencia, porque se rigen por el código de los colegas. Darius, en cambio, es un buen amigo de ambos, así que sé que no me mentiría.

Mientras tanto, Nico ha estado muy atento desde que me enfrenté a él. De una forma cercana a lo que yo consideraría hacer la pelota. Me estoy esforzando por no tomármelo con cinismo, y todavía más por dejarlo en el pasado. Me dijo que no había pasado nada y yo, que le creía. Eso significa deshacerme de toda la negatividad, no desconfiar de él ni cuestionar sus motivos.

Estoy tan nerviosa mientras espero a que llegue Hunter que me estoy comiendo una bolsa de patatas a causa del estrés.

HUNTER: Josie me ha dejado entrar. Estoy subiendo.

Al cabo de un segundo, llama a la puerta. Entre crujidos mientras mastico, respondo:

—Pasa.

Hunter aparece con los pulgares metidos en los bolsillos de los vaqueros rasgados. No son pantalones pitillo, pero le favorecen las piernas largas, y tiene la camiseta deportiva pegada al

pecho esculpido. Lleva el pelo oscuro enmarañado y tiene las mejillas rojas.

—Hace mucho viento —musita, y se pasa una mano por el pelo.

—Esta noche habrá tormenta.

—Bien. Estamos a mediados de octubre. ¿Cómo es posible que todavía haga calor?

—Por el calentamiento global —sugiero.

—Sí, es un verdadero problema.

Oh, dios. Esto no va a ser divertido. Estamos hablando del tiempo. Y él no me está mirando, sino a sus botas Timberland. La comodidad y la diversión que fluían entre nosotros han desaparecido.

Cuando Hunter toma asiento en su sofá biplaza designado, no se estira como hace habitualmente, sino que permanece sentado y tenso.

—En fin, hagamos esto.

Rechino los dientes.

—Podrías parecer un poco más entusiasmado.

—Lo mismo te digo —responde de vuelta.

Dejo la bolsa de patatas en la mesita de noche. Vale. Supongo que ahora será así. Abro la carpeta que estoy usando para el proyecto y paso páginas hasta llegar a la última ficha en blanco.

Tras haber hecho esto varias veces, creo que apuesto por el trastorno de personalidad narcisista. Pito Smith encaja en todos los criterios de diagnóstico de la DSM-5. Sin embargo, el problema con un diagnóstico de TPN es que los narcisistas no acostumbran a saber que lo son, por lo que el análisis solo es útil en cuanto a la información que me llega. Y el hecho de que los narcisistas tiendan a reescribir eventos en su mente hace que todo el proceso sea mucho más desafiante.

Esto significa que el terapeuta debe hacer las preguntas correctas, eliminar rumores importantes y buscar patrones emergentes, como el del paciente que describe una interacción que no encaja con su reacción al respecto. Y no me hagáis hablar del tratamiento. Quiero decir, si un narcisista no reconoce que es un narcisista, ¿cómo vas a tratar su narcisismo?

Puaj. Este no me hace demasiada ilusión. Habría preferido algo más directo, como un trastorno de ansiedad. Por lo menos, la gente que sufre de ansiedad es consciente de que tiene un problema.

—¿Y por qué cree usted que viene a terapia? —pregunto a mi falso paciente.

—Ya se lo he dicho, mi mujer quería que viniera.

—Así que no cree que lo necesita.

—No. —Hunter se cruza de piernas y levanta la mirada hacia al techo—. Yo no tengo ningún problema.

—No tiene que tener ningún problema, ni usted ni nadie, para sacarle provecho a la terapia.

—La gente que va a terapia es débil. La única razón por la que hago esto es para mantener a salvo mi matrimonio.

—¿Y por qué quiere hacer eso?

Se ríe con sorna.

—Porque en mi familia no se divorcia nadie. El divorcio es otra señal de debilidad. Indica tu incapacidad de esforzarte lo suficiente como para llegar a tu meta.

—Y su meta aquí sería salvar su matrimonio.

—Sí.

—Porque si se divorcia, ¿quedará mal delante de su familia y colegas?

—No, porque quiero a mi mujer. Quiero que todo siga igual para ella y para mi hijo.

—¿Su hijo?

Oh, dios mío. ¡Un giro argumental! Hace semanas que espero una sorpresa como esta.

Enseguida, poso el bolígrafo sobre el papel, lista para tomar notas abundantes.

—Es la primera vez que menciona a un hijo.

—No tenía por qué haberlo hecho. Los problemas en mi matrimonio no tienen nada que ver con él.

—Sí, pero de igual forma me resultaría útil tener una idea más clara de su unidad familiar — señalo—. Debo saber todos los hechos.

Hunter me mira con los ojos entrecerrados.

—Ya veo. ¿Así que saber todos los hechos es importante?

Me tenso al recibir el golpe, que obviamente iba dirigido a mí, Demi, y no a la falsa doctora Davis.

—Cuando los hechos son verdaderos o relevantes para la conversación, sí. Cuando alguien busca problemas sin razón alguna, entonces no.

—¿Sin razón alguna? —Se le tensan los músculos de la mandíbula—. En fin. Vale. ¿Quiere saber cosas sobre mi hijo? Le diré algo sobre él. Es un capullo.

La vehemencia de su tono me toma por sorpresa.

—¿Por qué dice eso?

—Ese niño es un chivato. Si no hubiera sido por él, mi mujer no sabría nada de la maldita aventura que tuve con mi secretaria. Él fue quien se lo contó.

—Ya veo.

—Apareció en mi oficina un día durante las vacaciones de verano. Vino a saludarme y me pilló haciéndolo con mi secretaria sobre el escritorio. —Pone una mueca de asco—. ¿Trató de recibir una explicación por mi parte? ¿Preguntó qué podía haber hecho su madre para llevarme a cometer unos actos tan extremos? Por supuesto que no. En lugar de eso, corrió a casa y le contó a su madre lo que había visto.

Hay algo escalofriante y realista en esta historia.

El evidente resentimiento en los ojos de Hunter me indica que es algo más que una actuación.

—¿Cuántos años tenía?

—Catorce. Un punki de catorce años que se creía un hombre, el gran héroe que rescataría a su madre. Pero bueno, le salió el tiro por la culata. A Kathryn no le importó. Por supuesto que no iba a dejarme. Míreme: soy rico y atractivo. No puede estar con alguien mejor que yo. Mi hijo pensó que hacía lo correcto, pero, al parecer, a nadie le importaba una mierda su opinión.

Hunter sacude la cabeza con rabia.

—Y eso le dejó una cicatriz al niño, porque resulta que su madre ya sabía lo de la aventura, y lo de todas las anteriores, y le suplicó que simplemente mirara hacia otro lado, porque su padre era un buen hombre, buen padre y abastecedor. Cuando él intentó discutirsele, ella le dijo que

solo causaba problemas y le hizo sentir que había hecho algo mal al contarle la verdad. Así que, años más tarde, cuando vio otra cosa que podía herir a otra mujer, quiso mantener la boca callada. —Ahora me fulmina con la mirada—. Y le costó un mundo decir algo. Les preguntó a sus amigos si debía hacerlo, si ellos querían saberlo y, en el fondo de su mente, una vocecita decía «no te metas, volverá a explotarte en la cara», y mira lo que ha pasado: exactamente esto.

El silencio invade la habitación de golpe. Hunter está furioso. No sé si es conmigo, consigo mismo o con el mundo. Vuelve a pasarse los dedos por el pelo, con la cara inexpresiva.

—Hunter —digo con cautela—. Tú... ¿le contaste a tu madre que habías pillado a tu padre con otra mujer? Y... espera... todo lo que has descrito durante las sesiones, ¿te ha pasado de verdad? ¿Es tu padre quien...?

Confusa, mi cerebro revisa nuestras sesiones en un intento por discernir qué historias eran reales y cuáles se ha inventado para que encajaran en el proyecto. Está claro que su padre es la inspiración para el narcisista que ha fingido ser, pero ¿cuánto de esto ha sido una actuación?

—En fin —musita Hunter, y se pone de pie—. Intentaba ser un buen amigo, pero sabes qué, a la mierda. Hemos terminado por hoy. Te veo la semana que viene.

Soy incapaz de hacer nada mientras se va hecho una furia de mi habitación. Quiero ir tras él, pero todavía tengo la mente nublada. Demasiados hechos me revuelven el cerebro. Ojeo mis notas, leo por encima la historia del Día de Acción de Gracias, las infidelidades, la falta de agallas de la mujer y la cruel forma de mi paciente de infravalorar a cualquiera que vea como un inferior. ¿Es esta la familia de Hunter? ¿Cuánto lo ha decorado?

Lo único que me hace estar segura de que ha sido real es la agonía en su voz al volver a explicar cómo le contó a su madre lo que había visto, y que le dijera que solo causaba problemas por intentar protegerla.

Y yo le dije lo mismo: lo acusé de meterse donde no lo llamaban.

Maldición. Con un suspiro, me frotó la cara con las manos mientras la culpa me revuelve el estómago. Tal vez, los motivos de Hunter sí eran cien por cien puros, después de todo.

Pero... se equivocaba de todos modos, ostras.

* * *

El viernes vamos a la fiesta de inauguración del piso de Corinne. No quería celebrarlo porque es un poco tímida, pero Pippa y yo la convencimos y aceptó con la condición de que fuera algo recatado.

Nico nos recoge a Darius, a Pippa y a mí en el campus. Al ser su novia, tengo garantizado el asiento del copiloto, lo que significa que Darius y su metro noventa y ocho están desterrados a ir en el asiento de atrás.

—Venga ya, D —se queja—. Mi cuerpo se merece ir delante y lo sabes.

—Si te portas bien, te dejaré ir delante en el camino de vuelta. —Saco el móvil para escribirle a Corinne y descubro que está completamente muerto. Mierda. He olvidado cargarlo antes de salir.

Me giro hacia Pippa.

—¿Puedes decirle a Corinne que estamos de camino?

—Voy.

Vuelvo a guardar el iPhone en el bolso. Nico conduce con una sola mano; la otra la posa con firmeza sobre mi muslo. En un par de ocasiones durante el trayecto, me acaricia la rodilla descubierta con el pulgar de forma seductora y, en un semáforo en rojo, hasta me pasa las yemas de los dedos por debajo del dobladillo de la falda. Le lanzo una mirada que dice: «Eres incorregible», y me guiña el ojo como respuesta.

Cuando llegamos, ya hay varias personas en casa de Corinne. Es una mezcla extraña: un par de jugadores de baloncesto, una chica del estudio de yoga de Corinne y varios chicos de su clase de matemáticas. Estudia el grado de Economía y le apasionan las matemáticas, igual que a sus tres compañeros. De hecho, uno de ellos lleva traje y corbata, lo que me hace sonreír.

—Sabes que estamos en una fiesta, ¿verdad? —le chincho cuando nos presentan. Se llama Kyler y está en cuarto.

—¿Me he pasado con la corbata? —dice con ironía.

—Solo un poquito.

Mientras Kyler y yo hablamos, Nico aparece a mi lado y me toma de la mano. A veces lo hace, como si fuera una forma física de reclamar mi atención cuando estoy con otro chico, como si dijera «es mía». Antes me parecía bonito. A veces todavía lo pienso. En otras ocasiones, como esta noche, cuando intento caminar por la sala y hablar con la gente, que esté pegado a mi cadera es un estorbo.

Y, la verdad es que es molesto.

Corinne ha llenado una mesa de refrescos en la pequeña zona del salón comedor. Es una de esas fiestas en las que tenemos que traer nuestra propia bebida, pero ha comprado una variedad de refrescos para mezclar y un par de botellas de cerveza. Planeaba beber esta noche, así que no pierdo el tiempo y organizo la primera ronda de chupitos.

Nico se apunta. A él le gusta más el ron, pero sirve una cascada de tequila por encima de la fila de vasos de chupito que he preparado. Los reparto y los once levantamos el vaso.

—¡Por Corinne, y su maravilloso piso nuevo! —propongo como brindis.

—¡Por la adultez! —añade Pippa.

—¡Por la adultez!

El tequila me arde mientras me desciende por la garganta y enseguida entro en calor. Alguien sube la música, y Nico y yo nos dirigimos hacia el sofá.

Pippa está sentada sobre el regazo de Darius, y él juguetea con el pelo de ella. No son pareja, pero tontean sin pudor cuando están juntos. Intenté emparejarlos hace un tiempo, pero, por alguna razón, no funcionó. Creo que ninguno de los dos quiere una relación seria, así que su arreglo de solo tontear les funciona.

Corinne está de pie, cerca, y charla con Kyler, y los demás están reunidos junto a la mesa de las bebidas. Darius toma el mando a distancia de la mesa de cristal cuando ve lo que están retransmitiendo por la tele.

Sube el volumen a toda velocidad.

—Sí, ¡me encanta esta película!

—Sabes que es para chicas, ¿verdad? —le informa Nico.

—Si es para chicas, ¿por qué sale Scarlett Johansson? —le reta D—. Porque dudo que las chicas se corran pensando en ScarJo tan a menudo como yo.

Estallan en risas. Kyler, el de la clase de matemáticas, se pone rojo. Es bastante mono. Me

pregunto si Corinne y él se gustan. Está muy cerca de ella.

—¿De qué conozco a este actor? —pregunta Pippa cuando aparece un chico guapo en la pantalla—. Salía en la película esa que iba sobre un teléfono móvil, ¿no?

—Es lo más impreciso que he oído jamás —añade Darius, y le da un toque en las costillas.

—Demi, tú sabes de qué película hablo, ¿verdad?

Echo un vistazo a la pantalla.

—¿Es Chris Evans?

Pippa asiente.

—Te juro que salía en la película esa del móvil. Es algo antigua... con ese tío británico, y esa mujer, y...

Darius se ríe fuerte.

—Por el amor de Dios, Pip, deja de ser tan imprecisa.

—Espera, creo que ya sé de qué película hablas —le digo a Pippa—. Mierda. Yo tampoco me acuerdo del título. Cariño, ¿me dejas el móvil para buscarlo?

Nico se saca el iPhone del bolsillo y me lo da. No hay código para desbloquearlo; otra razón para pensar que las acusaciones de infidelidad de Hunter me den igual. ¿Por qué iba Nico a cederme su móvil si ocultara algo?

El plan de datos de Nico es un asco, así que, en lugar de abrir el buscador, abro los ajustes primero.

—¿Cuál es tu red wifi? —pregunto a Corinne.

—Cwiley22 —responde—. La contraseña es A minúscula, F mayúscula...

—Qué raro —la interrumpo—, se ha conectado solo.

Un sentimiento extraño me revuelve el estómago mientras miro a Nico.

—Oh. —Frunce el ceño—. Sabes qué, supongo que la red se quedaría guardada en mi móvil cuando vinimos con los chicos a ayudarte con la mudanza —le dice a Corinne.

—Ah, supongo que será eso —responde.

Asiento despacio y abro el buscador para... ¿qué buscaba? Ah, sí. Chris Evans. Pero me tiemblan las manos mientras busco su filmografía en Google.

Hay algo que me molesta, pero no sé muy bien el qué. Quiero decir, ya sé que Nico y sus compañeros de trabajo ayudaron a Corinne a hacer la mudanza con todas las cajas de la residencia al piso y le trajeron los muebles. Nunca lo han ocultado, ninguno de los dos. Y por supuesto que le habría dado la contraseña del wifi a Nico si se la hubiera pedido. Y se lo habría pedido, porque su plan de datos es un asco, y si estuvo aquí durante un par de horas y quiso usar el móvil, seguro que...

Entonces descubro la razón por la que se me revuelve el estómago antes de que se me forme un nudo.

Corinne no tuvo wifi hasta casi una semana después de haberse mudado. Cuando vine a ayudarla con el armario, todavía no lo había instalado.

No es posible que estuviera conectado y que funcionara cuando Nico vino, días antes que yo. De repente, siento que se me enfría el cuerpo.

—Demi. ¿En qué película estamos pensando? —pregunta Pippa con impaciencia.

Me cuesta respirar cuando echo un vistazo a la pantalla del móvil.

—Se titulaba *Cellular* —mascullo.

—¡Já! Vaya, pues tenías razón como lo de que era una película sobre un móvil —le dice Darius a Pippa entre risas.

—Te lo dije.

Cuando todo el mundo vuelve a hablar, dejo caer el móvil sobre el regazo de Nico. Sus profundos ojos marrones me estudian con cautela.

—¿Cariño?

Me cuesta encontrar la voz. De verdad que no sé qué decir. Corinne todavía charla con Kyler, pero, por alguna razón, sé que nos está escuchando a Nico y a mí.

Suspiro, temblorosa. ¿Por qué el móvil se ha conectado a su wifi al instante? Esto sugeriría que volvieron aquí después de la mudanza, pero ¿por qué habría regresado? Ella es amiga mía, no suya. Puedo imaginar que pase el rato con Pippa sin mí, pero no con Corinne.

El tequila me borbotea en el estómago. Mierda. ¿Voy a vomitar?

—Demi, ¿qué pasa? —me insta Nico.

Le devuelvo la mirada, débil.

—Corinne se instaló el wifi al cabo de una semana de haberse mudado.

Durante un segundo, el pánico se le refleja en el rostro, pero ocurre tan rápido, que no puedo estar segura.

—Vaya, qué raro, entonces —dice, y cierra los labios—. Me pregunto por qué se ha conectado.

—Sí, yo también me lo pregunto —añado con firmeza.

Nuestra conversación entre susurros le llama la atención a Pippa.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Nada —dice Nico al instante.

Pero Pippa me conoce bien. Con tan solo mirarme, se levanta del regazo de Darius.

—¿Qué pasa? —repite, y nos mira alternativamente, primero a mí y después a Nico.

Abro la boca, pero no me sale nada. Despacio, muevo la cabeza hacia Corinne. Ella también me observa, y la culpa que se le refleja en los ojos me hace ponerme en pie.

La habitación da vueltas durante un momento. Con tres chupitos de tequila nadando en mis entrañas, ahora sí que corro peligro de vomitar.

Me trago la bilis que me recorre la garganta.

—Tienes que estar de broma —espeto—. ¿Cuánto tiempo?

Corinne da un paso hacia mí.

—No es lo que crees que es...

—¿Cuánto hace que te tiras a mi novio, Corinne? —Giro la cabeza hacia Nico—. ¿Cuánto hace que te la follas?

La habitación entera se queda en silencio. En la pantalla del televisor, Scarlett Johansson discute con Chris Evans y, de repente, la película ya no parece tan bonita ni tan divertida. Es como si me hubieran dado una bofetada en la cara. Esa gente estúpida enamorándose cuando mi novio de hace ocho años me acaba de apuñalar por la espalda.

—Oh, mierda —murmura Darius con voz grave, y parece igual de impactado que yo. No creo que supiera nada de esto. No creo que nadie fuera consciente, excepto Hunter.

Hunter intentó avisarme. Tuvo las agallas de decirme lo que vio en la fiesta y...

Vuelvo a girarme hacia Corinne.

—¿Eras tú la de la fiesta de la sororidad? —pregunto.

Parpadea.

—¿Qué?

—Hace un par de fines de semana; aquella fiesta en la residencia Alfa Delta un sábado por la noche. ¿Estabas allí con Nico?

Enseguida niega con la cabeza.

—No, te prometo que no. Tengo un grupo de estudio con Kyler y Ahmed y quedamos los sábados por la noche.

Hace un gesto hacia los dos chicos, que enseguida le respaldan la coartada.

—Estábamos todos juntos —dice Kyler, incómodo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo hace que os acostáis? —digo con voz fría.

—Solo pasó una vez —confiesa ella—. Solo una vez, te lo prometo.

Se me revuelve el estómago de nuevo. No quiero oír nada más. Hasta aquí.

Trago con fuerza, me giro sobre los talones y me dirijo con paso firme hacia la puerta. Nico me sigue, con la voz suplicante que hace eco por el pequeño apartamento.

—Demi, por favor, ¡espera! Deja que te lo explique.

—¿Explicarme el qué? —rujo, como un remolino—. ¡Me has puesto los cuernos con una amiga mía! ¡Y luego otra vez con una chica en una fiesta! ¿Quién era? ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

—No te he puesto los cuernos. Te está mintiendo...

—¡Eh! —Corinne se apresura a dar un paso hacia delante—. ¡No estoy mintiendo!

La miro y atisbo un destello de furia dirigido a mi novio.

—No estoy mintiendo, Demi —añade Corinne, en voz baja—. Sí que ocurrió.

Y la creo.

—Pippa —digo con voz trémula—. Pídeme un Uber. Ahora. —Lucho por no echarme a llorar porque no tengo batería en el móvil y estoy atrapada en este estúpido apartamento con una amiga traidora y un novio infiel y solo quiero esconderme en un maldito agujero y morirme.

—Estoy en ello —responde Pippa.

—Demi. —Nico intenta agarrarme del brazo.

De forma instintiva, tomo impulso con el otro brazo y le golpeo en la cara. El golpe hace que eche la cabeza hacia atrás y le arranca un insulto de la boca.

Le he dado con el puño en la mejilla izquierda. Con el rostro herido, se pone la mano encima.

—Me has pegado.

—Claro que sí, y te mereces mucho más que eso, cabrón de mierda.

—El Uber está a dos minutos —anuncia Pippa.

Le planto el dedo índice en el centro del pecho a Nico.

—No me sigas —le aviso, y salgo corriendo por la puerta.

Capítulo 17

Hunter

Es viernes por la noche y mis compañeras de piso y yo estamos jugando a un juego de mesa que es una locura llamado *Zombies!*TM, signo de exclamación incluido.

Hollis ha venido a casa a pasar el fin de semana, lo que significa que tenemos la oportunidad de escucharlos a él y a Rupi discutir sobre el último el último evento del juego. Hollis acaba de robar una carta de Sacrificio, que indica que sacrifique a alguien de nuestro grupo para que el resto nos acerquemos a una zona segura. El único problema es que el movimiento que más ventaja nos daría sería sacrificar a Rupi. Si ella muere, el resto no perderemos demasiado. Los demás somos muy valiosos para el grupo. Tengo dos ballestas en el arsenal, por favor. ¿Y qué tiene Rupi? Nada.

—Mike, acaba con ella —escupe Summer, y no puedo evitar reírme al oír que alguien con un rostro tan angelical como el suyo abogue por matar a una de nuestras amigas.

—¡Summer! —Rupi se queda sin aliento por la traición.

—¿Qué? —pregunta a la defensiva—. El objetivo es conseguir que el mayor número de personas lleguen a la estación. Solo hay una carta de Sacrificio en el mazo. Solo va a morir una persona en el grupo y tienes que ser tú.

—Tienes que ser tú —coincide Brenna, y da un sorbo a la taza de chocolate caliente que la futura difunta Rupi nos ha preparado.

—Mike —le advierte Rupi—. Si me matas, te juro que...

—Cari —dice él.

—Mike.

—Cari.

—Mike.

—Cari —suspira, y coloca la carta de Sacrificio frente a la pila de ella.

Rupi suelta un chillido lo bastante alto como para hacer temblar la mesita del café.

—¡No me creo que lo hayas hecho!

—No tenía elección —protesta—. Era lo mejor para el grupo.

—¿Y qué hay de lo mejor para mí?

—Estás siendo muy egoísta ahora, cariño.

—¿Por qué? ¿Porque quiero que mi novio me proteja de cualquier daño? ¡No me lo creo! Cuando terminemos de jugar, voy a...

—Tú ya has terminado de jugar —la interrumpe Brenna de manera seca—. Te ha matado.

Rupi resopla y se va haciendo aspavientos, como siempre. Esta chica es una reina del drama.

Por suerte, ha encontrado el amor verdadero en un rey del drama. Hollis se levanta y echa los brazos al aire.

—¿Veis lo que me habéis hecho hacer? —nos acusa—. ¡Por esto nunca juego a juegos de mesa!

Se apresura a ir tras Rupi.

—Y solo quedaron tres —añade Brenna con indiferencia, mientras ojea sus cartas de arsenal.

—No podemos seguir sin él —le digo—. Es el único que tiene el antídoto para la segunda mutación. Oh, y el único que sabe despellejar un conejo.

—Pues nos redistribuimos las habilidades —sugiere Summer.

—No, creo que el juego ha terminado. —Dejo caer las cartas sobre el tablero y me apoyo en los cojines del sofá.

—Tenemos que dejar de jugar a juegos de mesa con ellos —declara Brenna mientras toma su taza.

—Estoy de acuerdo —coincide Summer—. Son lo peor.

Alcanzo mi taza de chocolate caliente y me la bebo de un trago. No estaba centrado en el juego de todos modos.

Durante los últimos cinco días, Demi Davis se ha adueñado de mis pensamientos. Me siento fatal por haber sido borde con ella, pero, por si mi tono severo no hubiera sido suficiente, lo empeoré con un montón de información sobre mi deplorable relación con mi padre. Casi vi cómo los engranajes de su cerebro trabajaban para revisar todas las cosas que le había contado desde que empezó el semestre, en un intento por discernir cuáles eran ciertas.

Por mucho que me pese, la mayoría lo eran. Adorné algunas de ellas, es verdad. En general, mi padre no es cruel con mi madre, ni tampoco habla con ella con el mismo desdén que usé durante nuestras sesiones falsas de terapia. Exageré algunas tendencias narcisistas para que a Demi le resultara más sencillo identificarlo.

Pero todos los eventos que describí habían ocurrido en la vida real. Sí que pillé a mi padre teniendo sexo con su secretaria cuando tenía catorce años. Se lo dije a mi madre, y me pidió que no interfiriera en su matrimonio. Que fuera un buen chico y me quedara callado porque papá cuida de nosotros y qué tipo de vida íbamos a tener sin él.

Ese fue el día en que me di cuenta de que mi madre no tiene autoestima y mi padre, demasiada.

Aun así, un viajecito por el bulevar de los recuerdos no era excusa para desahogarme con Demi. Sabía que había una posibilidad de que no me creyera cuando le contara lo de Nico. No tendría que haber bromeado al decirle que abriera los ojos ni haber insinuado que era una tonta ingenua.

«Te llamó putón».

Uf, es verdad. Fue igual de borde conmigo que yo con ella. Los dos somos unos bordes.

Mierda. Tendría que intentar arreglarlo. Miro hacia el lado de la mesa donde he dejado el móvil, pero no. Mensajearse es un asco. Una conversación por mensaje sobre esto sería

demasiado impersonal.

—Sabéis qué. —Salto del sofá—. Me tengo que ir.

Summer me mira.

—¿Estás seguro? Podríamos empezar una partida nueva.

—No, creo que los zombis pueden ganar esta vez. Vuelvo luego.

—¿Adónde vas? —pregunta Brenna.

—A ver a una amiga.

—¡Ja! —resuena una risa burlona—. Sabía que lo del celibato no duraría.

—No es para tener sexo —aclaro—. Es la chica con la que estoy trabajando en el proyecto ese. El otro día tuvimos una discusión, y quiero arreglar un poco las cosas.

—Sabes que puedes escribirle, ¿verdad? —dice Summer con amabilidad.

—Sabes que puedes meterte en tus asuntos.

—Pues vale.

No he bebido, así que recorro el camino de diez minutos que hay hasta el campus en coche y giro hacia la hilera de hermandades. No encuentro sitio para aparcar delante de la casa Zeta, pero hay un trecho de acera vacía unas casas más allá. Aparco el Rover y entonces oigo los gritos.

Oh, mierda.

Echo a correr por la calle y derrapo como los personajes de dibujos animados cuando veo a Nico en el césped de la casa Zeta mientras le grita a la ventana del segundo piso.

—¡Venga ya, Demi! ¡Por favor!

El hombre parece completamente destrozado. Sentiría simpatía genuina por él si no fuera por el hecho de que sé exactamente qué está pasando. Le puso los cuernos a Demi en la fiesta. No puede haber otra razón por la que esté delante de su casa para suplicarle que le deje entrar.

—Por favor, mami, ¡te quiero! La he cagado, ¿vale?

Espío desde los arbustos que separan la residencia de la hermandad de la casa vecina.

—¡Vete! —se escucha una voz aguda.

No es Demi. Alzo la vista y veo a dos chicas en la ventana, con la figura a contraluz por la lámpara de la habitación de Demi.

—No quiere hablar contigo. Vete —grita una de ellas.

—Llamaremos a la policía si no te vas —le avisa la otra—. Estás montando un escándalo. Hay gente intentando dormir.

—¡Son las nueve en punto de un viernes y estamos en la calle de las hermandades! —gruñe Nico—. ¡No hay nadie durmiendo, Josie! Dile que baje y ya está.

—No quiere verte, infiel de mierda.

Sí. Lo sabía.

—Demi —se lamenta. Se le quiebra la voz, y esta vez sí que me sabe mal por el chaval.

Sé cómo son los narcisistas —he vivido con uno toda mi vida— y no suelen tener remordimientos. Si muestran arrepentimiento, lo más probable es que estén actuando. Sí, Nico podría estar actuando, pero algo me dice que no es así. Parece que tiene el corazón roto de verdad.

«Se lo ha buscado él solito», me recuerda una voz en mi cabeza.

—¡Demi! ¡Me quedaré aquí fuera toda la noche hasta que me dejes entrar! Por favor. ¡Hemos estado toda la vida juntos! Me debes una conversación. Me debes una oportunidad de explicarme...

Un chillido de proporciones épicas rompe el aire nocturno. Es lo suficiente estridente como para hacerle la competencia a Rupi Miller, y ganar.

Demi aparece a la ventana, y aparta a sus hermanas del camino.

—¿Que te debo algo? ¡¿Que yo te debo algo?!

Nico reconoce su error al instante.

—No, no me refería a eso, yo...

Ella le corta.

—¡Me has puesto los cuernos con una de mis amigas! ¡Y luego otra vez con una cualquiera en una fiesta!

«Oh, Nico... Capullo y, además, imbécil».

Cualquier ápice de simpatía que pude haber sentido por él ha desaparecido. Estoy al cien por cien en el Equipo Demi. Quiero decir, siempre lo he estado, pero ahora no me importa cómo de abatido parezca el chico. Se lo merece.

—Hemos terminado —grita Demi por la ventana—. ¿Me oyes, Nicolás? Hemos terminado.

—Cariño, no digas eso.

—Tienes razón, nos conocemos de toda la vida. Toda la vida te he sido fiel. Pero tú eres incapaz corresponder a esa lealtad. Así que, por favor, vete ya.

—Podemos superar esto —suplica—. Por favor, dame otra oportunidad. Déjame que vuelva a ganarme tu confianza.

—¡Tío! —grita una voz desde una de las casas vecinas—. ¡Eres patético! ¡La zorra quiere que te pires!

Demi ignora la interrupción.

—No hay forma de ganarse mi confianza otra vez —le dice a Nico—. Hemos terminado. Ya no quiero estar contigo. No quiero estar con un mentiroso y un infiel. Valgo más que lo que tú me has dado.

Con eso tiene razón. Y llamadme pervertido, pero el hecho de verla así, por muy repugnante que sea decir esto, me pone. Tiene las mejillas rojas y los ojos negros le resplandecen como carbón caliente. Tiene una mano en la cintura mientras fulmina a Nico con la mirada. Feroz y segura de sí misma. Despechada, pero no derrotada.

—No hemos terminado —dice Nico.

—Hemos terminado —repite ella.

—Habéis terminado, tío —vocifera alguien más, y entonces se suman varias voces de la calle de las hermandades.

—¡Vete a casa, capullo!

—¡Me estás cortando el rollo!

Nico solo tiene ojos y oídos para Demi.

—No lo dices en serio —la informa.

Idiota. Los hombres tienen que dejar de decirles a las mujeres qué dicen en serio y qué no. La única lección que he aprendido a lo largo de los años es que a una mujer no le gusta que

pongas palabras ajenas su boca—o que pongas tu polla en la boca de alguien más.

—Oh, créeme, sí lo digo en serio. —Demi desaparece de la ventana abruptamente.

Por un momento, creo que ha terminado. Pero entonces vuelve a aparecer con los brazos llenos de ropa.

—Deja que te ayude a vaciar el cajón antes de que te vayas —dice, enfadada.

Me atraganto con una carcajada mientras van cayendo piezas de ropa desde la ventana del segundo piso hasta el jardín. Una sudadera de los Celtics. Varias camisetas. Un par de bóxers caen flotando.

—¡No te mereces un cajón en mi casa! No te mereces nada más. He tenido suficiente. Coge tus cosas y sal de mi vida.

De nuevo, pienso que todo ha terminado.

Pero entonces, Nico, el estúpido imbécil de Nico, pronuncia la gilipollez más estúpida que podía haber pronunciado.

—¡Ni se te ocurra tirar mi PlayStation por la ventana, Demi!

Y si eso no era un desafío...

Ella se da la vuelta de nuevo, y esta vez no vuelve a aparecer.

Ajá. Vale. Quizás ha decidido perdonarle la PlayStation. Nico parece pensar eso, porque su cuerpo entero se relaja. Camina hacia delante taciturno para recoger la ropa del césped.

Todavía no se ha dado cuenta de que estoy aquí, y yo no voy a hacer notable mi presencia. Sería como acercarse a un león con una espina en la pata.

Justo cuando decido que todo está bien, cuando la noche es silencio y Nico ya ha recogido su ropa esparcida, se abre de golpe la puerta de entrada de la residencia y aparece Demi. Aguanta un embrollo de cables, mandos, y una PlayStation fina de color negro.

Nico levanta la cabeza de golpe.

—¡Gracias! —Con cara de alivio, extiende las manos como si de verdad creyera que va a conseguir su consola de vuelta, indemne.

—¿Gracias? No, gracias a ti —dispara Demi. Vuelve a escupir fuego—. Gracias por malgastar ocho años de mi vida. —Tira un mando al suelo—. Gracias por mentirme a la cara. —El segundo mando se estampa contra el caminito de hormigón—. Gracias por faltarme al respeto.

Cuando llega al bordillo, el único elemento que todavía tiene en las manos es la PlayStation.

Aguanto la respiración. Los otros componentes se pueden reemplazar con facilidad. La consola en sí, no.

—No quiero volver a verte nunca más. Has arruinado esto. Has arruinado nuestra amistad, has arruinado nuestra relación, lo has arruinado todo.

¡Pam!

La PlayStation colisiona contra la acera y se rompe en varios pedazos.

Nico tiene el descaro de decir:

—¡No me puedo creer lo que acabas de hacer! — Lo que motiva a Demi a intentar golpearlo, y ahí es cuando salgo del seto de un salto.

Consigue darle un golpe limpio inesperado antes de que yo la aparte y la acorrale como si fuera un caballo salvaje.

Puede que no sea una compañera de equipo, pero creo que esto también cae bajo la jurisdicción del párrafo cuatro, línea ocho del cuaderno del capitán: «No dejes que tus compañeros cometan homicidio».

—Ey, ey, para —le ordeno.

—¿Hunter? ¿Qué haces aquí? —Parpadea unas cuantas veces antes de que se le vuelvan a asalvar los ojos—. Suéltame. ¡Se merece una paliza!

—Sí, se la merece —coincide, y Nico me frunce el ceño—. Pero el karma hará el trabajo por ti, créeme.

—Hunter, ¡suéltame! —Ahora gruñe, rechina los dientes e intenta abrirse paso a puñetazos de mi agarre. Así que me la pongo al hombro como un bombero—. ¡Hunter! —chilla, furiosa—. ¡Déjame en el suelo!

—No. No voy a ver cómo te detienen por agresión esta noche, ¿vale? —Le doy una patada a un trozo de la PlayStation de Nico mientras trato de contener a una Demi que forcejea—. Ya eres causante de daños materiales.

—¡Me da igual! —dice, terca—. Ahora quiero causar daños corporales.

—Ya lo sé, Semi, pero créeme, no vale la pena.

Pero la mujer enloquecida que tengo en brazos sigue meneando los suyos como si fuera un pájaro atrapado intentando liberarse. Le dedico una mirada sombría a Nico antes de irme hacia el Land Rover. Solo una vez he llegado al vehículo, dejo a Demi en el suelo. En el momento en el que sus pies en calcetines se encuentran con la acera, su semblante de acero parece desmoronarse. De repente se vuelve una chica vulnerable con lágrimas brotándole de los ojos.

—Me ha humillado —susurra.

—Lo sé, cielo. Ven aquí. —Extiendo los brazos, pero agacha la cabeza, avergonzada.

—No. No quiero un abrazo —balbucea.

—Vale, entonces métete en el coche.

—¿Por qué?

—Te vienes conmigo a casa y nos vamos a emborrachar. Te va a venir bien distraerte.

Demi vacila. Echa una mirada hacia las proximidades de la residencia Theta, donde Nico está caminando despacio hacia su camioneta. Entonces aparta la mirada y abre la puerta del copiloto de mi Rover.

Al cabo de unos segundos estamos en la carretera. Demi no dice ni una sola palabra. Mantiene la mirada fija hacia delante.

—Lo siento mucho —digo con voz ronca.

Al fin habla, y le tiembla la voz con cada palabra.

—No, soy yo la que lo siente mucho. Tenías razón. Con todo. Y yo te contesté borde y te llamé putón. —Se sorbe la nariz—. Me siento fatal por eso. Por favor, dime que aceptas mis disculpas.

—Por supuesto que sí. Está todo bien entre nosotros, Demi. Te lo prometo.

Todavía se niega a mirarme.

—El putón era *él*. Me puso los cuernos. Más de una vez, con más de una persona.

—Sí, lo he deducido.

Giro hacia la carretera principal que lleva al pueblo. Es un camino recto de diez minutos, y entonces aparco en la entrada detrás del Audi plateado de Summer. Las luces del comedor

todavía están encendidas.

—Venga, tienes pinta de necesitar ese trago.

Unas gotas enormes se le deslizan por el rabillo de los ojos. Parpadea para detenerlas.

—Vale.

Entramos. Demi se agacha como para quitarse los zapatos, y se da cuenta de que no lleva. Unos calcetines a rayas rosas y grises le cubren los pequeños pies. Los mira un momento, como si se preguntara si le pertenecen siquiera.

—Ey, ¿Hunter? ¿Eres tú? —grita Hollis desde el comedor.

—Sí —grito de vuelta.

—Llegas en el momento justo, estamos a punto de empezar una partida nueva.

Supongo que Rupi y él han arreglado sus diferencias.

—He traído a una amiga —respondo mientras me desato las botas.

—Oh —me vacila Brenna—. ¿Es una amiga *sexy*?

Examino a Demi. Todo lo que veo son unos labios temblorosos, manchurroneos de rímel debajo de unos ojos rojos, y una expresión aturdida.

—Que te den —me dice, arrepentida.

Me río flojito.

—Perdona, pero lo *sexy* no está de tu parte ahora mismo.

Cuando entramos al comedor, con una sola mirada a mi invitada las chicas se ponen de pie.

—¿Estás bien? —suelta Summer.

Brenna me lanza una mirada asesina, y entonces se dirige a Demi.

—¿Qué te ha hecho?

—Oh, vete a la mierda, Be.

Demi se ríe entre lágrimas.

—Sed majas con él. Solo me ha detenido de agredir a mi novio infiel... exnovio —se corrige.

—¡Puaj! Los infieles son la peor escoria.

—Los peores —coincide Hollis.

—Pobrecita —dice Rupi con voz protectora, y acerca a Demi al sofá.

En un abrir y cerrar de ojos, está rodeada por las chicas, que inmediatamente se ponen a pedir detalles.

—Si no os importa, preferiría no hablar de ello —admite Demi. Engulle un par de veces, dibuja una sonrisa poco entusiasta y señala hacia el juego de mesa que hay sobre la mesilla del café—. ¿A qué jugamos?

Capítulo 18

Demi

—Apenas te he visto estas dos últimas semanas. —La decepción y la compasión batallan en los ojos de TJ, pero al cabo de un momento estira la mano a través de la mesa y me aprieta la mía, lo que muestra que compasión ha ganado. Y es un alivio, porque no estoy capacitada para tranquilizarlo ahora mismo. Mi salud mental va primero, y he estado ausente por razones que no tienen nada que ver con él ni con nuestra amistad.

—No te has perdido mucho. No he sido la mejor compañía. —Pellizco el borde de mi magdalena de plátano.

—Tú siempre eres buena compañía —dice TJ con una sonrisa.

—Qué amable por tu parte.

—Es la verdad. ¿Cómo estás?

—Mejor. Quiero decir, mi novio me ha puesto los cuernos, así que no estoy como para tirar cohetes, pero tampoco estoy tentada de cometer un delito y volarle la casa por los aires. —Lo que, considerando mi comportamiento de después de la fiesta de inauguración del piso de Corinne, es todo un progreso.

La verdad es que creo que esa noche tuve un blancazo. Me acuerdo de todo lo que hice, pero siento que me sacaron los recuerdos para filtrarlos con una neblina roja. Tirar la ropa de Nico por la ventana, estampar su PlayStation, darle un puñetazo en la cara. Los recuerdos más nítidos son los que involucran a Nico y a sus compis de piso. Ese juego de mesa tonto al que jugamos consiguió calmarme, por lo que estaré para siempre en deuda con el Zombies!TM.

—¿Has hablado con él? —pregunta TJ—. ¿O todavía tienes su número bloqueado?

—Bloqueado. —No tenía otra opción. Nico me llamaba y me escribía tan a menudo que se estaba volviendo intolerable—. Pero la semana pasada se presentó en casa —admito.

TJ frunce el ceño con fuerza.

—Eso no me lo contaste.

—No hay nada que contar. Llamó a la puerta, y Josie y las demás lo amenazaron con castrarlo si volvía a venir.

—Bien. Y no te olvides, mi oferta sigue en pie: puedo darle una paliza por ti si quieres.

Sonrío, irónica.

—No vale la pena. Además, no quiero que te haga daño. —TJ no está escuálido, pero mide 1,73 y tiene una complexión algo desgarrada. Nico lo mataría en una pelea.

Tensa la mano alrededor de la mía.

—No quería decir que eres un flojo —me retraigo—. Sé que no lo eres. Solo quiero decir que no vale la pena el esfuerzo. Además, tendrías que ponerte a la cola. Pax ya está haciendo días extra de brazos en el gimnasio para ganar músculo, para poder, y cito, «joderlo vivo, y no en el buen sentido». —Nos reímos—. Y Darius ni siquiera le habla.

—Guau. ¿En serio?

—Sí. Puedes decir lo que quieras sobre D, pero sabes cómo se toma lo de la monogamia. —Darius también es muy religioso, así que no aprueba nada que cruce la línea de la inmoralidad—. Ah, y no nos olvidemos de Hunter. Le encantaría pegarle una paliza a Nico.

Hablando de Hunter, al cabo de un minuto me vibra el móvil por un mensaje suyo. Pincho encima para encontrarme con una foto de un huevo en una minihamaca. El segundo mensaje simplemente dice: «@PabloHuescobar».

Dios mío.

Ahora Pablo tiene su propia cuenta de Instagram.

TJ se inclina con curiosidad.

—¿De qué es esa foto?

—Tienen un huevo mascota. —Guardo el móvil y sacudo la cabeza.

—¿Qué? ¿Quién? —TJ parece confundido.

—El equipo de *hockey*. Su mascota es un huevo duro del que cuidan por turnos. Creo que es una especie de ejercicio de trabajo en equipo. Hunter no me dio muchos detalles.

—¿No se va a pudrir hasta que empiece a apestar?

—Ya ha empezado. Estos días está envuelto en celofán y durante la noche lo guardan en la nevera, pero el envoltorio de plástico no elimina del todo el olor. Hunter llevaba el huevo encima la semana pasada y cada dos por tres me llegaba un tufillo a azufre...

—Qué raro. Nunca entenderé a los deportistas.

—La verdad es que no creo que sea algo común de todos los deportistas. Creo que es una cosa de los jugadores de *hockey* de Briar. Están todos locos, Hunter incluido.

—¿Entonces por qué sigues hablando con él? —pregunta TJ como quien no quiere la cosa.

—Porque somos amigos. —Me encojo de hombros—. Mis amigos tienen permiso para estar locos.

Y Hunter, a pesar de sus hábitos extraños, ha sido un amigo fantástico conmigo desde que mi relación se redujo a cenizas. Además, sus compis de piso son mi nueva gente favorita. Brenna es una linca de lo lista que es, y me encanta. Summer y yo no tenemos mucho en común, pero me hace reír. Y Rupi es... Rupi. Su relación con Hollis, el amigo de Hunter, me fascina. De verdad que no sabría decir si están locamente enamorados o si se odian a rabiar. ¿Tal vez sea una mezcla de ambas? De cualquier forma, son entretenimiento puro.

Estoy aprendiendo que mantenerme ocupada es el mejor remedio para una mala ruptura. Esto significa concentrarme en los exámenes parciales, las pruebas de Matemáticas, el laboratorio de Química, las lecturas de Psicología y cualquier cosa que me ocupe la mente. Y cuando mi mente se cansa, me distraigo con amigos. Unas copas con Pippa, una noche de peli con mis compañeras de la sororidad, quedadas en casa de Hunter. Por ahora me está ayudando.

—¿A qué hora te sale el bus hoy? —me pregunta TJ por encima del borde de su taza. El hilo de su bolsita de té cuelga al otro lado. No bebe café, así que lo suyo son las infusiones.

—A las siete y media —me quejo—. Uf, no tengo ganas del Día de Acción de Gracias. Mis padres van a tener dos ataques de corazón simultáneos cuando les cuente lo de Nico.

—Espera, ¿todavía no les has contado que habéis cortado?

—No. Será una sorpresa de Acción de Gracias.

—Qué mierda. Les cae muy bien, ¿verdad?

—¿Que si les cae bien? Eso es como decir que a los chavales de las fraternidades les gustan los barriles de cerveza. Están obsesionados con él, le ven como a su yerno. Se van a quedar destroza... —Me detengo a media frase cuando alguien familiar entra a la cafetería.

Corinne.

La columna vertebral se me vuelve una línea recta inflexible. Corinne trató de llamarme varias veces después de su inauguración. Cuando ignoré sus llamadas, me mandó un mensaje preguntando si podíamos hablar. Le respondí diciendo que cuando estuviera preparada para hablar, contactaría yo con ella.

Bueno, han pasado dos semanas y ni de lejos estoy preparada.

Se congela como un cervatillo delante de los faros de un coche cuando me ve. Entonces recobra la compostura y... mierda, camina en dirección a nosotros.

—Escóndeme —le suplico a TJ, pero es demasiado tarde. Corinne llega a nuestra mesita con una sonrisa nerviosa en la cara.

—Hola —dice con suavidad.

—Hola. —Tengo la voz tensa.

—Sé que dijiste que hablaríamos cuando estuvieras lista, pero... bueno, pronto llegan las vacaciones, y a la vuelta tenemos exámenes finales, y luego son las vacaciones de primavera...

—Se encoge de hombros, irónica—. ¿Tal vez deberíamos despejar el ambiente ahora? —Deja que la pregunta incómoda se mantenga al aire entre nosotras.

TJ me dedica una mirada de interrogación, como diciendo, «¿Debería entrometerme?».

Respondo con una ligera negación de cabeza.

—Vale —le digo a Corinne. A TJ, le digo—: ¿Te importa? Ibas a quedar con tu compi de piso en nada de todos modos. ¿Verdad?

Asiente.

—Sí, ningún problema. —Mira a Corinne con cautela mientras se levanta.

Ella va a buscarse un café, con los rizos negros cayéndole en forma de cascada por la espalda. Lleva un plumífero de invierno de color azul marino que se quita al ponerse a la cola.

—De verdad que no quiero hacer esto —le digo a TJ.

—Lo sé, pero te las arreglarás.

—No estoy tan segura de ello.

—Tú puedes con todo —me promete TJ—. Eres una valiente. Pero si de verdad necesitas salir del paso, escíbeme «SOS» y dejo a Ryan plantado para volver a buscarte.

—Eres el mejor.

Me toca el hombro, y mantiene la mano unos segundos antes de retirarla. Al cabo de un momento, la campana de encima de la puerta tintinea mientras sale de la cafetería.

Cuando Corinne vuelve, soportamos otro silencio incómodo. La miro fijamente, porque no voy a ser yo la primera que hable.

—Lo siento mucho —es su frase inicial.

Qué original.

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—Lo sé, y voy a seguir diciéndolo hasta que tal vez te creas que lo digo en serio.

—Oh, me creo que lo dices en serio. Pero es fácil pedir que te perdonen. Lo que no tendría que haber sido fácil para ti es acostarte con el novio de tu amiga.

La culpa le colorea las mejillas. Traga saliva mientras me dedica una rápida inclinación de cabeza.

—Lo sé. Cometí un error. Y si quieres preguntarme lo que sea sobre el tema, te prometo que te diré toda la verdad

—Vale, pues voy a ello. —Mi tono de voz es más frío de lo que pretendía, pero no puedo controlarlo—. ¿Cuántas veces te has acostado con él?

—Una —dice, al instante—. No fue mucho después de la mudanza. Vino una noche a ayudarme a colgar una estantería.

Me esfuerzo por recordar cuándo puede haber sido. Seguramente, una de las noches en las que Nico trabajaba hasta tarde. Me pregunto cuántas veces me habrá mentido a lo largo de los años. Dios. Esta conversación entera es humillante.

—Nos tomamos una cerveza, y ya sabes que no me siento muy bien el alcohol... no es una excusa —se apresura a añadir—. No le estoy echando la culpa al alcohol, pero estaba pedo. Y él estaba, bueno, ya sabes, era Nico. Es encantador.

—Sí, lo es —digo secamente. Son los hoyuelos. Esos hoyuelos nunca fallan a la hora de desarmar a una mujer.

Corinne se mira las manos, que envuelven su taza de café.

—Me besó, y yo sabía que besarle de vuelta era mala idea, pero no estaba pensando con claridad y entonces dijo... —Se detiene.

—¿Qué dijo?

—Me dijo que estabais teniendo problemas pero que no queríais que nadie lo supiera.

Se me desencaja la mandíbula.

—Y dijo... —Se sonroja—. Dijo que vuestra vida sexual era inexistente.

—¿Inexistente? —Me enfurezco de nuevo—. Teníamos sexo de forma regular. —Pero yo no sabía que él también tenía sexo con el resto del mundo.

—Lo siento mucho. De verdad que no quiero que mi excusa sea que fui una estúpida, pero lo fui. Fui estúpida e insegura, y hacía tanto que no tenía novio, y de repente un chico guapo y encantador me estaba prestando atención, tonteando conmigo, diciéndome cosas terribles sobre ti...

—¿Y tú te lo creíste? —Me duele pensarlo.

—No —admite Corinne—. Quería creérmelo, porque así tenía una justificación para no sentirme mal. Pero me sentí mal. Me sentí fatal: antes de que pasara, durante y después. Y entonces trató de que nos viéramos de nuevo, en secreto. Me dieron ganas de vomitar y le dije que ni de coña. Quería contarte la verdad, pero dijo que lo iba a negar si lo hacía, y que iba a pintarme como una guarra que había intentado seducirle.

Yo ya no sé qué creerme. En sus mensajes subsiguientes después del enfrentamiento en mi casa, Nico me acribilló el móvil con sus explicaciones y sus excusas. Y eso fue precisamente lo que me dijo: que Corinne se le lanzó, y que él estaba demasiado borracho como para esquivar sus retorcidas seducciones.

—No sé si esto te ayudará, pero... —Corinne saca su móvil del bolso—. Estos son los mensajes que nos mandamos.

Desliza el móvil a través de la mesa y lo cojo con reticencia. Lo primero que hago es pinchar sobre la página de contacto de Nico para asegurarme de que su nombre está asignado al número correcto. La gente miente, y manipular la tecnología es algo que se hace muy fácil y frecuentemente. Pero es el número correcto.

No quiero hacerlo, pero me obligo a leer el hilo de mensajes. Y ahí está, en blanco y negro. O mejor dicho, en gris y azul. Mi querido novio, preguntándole a mi amiga cuándo van a volver a tener sexo. Corinne no miente. La conversación entera es repulsiva.

NICO: Todavía pienso en ti. cuándo volveremos a hacerlo? ;)

CORINNE: Nunca. No quiero volver a hacerlo nunca más, Nico.

ÉL: N serio? D repente juegas a hacerte la difícil?

ELLA: No. Me da ganas de vomitar. Quiero contarle a Demi lo que pasó.

ÉL: ¿K coño? ¿Me stás vacilando?

ELLA: No, no lo estoy. No puedo dormir, no puedo comer. Siento que soy la peor persona del planeta. Es una de mis mejores amigas. No tengo muchas. Lo que hicimos fue una estupidez y me avergüenzo de mí misma. Vomito cada noche. Tengo que contárselo.

ÉL: Eso no va a ocurrir, Corinne. Va a pensar que eres una mentirosa

ELLA: No, no lo hará

ÉL: Sí, porque yo le diré que stás mintiendo.

La conversación sigue un poco más, y Corinne tiene razón. Ella insiste en confesarlo todo mientras Nico la advierte de lo que hará si lo hace.

Dejo el móvil. Me pican los ojos, pero me niego a llorar.

—Lo siento mucho —susurra—. Y sé que nuestra amistad ha cambiado de forma irrevocable. Solo te pido que me perdones, y tal vez otra oportunidad. Cuando estés preparada, por supuesto.

Asiento lentamente.

—Acepto tus disculpas, y trabajaré en lo de perdonarte, pero... ahora mismo no puedo hacerlo. Aún no estoy en ese punto. —Sus sinceros remordimientos por haberse acostado con mi novio no cambian el hecho de que se acostó con mi novio.

—Lo entiendo.

—Pero me alegro de que hayamos hablado, al fin —digo, y lo digo en serio. No soy una de esas chicas que culpan a «la otra mujer». Sí, Corinne demostró una mala toma de decisiones y una desconsideración total por nuestra amistad, pero no era ella quien se acostaba conmigo, quien declaraba su amor por mí, quien me decía que íbamos a casarnos. Corinne ha sido una mala amiga, pero la traición de Nico hiere a un nivel mucho más profundo.

—En fin, me tengo que ir. —Arrastro la silla hacia atrás—. Tengo que hacer las maletas para

Acción de Gracias.

—¿Te vas a Boston?

—Sí. Me voy esta noche y vuelvo el domingo. ¿Tú vas a ver a tu familia a Vermont?

—No, hemos organizado un Día de Acción de Gracias con amigos en Hastings. —Titubea—
Pippa estará allí. Espero que te parezca bien.

Me trago un suspiro. Pippa ha estado pisando huevos últimamente, tratando de no mencionarme su amistad con Corinne. Que jodan a Nico por complicarlo todo.

Los hombres son escoria.

* * *

Mis padres están emocionadísimos por tenerme en casa, aunque solo sean unos pocos días. Ya hay un bufé completo en la mesa cuando llego, y eso que esta noche solo somos nosotros tres. Mañana viene un montón de familia de Miami. Mi padre es hijo único como yo, pero la familia por parte de mi madre es enorme. Anticipo que mañana será un día ruidoso. Dos de las hermanas de mi madre vienen con la prole, y todos mis primos son más pequeños que yo, así que habrá una pequeña multitud de niños de ocho, nueve y diez años correteando por ahí. El único hermano de mi madre, Luis, y su mujer Liana, acaban de tener a un niño, al que me muero por conocer. Me encantan los bebés.

Esta noche es, por lo tanto, la calma antes de la tormenta.

—¡Oh, Dios! —Se me hace la boca agua cuando veo el festín que ha dispuesto mi madre. Dejaré un caminito de baba de camino a la mesa—. Mamá, eres el mayor tesoro de todo el universo.

—Gracias, mami. —Me planta un beso en la frente y me mete en una silla—. Ahora, ¡come! Se te ve muy delgada, Demi. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que va mal?

Frunzo un poco el ceño. Se me fue el apetito después de la ruptura y me está volviendo solo ahora, pero no pensaba que hubiera perdido peso. Todavía me va bien toda la ropa.

Como mentirle a mi madre es imposible, respondo con:

—Esperemos a papá. Os lo diré a los dos a la vez.

—¡Dios mío! Lo sabía. Algo va mal. Dinos, ¿¡qué pasa!?! ¡Marcus! —chilla hacia la puerta, lo que me destroza los tímpanos. Me sorprende que los cuadros no se hayan caído de las paredes del comedor.

Mi padre se toma su tiempo en bajar por las escaleras. Ha aprendido a diferenciar entre los distintos chillidos y volúmenes de mi madre y ha deducido que claramente esto no era una emergencia. Cuando por fin entra al salón, me saluda con un abrazo y un beso.

—Hola, cariño.

—Hola, papá. —Clavo el tenedor en el pastel de cangrejo frito y me lo dejo caer sobre el plato.

—¿Qué ocurre? —Echa un vistazo a mi madre mientras toma asiento en su silla de siempre a la cabeza de la mesa.

—Demi tiene algo que contarnos.

Su mirada se desplaza hacia mí.

—Ah, ¿sí? ¿Qué es?

—¿Me podéis dejar terminar este riquísimo pastel de cangrejo primero? —Mastico más lento de lo habitual, deleitándome con el sabor, entonces pincho unas cuantas gambas al estilo cubano de una de las fuentes. Enseguida me meto una gamba en la boca—. Mmmmm. ¿Has freído esto en piña? ¿Y ajo? Está buenísimo.

Lo estoy postergando, y mi madre lo sabe.

—Suelta la gamba, Demi.

Uf.

—Vale. —Dejo el tenedor en el plato, engullo y me limpio la boca con una servilleta—. Mamá, tal vez tú también deberías sentarte.

Se alarman los dos.

—¡Dios mío! —vuelve a chillar—. ¡Estás embarazada! Marcus, ¡está embarazada!

Se me disparan las cejas a modo de alarma.

—¿Qué? ¡No! No estoy embarazada. Dios. Siéntate ya. —Y enseguida añado—: Por favor.

Escarmentada como es debido, mi madre se acomoda en la silla de al lado de mi padre.

Me agarro al mantel con las manos y me aclaro la garganta, como si estuviera a punto de dar una clase deprimente.

—Vale, antes que nada, reitero, no estoy embarazada. —Los miro a modo de advertencia—. Pero sí que tiene que ver con Nico, y necesito que mantengáis la calma...

—¿Está bien? —dice mi madre, horrorizada—. ¿Está en el hospital?

—No, no está en el hospital, y os acabo de pedir que mantengáis la calma. ¿Podrías por favor dejarme terminar de hablar antes de hacer comentarios?

Mi padre hace un gesto con su manaza.

—Prosigue.

—Prometédmelo —ordeno.

Ambos mascullan una promesa de quedarse callados.

Suelto el aire.

—Nico y yo cortamos hace un par de semanas.

Cuando mi madre abre la boca, hago un movimiento de karate con la mano para cortar el aire. Cierra la boca.

—Sé que es algo que no queréis oír —continúo—, y creedme cuando os digo que no me esperaba que pasara esto. Hasta donde yo sé, estábamos felices juntos y nuestra relación estaba bien encaminada.

Mi padre gruñe.

—¿Qué hizo?

Permito esta interrupción en particular.

—Me puso los cuernos.

Cae el silencio.

—¿Fue... fue un error de borracho en una fiesta? —Mi madre tiene la osadía de sonar esperanzada.

—Aunque lo fuera, sigue siendo imperdonable —digo con firmeza.

—Bueno, es mucho más perdonable que si...

—Tres chicas distintas —interrumpo, y vuelve a cerrar la boca—. Una de ellas era amiga

mía, otra la hermana de su compañero de trabajo, y la tercera una cualquiera que conoció en un bar cuando estaba de fiesta con sus amigos. —Me contó la tercera indiscreción vía una de sus diatribas textuales—. Cuatro, si contamos a la chica con la que me puso los cuernos en el instituto. —Otra bonita confesión en forma de mensaje, aunque eso fue más bien una confirmación—. Así que no, no hay ni esperanza ni perdón. Oficialmente, he terminado con él. Puede que algún día sea capaz de volver a ser su amiga, y la única razón por la que me planteo esto es por nuestras familias, no por mí.

—Oh, Demi —dice mi madre con tristeza.

—Por supuesto, nunca os pediría que dejarais de hablar con Dora y Joaquín pero... —Titubeo y entrelazo las manos—. Sé que invitamos a los Delgado por Navidad, pero... os lo ruego, ¿tal vez podríamos pedirles que no vinieran...?

Mi padre, que ha reaccionado de forma protectora cuando he revelado la infidelidad de Nico, ahora parece incómodo.

—Pero ya lo tenemos todo planeado, cielo. —Conozco bien a mi padre: no le gusta quedar mal delante de sus amigos.

—Lo entiendo, pero os lo estoy pidiendo, como vuestra única hija, por favor poned mi bienestar por delante cuando se trata de esto. No puedo pasar las Navidades con Nico y su familia. Simplemente no puedo. La ruptura todavía es muy reciente y sería muy incómodo. Me... me haría mucho daño —digo flojito, y aparto los ojos porque odio mostrar vulnerabilidad delante de mi padre. Él es tan fuerte que romperme delante suyo es como un fracaso demoledor.

Pero mis palabras tienen el efecto deseado. Con lágrimas en las pestañas, mi madre se levanta y se acerca a darme un abrazo.

—Oh, mami, lo siento mucho.

Mientras la abrazo de vuelta, miro a mi padre, que todavía intenta racionalizar los actos de Nico.

—¿De verdad crees que no vas a darle otra oportunidad?

—No —respondo con los dientes apretados—. No puedo.

La expresión de mi padre titila de infelicidad.

—Conozco a ese chaval desde que tenía ocho años. Siempre tuvo una buena cabeza sobre los hombros.

—Yo también lo pensaba.

—Seguro que hay algo más en la historia. A lo mejor Nico...

—Me fue infiel, papá.

—Y no lo estoy excusando —dice enseguida—, te prometo que no. Todo lo que digo es que a lo mejor hay algo más en la historia. Tal vez Nico tiene problemas emocionales de los que no sabemos nada, o abuso de sustancias, o...

—O puede que simplemente sea un cabrón —espeto.

A mi padre se le achican los ojos.

—Esa boca.

—No, no voy a cuidar mi vocabulario, y no me voy a quedar aquí de brazos cruzados mientras intentas persuadirme de que mi novio, infiel en más de una ocasión, se merece otra oportunidad. Ni de broma, papá. No voy a volver con él y no voy a excusar este tipo de comportamiento. Hemos terminado.

—Tal vez en el futuro...

Eso me arranca un llanto de desesperación de la garganta.

—Por el amor de Dios, ¡no! Hemos terminado. Y por favor, por favor, no lo invitéis por Navidad. —Se me retuerce el estómago al imaginar tener que pasar las vacaciones con la familia de Nico. Siempre pensé que mi padre me apoyaba, pero ahora mismo parece que realmente esté dividido entre Nico y yo. Y yo soy su hija.

Sin una palabra más, salgo de la cocina con paso fuerte y me apresuro a subir a mi habitación. No han pasado ni diez segundos hasta que mi madre aparece en la puerta.

—Demi, cielo. —Me ve los ojos húmedos y extiende las brazos, y como una niña pequeña, me desplomo en ellos.

—¿Por qué está siendo tan estúpido? —mascullo contras sus pechos enormes.

—Porque es un hombre.

Mi risita de respuesta queda amortiguada.

—¿Quieres que hablemos un poco más de ello? —Me ofrece mi madre, y me friega la espalda en círculos calmantes.

—No, no hay nada más que decir. Pero me gustaría que bajaras y le dijeras a papá que pare esta locura. Dile que si quiere a Nico de vuelta, puede salir con él él mismo.

Se ríe flojito.

—Le pasaré el mensaje. Y quiero que sepas que sí, que nos está costando creer que Nicolás haya podido hacer algo así, pero el dolor que hay en tus ojos me dice que ese chico te ha herido mucho, y cualquiera que le hago daño a mi bebé... —Deja la frase sin terminar con tono fatídico, y sus ojos marrones se vuelven un par de rajas mortales—. ¿Estás segura de que no los podemos invitar por Navidad para que pueda envenenarles la comida?

—No —digo, sombría—. El resto de su familia me cae muy bien. —Se me escapa un suspiro—. Y tampoco lo quiero muerto. Creo que seguramente se sienta fatal por lo que hizo. Pero eso no significa que lo quiera de vuelta jamás. ¿Sabes lo humillante que es saber que se acostaba con otras? Y mientras tanto, me mentía al respecto y me compraba regalos estúpidos y me hacía sentir como si... —Se me quiebra la voz y paro de hablar, porque no sirve de nada continuar.

Lo que había entre Nico y yo ha terminado. Y de verdad que no lo quiero de vuelta. De hecho, desde que bloqueé su número, esa casi como si me hubiera sacado un peso del pecho.

—Uf. Mamá, solo quiero estar sola un rato —admito—. ¿Te importaría dejarme un plato para que me lo pueda comer después?

—Por supuesto, mami. Si me necesitas estoy a un grito de distancia, ¿vale?

En cuanto se va, me tumbo en la cama y me quedo mirando el techo. Han desempolvado y limpiado mi habitación anticipándose a mi llegada, y huele a pino y a ropa de cama limpia. Mi madre sabe cómo hacer que me sienta como en casa.

Me doy la vuelta y juego con el borde de un cojín. Es una mierda. Odio lo muy unidas que están la familia de Nico y la mía. Siempre voy a tener este recordatorio, cuando lo único que quiero hacer es dejarlo en el pasado. A decir verdad, estoy lista para pasar página. O, por lo menos, me intriga la idea de estar con alguien nuevo.

Con un suspiro, abro Instagram y deslizo por el *feed* sin pensar. Me aseguro de seguir a Pablo Huescobar, que todavía tiene una única foto subida. Me pregunto si esa minihamaca de tela está hecha a mano. No me imagino dónde podrían haber comprado una. Hastings no abunda

en tiendas de accesorios y ropa en miniatura para huevos, precisamente.

Hunter me escribe durante mi sesión de mecánico deslizamiento, una agradable distracción de las redes sociales.

HUNTER: ¿Has llegado bien a la ciudad?

YO: Sí. Estoy aquí ahora. Pero ha sido el PEOR trayecto en bus de la vida. El tío que tenía al lado no paraba de enseñarme fotos de sus hurones.

ÉL: ¿¿¿Hurones???

YO: Hurones.

ÉL: Semi, creo que te has sentado junto a un asesino en serie. Por favor, la próxima vez mándame una foto de tu compañero de asiento para que tenga algo que enseñarle a la policía.

Me río sola, y escribo: «¿Estás en Greenwich?». Sé que iba a conducir hasta allí después del entreno de esta mañana.

ÉL: Sí. He subido en coche con Summer y Fitzy. Va a pasar Acción de Gracias con la familia de ella.

YO: ¿Y tú? ¿Solo sois tú y tus padres? ¿Sin tíos/tías/primos/abuelos?

ÉL: Nop. Solo somos nosotros tres. Dios me libre.

YO: ¿Tan malo es eso?

ÉL: Mi padre le ha gritado a la del *catering* por poner solo una salsera comunitaria en la mesa en lugar de poner una pequeña individual para cada uno. Después la he oído llorar en la cocina.

Oh, Dios, eso es horrible. Y no me puedo creer que su familia pida *catering* por Acción de Gracias. Mi madre se enfrentaría a un pelotón de ejecución antes que confiarle a alguien más el cocinar la cena de Acción de Gracias.

YO: Eso = jodido. Aunque si te hace sentir mejor, mi padre también está siendo insufrible ahora mismo. Les acabo de contar lo de Nico, ¡¡y mi padre me ha intentado convencer para que le dé otra oportunidad!!

ÉL: ¿¿En serio??

YO: Sí. Está obsesionado con él.

ÉL: ¿Pero tú *quieres* darle otra oportunidad?

YO: 100 % no. De hecho, justo antes de que me escribieses estaba pensando que quizás esté lista para... redoble de tambores... un lío sin compromiso.

ÉL: Oh, qué emoción. Son divertidos.

YO: ¿Te estás ofreciendo voluntario?

Un segundo. ¿Qué?

¿Qué acabo de escribir? Y como añadido a mi repentina agitación, Hunter responde con un «LOL».

YO: ¿Qué coño significa eso?

ÉL: Significa laughing out loud, es reírse fuerte en inglés.

YO: ¡Sé lo que significa LOL! ¿Pero por qué te ríes de mí?

ÉL: ¿Porque estabas bromeando...?

YO: Qué, ¿un lío sin compromiso conmigo es asunto de risa? ¿No piensas que soy mona?

ÉL: Eres más que mona.

Siento que me sonrojo. Esta conversación entera es ridícula. Por supuesto que Hunter no se estaba ofreciendo como voluntario de mi lío sin compromiso, y ahora solo estoy pescando cumplidos porque estoy insegura porque mi exnovio no pudo mantenerse los pantalones abrochados. Literal y figuradamente.

ÉL: ¿Nos ponemos serios? ¿Me estás pidiendo de verdad que sea tu lío sin compromiso?

Mi pulgar sobrevuela la «S». Podría simplemente apretarla, y luego la «I». Pero eso significaría abrir la puerta a algo que podría explotarme en la cara. Hunter y yo somos amigos. Me parece atractivo, pero es la primera vez que considero que seamos algo más que amigos.

No tengo oportunidad de pinchar sobre esas letras, porque Hunter manda el siguiente mensaje.

ÉL: Porque sabes que tendría que decir que no, Semi. Estoy fuera de servicio.

Ni siquiera trato de entender la decepción que se agita dentro de mí. Tengo las emociones a flor de piel estos días.

YO: Lo sé. Estaba bromeando, básicamente.

ÉL: ¿Básicamente?

YO: 60/40 broma.

ÉL: Así que ¿el 40 % de ti quiere darle al tema?

YO: ¿Darle a qué tema?

ÉL: A mí. Quieres darle al tema que hay en mis pantalones.

Se me escapa la risa por la boca. De repente ya no me siento tan decepcionada.

YO: Si tú lo dices...De todas formas, es una discusión inútil. Como has dicho, estás fuera de servicio.

Dejo el móvil y me siento. Interactuar con Hunter nunca deja de alegrarme. Todavía estoy sonriendo, y mi apetito ha vuelto de manera oficial. Por suerte, hay un festín con mi nombre en el piso de abajo.

No es hasta bastante más tarde, casi la medianoche, que vuelvo a tener noticias de Hunter.

Me estoy metiendo en la cama cuando el mensaje me ilumina la pantalla.

HUNTER: Si no lo estuviera, no te dejaría ni respirar, Demi.

Capítulo 19

Demi

Me siento sorprendentemente renovada después del fin de semana de Acción de Gracias. Fue bonito ver a todos mis primos y a mi alocada familia, y al final mi padre se calmó con todo el tema de Nico. Pidió perdón por no reconocer mis emociones, y acepté sus disculpas. Entonces se pasó casi una hora tratando de convencerme para que me buscara un profesor particular para el examen de admisión a la facultad de medicina para el siguiente semestre, hasta que al fin le dije sin rodeos que no tenía intención ni siquiera de pensar en ese examen hasta el año siguiente. No le gustó nada esa idea. Así que lo apacigué diciendo que me cogería otra asignatura de ciencias durante el verano para tener más hueco en el horario del año que viene para estudiar para la facultad de medicina. Esa idea le encantó.

Lo entiendo, de verdad que sí. Mi padre tuvo una infancia dura. Creció en un ambiente de pobreza extrema en Atlanta y se hartó a trabajar para salir del hoyo. Como es inteligente nivel genio, sacaba sobresalientes en el instituto, se graduó antes de tiempo y consiguió una beca para Yale. Fue entonces cuando conoció y se casó con mi madre, que era de Miami. Ella quería volver a mudarse después de la graduación, así que mi padre fue con ella, y trabajó en el Hospital General de Miami durante casi dos décadas antes de que nos mudáramos a Massachusetts.

La enorme motivación de mi padre y su ética de trabajo sin igual lo han llevado hasta donde está ahora y me ha inculcado el valor del esfuerzo desde el día en que nació. Cuando era una adolescente, insistió en que hiciera voluntariados y ayudara a la comunidad para que tuviera ocasión de ver cómo hay mucha gente que no tiene los privilegios con los que yo nací. Quería que entendiera la suerte que tengo. Y lo entiendo, de verdad.

Pero la presión de tener que alcanzar las altas expectativas de mi padre a veces se vuelve agotadora.

Y aunque mi padre no volvió a sacar el tema de Nico durante el fin de semana, eso no le frenó de dejar caer algún que otro comentario sutil sobre que la gente tiene defectos y que las personas cometemos errores. No hablaba de Nico en concreto, pero yo sabía exactamente qué quería decir.

Bueno, pues mala suerte. Mi padre tendrá que superarlo. Lo dura que se le pone por mi

exnovio tendrá que ablandarse en algún momento, y ya se le volverá a poner dura por con quien empiece a salir en un futuro... y esta ha sido la analogía más asquerosa que he usado nunca. No quiero pensar en lo dura que se le pone a mi padre por nadie. No quiero que mi padre tenga pene, y punto.

Y respecto a la idea del lío sin compromiso que planteé con Hunter por mensaje, cada vez estoy más cómoda con la idea. De hecho, estoy bastante ilusionada mientras voy de camino a clase el lunes por la mañana.

Llevo una parka con una capucha de piel, un bolso enorme por encima del hombro, botas con forro de piel y un café humeante en la mano.

¿Conocéis el dicho de «vístete para el trabajo que quieres tener»? Bueno, pues yo me visto para la estación del año que quiero que sea. Estamos a finales de noviembre y todavía no ha nevado, y estoy empezando a cansarme de esta época de entretiempo en la que no hay hojas en los árboles pero tampoco nieve en el suelo. Es inquietante, y lo odio.

Pax, TJ y yo charlamos sobre nuestros días de Acción de Gracias hasta que llega la profesora Andrews. Hunter me ha escrito esta mañana para decirme que no estaría en clase hoy. Al parecer, tiene un chequeo médico con el doctor del equipo.

Pero le veo más tarde esta misma noche, cuando viene para nuestra —sollozos— última sesión de terapia. Tengo las fichas de las sesiones repletas de notas. Hunter ha terminado su trabajo de investigación. Ahora solo es cuestión de que él escriba su ensayo técnico, y yo redacte el estudio del caso y el diagnóstico detallado, pero esto no lo tenemos que entregar hasta dentro de varias semanas.

—Dado que hemos terminado oficialmente, ¿se me permite decirte cuál es tu diagnóstico? —le pregunto.

—Dale —dice Hunter con una sonrisa. Está espatarrado en el sofá biplaza, con las manos detrás de la cabeza y los brazos al desnudo. Es caluroso, según él, así que cada vez que está en mi habitación se quita capas hasta quedarse en una camiseta sin mangas, presumiendo de brazos macizos.

—Felicidades, padeces de trastorno de personalidad narcisista, con rasgos de trastorno de personalidad antisocial.

—Eres buena.

—Gracias. Lo supuse al cabo de dos sesiones, más o menos, pero la verdad es que el TPN es muy difícil de diagnosticar correctamente —digo, lo que nos lleva a tener un corto debate sobre el trastorno y qué ha aprendido Hunter durante su investigación. Coincide con que los casos de TPN son difíciles, sobre todo porque los narcisistas son expertos en manipular a la gente, psicólogos incluidos.

—Mi padre tenía a nuestro terapeuta comiendo de la palma de su mano —admite Hunter.

Trato de maquillar mis ganas de saber más. No quería sacar yo el tema, pero he estado pensando mucho sobre nuestra última sesión. El ataque de nervios de Hunter. Cuando me reveló que habíamos estado hablando de su padre todo el tiempo. Mi ruptura con Nico dominó mis pensamientos después de esa sesión, pero ahora lo tengo en la parte frontal de la mente mientras estudio a Hunter con cautela.

—Siento mucho que hayas tenido que pasar por toda esa mierda con él —digo en voz baja. Se encoge de hombros.

—Ya, bueno. Hay gente que lo pasa peor.

—¿Y? Mi novio me puso los cuernos, y a otras mujeres les es infiel su marido con treinta años de casados y seis niños en casa. ¿Acaso que alguien lo tenga peor devalúa mi propia experiencia? Siempre hay alguien con una vida peor que la tuya. Eso no convierte en rosas la mierda que hay en tu vida.

Exhala con brusquedad.

—Eso es muy cierto, y tú eres demasiado lista.

Me río.

—Lo sé. Y lo digo en serio, me sabe mal todo lo que te ha hecho pasar tu padre.

—Gracias. —Su voz produce un temblor de... ¿asombro, tal vez? No sabría decirlo. Pero está claro que de verdad aprecia mis palabras.

Entonces me doy cuenta de lo que ha dicho antes: «nuestro terapeuta». Y me invade la sorpresa.

—Espera, ¿tu padre fue a terapia en serio? ¿Por voluntad propia?

—Por voluntad propia ya te digo yo que no. Fue una de las rarísimas veces en las que mi madre intentó no dejarse pisotear. Le dijo que si no cambiaba de actitud, iba a dejarlo. Quiero decir, nadie se lo tragó, pero supongo que sonaba lo bastante serio como para que él se rindiera. Así que fuimos a terapia familiar. Mi madre pensó que mi padre y yo también teníamos que arreglar las cosas entre nosotros, así que a mí también me obligó a ir. Por Dios, era todo un espectáculo horrible.

—¿Y eso por qué?

—Mi padre manipulaba a la terapeuta durante sus sesiones individuales. No sé qué fue lo que le dijo, pero cuando nos vio en familia, se puso de parte de mi padre. Hablaba como si mi madre y yo fuéramos los culpables de todo y mi padre la víctima. Era surrealista.

—Guau. Lo siento mucho, cielo. No me puedo ni imaginar cómo es tener a un padre así. Los padres no tienen que ser los egoístas. Quiero decir, nosotros somos los niños. Nosotros somos los egoístas.

Hunter me muestra una sonrisa triste.

—En mi casa, mi padre es la única persona que importa. Tienes suerte: tu padre puede que quiera que vuelvas con tu ex, pero por lo menos no te trata como un objeto de su propiedad.

Eso es un buen argumento. La empatía sigue creciéndome en la barriga. Quiero acercarme y darle un abrazo de oso, pero sospecho que se sentiría avergonzado.

—Por cierto, ¿cómo va todo eso?—pregunta Hunter, cambiando de tema—. ¿Has hablado con Nico?

—No, y no planeo hacerlo, por lo menos en bastante tiempo.

—¿Y lo del lío sin compromiso?

Se me para un segundo el corazón.

—Bueno, tú no accedes a ser quien me lo dé, así que supongo que estoy en busca y captura.

Durante un segundo parece sorprendido y luego se echa a reír.

—Venga ya, dijiste que estabas de broma con esto.

—Claro.

¿Pero lo estaba?

De repente me encuentro mirándolo fijamente. Con sus rasgos de guaperas de toda la vida, Hunter Davenport es, objetivamente, uno de los hombres más atractivos que he conocido.

Si hablamos subjetivamente, entonces... uf, entonces sí. Creo que está buenísimo. Tiene una boca *sexy* y una sonrisa de muerte. Y hoyuelos. ¿Qué me pasa con los chicos con hoyuelos? Son como mi kriptonita sexual.

Mi mirada se desplaza a lo largo de su cuerpo. Lleva vaqueros, y me pregunto qué oculta debajo de ellos. Considerando que constantemente tiene a mujeres tirándosele a los pies, tiene que tener un buen paquete. Y miradme, hablando de paquetes como si yo tuviera idea de lo que implica uno. Mi lista de amantes es tan larga como un UNO retumbante.

—Bueno. Solo porque hace un tiempo que no lo comprobamos... ¿Sigues siendo un monje?
—No sé cómo, consigo sacar mi tono de voz casual.

—Yip yip.

—No digas «yip yip».

—No me puedo creer que haya durado tanto. —Su expresión se vuelve torturada—. Llevo siete meses, casi ocho.

—¿Cuándo expira tu voto de castidad? Quiero decir, no piensas mantenerlo para siempre, ¿no?

—No, hasta el fin de la temporada.

—¿Y entonces qué? ¿Te volverás loco en verano? Todavía te queda tu último año en Briar —le recuerdo.

—Ya lo sé —gruñe—. La verdad es que seguramente me vuelva loco en verano y me tire a todo lo que se mueve. —Otro gruñido—. Me duelen las pelotas todo el rato, Semi.

Sonrío.

—Oh, ¿quieres que te alivie?

—Deja de vacilarme.

—No te estoy vacilando.

¿Lo estoy? Dios, es que ya ni siquiera lo sé. Lo que sí sé es que necesito ese lío desesperadamente.

—Necesito ese polvo—digo en voz alta.

Hunter sella los labios.

—No sé si sigue gustándome la idea. Tú acostándote con un tío cualquiera es... preocupante. —Levanta una mano—. Y deja de decir que quieres que lo haga yo porque los dos sabemos que no lo dices en serio. Además, este pene está roto. —Se señala la entrepierna como si no supiera dónde se ubican los penes.

—Bueno, entonces tiene que ser un tío aleatorio. No puedo acostarme con uno de mis amigos: esa es la receta perfecta para el desastre.

—¡Exacto! —dice Hunter, triunfante—. Ergo, deja de empolvitarme.

—¿Eso es un verbo?

—Ahora sí.

—O sea, que tú te quedas fuera por lo del pene que no funciona. Pax es gay...

—Ya, Jax no es un buen candidato.

Pongo los ojos en blanco.

—TJ está demasiado...

—... enamorado de ti —termina Hunter.

—No está enamorado de mí. Pero está siendo demasiado buen amigo y es muy sensible. Me imagino que se podría apegar emocionalmente.

—Lo pillo. O sea que quieres a un tío que no se apegue emocionalmente.

—Pues básicamente.

—¿Tienes Tinder?

—He estado saliendo con el mismo chico desde que tenía trece años. Por supuesto que no tengo Tinder.

—Entonces deberías hacerte uno. Es la manera más fácil de encontrar un polvo sin ataduras o un amigo con derecho a roce. Ahora que lo pienso, igual para ti es mejor esto último.

—¿Y eso por qué?

Hunter se encoge de hombros.

—Creo que te sentirías sucia después de un polvo de una noche. Como tú misma has dicho, has estado con el mismo chico desde que tenías trece años. Estás acostumbrada a cierto nivel de intimidad.

Algo de razón tiene.

—Así que crees que necesito a alguien a quien veré más de una vez.

—Yip yip...

—No digas «yip yip».

—... será divertido. Venga, vamos a descargar la aplicación. —Con una sonrisa de lobo, se sube a mi cama y se deja caer a mi lado. Al cabo de un segundo, nos estamos bajando —puaj— Tinder.

—Solo tengo una hora para esto —le aviso—. He quedado con TJ para cenar esta noche.

—¿En la ciudad o en el campus?

—En Carver Hall.

—Entonces tenemos mucho tiempo. Carver está al final de tu calle. —Hunter mira mientras abro la aplicación—. Oh, esto es muy divertido. Vivo mi vicio a través de ti.

—Cuando tu pene funcionaba, ¿tenías alguna de estas apps?

—Nah. ¿No te das cuenta de lo fácil que es conseguir sexo para mí, Semi?

—Eres un ególatra.

—No, soy un jugador de *hockey*. Podría salir de la puerta de mi casa y encontrarme con una mujer esperándome, lista para follarme.

Probablemente tenga razón. Sigo sin ser muy fan del *hockey*, pero he estado haciendo un esfuerzo para prestar atención cuando lo dan por la tele. Mi parte favorita del *hockey* es cuando entrevistan a hombres a medio vestir en los vestidores después del partido. Así que, sí, le veo cierto interés.

—Además, estamos en la universidad. No son tan necesarias las aplicaciones de citas cuando todo el mundo está de fiesta siendo social. Es fácil conocer a gente en el campus.

—¿Entonces para qué me estoy instalando esto? —gruño.

—Porque estamos buscando un encuentro específico. Cuando quieres algo en concreto, filtras para sacar todo lo demás. Sí, podrías sentarte en un bar, esperar a que varios tíos se te

acerquen, e intentar adivinar qué están buscando. De esta manera, en cambio, vas sabiendo exactamente qué es lo que quieren.

—Tiene sentido. —La ilusión me cosquillea el estómago mientras pongo los ajustes en mi cuenta. Uso mi número de móvil para creármela, porque no quiero que mis redes sociales estén asociadas a esta locura. Cuando llega el momento de ponerme una foto de perfil, Hunter se acerca y mira cómo me deslizo por el carrito de la cámara.

Huele de maravilla. Es una fragancia masculina con toques a madera, y estoy tentada de enterrar la cara en su cuello e inhalar. Sin embargo, supongo que eso se podría considerar acoso sexual.

—¿Qué tal esta? —hago clic sobre una foto en la que creo que salgo monísima.

Hunter se opone.

—¿En serio? ¿A quién estamos intentando atraer? ¿A jóvenes republicanos? No. La primera foto de perfil tiene que mostrar algo de piel.

—¿A qué te refieres con piel? ¿Como una foto sin ropa?

—Por supuesto que no, tonta. Eso creo que ni siquiera está permitido. Pero seguro que no puedes usar esta foto. Llevas un jersey de cuello alto y una falda larga con volantes. Pareces una rarita, Semi. ¿Quieres que tus primeros potenciales pretendientes vean la foto y digan: «Oh, ¿quién es esta rarita?».

—Eres un imbécil.

—No, soy realista. No quiero ser un baboso, pero venga ya. A estos pavos no les importa tu personalidad. Les importa tu físico. Literalmente, pasan de foto en foto decidiendo si te quieren conocer en base a estas fotos.

—Vale, vale. ¿Qué tal esta? —En la siguiente foto, llevo puesto un top alto ajustado y unos vaqueros cortos. Las tetas se me ven firmes y llevo el pelo suelto por encima del hombro.

—Mejor. —Hunter asiente con aprobación—. Añade esta de momento, y luego ya las ordenaremos. —Me roba el móvil de la mano y toma el relevo de buscar entre las fotos—. Hostia, esta tienes que incluirla sí o sí.

—Ni de coña. Voy en bikini.

—Exacto. Y estás para comerte. Estás buscando a un chico que quiera acostarse contigo, Demi. Y esto haría que yo quisiera acostarme contigo.

Me sube el calor a las mejillas. Dios santo. Está sentado demasiado cerca como para soltar bombas como esta. ¿Y por qué huele tan bien? ¿Siempre ha olido así? Creo que nunca nos habíamos sentado tan cerca. Nuestros muslos se están tocando, y hay un brazo musculoso contra la manga de mi sudadera finita. Noto su calor corporal a través de la tela.

—¿De verdad te acostarías conmigo si vieras esta foto? —Estudio el traje que baño que llevo puesto. Es un bikini rojo con cuerda que revela un montón de piel. Me hicieron la foto en South Beach, cortesía de mi amiga Amber.

—Oh, sí —confirma Hunter. Y me fijo en que se le han empañado los ojos.

—¿Estás tratando de imaginar cómo se me ve debajo del bikini? —le acuso.

—Sí.

Le doy un ligero puñetazo en el hombro.

—Eh, yo ya te ofrecí un lío y lo rechazaste. Por lo tanto, no te está permitido fantasear conmigo ahora.

—Vale —gruñe.

Seleccionamos unas cuantas fotos más. Hunter insiste en que tengo que poner una foto de cuerpo entero, un retrato de cara en el que esté mirando directamente a cámara, y una foto en la que sonrío enseñando los dientes, porque, al parecer, no mostrar los dientes significa que tengo la boca de un señor mayor. También me clarifica la ley sobre las fotos con filtro de Snapchat, y sobre cualquier *selfie* tomada desde arriba. Según Hunter, es el «ángulo de la estafa».

—Para la última foto, ¿qué te parece esta con mis amigos? —sugiero—. Así verán que soy una persona sociable.

—No puedes usar esa foto. Estás con un grupo de chicos. Es intimidante.

—¿Por qué?

—¿Estás de coña? Parecen jugadores de básquet enormes.

—Bueno, claro. Porque lo son.

Hunter pone los ojos en blanco.

—Si publicas esto, es como si dijeras que este es el tipo de chicos a los que atraes. Cualquier chaval que no se parezca a ellos se asustará y no deslizará hacia la derecha.

—Eres tan bueno en esto que da miedo —le informo.

—Es sentido común, Semi. Ahora vamos a escribir tu perfil. Hay que poner algo corto. ¿Mi recomendación? Tres palabras: «Cita para follar».

—Ni de coña.

—Ajá. Entonces, ¿estoy equivocado respecto a tus intenciones?

—No, pero estoy segura de que si nos estrujamos el cerebro un poquito encontraremos una manera más diplomática de decirlo —digo secamente—. ¿Qué te parece esto?

Escribo: «Soltera desde hace poco. Soy nueva en esto y ahora mismo no busco nada serio».

—No está mal —admite Hunter—. Y tal vez deberíamos añadir un par de intereses. Déjame un segundo. —Me vuelve a coger el móvil, y se ríe para sí mientras escribe.

Cuando me lo pasa de vuelta, no puedo evitar una carcajada.

«Estoy fascinada por los psicópatas infantiles, tengo una relación insana con la comida, te rompo la PlayStation si me j0de\$ la vida».

—Eso hace que parezca una loca —digo.

—Mírame a los ojos y dime si una sola es mentira.

—Te odio.

Entonces borro lo que ha escrito y lo cambio a:

«Soy una entusiasta de las series de crímenes, me encanta comer y soy una persona genial en general».

De nuevo, Hunter admite que está bien.

—Me gusta. Vale, dale a «siguiente» para terminar la cuenta.

Le hago caso, y le sonrío, nerviosa.

—¿Ahora qué?

—Ahora, a deslizar.

Capítulo 20

Demi

No tenía ni idea de que había tantos hombres en el mundo. Por supuesto, era consciente de que la población global es de billones, pero ¿cómo hay tantos chicos en esta aplicación, y todos en un radio de cien kilómetros de mí? Es demasiada información. Estoy saturadísima mientras mi dedo pasa de perfil en perfil.

Como el de Dan, al que le gusta hacer *kick-boxing*.

O Kyle, que está aquí para pasar un buen rato, no un largo rato.

O Chris, que quiere que le «pregunte lo que sea».

U otro Kyle, que se describe a sí mismo con tres emojis de la berenjena.

¡Y otro Kyle! A este le gusta comérselo todo. Guiño, guiño, codazo, codazo.

—¡Puajjjj! ¿Por qué todos los Kyles son tan asquerosos? —pregunto.

Hunter se lo piensa.

—Ha sido coincidencia —responde, al final.

—¿Coincidencia? ¿Esa es tu mejor respuesta? —No puedo parar de reír. Está siendo lo más divertido que he hecho en siglos. Deslizo hacia el siguiente perfil y me quedo sin aliento—. Oh, este me gusta. Vamos a deslizar a Roy hacia la derecha.

Hunter examina las fotos del potencial pretendiente. Silba flojito.

—Oh, sí. Mira qué abdominales. Yo me lo tiraba.

—Me alegra que estemos de acuerdo. —Gruño decepcionada cuando Roy y yo no hacemos *match*. Con los tres últimos chicos a los que he deslizado a la derecha he hecho *match* al instante.

—No dejes que te afecte —dice Hunter intentando ayudar—. Un chico con un cuerpo así tiene muchas opciones.

Al cabo de dos segundos, aparece una burbuja anunciando que he hecho *match* con Roy.

—¡Ja! —digo, triunfante.

Hunter sonríe.

—Parece que has dado la talla.

—¿Qué tal este chico? —pregunto sobre el siguiente perfil.

—Lleva gafas de sol y gorro en todas las fotos. O bien es calvo y feo, o un asesino. Aunque estoy seguro de que esto último podría ser tentador para ti.

—Oh, claro. Vendería a mi hijo primogénito a cambio de la oportunidad de psicoanalizar a un asesino.

—Me preocupa no saber si estás de broma o no.

Deslizamos durante un rato más, pero se me empiezan a juntar las caras. Estoy empezando a aburrirme y los mensajes empiezan a llegar.

—Hablemos con algunos de estos *matches* para filtrar los que no nos gusten —sugiero.

Pero no nos lleva mucho tiempo darnos cuenta de que tenemos un claro caso de cantidad por encima de la calidad.

—Dios, estos mensajes son horribles —se queja Hunter.

¿Qué hay, guapa?

Estás to buenaaaaa.

22 centímetros, a tu servicio.

—Paso —declaro, y enseguida deshago el *match* con el Sr. 22 Centímetros. Abro el siguiente mensaje y le echo un vistazo. El chico, Ethan, me ha escrito un párrafo entero describiéndose.

—Dios. Mira esto.

Hunter lee el mensaje y silba.

—Ni de coña. Está demasiado desesperado. No me gusta.

—A mí tampoco. —Parece que estamos en la misma onda cuando se trata de valorar a estos hombres.

Por fin, llego al mensaje de Roy.

¡Hola, Demi! Sé que suena a cliché, pero tienes unos ojos preciosos. ¿Cómo va la noche?

—Me cae bien —anuncio.

Hunter sonrío.

—¿No es triste que todo lo que tengan que hacer para ganarse nuestra aprobación sea tener unas habilidades básicas de conversación y no hablar de sus pollas? Es una clara muestra de lo bajos que están los estándares.

—Tienes razón, es tristísimo. ¿Qué le respondo?

—Dile que te gustan sus partes de hombre.

Ignorando su sugerencia, escribo:

¡Gracias! Tus ojos también están bastante bien. Y no solo los ojos ;)

Hunter se burla de mí con un jadeo ahogado.

—Demi, ¡qué traviesa!

Sonrío y mando el siguiente mensaje.

YO: Mi noche bien. Haciendo algo de trabajo de clase. ¿Y la tuya?

ÉL: Mi noche estaría mucho mejor si estuviéramos tomándonos una cerveza :)

—Oh, es bueno —observa Hunter.

ÉL: ¿Qué te parece? ¿Quedamos para tomar algo esta noche?

—Dile de ir al Malone —es el consejo de Hunter.

—¿Qué? ¿Ahora mismo? Si solo hemos intercambiado tres mensajes.

—¿Y? No estás buscando un amigo por correspondencia ni a alguien con quien hacer *sexting*. El objetivo de todo esto es conseguirte una cita, ¿no? Tenéis que veros en persona para saber si hay Química.

—¿Pero tiene que ser esta noche?

—¿Por qué no?

—Tengo planes con TJ.

—Pues dile de quedar mañana. Pero créeme, un tío con ese culo no está mucho tiempo en el mercado. Yo me casaría con él en un santiamén.

Me muerdo el labio inferior. Supongo que podría cambiar los planes con TJ, él y yo nos vemos siempre. Y podría ser guay tener una cita con alguien nuevo. No hago esto desde el instituto, durante uno de los parones con Nico.

—Vale —decido—. Voy a quedar con Roy esta noche.

—¡Esa es la actitud! —Hunter levanta la mano.

Chocamos los cinco, y entonces le escribo una respuesta a Roy, nerviosa. Quedamos en vernos en Malone en una hora. Hunter se ofrece a llevarme.

Lo siguiente que hago es mandarle un mensaje a TJ.

YO: Tengo que aplazar nuestra cena. Tengo una... ¡CITA! ¡Flipas! ¿Te lo puedes creer? ¿Cómo te va mañana por la noche?

Veo que está escribiendo, pero pasa casi un minuto entero antes de que me llegue el mensaje.

TJ: Sin problema. Mañana va bien.

YO: Vale, perfecto. Eres el mejor.

TJ: 1 beso

Tengo un ejército de mariposas sembrando el caos en el estómago.

—Dios mío —le digo a Hunter—. ¡Estoy muy nerviosa! Y solo tengo una hora para ducharme y decidir qué me pongo.

—Ve a ducharte. Yo te elijo el modelito. —Hunter ya está dando una zancada hacia mi armario.

—Ropa —le advierto, meneando el dedo—. Por favor, Hunter, elígeme ropa de verdad.

Se ríe mientras cierro la puerta del baño.

* * *

Para cuando llegamos al Malone, tengo las manos sudadas y el corazón me late peligrosamente

rápido. ¿En serio estoy haciendo esto? De repente no me noto tan preparada.

Hunter aparca el Land Rover en el pequeño aparcamiento que hay detrás del bar. Apaga el motor y se gira para evaluarme.

—He hecho un buen trabajo —dice el muy imbécil, y asiente con aprobación.

Le tengo que dar la razón: como modelito, me ha elegido unos vaqueros ajustados azul marino, un jersey gris suave que se baja un poco del hombro mostrando algo de piel, y unos botines negros de ante. Es un conjunto mono, y me veo mona con él.

¿Pero los accesorios? No se va a llevar ningún mérito por ellos.

—Odio estos pendientes —me quejo, poniéndome bien los aros con cuidado para que no se me enganchen con el pelo—. Y lo sabes. Y aun así me presionado para que me los ponga.

—Porque te quedan muy bien —protesta—. Créeme, han subido el atractivo del modelito de un nueve a un once. Deja de quejarte y llévalos esta noche. Solo es una noche.

—Uf. Vale. —Cuando salgo del todoterreno, me sorprendo al ver que Hunter hace lo mismo—. ¿Vienes conmigo?

Asiente.

—No te preocupes, estaré en la barra. Me quedaré hasta asegurarme de que no te va a matar. Tú como si no estuviera.

Me conmuevo un poco, la verdad.

—Gracias. Eres un buen amigo.

Rodeamos el edificio hacia la entrada. No me puedo creer que estoy yendo a una cita. Una cita de Tinder, encima. Eso es como decir «a lo mejor nos acostamos esta noche».

Un segundo, ¿esta noche? No puedo tener sexo con nadie esta noche. Me acabo de dar cuenta de que se me ha olvidado depilarme las piernas.

Mierda, ¿por qué no me he depilado las piernas?

«No pasa nada, solo vas a tomar algo», le aseguro a mi yo entrando en pánico.

Entramos en el bar y escaneo rápidamente la sala. Está más lleno de lo que esperaba para ser lunes noche, pero los estudiantes universitarios salen a tomar algo cualquier día de la semana, supongo. Se me acelera el pulso cuando veo a un chico alto y musculoso alejándose de la barra.

Se le abren los ojos con apreciación cuando me ve.

—¿Demi? —pregunta.

—¿Roy?

—El mismo —sonríe, dejando a la vista un par de hoyuelos. Oh, no, tiene hoyuelos. Tengo un problema—. Hay una mesa libre allí —dice Roy, amable—. ¿Vamos?

—Para allá que vamos. —Uf, esto ha sido muy cutre. Esto se me da fatal.

Hay unas cuantas mesas altas repartidas por la sala, de las de estar de pie. Dos están vacías, y elegimos la más apartada de ellas. Miro por encima del hombro. Hunter me guiña el ojo y asiente, animándome, antes de dirigirse hacia los taburetes de la barra.

—Perdona por ser tan directo, pero estás incluso más buena en persona. —Roy me inspecciona abiertamente, así que no me siento mal por hacer lo mismo.

Lleva una camiseta increíblemente ajustada, seguramente más que cualquier prenda de ropa que pueda tener yo. Le veo el contorno de cada músculo y hasta los pezones. Unas perlititas duras que sobresalen a la vista de todo el mundo. Los pezones masculinos siempre me han sido indiferentes, pero la camiseta ajustadísima de Roy lleva la atención hacia ellos de una forma

imposible de ignorar. Me obligo a redirigir la mirada hacia las pantallas de la tele que tenemos encima. En una dan el programa de fútbol del lunes por la noche, en la otra dan un partido de la Liga Nacional de *Hockey*.

—¿Te gustan los deportes? —pregunta Roy.

—Miro el fútbol si está puesto. No soy muy de *hockey*, aunque tengo un amigo que juega. Y mi exnovio jugaba al baloncesto, así que no tenía otra opción que seguir la NBA. —Mierda, se supone que no hay que hablar de otros chicos durante una cita. Eso suena a NO total.

Vale, soy malísima en esto.

Pero Roy no parece molesto.

—Yo nunca he practicado ningún deporte. —Se señala el cuerpo musculoso y enorme—. Lo sé, lo sé, no lo parece, pero tengo este físico de hacer ejercicio.

—Entonces, ¿eres un chico de gimnasio?

Asiente vigorosamente.

—Siete días a la semana. ¿Y tú? ¿Vas al gimnasio?

—Voy al del centro de *fitness* de estudiantes un par de veces a la semana. Pero no hago más que correr en la cinta y levantar algunas pesas, nada sofisticado.

Viene un camarero a pedir qué queremos. Roy pide una Bud Light. No me gusta mucho la cerveza, pero no me siento cómoda pidiendo algo más fuerte. Los nervios me hacen cosquillas en la barriga y hacen que me tiemblen los dedos.

—A mí otra Bud Light —decido al fin.

Una vez se ha ido el camarero, Roy retoma la conversación donde la hemos dejado.

—¿Has usado la zona acuática del gimnasio? Está muy bien para hacer largos.

—No, no. Como he dicho, mis entrenamientos son bastante suaves. —Me encojo de hombros—. Tengo un buen metabolismo.

—Entrenar no tiene nada que ver con el metabolismo. Estar en forma tiene que ver con la salud. Una frecuencia cardíaca saludable, un estado mental saludable, unos huesos sanos. — Sigue hablando de los beneficios de hacer ejercicio durante varios minutos, hasta que se me empieza a nublar la vista.

Al fin, le interrumpo.

—Me he perdido hace rato, chaval.

Roy me sonrío, avergonzado.

—Lo siento. Me apasiona entrenar.

—Ya lo veo.

—Hablemos de otras cosas. —Apoya los antebrazos en la mesa. Un reloj plateado le adorna la muñeca, y brilla bajo la luz del local—. Así que estás buscando algo informal, ¿eh?

Por favor. Este tema es incluso más incómodo. Preferiría hablar de sus bíceps.

—Bueno, sí. Hace poco rompí con mi novio de toda la vida, así que...

—Así que estás buscando un lío —sugiere.

Asiento.

—Yo también —confiesa.

—¿En serio? —La biografía de su perfil no lo decía—. ¿Cuándo cortasteis?

—Hace un par de días.

¿Un par de días? ¿Y ya está en Tinder? Por lo menos mi ruptura se puede medir en semanas.

—Eso es muy reciente —digo con cautela—. ¿Estás seguro de que deberías, ya sabes, estar haciendo esto? —Señalo el espacio que hay entre nosotros.

La mano derecha de Roy juguetea con su reloj.

—La verdad es que no lo sé. Pero tengo que superarla, y supuse que esta era la mejor manera. Volver a salir por ahí, ¿sabes?

La incomodidad me borbotea en la garganta.

—¿Te puedo preguntar por qué lo dejasteis tu ex y tú?

Respondo con sinceridad:

—Me puso los cuernos.

—Oh, qué putada. ¿Llevabais mucho tiempo?

—Nos conocíamos desde que teníamos ocho años. Nuestro primer beso fue a los doce. Fuimos novios oficialmente a los trece. —Mientras recito los detalles, me asusta darme cuenta de la falta de emoción de los acompaña. Ni siquiera se me ha encogido el corazón mientras enumeraba las fechas con Nico.

—Guau —se maravilla Roy—. Eso es mucha historia juntos.

El camarero vuelve con nuestras cervezas, y acepto la mía de buena gana. No estoy del todo segura de cómo está yendo esta cita, pero me inclinaría hacia el «no muy bien».

Hacemos chocar los botellines.

—Salud —digo.

—Salud. —Toma un largo trago.

Yo también, y me lleva toda mi fuerza de voluntad no poner una mueca. Odio el sabor de la cerveza. ¿Por qué he pedido esto? Vaya decisión más estúpida. Me pregunto si debería parar al camarero y pedir un vaso de agua.

—Así que ninguno de los dos tenemos suerte en el amor. —Roy me observa por encima del borde de su botellín.

—Supongo. ¿Qué pasó con tu novia y contigo?

—Dijo que no pasaba tiempo suficiente con ella. —Vuelve a dar un trago rápido—. Cree que ella debería ser mi prioridad número uno, y que yo me centro en cosas triviales en lugar de ella.

Me lo pienso.

—Bueno, tiene un poco de razón, pero no toda. Obviamente tu pareja tiene que ser una prioridad grande, pero estamos en la universidad. También tenemos que priorizar las clases, los deberos, nuestras vidas sociales...

—No —me interrumpe—. Se refiere al gimnasio. Cree que estoy adicto al gimnasio.

No puedo evitar bajar la mirada para verle los pectorales. Los que se le marcan contra la camiseta, luchando por liberarse. «¡Esta camiseta no nos puede sostener!», gritan.

Creo que quizás la ex de Roy tiene razón.

—Pero que le den —dice, irritado—. Debería estar orgullosa de todo el trabajo que le meto a tener un cuerpo así. Otros chicos se hinchan a esteroides, hormonas de crecimiento. ¿Pero yo? Esto es todo natural. Mi cuerpo es un templo.

Oigo una risita por detrás de mí. Dios santo. ¿Alguien nos está espiando?

Vuelvo la cabeza y suspiro al reconocer el perfil familiar. Pertenece a Hunter, que está

cotilleando desde la mesa vecina. Se suponía que tenía que quedarse en la barra, leches.

Me incomodo todavía más al darme cuenta de que mi amigo está escuchando. Pero a lo mejor no importa, porque también es cada vez más obvio que Roy y yo no vamos a terminar con un acuerdo de Amigos con Derecho a Roce.

—No entiendo por qué tengo que escoger —sigue quejándose.

Le lanzo una mirada seria.

—¿Tú la querías?

—Con todo mi corazón —dice, apasionado.

—Entonces, ¿cómo es siquiera una elección? Disminuye tu tiempo en el gimnasio, tonto.

Otra risita.

—Pero es una elección —argumenta—. Una elección imposible.

—Oh, venga ya. Estás exagerando. No puedes querer el gimnasio más que a una mujer. No te puedes casar con el gimnasio, Roy. No puedes tener hijos con el gimnasio.

El suelo que hay bajo mis pies empieza a vibrar, y no sé si es por la línea de bajo que sale a toda pastilla de los altavoces, o porque Hunter está temblando de la risa de forma incontrolada.

—Tienes algo de razón —dice Roy, aunque no parece muy convencido—. Pero no veo por qué debería dejar de lado mi pasión.

—No te está pidiendo que la dejes de lado. Claramente, te está pidiendo que encuentres un equilibrio —respondo, pragmática.

—Un equilibrio —repite.

—Sí. Escúchame. ¿Cómo se llama tu novia?

—Kaelin.

—Creo que Kaelin tiene algo de razón. Si de verdad la ves al mismo nivel que el gimnasio, tiene razón para estar enfadada. Kaelin es una persona, Roy. El gimnasio solo es una sala llena de máquinas.

Detrás de mí, Hunter aúlla.

Le ignoro.

—Creo que tienes que examinar tus prioridades —le aconsejo—. Un lio sin compromiso no es el mejor paso que puedes dar ahora mismo. Por supuesto, sería un polvo con una tía que está buenísima...

—La que más —asiente, y mi ego se siente reconfortado con eso.

—Pero no es el paso que debes dar —repito.

Da un sorbo a su cerveza.

—¿Y cuál es el paso correcto?

—Llamar a Kaelin y pedirle quedar para hablar. Y tal vez escuchar de verdad lo que tiene que decirte. No está intentando controlarte. Solo quiere estar contigo. —De verdad espero no estar malinterpretando todo esto, y que Kaelin no lo haya dejado porque esté realmente enamorado del gimnasio, y con enamorado quiero decir de manera sexual. Pero a la mierda, por lo menos le garantiza una conversación, viendo que no la ha superado para nada.

—Sé que esto es muy descortés... —Roy rebusca en su bolsillo trasero y saca un billete de veinte dólares, demasiado dinero para dos cervezas de mierda—. Pero ¿te importa si te dejo plantada?

—Para nada. A por ella, fiero. —Acepto los veinte. Los podré usar para pagarnos una ronda a Hunter y a mí.

Hablando de Hunter, aparece a mi lado en el momento en el que Roy desaparece.

—Ha sido la cita más loca que he espiado —declara, con la mandíbula abierta.

—Dímelo a mí. ¿Es así volver a estar en el ruedo? ¿Tienes que montar sobre varios burros primero?

—Tío. Primero, eso hombre estaba mazado, era un corcel majestuoso, no un burro.

—¿Y segundo?

—Ah, no hay segunda parte.

Suspiro.

—No me puedo creer lo que acaba de pasar.

—Bueno, no te has hecho ningún favor a ti misma haciéndote la terapeuta.

—¿Y eso es malo?

—Lo es cuando estás intentando acostarte con alguien. Se suponía que tenías que montarle la polla al tío, Semi, no convencerlo de que volviera con su novia.

—Tienes razón. Soy la peor en esto —gimo.

Hunter me coge la Bud Light de la mano y la deja en la mesa.

—Saquemos esta mierda de en medio. No vamos a beber Bud Light esta noche.

—¿Nosotros?

—Tu cita te ha dejado plantada. Soy todo lo que te queda, cielo. Voy a pillarnos una cerveza de verdad.

Hunter se va y a los tres segundos se me acerca otro tío. Lleva la cabeza rapada, una sudadera enorme y tiene los dientes muy blancos.

—Ey, guapa. ¿Quieres algo de compañía?

Estoy a punto de decir que no, pero ya se hecho un hueco a mi lado.

—¿Qué le ha pasado a tu amigo? —pregunta Dientes Blancos.

—Ha ido a buscarnos algo de beber. Así que si no te importa...

Se me acerca más, y yo me alejo de forma instintiva. No me gusta cuando la gente invade mi espacio personal.

—¿Y qué más da? —pregunta el Dientes Blancos alargando las palabras.

—Estás en mi espacio personal —replico—. Apreiciaría que te movieras.

Frunce el ceño.

—¿Para qué necesitas espacio? Nos estamos conociendo.

Para mi alivio, Hunter vuelve con nuestras bebidas. Le echa un vistazo al intruso y le fulmina con la mirada.

—No —dice Hunter, fríamente.

—No, ¿qué? —el Dientes Blancos parece irritado.

Hunter amplía la frase.

—No va a pasar. Piérdete.

Sonríó al ver la pose amenazante de Hunter. Al parecer, es mi nuevo protector.

Mi muy atractivo protector.

Mierda, tengo que dejar de pensar en lo bueno que está. No quiere tener un lío sin

compromiso conmigo. Lo ha dejado claro.

Pero sería mucho más fácil si aceptase. Me atrae, y, lo más importante, confío en él. Pero no voy a ligarme a mi amigo, especialmente cuando ha dicho explícitamente que no le apetece.

El Invasor de Espacio Personal se va ofendido mientras Hunter lo mira, divertido.

—Eso ha sido fácil. —Entonces, con un gesto extravagante, me pasa una lata alta de cerveza. Se llama Jack's Abbey House Lager.

—Está en una lata —remarco.

—Sí, las latas están volviendo a ponerse de moda en los círculos de cerveza artesanal. Estás viviendo el presente, chica.

—Puaj. Seguramente tendría que haberte dicho de pillarme un vodka con arándanos o algo afrutado. No me gusta la mayoría de cervezas. —Hago una pausa—. De hecho, no se me ocurre ninguna cerveza que me guste. Todas me saben igual: mal.

—Créeme, esta te gustará. Es muy suave. Tú pruébala.

Mientras Hunter me mira expectante, doy un gran trago de su cerveza mágica.

—¿Y bien? —inquire.

Bajo la mirada hacia mis botines de ante.

—Sabe exactamente igual que la otra.

—¿Me estás vacilando? ¿Crees que la Abbey House y la Bud Light saben igual? Me estás dando vergüenza ajena.

—Ya te lo he dicho, no soy muy de cerveza.

—Eres una desgracia.

—Tú eres una desgracia.

Hunter sonrío cuando le saco la lengua. Sorbe de su propia lata de cerveza pretenciosa, y entonces dice:

—Me sabe mal que no haya ido bien con el Sr. Musculitos.

—Está bien. A decir verdad, ha estado bien salir de casa. Y practicar está bien, ¿no?

Miramos a la gente mientras saboreamos las cervezas. Bueno, Hunter la saborea. Yo me tapo la nariz y trago. Nos hacemos reír mutuamente inventando falsas historias sobre algunos clientes, y en nada y menos ya me he olvidado de que Roy me ha dejado plantada. De todos modos, me lo estoy pasando mejor con Hunter.

Hacia las nueve y media salimos del bar y vamos hacia el aparcamiento. Mientras me estoy abrochando la parka uno de los pendientes casi se me queda enganchado con la capucha y suelto un taco por lo bajini.

—Odio estos estúpidos pendientes —me quejo mientras me muevo el aro—. Son un peligro.

—Tú eres un peligro.

Sí, ahora hacemos esto. Nos hace reír cada vez, y supongo que es un indicador de que o bien nuestro sentido del humor compartido es inmaduro, o bien que nosotros lo somos.

Hunter enciende el Rover y sale del aparcamiento.

—¿Te llevo a casa? —pregunta, mirándome.

—Sí, gracias. —Me abrocho el cinturón, y me río cuando me doy cuenta de que mi móvil es el que está conectado al Bluetooth de su coche.

—¡No te desconectaste! —me acusa—. Me prometiste que lo harías.

—Te mentí, Hunter. —Riendo, cargo una lista de reproducción que incluye unas cuantas baladas de Whitney Houston, que sé que no le gustan.

—Eres mala —dice mientras conduce alejándonos de la ciudad.

—Lo siento, no te oigo. Está cantando Whitney.

Entonces, solo porque puedo, me pongo a cantar «Greatest Love of All» hasta que Hunter me amenaza con dejarme en la cuneta de la carretera oscura y desierta si no me callo.

—Oye, ¿podrías apagarme el calefactor del culo? —me pregunta—. Lo tengo en llamas.

—Claro. —Tengo el móvil en la mano, así que lo dejo caer en el posavasos. Pero el Rover da con un bache en ese momento exacto, se me escapa el móvil de la mano y se cae a los pies de Hunter.

—Por el amor de Dios, Semi. Cógelo antes de que se quede pillado debajo del pedal del gas.

—Tranqui. Espera. —Me inclino hacia él y estiro el brazo, pero el coche en movimiento manda mi móvil hacia el otro lado de la alfombrilla del suelo—. Mierda, no llego. ¿Puedas intentar darle una patada hacia mi mano?

—No. Estoy puto conduciendo.

—Inténtalo.

Con un gemido, intenta darle un toque con el pie izquierdo, y el todoterreno vira ligeramente.

—Vale, no, para—le ordeno—. Concéntrate en conducir. Ya lo hago yo.

Me desabrocho el cinturón y repto por la parte inferior de su cuerpo. Empiezo a mover la mano cerca de su pantorrilla. El coche vuelve a virar.

—¡Presta atención a la carretera!

—Lo estoy intentando —suelta—. Pero no paras de darme golpes en la pierna.

Me agacho lo más rápido que puedo, hasta que tengo la cabeza estrujada en el regazo de Hunter. Vuelvo a estirar el brazo y ¡sí! Mis dedos colisionan con el móvil y enseguida cierro el puño alrededor.

—¡Lo tengo! —anuncio, y entonces me muevo para sentarme otra vez y...

No puedo.

—Demi —ordena Hunter—. Muévete—. El coche se tambalea ligeramente hacia la derecha. Intento volver a levantar la cabeza, y un pinchazo de dolor me recorre el oído.

—Oh, Dios mío —grito—. Te lo dije. Te lo puto dije.

—¿Me dijiste el qué? Dios, levántate.

—¡No puedo! —Mi voz se amortigua contra la bragueta de sus vaqueros—. Se me ha enganchado el pendiente.

—¿Enganchado con qué?

—¡Contigo! ¡Con tus vaqueros! No sé con qué. —La posición en la que me encuentro me ha dejado la cabeza mirando hacia un lado, y todo lo que veo son las rodillas de Hunter, y su pie en el pedal del gas. En lugar de intentar escapar, mantengo la cabeza inmovilizada en su muslo.

—Intenta desengancharte —suplica.

Me niego a moverme.

—No. Me arrancará el lóbulo, Hunter.

—No lo hará.

—Que sí. —Se me llenan los ojos de lágrimas sinceras.

Gruñe, frustrado.

—No te va a arrancar el... joder, sabes qué, espera. Déjame parar el coche —dice.

Y ahí es cuando oímos las sirenas.

Capítulo 21

Hunter

Esto es un desastre. Me está parando la poli y tengo la cabeza de Demi trabada en el regazo. Está enrollada encima de mí como una manta, con la cara a centímetros de mi entrepierna, y sé que en el momento en el que el agente llegue a la ventana del conductor, va a pensar que...

Dios santo, va a pensar que me la está chupando.

—¿Por qué nos ha parado? —sisea.

—Supongo que nos habrá visto virar por la carretera. —Mierda, esto es una pesadilla.

Apago el motor. Mientras espero a que el agente se acerque a la ventana, hago un intento frenético de sacarme a Demi de encima.

—¡Au! —se lamenta.

—Perdón —mascullo—. Estoy tratando de liberarte. —Se le ha enganchado el pendiente, sí, pero no sé con qué.

¿Tal vez con una trabilla del cinturón? ¿Pero cómo cojones nos hemos enganchado así? ¿A lo mejor se ha enredado con un hilo? No estamos avanzando nada, y cada vez que intento tirar del aro para separarlo, Demi solloza de dolor. No me puedo creer que de verdad lo esté pensando, pero... podría perder esa oreja.

No sé si reír o llorar.

—Viene alguien —susurra cuando oye los pasos retumbar en el asfalto.

—Permiso de conducir y seg... —El agente se detiene a media frase.

Suspiro, resignado.

—¿Qué leches está pasando aquí? Siéntese, señorita —ordena—. Ahora, por favor.

—¡No puedo! —gime Demi.

Los ojos severos del policía se fijan en mí.

—Tu novia va a tener que salir del coche y ponerse ambas manos sobre la cabeza.

—No soy su novia —dice Demi, como si ese fuera nuestro mayor problema, que nos hayan confundido por una pareja.

—No podemos —respondo con los dientes apretados.

—Mira, chaval, entiendo que esto es algo que a los universitarios os parece guay...

¿Algo que nos parece guay?

—... pero el exhibicionismo se sanciona con un arresto. Y no solo eso, también estabas conduciendo de forma temeraria y poniendo en peligro al resto de conductores.

Miro a través del parabrisas y hacia la carretera oscura, completamente vacía.

—¿Qué conductores? Si estamos solos. No ha pasado ni un solo coche desde que nos ha parado.

—Y no estábamos haciendo nada —protesta Demi—. ¡Estoy atrapada!

—Atrapada —repite, dudoso.

Suspiro.

—Se le ha caído el móvil y ha intentado cogerlo, y ahora está atrapada.

—Atrapada —dice de nuevo. Entonces sacude la cabeza como si estuviera decidiendo que no quiere comprar lo que le estamos vendiendo—. Señorita, esta es la última vez que se lo pido: por favor, siéntese.

—No puedo.

El agente acerca la mano a su cinturón.

—¡Por Dios! —suelto—. ¡No necesita el arma!

—¿¡Qué arma!?! —Demi empieza a moverse en mi regazo, con los esfuerzos renovados para liberarse.

Si el agente no estuviera aquí y fuéramos solo nosotros dos, esas ondulaciones salvajes provocarían una respuesta acalorada en mi pene. Pero el agente está aquí, así que tengo el pene flácido y estoy a segundos de soltar una risa maníaca. Lo que no encajaría bien con el agente cada vez más irritado.

Resulta que solo quería coger su radio.

—Voy a necesitar refuerzos en la Línea 9 y la Autopista 48. Los infractores han sido detenidos por conducción temeraria y por practicar sexo oral en un vehículo en movimiento y ahora se resisten al arresto. —Interferencias estáticas.

—¡No estoy practicando sexo oral! —ruge Demi—. Créame, me encantaría practicarle sexo oral, pero es célibe.

Un segundo, ¿qué?

¿Acaba de decir que le encantaría practicarle sexo oral?

—¿En serio, Demi? ¿Estás diciendo que quieres com... hacer eso? —Mi mente da vueltas como un carrusel. Durante todas estas conversaciones sobre los líos sin compromiso, yo pensaba que estaba bromeando cuando me sugirió a mí como candidato. Por eso nunca me permití... ¿tener esperanza, supongo?

—Te dije que quería un polvo, y te dije que lo quería contigo. —Tiene la voz amortiguada y no para de hurgar en su oreja con los dedos.

Pero tendremos que hablar de las ganas de Demi de comérmela más tarde. Primero tenemos que superar a este agente cabezota.

—Señor —digo con calma—. Por favor. Entiendo qué es lo que parece, pero no estamos involucrados en ningún comportamiento lujurioso. Ambos estamos vestidos. Tengo el pene en los pantalones.

—¿Dónde tiene el permiso de conducir y el seguro del coche?

—En la guantera, pero no llego a...

Un grito de triunfo se hace eco en el coche, y de repente la cabeza de Demi aparece como si fuera una caja sorpresa.

—¡Por fin! —Se frota la oreja izquierda de manera frenética.

—¡Joder! —digo cuando aparta la mano. Tiene el lóbulo rojo intenso y está hinchado como tres veces su tamaño, y tiene las puntas de los dedos manchadas de sangre.

Tiene razón. Los pendientes de aro tendrían que estar prohibidos.

—¡Ve! —El alivio le da forma a su voz mientras mira al agente con ojos implorantes—. Tiene los pantalones abrochados. No estábamos haciendo nada malo. Y solo habíamos bebido una cerveza cada uno. Bueno, yo dos.

Me trago un gruñido.

Mierda. La bebida ni siquiera formaba parte de la ecuación. Y ahora sí, gracias a ella.

El agente está oficialmente cansado de seguirnos el rollo.

—Necesitaré que ambos salgáis del coche. Ahora.

* * *

—¿Esta es la celda de los borrachos? —pregunta Demi una hora más tarde.

Parece bastante poco impresionada con la zona de espera de la única cárcel de Hastings. La celda grande hospeda ahora mismo a tres personas: a nosotros y a un hombre de mediana edad con una barba poblada que duerme en uno de los bancos. Se retuerce en sueños, y da golpes contra las rejas con el pie cada pocos segundos.

Sí, estamos tras las rejas, y todo gracias a los aros grandes.

—¿A lo mejor está mejor cuando estás borracho de verdad? —conjetura.

Me río mientras deslizo la espalda por la pared de cemento y me dejo caer sobre el banco metálico. Bajo mis pies hay un suelo de linóleo sucio. Por encima de mi cabeza, las luces fluorescentes son demasiado fuertes.

—Sabes que toda la culpa es tuya —digo, divertido.

—¿Mía? —Sus ojos marrones se llenan de indignación.

—Te dije lo que pasaría si sincronizabas tu Bluetooth a mi coche.

—No es culpa de mi Bluetooth.

—¿En serio?

—En serio. Se me cayó el móvil.

—Sigue siendo culpa tuya.

—Oh, cállate.

—Cállate tú. —Me acerco a ella hasta que estamos sentados a treinta centímetros—. ¿Cómo tienes la oreja? —pregunto con voz ronca.

Hasta donde yo veo, sigue rosa e hinchada, pero ya no parece estar sangrando. La sangre seca que cubre el lóbulo me provoca una pinchada de culpa, porque he sido yo quien la ha convencido para llevar estos pendientes esta noche.

—Duele —admite—. Pero por lo menos sigue pegada a mi cabeza.

—Por lo menos, sí —coincido—. Perdona por haberte obligado a llevar los aros.

—Está bien. Pero ahora ya sabes. —Deja ir un suspiro lúgubre—. A veces hay que

presenciar una tragedia en primera persona para comprenderla.

—Sí —digo con gravedad.

Me tiemblan los labios hasta que al final se me escapa una risa. Ella se une, y estira las piernas para dar golpecitos en el linóleo con sus botas de ante.

—Ojalá tuviera una piruleta —dice.

—Ojalá tuviera mi libertad.

Eso le saca otra risa.

—Dios. No me puedo creer que estemos en la cárcel. Por exhibicionismo, de todo lo que podría haber sido.

—¡Y ni siquiera tenía la polla fuera!

—¡Ya ves!

El oficial de policía solitario de la zona de recepción echa un vistazo en nuestra dirección, y atisbo un destello de diversión en sus ojos. Lleva toda la hora en el escritorio, tecleando en el ordenador.

No tengo ni idea de adónde ha desaparecido el agente que nos ha detenido, aunque técnicamente no nos han arrestado. Y no me han dicho mis derechos. ¿Mis derechos? ¡Ja! He visto suficientes refritos de *Ley y orden* para saber que cualquier juez en su sano juicio cerraría el caso en un abrir y cerrar de ojos. A menos que el juez tuviera un mal día.

En mi opinión, creo que el Agente Cascarrabias tenía una noche de mierda. Demi y yo no hemos hecho nada malo y lo sabe. Nuestros alcoholímetros apenas han registrado nada.

—¿Cuál es la sanción por exhibicionismo? —pregunta curiosa.

—Ni idea.

—Perdone, ¿señor? —Se levanta de un salto y se acerca a las rejas—. ¿Cuál es la sanción por exhibicionismo? ¿La muerte?

De nuevo, parece que el hombre esté reprimiendo una sonrisa.

—Para infractores noveles, normalmente una multa.

—Perfecto —pía—. Mi coconspirador es asquerosamente rico. Os podrá firmar un cheque.

—Eh, a mí no me miréis —dice el oficinista con una sonrisa—. Esperad a que vuelva el Agente Hill: es con él con quien tenéis que hablar.

—O más bien, el Agente Gili —refunfuña Demi.

Me río.

—Buena esa.

Vuelve a dirigirse al oficial.

—¿No se supone que tenemos derecho a una llamada? —le reta.

—Tiene razón —digo, y me dirijo tranquilamente hacia las rejas—. Me gustaría hacer esa llamada, por favor.

—Claro. Como queráis. —El joven policía se nos acerca y abre la puerta de la celda. Me hace un gesto para que salga y vuelve a poner las rejas en su sitio con un clic nítido.

—¿A quién vas a llamar? —pregunta Demi.

Me giro para responderle, pero el panorama de verla agarrada a dos rejas de hierro y mirándome desde dentro de la celda... Es demasiado bueno. Me arrepentiré toda la vida si dejo pasar esta oportunidad.

—¿Puedo hacerle una foto? —le suplico al poli.

—Ni se te ocurra —me advierte Demi.

Él sonrío.

—Adelante. —Creo que es lo más divertido que le ha pasado en mucho tiempo. El trabajo de oficina tiene que ser aburridísimo.

Pesco el móvil del bolsillo y le hago una foto a Demi, que tiene pinta de querer matarme. Entonces, para meter el dedo en la llaga, me giro para tomar una *selfie*, con la cara indignada de Demi de fondo y los dedos envolviendo las rejillas.

—Es mi postal de Navidad —le digo, y apunto con la mano en forma de pistola.

—Te odio.

«No me odias, quieres comérmelo todo».

No puedo sacarme esa idea de la cabeza. Y tampoco puedo entenderla, la verdad. ¿Iba en serio cuando me decía que quería que fuera su lío sin compromiso? Es tan sarcástica que asumí que me estaba vacilando.

A lo mejor es bueno que no fuera consciente de ello. Hostia, de hecho seguramente sería mejor si todavía no lo fuera. Me prometí a mí mismo que no me acostaría con nadie este año, y la tentación de romper mi voto por Demi es arrolladora.

El oficial me acompaña a su escritorio y señala el teléfono fijo.

—¿No puedo usar mi móvil? —Lo levanto como recordatorio. Quiero decir, me acaba de dejar tomar una foto.

Sacude la cabeza.

—Va en contra del protocolo.

—Vale, bueno, no tiene ningún sentido, pero como sea.

Me encojo de hombros y cojo el teléfono. Entonces marco uno de los pocos números que me sé de memoria.

—Hola, entrenador —digo después de un saludo brusco.

—¿Davenport? —pregunta con voz de sospecha.

—Sí. Espero no haberle despertado. —El reloj digital que hay al otro lado de la habitación marca las 22:37. No es muy tarde, pero patinamos a las seis de la mañana, así que existe la posibilidad de que ya estuviera en la cama.

—¿Qué pasa? —me ladra al oído.

—No mucho —me detengo, preguntándome cuál es la mejor manera de formular mi problema.

—¿Es por el maldito huevo? —El entrenador suena irritado—. ¿Le ha pasado algo?

—Nah, Pablo está bien, gracias por preguntas. Bueno, al menos creo que está bien, está con Conor esta noche, así que... sí... en fin... —exhalo—. No hay forma fácil de decir esto, así que simplemente lo soltaré de una. Estoy en la cárcel ahora mismo y esperaba que pudiera venir a hablar con los agentes, y ya sabe, hacer lo suyo...

—¿Lo mío?

—Gritarle a la gente —clarifico.

Se hace un breve silencio seguido de:

—¿Es una broma de mal gusto? Porque no tengo tiempo para esa mierda.

Reprimo una risa.

—Lo digo muy en serio. Nos han parado con el coche a una amiga y a mí esta noche, en Hastings. Ha sido un completo malentendido, no estábamos borrachos y no había ningún exhibicionismo por mucho que diga el Agente Gili...

El policía del escritorio se ríe flojito. Tío, ojalá hubiera sido él el que nos hubiera detenido. Seguro que me habría chocado los cinco y nos habría dejado ir.

—¿Entrenador? —insisto.

Se cuele otro silencio.

—Estoy de camino.

Capítulo 22

Hunter

—¿Dónde está? —pregunta Demi con impaciencia—. Pensaba que habías dicho que vivía a diez minutos.

—Y así es. Pero es que ha pasado literalmente un minuto desde que le he llamado. —Pongo los ojos en blanco y me vuelvo a sentar con ella sobre el incómodo banco metálico. Nuestro compañero de celda sigue dormidísimo, y ahora ronca flojito. Su pie sigue retorciéndose, y es imposible ignorar el hedor de alcohol rancio que nos llega.

Demi presiona los labios, como intentando no reír.

—Es la mejor cita en la que he estado —dice con sarcasmo—. Quiero decir, solo con el ambiente romántico, ya...

Se me escapa un resoplido de risa.

—Lo único que falta es la balada de Whitney Houston. Oh, y tu cita de verdad. Ya sabes, el chico que te ha dejado plantada por su novia. O tal vez por el gimnasio. La verdad es que no lo sé. Era una elección imposible.

Ahora es ella quien se ríe.

—En fin. Qué más da. Tú eres una cita mucho mejor.

Con una sonrisa, le paso el brazo por detrás y la acerco; ella apoya la cabeza en mi hombro. La dulce fragancia de su pelo se eleva hacia mis fosas nasales. Inspiro profundamente, tratando de definir el olor. Jazmín, creo. Tenerla así es cómodo y cálido. Me pregunto en qué piensa ahora mismo. Si sus pensamientos están alineados con los míos.

Casi gimo de decepción cuando levanta la cabeza.

—Lo digo en serio —me informa.

—¿El qué? —Mierda, mi voz suena demasiado ronca. Enseguida me aclaro la garganta.

—Eres divertido como cita.

—Esto no es una cita.

Ladea la cabeza, retándome.

—¿Entonces por qué me estás poniendo Ojos de Pene?

—No lo estoy haciendo.

—Reconozco unos Ojos de Pene cuando los veo.

Una risita me hace cosquillas en la garganta. Esta chica es de lo que no hay. Siempre me hace reír. Y es preciosa. Su piel siempre parece tan suave y luminosa que me pican los dedos de querer sobarla. Su pelo también parece sedoso al tacto. Le cae como una cortina recta y brillante por encima del hombro, el que queda descubierto por su jersey suelto. Un par de mechones le caen sobre el ojo izquierdo.

Se me secan los labios. Me los lamo, y el calor destella en la expresión de Demi.

—Tienes pelo en los ojos —digo con la voz seca.

Acerco la mano para apartárselo con cuidado. Apoyo el pulgar en su pómulo al ponerle el pelo por detrás de la oreja, la que no está hinchada.

Toma una bocanada de aire rápida.

—Dios mío. ¿Ha sido eso?

Junto las cejas.

—¿El qué?

—¿Ha sido tu movimiento estrella? —El deleite le baila en las pupilas—. Lamerte los labios, apartarme el pelo de la cara, ese frote con el pulgar. Ha sido el movimiento estrella, ¿verdad?

Hago destellar una sonrisa fanfarrona.

—Depende. ¿Ha funcionado?

—Sí —dice, con franqueza, y ahora es mi respiración la que se traba.

Su honestidad me pone un montón. Y aunque no había planeado usarlo esta noche, sí que era mi movimiento estrella. Solo que ha ocurrido de manera natural.

—Davenport —resuena una voz fuerte.

Giro la cabeza hacia las rejas al instante. Unos pasos retruenan por el pasillo y entonces aparece la cara estruendosa del entrenador en la puerta. Le sigue el Agente Hill.

—Abra esa puerta —el entrenador le da la orden al oficinista, que se pone en pie de un salto a la llegada del entrenador y de su colega.

Por raro que parezca, el oficial joven hace ademán de coger el llavero pesado que lleva antes de acordarse de que el entrenador no es su superior, y no es un policía siquiera.

—¿Gil? —dice, mirando al Agente Hill.

¿Se llama Gil? ¿Gil Hill?

Pobre cabrón. Tal vez por eso está de tan mal humor.

—Hazlo —dice brevemente Hill.

El entrenador nos echa un vistazo rápido a Demi y a mí mientras salimos de la celda.

—¿Estáis bien? —dice brevemente—. ¿Alguien os ha hecho daño?

—No —le aseguro, algo tocado por la pregunta—. Nadie nos ha hecho daño, pero gracias por preocuparse.

—No estoy preocupado por ti, idiota. Me preocupa tu brazo de los disparos. Tenemos partido en cuatro días. —Su mirada acusatoria se gira hacia los agentes—. Si su disparo es una décima parte más lento de lo habitual, te voy a hacer responsable personalmente, Albertson.

—Lo siento, entrenador —murmura el oficinista.

Los miro boquiabierto.

—¿Os conocéis?

—Sí, el chaval solía jugar para mí. Sammy Albertson, clase del 2012.

Joder, ahora sí que me habría gustado que hubiera sido Albertson el que nos hubiera parado. Podría haber dejado caer un par de nombres y nos habríamos ido de rositas. Qué suerte la mía por haber dado con el poli con la mosca en la nariz.

—Y tú —dice el entrenador mientras se gira hacia un Hill con la cara agria—. A menos que un chaval tenga la polla fuera y en la boca de alguien, no se considera exhibicionismo. Piénsatelo mejor la próxima vez.

—Eso dígaselo a su jugador —dice Hill con malicia—. No puede estar haciendo virajes por toda la carretera.

—Estaba atrapada —se mete Demi—. Hunter estaba tratando de...

El entrenador levanta una mano para hacerla callar, y, como todos sus jugadores, Demi le obedece

—¿Hay algo de papeleo que tenga que firmar? —le ladra a Hill—. ¿Alguna multa que pagar?

—No, les voy a dejar ir con un aviso cortesía de...

—Bien, vámonos —le interrumpe el entrenador. Sacude la cabeza, y Demi y yo nos apresuramos a seguirlo como unos gansitos siguiendo a su mamá.

Fuera de la pequeña comisaría, el entrenador se cierra el abrigo. Todavía no ha nevado ni una sola vez este invierno, pero las temperaturas están bajando por fin. El aliento del entrenador escapa en forma de nubes blancas al decir:

—No te han confiscado el Land Rover porque el tiempo estimado de llegada de la grúa era de un par de horas, así que sigue en la Línea 9. Te llevo hasta allí.

—Gracias, entrenador.

—Y quiero que vayas directo a casa, ¿me oyes?

—Demi vive en el campus —digo, sacudiendo la cabeza—. Primero tengo que llevarla a casa.

—Ya lo hago yo —suelta antes de dirigirse al bordillo, donde tiene aparcado el Jeep.

Demi se gira hacia mí, alarmada.

—¿Tendría que estar preocupada por si me mata de camino a casa? —Hace una pausa—. No me acuerdo de si mi serie tiene un capítulo que se llame *Entrenadores que matan*.

—Casi seguro que no te va a pasar nada.

—¿Casi?

Me encojo de hombros.

—Está más enfadado conmigo que contigo. Soy yo quien lo ha sacado de la cama.

—Cierto. —Se sube la capucha peluda de la parka y se planta una mano en la cadera—. Y por cierto, nada de esto habría ocurrido si hubieras aceptado mi lío sin compromiso.

—Habría ocurrido igualmente. —Le sonrío con picardía—. La única diferencia es que habrías estado chupándomela de verdad—. Me arrepiento de decir eso al instante, porque la idea de tener la polla en su boca es una tortura tan tentadora que casi gimo en alto.

—No —me contradice—. Ni siquiera habríamos estado en tu coche. Habríamos estado calentitos y cómodos en mi habitación, sin perfiles de Tinder ni distracciones. Solo tú y yo en una cama cómoda y tu pene en mi boca. ¡Piénsalo! —me vacila antes de andar haciendo apavientos hacia el vehículo del entrenador.

Claro. Como si ahora fuera capaz de pensar en cualquier otra cosa.

* * *

Y por supuesto que pienso en ello. Toda la semana.

En cualquier otra ocasión estaría a tope y concentrado en el partido, pero cuando llega el viernes ni siquiera me acuerdo de contra quién jugamos. Tengo la concentración por los suelos, y no solo porque Demi se me ha metido en la cabeza, también por las pullas que me han estado tirando mis compañeros toda la semana.

No tuve otra opción que admitir lo del incidente de la cárcel, porque Brenna desayunó con su padre la mañana siguiente y el entrenador Jensen decidió ser un capullo y se lo contó a su hija. Y, por supuesto, Brenna abrió su enorme pico, y ahora soy Hunter Davenport, el chaval al que arrestaron por recibir una mamada mientras conducía. Lo peor es que ni siquiera recibí la mamada.

Demi también me ha estado vacilando con el tema, pero ella sube el nivel un poco más que mis compañeros. Desde que vivió mi movimiento estrella, ha lanzado una campaña para terminar con mi celibato, como es evidente en el mensaje que me acaba de mandar.

DEMI: ¡Que tengas un buen partido esta noche! ¡Espero que metas gol! Hablando de meter gol, ¿te has planteado romper tu voto?

Suspiro mirando el móvil. ¿Veis? Ahora mismo tendría que estar preparándome mentalmente para el partido. Estoy en el vestuario visitante del... Boston College. ¡Eso! Ellos son nuestros oponentes esta noche. Tendría que estar pensando en el partido, no en Demi Davis.

YO: Ya te lo dije, no va a ocurrir.

ELLA: ¿Ni siquiera lo vas a pensar? ¿Por mí?

Alguien me da un golpe entre los omóplatos.

—Eh, tú. Deja de fantasear con la mamada en la carretera, capitán.

Me giro para encontrarme con la sonrisa de Matt.

—Eh, pero en serio, bien jugado —me alaba.

—Llevas diciéndome lo mismo en los entrenamientos matutinos cada día de la semana.

—Sí, porque es lo que pienso, bien jugado. Yo siempre he querido que me la comieran conduciendo.

—Yo también —digo secamente—. Y como llevo diciéndote cada día, no pasó nada. A Demi se le engancho un pendiente con mis pantalones.

—A mí me la han comido conduciendo —dice Conor alargando las palabras mientras se desabrocha la camisa blanca.

—A ti te la han comido en todas partes —le suelto.

—Eso no es verdad. Nunca me la han... —Se estruja el cerebro tratando de dar con una ubicación libre de mamadas.

—¿Estás teniendo problemas? —ulula Matt.

Con una risita, me saco la ropa y empiezo a vestirme con el uniforme. Me vuelve a sonar el móvil y me doy cuenta de que no he respondido a Demi.

ELLA: Lo siento. Ya dejo de hablar de esto. Sé que te pone incómodo.

YO: No, perdona, es que me estoy preparando. Me tengo que ir, hablamos luego.

Añado un emoticono del besito y meto el móvil en el bolsillo de los pantalones que me he sacado. Una vez llevo el uniforme puesto, me dejo caer en el banco para ponerme los patines.

Conor se sienta a mi lado.

—¿Qué haces después del partido? Vamos a invitar a gente a casa. ¿Te vienes?

—Claro. No tengo nada más que hacer.

Ladea la cabeza pensativo.

—¿En serio no estás teniendo sexo o nos estás tomando el pelo a todos?

—No desde abril —confirmo.

—Dios. Qué intenso. Yo seguramente me volvería loco si no pudiera soltar leche.

—No he dicho que no esté soltando leche. —Suspiro, melancólico—. Simplemente lo hago a solas.

—Da igual. Sigue sonando a infierno.

No puedo evitar reír.

—No está tan mal. De hecho me estoy acostumbrando a tener las pelotas azules de manera perpetua.

—¡Joder! —nos interrumpe Bucky, y se acerca con un Pablo hediento envuelto en papel film en una mano y un móvil en la otra—. ¿Habéis visto esta mierda? La cuenta de Insta de Pablo ha llegado a diez mil seguidores. Alguien acaba de mandar un mensaje directo preguntando si haríamos una publicación patrocinada para una crema hidratante antiedad.

Se me desencaja la mandíbula.

—¿Es broma?

—Cero bromas. —Bucky sacude la cabeza, incrédulo.

—¿Una crema antiedad? —se mete Alec, con aspecto confundido—. ¿Cómo te pones en contra de la edad?

—¿Y qué mierdas tiene que ver con un huevo? —Conor se echa a reír—. ¿Se supone que tenemos que ponerle crema hidratante a esta carita de cerdito y hacerle una sesión de fotos?

Bucky sonrío.

—Les escribiré para averiguarlo.

El entrenador entra en los vestuarios para dar su discursito previo al partido, que normalmente consiste en una frase, máximo dos, antes de pasarle el relevo al capitán o a los asistentes para que motiven a todo el mundo. El «discursito» de esta tarde nos ofrece los sentimientos de siempre: metedles una paliza, no me dejéis en ridículo, no seáis una deshonra para vuestra casa, etcétera, etcétera. Entonces doy yo un pequeño discurso y salimos en fila al hielo.

El público es ensordecedor, y ni siquiera me importa que solo una tercera parte de las gradas

consistan en fans de Briar. Los gritos y los vítores e incluso los abucheos me bombean la sangre. Me puto encanta este deporte. Me encanta el hielo, la velocidad, la agresividad. Me encanta lo físico que es, la manera en la que cada hueso de mi cuerpo y los dientes me castañetean cuando me estampan contra los paneles. Es un poco chungo que te encanten estas cosas, pero así es el *hockey*.

Me acuerdo del partido que vimos Fitz y yo en el salón ayer por la noche. Edmonton contra Vancouver. Jake Connelly marcó uno de los goles más bonitos que he visto nunca. Y me acuerdo del sentimiento de anhelo, un dolor que me estrechó la garganta porque, aunque el *hockey* universitario esté bien, no es ni de lejos igual de rápido y competitivo que el *hockey* profesional.

Y si ser profesional fuera solo estar ahí fuera sobre el hielo, me apuntaría sin dudar. Pero ese estilo de vida viene acompañado de muchos factores que no me interesan. Mujeres, glamour, ruedas de prensa y viajes constantes. Tentación constante. Y los hombres Davenport no nos desenvolvemos bien ante las tentaciones.

Así que me tendré que contentar con esto, este momento, con patinar sobre el hielo con mis amigos, con dar palizas. Porque es de lo que va todo esto.

* * *

El bus nos deja en el campus alrededor de las once, y desde allí me meto en el Rover y nos llevo a mí y a un par de compañeros de vuelta a Hastings. Los dejo en casa de Matt y Con, y entonces voy hacia casa a dejar el coche aparcado. Planeo ir caminando a casa de Matt. Así puedo beber algo más que un par de cervezas.

En casa, me quito el traje de vestir para cambiarme. Tenemos que llevar chaqueta, corbata y pantalón a todos los partidos que jugamos fuera. Es casi una pena sacarme el traje, porque me queda genial. Puedo darle las gracias a mi padre por esto. El look de ejecutivo lo sabe llevar como él solo. Debe de ser por esto que es tan popular entre las mujeres.

Un poco demasiado popular.

—Hunter, ¿vas a salir? —Brenna saca la cabeza por la puerta de mi habitación. Como siempre, no ha llamado antes de entrar.

—Sí, voy a casa de Matty. ¿Quieres venir?

—Puede que me pase luego. Primero voy a hacer Skype con Jake.

—Salúdalo de mi parte. Ah, y dile que estoy celoso del gol que marcó ayer. Fue una preciosidad.

—¿Verdad? No he estado tan cachonda en mi vida.

—La verdad es que creo que Edmonton tiene posibilidades de ganar la Copa este año.

—Yo también. Están imparables.

Me subo la cremallera de la sudadera.

—Cuando estuve en Boston el mes pasado, Garrett dijo que espera no tener que enfrentarse a ellos en las eliminatorias. —Dios, ni siquiera sé a quién apoyaría yo en ese caso. A Garrett, supongo. No. A Jake. O tal vez a Garrett. Mierda, es una elección imposible. Como tener que elegir entre tu novia o el gimnasio.

Brenna se aleja, y yo bajo a ponerme la chaqueta y las botas. Estoy a punto de meterme el

móvil en el bolsillo cuando me suena en la mano. Lo miro y me encuentro con un mensaje de Tara, una chica con la que me acosté el año pasado.

TARA: Ey, perdona por escribirte así de la nada, qué aleatorio, ¿verdad? Buena victoria esta noche. Solo quería avisarte de algo. Había un chico preguntando por ti.

YO: Puede que necesite que me des más detalle que eso jaja

ELLA: Después del partido, se han acercado unos chicos y uno de ellos nos ha dado la tabarra a mis amigas y a mí sobre dónde estabas. Le dije que seguramente en el bus del equipo.

YO: Espera, ¿ha sido en la ciudad?

ELLA: Sí, fuera del estadio del BC.

YO: Vale, qué raro. Gracias por avisar.

ELLA: Nada, cielo.

Termina el mensaje con tres corazones. Corazones rojos. Todos los chicos del planeta son conscientes de que los corazones rojos significan que hay tema. Una invitación para empezar algo, si quisiera. Pero no quiero.

Salgo por la puerta de entrada, y me estoy acercando a la acera cuando vuelve a sonarme el móvil. Esta vez me encuentro con un mensaje de Grady, el hermano pequeño de uno de mis compis de equipo.

GRADY: Ey. Hunter. Dan me ha dado tu número. Me ha dicho que te escriba esto: un tío te estaba buscando en el BC.

YO: Sí, me lo acaban de decir. ¿Tienes idea de quién era?

ÉL: No lo había visto nunca. El pavo principal tenía pintas de Johnny Depp de joven.

YO: No me suena.

ÉL: En fin, he oído que alguien les decía que puede que esta noche vayas a casa de Matt Anderson. Quería avisarte por si te va a buscar allí.

YO: Gracias. Te lo agradezco, tío.

Vale. No me está gustando nada. ¿Dos avisos distintos de que unos desconocidos estaban preguntando por mí? Y unos que han hecho saltar la alarma tanto a Tara como a Grady, tanto que los dos han sentido la necesidad de avisarme.

Y hostia, me alegro de que lo hayan hecho, porque cuando llego a la calle de Matt y Con, enseguida me fijo en el grupo que está a unos diez metros, merodeando cerca del bordillo. Si no me hubieran avisado, podría haberme acercado a ellos directamente pensando que iban a la fiesta.

En lugar de eso, ralentizo el paso y me doy tiempo suficiente para investigar a los chicos. Son cinco. No son enormes en términos de estatura, pero están bastante fornidos. Uno de ellos es calvo y me es vagamente familiar. El más alto está de espaldas a mí, pero se gira al oír mis pasos.

—Nico —digo con cautela—. Hola.

No veo ni hablo con el ex de Demi desde la noche en la que se montó un Carrie Underwood con sus cosas. Y, viéndolo de cerca, sí que se parece un poco a Johnny Depp de joven, pero con

una complexión más oscura.

—¿Qué pasa? —digo cuando no me devuelve el saludo.

—Dímelo tú.

Resisto a la necesidad de poner los ojos en blanco.

—No estoy seguro de a qué te refieres.

—¿En serio? Porque dicen los rumores que saliste con Demi el lunes por la noche. —Una ira apenas ocultada le enrojece la cara. Tiene los puños cerrados a ambos lados.

Los amigos de Nico se acercan. No lo suficiente como para ser una amenaza física, pero sí como para que los hombros se me coloquen en una línea rígida.

—Sí, fuimos al Malone a tomar algo. —Omito la parte de que Demi iba allí a conocer a otro chico. Nico ya está a punto de explotar.

—He oído que fue algo más que una copa. —Le tiembla la voz de la ira—. He oído que os metieron juntos en el talego.

Por el amor de Dios.

Abro la boca para responder, pero Nico sisea como una serpiente venenosa.

—He oído que os pararon en el coche con tu polla en su boca.

—Eso no fue lo que ocurrió —digo en un tono calmado, uniforme.

—¿Te sientes como un campeón, Davenport, faltándole al respeto a mi chica de esta manera?

—No le estoy faltando al respeto a nadie...

Sigue hablando:

—¿Usándola? ¿Obligándola a hacerte una mamada?

—No la obligué. —Enseguida lo arreglo cuando me doy cuenta de lo que implicaría esto—. No ocurrió nada, tío. Fue un malentendido, y los polis nos dejaron ir. Pero incluso si hubiera ocurrido algo, no tendrías derecho a estar enfadado. Ya no estáis juntos.

—No estamos juntos ahora —puntualiza—. Volveremos a estar juntos. Como siempre.

—Ah, ¿sí? —digo alargando las palabras.

—No tienes ni idea de nuestro pasado.

—Sé que le pusiste los cuernos en una fiesta universitaria.

Se le encienden los ojos.

—¿Te ha contado eso?

—No, te vi yo, tío.

Hay un breve silencio entre los dos. Entonces Nico vuelve a sisear.

—Espera, ¿fuiste tú? ¿Eres el cabrón que le contó lo de la chica de la fiesta?

—¿Qué más dará eso? Se iba a enterar de todos modos, Nico. Se iba enterar de tu otra cagada porque eres tan estúpido que no borraste una contraseña del wifi.

—¿A quién estás llamando estúpido?

Carga contra mí, y yo lo esquivo dando varios pasos hacia atrás.

—Solo digo que te lo has hecho tú mismo. Si quieres culpar a alguien, mira al espejo.

—Me delataste. —Nico mira por detrás del hombro a sus compañeros, que están todos de brazos cruzados—. Este *puta* me delató, ¿os lo podéis creer? Eres un jodido cabrón, Davenport.

—¿Yo soy el cabrón? Le pusiste los cuernos a tu novia.

—Has roto el código de los colegas —escupe.

—Tú no eres mi colega. —Doy otro paso hacia atrás—. ¿Hemos terminado?

En un abrir y cerrar de ojos, su brazo se dispara hacia delante. Me coge por el cuello de mi chaqueta de invierno, y me estira hacia él. Tiene la cara a centímetros de la mía, y las nubes blancas de su aliento con olor a alcohol me enfrían la cara.

—Nico —lo aviso.

Una sonrisa llena de malicia le ocupa toda la cara enfadada. Por detrás de sus hombros, entreveo a sus amigos que se nos acercan.

—Quítame las manos de encima —digo con una voz letal.

Se le ensancha la sonrisa.

—O ¿qué?

Capítulo 23

Hunter

—Tal y como yo lo veo, nosotros somos cinco y tú eres uno —se ríe Nico, con los ojos oscuros resplandecientes de la violencia latente—. Serás el chico del *hockey*, me apuesto a que peleas muy bien, ¿pero puedes con todos nosotros?

Sé que no puedo. Echo un vistazo rápido a la puerta de entrada de la casa de Matt. Está cerrada, y el retumbar de la música dentro de la casa me dice que incluso si gritase para pedir refuerzos, no me oiría nadie. Mi mayor esperanza es que alguien decida desafiar al frío de principios de diciembre y salga a fumarse un cigarrillo o un porro, y me pueda ayudar.

Pero lo que preferiría que pasara es ser capaz de desactivar esta bomba antes de que explote en primer lugar.

—Mira, Nico. Pareces un tío guay. Cometiste un error, y no será necesario usar la violencia, ¿vale? Incluso si no le hubiera contado a Demi lo de la fiesta, se habría enterado a través de su amiga. Pero tienes razón: lo que hice iba en contra del código de los colegas. Tendría que haberme callado la boca.

—Ya te digo que te la tendrías que haber callado.

—Así que lo siento, ¿vale? Dicho esto, en serio, tienes que quitarme las manos de encima.

Ya tengo la adrenalina corriendo por las venas. Nico tiene razón: los jugadores de *hockey* no son ajenos a las peleas. Me he metido en varias tanto sobre el hielo como fuera de él. Me puedo defender en la mayoría de confrontaciones físicas.

Pero no en un cinco contra uno.

—Lo siento, chico cachas, pero no te lo vas a ahorrar tan fácilmente —dice Nico entre risas.

—Por el amor de Dios, tío, me vas a castigar a mí cuando tú eres el idiota que le ha puesto los cuernos a su chica...

El primer puñetazo me interrumpe y me manda la cabeza hacia atrás. Su puño se estampa contra mi mandíbula y una sacudida de dolor se me dispara por todo el cuello. En cuanto me vuelvo a poner derecho, de repente dos de sus amigos están detrás de mí, y me inmovilizan las manos contra la espalda. Me presentan como a un cadáver jugoso ante una hiena irada.

Nico se cruje los nudillos de su mano derecha y luego los de la izquierda.

—Solo estoy diciendo que los tíos tenemos que cubrirnos las espaldas. Y que los capullos

que no lo hacen se merecen que les partan la cara.

Su segundo golpe colisiona con la comisura de mi boca.

Noto el sabor de la sangre. La escupo sobre la acera.

—Venga esos puños —le digo con tono resignado—. Si es lo que va a hacer que te sientas mejor. Pero ni te van a traer a Demi de vuelta ni cambiarán el hecho de que eres un trozo de mierda...

El siguiente puñetazo me da en las costillas.

«Joder».

Ya tengo el costado dolorido por un golpe que me han dado en el partido de esta noche, y ahora me palpita toda la caja torácica y estoy muy enfadado. La ira me invade con otro chute de adrenalina que me permite deshacerme del agarre de hierro. Le doy un codazo en la garganta a uno de los amigos de Nico, consigo darle con el puño en el estómago al otro, pero entonces me vuelven a coger el cuerpo como si fuera un muñeco de trapo, y vuelven a moverse a mi alrededor como un enjambre.

—¿Qué coño?! —alguien grita desde el porche.

Ha llegado la caballería.

Matt llega resquebrajando la escarcha sobre el césped. Más insultos y gritos enfadados llenan la noche mientras seis jugadores más corren hacia el bordillo. Alguien me coge y me aparta. Nico y sus compinches se retiran, y se ponen a un metro de distancia mientras los dos grupos se encaran. Tengo el labio inferior cubierto de sangre. La respiración airada de Nico sale de su boca con soplidos rápidos.

—Vete a casa —le digo.

—Que te jodan —espeto.

—No te conviene quedarte, Nico. Ahora te superamos en número, y ya habido suficiente violencia esta noche, ¿vale? —Me restriego el dorso de la mano por la boca para limpiarme la sangre—. Vete de aquí y ya.

—Aléjate de mi chica.

«No es tu chica», quiero decir, pero resisto las ganas de provocarle.

A mi lado, Conor da un corto paso hacia delante.

—Vete —dice arrastrando las sílabas. Y aunque lo diga en un tono relajado, su expresión es de lo más letal que he visto.

Provoca el efecto deseado en Nico. Escupe en el suelo, y entonces sus amigos y él se van lentamente hacia una furgoneta cercana. Veo cómo se van, y espero que este espectáculo horrible haya terminado de verdad y no haya sido solo el primer acto.

* * *

Me estoy lavando la cara en el baño de la entrada cuando oigo el escándalo detrás de la puerta. Se me tensan los hombros al instante. Más le vale a Nico no haber vuelto...

—¿Está ahí dentro? Hunter, ¿estás ahí?!

Me relajo al oír la voz familiar.

—Estoy aquí —grito.

Dejo la puerta entreabierta, y Demi no pierde el tiempo para abrirla del todo. Aparece en todo su feroz esplendor, con las manos en las caderas y los ojos en llamas.

—¡Lo voy a matar! —retumba cuando me ve la cara—. ¿Estás bien? ¡No me puedo creer que haya hecho esto!

—¿Cómo has sabido lo que ha pasado? —Frunzo el ceño—. ¿Y cómo has llegado aquí?

—He pedido un taxi del campus en cuanto me ha llamado Brenna.

Maldita Brenna. Muy oportuna, ha aparecido en el momento en el que estábamos entrando a la casa después de la pelea. Debe haber llamado a Demi incluso antes de sacarse el abrigo.

—Estás sangrando —se preocupa Demi—. Brenna había dicho que no te habían herido demasiado.

—Es que no lo han hecho —le aseguro—. Se me ha vuelto a abrir el labio porque me he reído de algo que ha dicho Conor.

La culpa aparece en su expresión.

—Lo siento mucho. ¿Cómo ha sabido que estabas aquí?

—Al parecer estaba en el Boston College antes, preguntando dónde estaba yo a gente aleatoria. Creo que él y sus amigos iban borrachos.

El cuerpo entero de Demi vibra de la ira.

—Voy a desbloquearlo para poder gritarle.

—No lo hagas. Si lo bloqueaste fue por algo. Y está bien, estoy bien.

—¿Estás seguro? —Me alcanza la cara con las manos. Intento apartárselas, pero no le da la gana—. Que me mires, joder. —Con ternura, me roza la comisura de la boca con las puntas de los dedos.

Me da un escalofrío.

Sus profundos ojos marrones se clavan en los míos.

—¿Ya está? ¿Solo es el labio partido? —Me acaricia la cara hacia arriba para examinarme la mandíbula con cuidado.

Hago un gesto de dolor.

—Ahí también me ha dado, pero esto solo será un rasguño de nada.

—No me puedo creer que haya hecho esto —vuelve a decir.

—Nah, yo lo entiendo. Se enteró de nuestro devaneo con los policías de anoche y ha sacado conclusiones precipitadas.

Se le desentaja la mandíbula.

—¿Cómo narices se ha enterado de esto?

—Ha corrido la voz —admito—. El entrenador se lo dijo a Brenna, así que ahora lo sabe todo el equipo, y la gente habla. Vive en Hastings, ¿verdad? Ostras, es que podría haber oído a alguien hablando de ello en la cafetería.

—Puede ser. —Suelta un taco—. Uf. Estás volviendo a sangrar. Siéntate, ¿quieres?

Obediente, desciendo hasta la tapa cerrada del váter. Si quiere ocuparse de mí un rato, voy a dejar que lo haga.

Moja un poco de papel higiénico bajo el grifo, y entonces presiona el húmedo amasijo contra mi labio para absorber la sangre.

—Dejemos esto aquí durante unos treinta segundos —murmura—. Con suerte la presión

cortará el sangrado de una.

Intento no sonreír.

—Sabes que podría estar haciendo esto yo mismo, ¿verdad?

—Déjame que lo haga, Hunter. Por favor. Es culpa mía.

—No es tu culpa.

Se arrodilla en el suelo y que me maten si esta posición no me manda una ráfaga de imágenes obscenas al cerebro. Si hay una mujer arrodillada delante de mí, normalmente es porque está a punto de desabrocharme los pantalones y sacarme la chorra. Los ojos se me van a los labios rosas de Demi. Me imagino su succión ceñida alrededor de mi glande y de repente me cuesta tragar saliva.

Aparto la vista de su boca.

—¿Qué? —dice con urgencia—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —cruco. Dios. La tengo más dura que una piedra.

—¿Qué pasa? ¡Parece que te duele algo! ¿Te hago daño? —Reduce un poco la presión.

—Está todo bien. No te preocupes.

Demi se muerde el labio inferior. Mierda, tengo que dejar de fijarme en esos labios preciosos. Pero no puedo. Seguro que serían muy suaves y cálidos si los apretara contra los míos.

No tendríamos que estar juntos y a solas ahora mismo. Todavía tengo la adrenalina del partido y de la pelea corriendo por las venas.

—No sé si creerte —musita.

—Estoy bien. Créeme, he estado peor por jugar a *hockey*.

Me aparta el papel higiénico del labio. Está empapado de rojo, y hace una mueca antes de tirarlo a la papelería.

—Has dejado de sangrar —dice.

—Está bien.

Vuelve a pasarme las puntas de los dedos por la mandíbula.

—Demi —digo con voz ronca.

—¿Sí?

—Por favor, deja de tocarme.

Parece sobresaltada.

—¿Por qué?

—Porque hace siglos que nadie me toca así. ¿Te das cuenta de que es básicamente una tortura para mí?

Presiona los labios como resistiéndose a una sonrisa.

—¿Te está poniendo cachondo? —Con los nudillos, me roza el lado de la mandíbula que no me duele—. ¿Esto? ¿Esto te pone cachondo?

—Sí —digo a través de los dientes apretados—. Por lo tanto, por favor, para.

Mi protesta suena vacía a mis propios oídos, así que no me sorprende al verle un destello pícaro en la mirada.

—¿Y qué pasa si no quiero?

—Bueno, no va de lo que quieres tú, ¿no? —En un movimiento rápido, le cojo la muñeca

con la mano derecha y me la aparto de la cara.

Pero cometo el error de dejarla cerca de mi rodilla, y ahora las puntas de sus dedos están a centímetros de mi muslo. Casi espero que mueva la palma para acariciarme, pero la mantiene quieta. Le aparece un leve pliegue en la frente cuando fija su mirada en mi boca.

—¿He vuelto a sangrar? —pregunto con la voz raspada.

Sacude la cabeza lentamente.

—Entonces, ¿por qué me miras así?

—Te han dado una paliza por mi culpa. Me siento mal.

Estudio su expresión preocupada.

—¿En serio? ¿Por eso me estás mirando así?

Sus ojos marrones se enfocan de forma abrupta.

—Bueno, no. Eso es solo por lo que me siento mal. Te estoy mirando así porque tengo ganas de besarte.

Cojo aire con brusquedad.

—No deberías hacer eso.

—No lo voy a hacer, a menos que quieras tú. Pero eso no significa que no esté pensando en ello. En mi cabeza nos estamos liando durísimo ahora mismo. —Parpadea con inocencia—. Es maravilloso, por si te lo preguntabas—. Le titilan los ojos. —Te insto a reconsiderarlo.

Una chica preciosa me está suplicando que la bese. ¿Cómo es esto un dilema siquiera? Pero me prometí a mí mismo que no tendría líos durante esta temporada. Puede que no sea el voto más notable que haya hecho un ser humano. Estoy seguro de que otras personas han hecho sacrificios por causas mucho más nobles. Pero esto era importante para mí. Es importante para mí.

—¿Es eso un no? —insiste al ver que me quedo callado.

—Es un... —dejo la frase a medias, impotente.

Demi se me acerca.

—Si no quieres, detenme —susurra. Pero soy incapaz de detenerla, porque tengo las mismas ganas que ella.

—Solo un poquito —mascullo, y joder, tenía razón: sus labios son suaves. Siento que estoy en el paraíso cuando los restriega contra los míos con suavidad, con el más dulce de los besos.

En el momento en el que nuestras bocas se tocan, un escalofrío caliente me atraviesa hasta llegar entre mis piernas. Tengo el pene grueso, pesado contra el muslo. Hostia puta. Este beso lo es todo.

Ella gime, y el sonido gutural crea pequeñas vibraciones que me aceleran el pulso. Su lengua da un toque tentativo donde se unen mis labios, y como un idiota los abro para dejarla entrar. El contacto de nuestras lenguas nos provoca ruidos de desesperación a los dos. El suyo es un lloriqueo de grata sorpresa, el mío un quejido atormentado. La mano de Demi se enrosca sobre mi mejilla mientras su lengua provoca y explora. Sabe a caramelo, literalmente, y me pregunto si ha estado chupando una piruleta de las suyas. Saboreo el dulzor y paso los dedos a través de su pelo negro.

Me olvido de todo lo que me rodea de manera oficial. Registro el débil sonido de la música, pero mi corazón martilleando lo ahoga. Estoy tan cachondo que ni siquiera es divertido. El beso sigue y sigue, una madeja de lenguas y una mezcla de respiraciones acaloradas que no cesan

hasta el momento en el que noto el sabor metálico en la boca.

—Uf. —Esta vez gruño descontento—. Demi, para. —Cuando se retira, veo que tiene los labios manchados de mi sangre—. Estoy volviendo a sangrar y ahora te he manchado.

—¿En serio? Ni siquiera me había dado cuenta —dice con voz de susurro—. Joder.

—¿Qué pasa? —Cojo más papel higiénico del rollo y me toco los labios—. ¿Tan terrible es?

—No, he dicho joder porque... —Agita la cabeza, maravillada—. Ha sido un buen beso.

No puedo discrepar.

—Lo ha sido.

—Quiero volver a hacerlo.

La tiro hacia arriba para que se ponga en pie.

—Mala idea.

—Venga ya, monje, hagámoslo otra vez. Sé que lo has disfrutado. —Dirige una mirada intencionada hacia mi entrepierna.

—Por supuesto que lo he disfrutado. No he estado con nadie en unos ocho meses.

Una parte de ella parece desinflarse, y me doy cuenta de que no he dicho lo correcto.

—¿Me estás diciendo que habrías disfrutado besando a cualquiera? ¿No soy más que un par de labios?

Suelto el aire.

—No. Eres mucho más que eso. Pero no me puedes presionar para que sea tu lío sin compromiso.

—No estoy intentando presionarte —argumenta.

—¿En serio? Acabas de meterme la lengua en la boca y ahora estoy más duro que una piedra. Sabías que me tentarías.

—Dios santo, me has dado luz verde. Has dicho que un poquito, y no es mi culpa que besarme te la ponga dura. Joder, no pasa nada por tener una erección de vez en cuando.

Se oye una fuerte carcajada desde la puerta. Me giro para encontrarme con un Conor divertido, mirándonos.

—Sí, capitán. Una erección no te va a matar.

Demi se pone engreída.

—Exacto.

Me alegro por la distracción, hasta que me doy cuenta de que Conor la está valorando con sus Ojos de Pene característicos.

—¿Y tú eres? —pregunta lentamente.

—La razón por la que estoy así —respondo por ella, y me señalo la cara con un dedo.

—Ah, la exnovia e infame proveedora de mamadas al volante.

—Anda, déjalo —gruño—. No hubo ninguna mamada al volante. Fue un malentendido.

—Ajá. Eso dicen todos, tío.

Demi le sonrío a Conor.

—Tristemente para él, en esta ocasión sí es verdad. No ocurrió nada más que yo siendo una potencial víctima de mutilación de oreja. Podría haber muerto.

—Virgen santa, Demi, no te habrías muerto.

—Tenemos arterias importantes en las orejas. ¿Y si me hubiera desangrado?

—No creo que haya ni una sola arteria en las orejas —gruño.

Con una risita, Con vuelve a hacerle un repaso insinuante.

—Muy bien. Pues si no estás con mi capitán y tampoco estás con el pringao que le ha dado una paliza, ¿significa que estás soltera?

—Sí —dice, y me lanza una mirada de burla.

—Excelente. Entonces, ¿qué te parece que te invite a una copa?

—Me parece genial. —Da un paso hacia él, y entonces me mira por encima del hombro, como si esperase que la detuviera antes de tomarse una copa con Conor.

Pero solo levanto un hombro con indiferencia.

Y se va.

Capítulo 24

Hunter

DEMI: ¿Habéis ganado el partido de hoy?

YO: Yip yip.

ELLA: No digas eso. Pero bien. Me alegro de que hayáis ganado.

YO: ¿Estabas preocupada por si perdíamos?

ELLA: Pensaba que igual estarías demasiado hecho polvo por lo de Nico.

YO: Me dolían un poco las costillas, pero he sacado fuerzas.

ELLA: ¿Estás en casa ahora?

YO: Sí, pero no por mucho tiempo. Voy a la ciudad en un rato. Un amigo es entrenador de *hockey* femenino y tienen una demostración este finde.

ELLA: ¿Has jugado a *hockey* todo el día y ahora irás a ver *hockey* toda la noche?

YO: ¿Algún problema con eso?

ELLA: Necesitas una vida.

YO: Ya tengo una. Se llama *hockey*.

Escribo otro mensaje, pero la duda se propaga a través de mí. Mis dedos sobrevuelan el botón de ENVIAR. Todavía tengo su sabor en mis labios, y tengo miedo de estar cerca de ella otra vez.

Pero somos amigos. Si la evito de manera activa después de un beso, ¿qué tipo de amigo de mierda soy?

Así que le doy a ENVIAR.

YO: ¿Quieres venir?

Está claro que ella también tiene un momento de duda, porque le lleva el mismo rato que a mí responder.

ELLA: ¿Estás seguro? ¿Viene alguien más o solo somos nosotros?

YO: Solo nosotros. ¿A menos que quieras que invite a Conor...?

¿Hay una tipografía para el sarcasmo? Soy totalmente consciente de que no pasó nada entre ellos anoche, pero ver cómo Con tonteaba con ella fue molesto igual. Y Demi tonteaba de vuelta. Me dejó herido en el baño y entonces se fue con mi compañero de equipo y se tomó un chupito de tequila sobre sus abdominales.

Aunque, en su defensa, se podría decir que yo la lancé a brazos de Conor e hice ver que no me importaba lo más mínimo lo que hiciera con él.

ELLA: Invita a quien tú quieras. Me pediré un Uber a tu casa para que no tengas que conducir hasta el campus. Acaba de empezar a nevar.

* * *

Demi aparece al cabo de cuarenta y cinco minutos, envuelta en su parka, guantes y una bufanda de color verde claro. Me imagino que su color favorito es el verde, porque lo lleva a menudo. Le sienta bien. Le remarca las motas de ámbar de los ojos marrón oscuro.

—¿Quién es este amigo con el que hemos quedado? —pregunta mientras le doy al dispositivo antivaho del parabrisas del Rover.

Tenía razón con lo de la nieve, pero tristemente solo son unos copos de nada. No cuajan en el suelo, y me encuentro a mí mismo preguntándome si el invierno se saltará Nueva Inglaterra por completo este año. Hasta ahora solo hemos tenido una nevada grande y se deshizo todo para el día siguiente. Si no tenemos una blanca Navidad, me voy a rayar. Es lo único que hace soportables las vacaciones en Connecticut.

—Dean Di Laurentis —respondo—. Es un antiguo compañero de equipo, se graduó hace un par de años. Ah, y es el hermano de Summer.

—Oh. ¿Significa eso que es igual de... dramático que Summer? —Su tono de voz es el epítome del tacto.

—Nah, él es mucho más tranquilis. Aunque podrían ser gemelos.

Por una vez, Demi me deja escuchar mi propia música durante el trayecto. Creo que los dos nos acordamos de lo que ocurrió la última vez que usamos su Bluetooth. Igualmente, se asegura de pasar cualquier canción con la que no puede bailar o de la que no se sabe la letra.

Ninguno de los dos saca el tema del beso. Aunque yo estoy pensando en ello. Me pregunto si ella también. Le lanzo alguna mirada, pero está demasiado ocupada cantando o moviendo su sexy torso al ritmo de la música. Es la cosa más adorable del mundo y me quiero dar una hostia por rechazarla.

Las chicas de Dean juegan en un centro comunitario cerca de Chestnut Hill. El aparcamiento está sorprendentemente lleno y vale veinte pavos entrar. Puedo permitírmelo, pero es cuestión de principios.

—Veinte pavos —musito por lo bajini cuando salimos del Rover—. Es una barbaridad.

—Tú eres una barbaridad.

Mientras me río, compruebo los mensajes del móvil y leo uno entrante de Dean.

DEAN: Ge y Logan también están aquí. Detrás de mi banquillo.

Oh, ¿en serio? ¿Cómo están aguantando? Garrett es uno de los jugadores de *hockey* más reconocibles del país. La última vez que lo vi, admitió que apenas sale porque lo reconocen todo el rato. Logan está en su temporada de novato, así que debe poder mantener un perfil bajo, pero G es la estrella del equipo.

Cuando llegamos a nuestros asientos, descubro que los jugadores de Boston son terribles para disfrazarse. Han optado por gorras de béisbol, y Garrett lleva unas gafas hípster cuadradas apoyadas en el puente de la nariz.

Estallo en risas.

—¿Gafas falsas? ¿En serio?

Sonríe con suficiencia.

—Ha funcionado, ¿no? Has tenido que mirarme dos veces.

—Pero no porque no te haya reconocido, sino porque pareces estúpido.

Logan se ríe.

Les presento a Demi, que, gracias a su completa ignorancia del deporte, no monta un escándalo a su alrededor.

—¿Van a venir Hannah o Grace? —pregunto. Espero que la respuesta sea sí, porque estaría bien que Demi tuviera a alguna chica con quien hablar durante el partido. Dudo que preste una pizca de atención a lo que ocurra sobre el hielo.

—Gracie está escribiendo un artículo —responde Logan—. Quería tenerlo terminado antes de las vacaciones de invierno para no tener que trabajar durante las fiestas.

—Y Hannah todavía está en el estudio —dice Garrett—. Dijo que intentaría encontrarse con nosotros luego si íbamos a algún lado. ¿Y tú qué has estado haciendo?

—Oh, Hunter ha estado ocupadísimo —Demi responde por mí—. Lo han arrestado, le han dado una paliza... Es una abejita muy atareada.

Logan se ríe por la nariz.

—No quería preguntar sobre tu labio, pero ahora que han sacado el tema...

—Mi exnovio le pegó una paliza —le informa Demi—. Tomo total responsabilidad por ello.

—Sí, y también deberías tomar total responsabilidad por lo de la cárcel —digo, acusándola.

—¿Fuiste tú quien me obligó a llevar esos aros enormes!

—Me estáis liando —dice Garrett con franqueza.

No tenemos ocasión de explicárselo: Dean nos acaba de ver y ha dado una palmada en el Plexiglass para saludarnos.

—Ese es Dean —le digo a Demi, que por una vez se ha quedado sin habla.

—Oh —remarca al fin—. Guau.

Entrecierro los ojos.

—¿Qué significa eso?

—Significa que es muy atractivo.

—Sí, y lo sabe —dice Garrett con un suspiro.

Empieza la primera parte, y el ejército de catorceañeras de Dean toma el hielo. Cae el disco y la centro gana el cara a cara, derribando a dos oponentes antes de pasárselo a una de sus defensas. Las chicas de Dean son buenas. Muy, muy buenas. Los árbitros, por otro lado, son una

mierda.

—¿Qué coño ha sido eso? —grita Logan poniéndose en pie—. ¡Estaban fuera de juego!

En el banco, Dean tiene la cara roja de la ira.

—¡Fuera de juego! —retumba, pero el árbitro apenas pasa patinando por su lado.

—Dios, es que es guapo incluso cuando está enfadado —respira Demi—. Chicos, ¿por qué no os dais cuenta de esto?

—Hemos vivido con él cuatro años —dice Garrett secamente—. Somos muy conscientes de su atractivo.

—¿Creéis que la vida es diferente cuando se es así de atrayente?

Me acerco y le doy un pellizco a un lado.

—Eso deberíamos preguntártelo a ti. La supermodelo eres tú.

—Oh, gracias, monje.

—¿Monje? —repite Garrett.

—Porque es célibe —aclara Demi.

Ge sonrío.

—¿Todavía estás con eso?

—Yip yip...

—No digas «yip yip» —me corta Demi.

—Ya me conoces, fuerza de voluntad de acero.

El resto del partido, aunque tenga un ritmo rápido, no es nada competitivo. El equipo de Dean machaca a su oponente, y marcan cinco goles frente al único gol de los otros. Me doy cuenta de que Dean es un entrenador maravilloso, elogia a sus jugadoras cada vez que vuelven al banquillo. Con una chica, se acerca a susurrarle al oído durante un largo rato durante los cambios, compartiendo con ella su sabiduría. Cuando vuelve al hielo en el siguiente turno, casi marca a partir del rebote de una compañera. Incluso sin el gol marcado, sonrío a Dean cuando su línea patina por delante de ella. Esa es la marca de un buen entrenador: te hace sentir invencible ganes o pierdas.

Después de la paliza, nos encontramos con Dean en el vestíbulo.

—Me estoy coordinando con los demás profesores para llevar a las chicas de vuelta al hotel —dice—. Tengo que ir con ellas en el bus, pero quiero salir después. Puedo encontrarme con vosotros en algún sitio.

—¿No tienes que quedarte con las chicas? —pregunta Garrett.

—Dios, no. Las acompañan los padres, chaval. He hecho mi trabajo, y ahora tengo que salir de aquí. Llevo dos días rodeado de chicas adolescentes. —Aunque lo dice en broma, y sé que está orgulloso de lo que ha hecho su equipo este fin de semana—. ¿Os unís?

—¿En qué sitio estás pensando? —le pregunta Demi.

—Hmmm. Bueno, los sábados hay Noche Latina en el Club Exodus.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Por qué me has mirado al decir eso? ¿Porque soy latina?

Él pone los ojos en blanco de vuelta.

—No, porque tú me has hecho la pregunta, muñeca. ¿Qué decís?

Demi me mira con un silencioso «¿Podemos ir?».

—Claro. —Me encojo de hombros—. Por qué no, qué narices.

* * *

Nos encontramos con Hannah Wells fuera del club. Hay una cola que rodea la manzana, pero Dean no tiene problema en acercarse al segurata a grandes zancadas y mencionarle un nombre al oído. Tío, no puedes obligar a Garrett Graham a hacer cola, sospecho que le dice. Y al cabo de un segundo hemos traspasado la cuerda de terciopelo.

Nuestro pequeño grupo pasa por un pasillo en oscuridad casi absoluta hacia el sonido retumbante de los bajos y de guitarra española. Hay un guardarropa al final del vestíbulo, y lo usamos para deshacernos de nuestra ropa de invierno.

—He oído que tu carrera de compositora y letrista ha dado el salto —chincho a Hannah con una sonrisa.

—Va bastante bien —dice con modestia.

—Estabas en el estudio con Delilah Sparks esta noche. Es mucho mejor que bastante bien.

—¿Verdad? Es que no me lo creo. Sigue siento surrealista.

Cuando entramos en el club, un despliegue de luces estroboscópicas me asalta la vista. La música está a tope y la temperatura es sofocante. Al cabo de tres segundos, ya estoy sudando a través de mi camiseta de Under Armour.

Demi enlaza su brazo con el mío.

—Te gusta la salsa, ¿monje?

—Nop. —Lleva un top sin mangas cortísimo y el calor de su cuerpo me quema. Dios. Ojalá no me hubiera besado nunca. Llevo cachondísimo desde entonces.

—Vamos a pillarnos una copa —sugiere Garrett.

—¿Chupitos? —dice Logan esperanzado.

—Un chupito.

—Venga ya, G, tenemos cuatro días libres. Aprovechemos.

Garrett pasa un brazo musculoso por detrás de su novia de toda la vida.

—Oh, créeme. —Guiña un ojo—. Voy a aprovechar.

Hannah sonrío.

Hacen una ronda de chupitos, pero yo me abstengo. Soy el conductor de la fiesta, así que quiero mantener la cabeza fresca esta noche. ¿Qué pasa si vuelve a pararnos la policía? ¿Qué pasa si esta vez Demi decide chupármela en el coche de verdad?

Soñar es gratis.

Nos pasamos los siguientes minutos gritándonos el uno al otro por encima de la música. Cuando cambia la canción, Demi pega un grito, encantada. Es «Despacito», la versión de Bieber, y el club entero se vuelve loco.

—Ven a bailar sala conmigo —me suplica tirándome del brazo—. ¡Es mi canción!

—Nop —digo con firmeza—. Yo no bailo salsa.

—Yo sí —anuncia Dean, y le ofrece la mano.

—¿Bailas salsa? —Lo mira embobada antes de girarse hacia mí—. ¿Es guapo y baila salsa? ¿Qué leches estoy haciendo aquí contigo?

Está bromeando, pero le lanzo una mirada fulminante igual.

—Tiene novia.

—Supernovia —confirma Dean—. Pero soy un maestro de la salsa gracias a mi chica. Allie-Cat y yo fuimos a clases.

Demi le coge la mano, y yo me trago un suspiro viendo cómo se van hacia la pista de baile.

—Es guay esta chica —me dice Logan.

—Lo sé. Somos buenos amigos.

—¿Solo amigos?

Me encojo de hombros.

—Ha salido de una relación hace apenas un mes.

—¿Y?

Desenrosco la tapa de mi botella de agua y le doy un trago rápido. No estoy seguro de por qué he dicho eso. Entonces dirijo la vista hacia la pista de baile y casi me atraganto con el agua.

Maldito Dean. ¿Desde cuándo baila salsa? Y encima luce genial. Puede que se haya escaqueado de la facultad de derecho para convertirse en profesor de educación física, pero el tío sigue rezumando dinero. Lleva unos pantalones caquis y una camisa de un blanco nuclear, con los dos botones superiores desabrochados y las mangas arremangadas. El pelo rubio le cae sobre la frente mientras hace girar a Demi a su alrededor como si estuvieran en *Bailando con las estrellas*.

—Fíjate en cómo mueven esos pies —se maravilla Garrett.

Incluso atraen alguna mirada de los demás bailarines. Demi lleva mallas, botas de piel y un top rojo, pero, por el modo en el que mueve las caderas, me la imagino en un vestido veraniego clarito y tacones altos, de esos que tienen una correa que se ajusta a los tobillos de las mujeres. Y puede que con una flor en el pelo. Y esos labios pintados de rojo en un puchero.

Y... ahora me estoy imaginando mi propia película porno de temática de salsa. Que Dean lleva a la realidad cuando le levanta una pierna a Demi y se la pone en la cadera, y hacen un pequeño movimiento *sexy* antes de volver a girarla. Demi tiene las mejillas rojas, y los ojos brillantes de alegría. Dean le susurra algo al oído y ella se pone a reír.

Los celos me constriñen la garganta. Estoy siendo ridículo, está claro. Siempre hay química cuando bailan dos personas que están buenísimas, es inevitable. Pero ver las manos de Dean sobre el cuerpo de Demi hace que me hierva la sangre.

—¿Por qué coño se llama «Despacito»? —gruño—. Si están bailando rápido.

Hannah se echa a reír.

—Es solo una canción, tío.

—Y qué. Es una canción de mierda. —No es que lo piense de verdad. En todo caso, la canción me es indiferente. Solo quiero que se termine de una vez. Vuelvo a lanzar dagas con la mirada hacia la pista de baile.

—¿Solo amigos? —pregunta Logan intencionadamente.

Se me escapa el suspiro que estaba conteniendo.

—Oh, está pillado —me chincha Hannah.

—Nah —miento—. Estoy dejando el sexo y las citas en segundo plano este año. Quiero centrarme en el *hockey*.

—Lo entiendo. —Garrett asiente unas cuantas veces—. Pero hay más cosas en la vida aparte

del *hockey*, Davenport. —Contempla a su novia mientras lo dice. Hannah es su mundo entero. No tengo ninguna duda de que lo dejaría todo por ella, incluso su floreciente carrera.

—Lo sé, pero me hice una promesa. Ya sabes, intentar crecer como persona y toda esa mierda.

Los chicos se ríen con fuerza, mientras que Hannah me ofrece una sonrisa de admiración.

—Pues yo pienso que es admirable, la verdad —dice—. Estamos tan envueltos en el sexo y en las relaciones que a veces está bien tomarse un tiempo para uno mismo.

—Pero el sexo es genial —protesta Logan.

Tiene razón. El sexo es jodidamente increíble, y ahora mismo Dean y Demi están ocupados con una versión vertical de eso mismo sobre la pista de baile. Se me vuelve a revolver el estómago.

—Deberías meterte —sugiere Garrett.

Estoy a punto de insistir en que no sé bailar salsa, cuando el DJ vuelve a cambiar la música. Un ritmo más lento y sensual reverbera por todo el club. «Havana» de Camila Cabello. Con eso sí que puedo hacer algo.

—Ahora vuelvo. —Doy un paso adelante y dejo a mis compañeros en la retaguardia.

Los oigo reírse detrás de mí, pero no me importa lo más mínimo. Voy en línea recta hacia Demi.

—Largo —le digo a Dean.

Es una broma.

Pero no es una broma.

Y él lo sabe. Con una sonrisa, me da una palmada en la espalda y se va con los demás.

Demi me mira con una ceja arqueada.

—Guau. ¿Ha sido esto una muestra de dominancia?

—Nah.

—¿En serio? ¿Así que has desterrado a mi compañero de baile sin razón alguna? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? —Se pone una mano en la cadera. Estamos rodeados de más bailarines, pero ninguno de los dos se mueve.

—Bueno. Supongo que te tendrás que conformar conmigo —digo, y le extiendo una mano.

Se le escapa una sonrisa.

—Has tardado lo tuyo.

Tiro de ella hacia mí y la tomo por la cintura. Demi apoya una mano sobre mi hombro, y me pone la otra en el cogote, con los dedos enrollándose con soltura alrededor de mi cuello mientras nos empezamos a mover al son de la música.

Por suerte, las partes inferiores de nuestros cuerpos no se tocan, así que me ahorro la agonía de notar cómo se restriega contra mí. Esa experiencia sería demasiado confusa para mi pene.

Solo que, genial. Ahora se está restregando contra mí.

Un apunte: pene confuso.

Intento apartar las caderas de su cuerpo *sexy*, pero con eso me gano un soplido de exasperación.

—Tú también tienes que bailar, Hunter. No puedes simplemente quedarte quieto.

—Estoy bailando —protesto.

—¡Tu cuerpo está a dos metros del mío! ¿Dónde has aprendido a bailar? ¿En el campamento de los puritanos? ¿Por qué te has molestado en cortarnos el rollo?

Me encojo de hombros.

Demi se lo piensa por un segundo. Entonces suelta una risa triunfante.

—Oh, Dios mío, ¡estabas celoso! ¡No te ha gustado verme bailar con Dean!

Me vuelvo a encoger de hombros.

—¡Ja! —Es más bajita que yo, así que tiene que tirarme la cabeza hacia abajo para acercar los labios a mi oído—. Admítelo —susurra.

Mis labios se mueven hacia su oído.

—De acuerdo —susurro de vuelta. Y me alegra ver cómo un escalofrío le recorre el cuerpo—. Puede que un poco celoso. Pero no eran celos de verdad.

—¿Qué coño significa eso?

—Eran celos corporales.

—Eso no existe.

—Claro que sí. Los cuerpos se ponen celosos cuando ven otros cuerpos juntos.

—Claro. Sigue pensando eso.

La verdad es que en parte lo necesito, para preservar mi propia cordura. No me puedo permitir desarrollar sentimientos por Demi. Quiero decir, está claro que me gusta. Es maravillosa y nos lo pasamos bien juntos. Como amigos.

No quiero arruinar nuestra amistad.

Pero Demi parece determinada a prenderle fuego.

—Tengo un secreto —me provoca, y me hace un gesto para que vuelva a bajar la cabeza.

—¿Sí? —Me sale una voz estúpidamente ronca.

Su respiración me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja.

—Estoy a punto de hacer algo que no te va a gustar.

Como un tonto, pregunto:

—¿El qué?

Y en lugar de responder, Demi inclina la cabeza y estampa su boca contra la mía.

El beso es igual de delicioso que la última vez. Sabe a tequila con un toque de cereza, seguramente por el caramelo rojo que tenía en la boca durante el partido. No paraba de moverlo con la lengua contra la mejilla, y parecía que tenía una criatura moviéndose ahí dentro.

Me río al recordarlo.

Se aparta sin aliento.

—¿Qué pasa?

—Nada. Solo estaba pensando en tu obsesión por los caramelos y... olvídale. —Vuelvo a besarla y su lengua entra en mi boca con avidez.

Solo con notar cómo toca la punta de la mía se me desata un lado de cavernícola avaro que no sabía que tenía. Le meto la mano en el pelo y llevo el beso más a fondo. Se queda sin respiración contra mis labios. Soy totalmente consciente de que estamos en medio de la pista de baile metiéndonos la lengua. Oigo la música. Sé que hay gente alrededor. No sé si están bailando o si nos están mirando. No me importa. Lo único que me importa es besarla. Y tocarla.

Deslizo una mano por su espalda esbelta y le cojo una nalga firme. Oh, Dios, quiero

arrancarle estas mallas. Quiero darle un azote a este culo perfecto. Quiero meterle un dedo y ver cómo de mojada está por mí.

Demi vuelve a detener el beso.

—Salgamos de aquí —suplica.

El puro deseo que nada en sus ojos me devuelve a la realidad.

—No —cruce, y la aparto de manera abrupta de la pista de baile.

—¿Por qué no? —es su respuesta frustrada.

—Porque no quiero complicar nuestra amistad.

—¡Llevamos cinco minutos liándonos, Hunter! ¡Ya la hemos complicado!

—No, no la hemos complicado. Solo estábamos... besándonos. —El mejor beso del mundo.

Todavía me palpita todo el cuerpo.

Me acusa con la cara afilada:

—Tengo la sensación de que estás intentando ser complicado a propósito.

—No —digo, triste—. Mira, tomé esta decisión incluso antes de conocerte. Y quiero atenerme a ella. Quiero demostrarme a mí mismo que puedo mantener un objetivo que me he propuesto y no dejar que el sexo vuelva a echarme la vida por los aires.

—Eso no pasará —insiste—. Al equipo le está yendo bien. Estáis ganando todos los partidos.

—Sí, porque tengo la cabeza centrada. Y ahora va más allá del celibato. Te aprecio. Esta amistad lo es todo para mí y los dos sabemos que el sexo lo mandaría todo a la mierda. Así que lo siento, ¿vale? No voy a caer en la tentación otra vez. —Sacudo la cabeza, derrotado—. No puedo.

Hay un destello de tristeza en sus ojos durante un momento. Entonces se transforma en un brillo de determinación.

—Vale. No volveré a tirarte la caña. Pero solo si me prometes algo.

—Demi...

—Cuando termine la temporada —inclina la cabeza, desafiante— me pido ser yo con quien cruces la línea de meta, aunque nuestra amistad se vaya a la mierda.

Capítulo 25

Demi

A pocos días de que empiecen las vacaciones, consigo encontrar un hueco para tomar un café con TJ, que viene a buscarme a la residencia Theta. Hace frío en la calle, pero ambos coincidimos en que un paseo invernal por el campus puede ser bonito, así que partimos en dirección a la cafetería.

—¿Estás enfadada conmigo?

El tono herido de TJ hace que me gire, sorprendida.

—Por supuesto que no. Solo he estado ocupadísima. Estoy trabajando en el estudio del caso, empollando para los finales, planeando la fiesta de vacaciones de la hermandad con Josie, organizando un amigo invisible para todos los de mi seminario de Biología... Mi vida es una locura ahora mismo.

—No, si ya lo sé. Solo te echo de menos.

—Oh, yo también te echo de menos. —Enlazo mi brazo con el suyo.

—¿Estás por aquí esta noche? —pregunta—. Hay esta cosa de patinar en la pista de hielo de Hastings.

—¿Qué cosa de patinar?

—Es como ¿una feria de invierno? Es la primera vez que lo hacen en el pueblo. He pensado que puede estar guay ir. Tomarnos un chocolate caliente, patinar un rato, hacernos una foto con Papá Noel.

—Suena guay. Me gustan las ferias. Oh, pero tengo el partido de Hunter esta noche.

—¿El partido de Hunter?

Asiento.

—Briar juega contra... sabes qué, ni siquiera he preguntado contra quién juegan. Pero es un partido en casa, y le prometí que iría. Seguramente terminará hacia las ¿nueve y media, diez? ¿Hasta qué hora está abierta la feria?

Abre un buscador en su iPhone, y me doy cuenta de que la página del Ayuntamiento de Hastings ya estaba cargada.

—Aquí dice que es hasta medianoche.

Me ilumino.

—Vale, entonces nos va bien. Yo tendría que estar hacia las diez, y eso nos deja un par de horas para la feria. ¿Te parece buen plan?

—Me parece genial. —Sonríe, algo raro de ver.

No puedo negar que TJ no es la persona más fácil con quien llevarse. Mantiene sus emociones ocultas bajo llave, pero en cuanto se abre a la gente, en realidad es muy dulce. A veces tiene un humor un poco voluble, y seguramente sea por eso por lo que no puedo pasar mucho tiempo con él. Pero eso no significa que no lo aprecie. Tampoco puedo pasar ratos larguísimos con Pax, cuya naturaleza melodramática termina por agotarme la paciencia.

TJ y yo vamos por el camino serpenteante, y la nieve cruje bajo nuestros pies. El suelo está helado, y me aprieta más fuerte el brazo cuando nos encontramos una sección particularmente precaria del caminito.

—Tienen que echarle sal a esto —se queja.

—¿Verdad? Casi me como el suelo.

Estamos a unos cincuenta metros del Coffee Hut cuando TJ saca el tema de Hunter.

—Salís mucho —apunta.

No sé descifrar su tono de voz. Creo que contiene una pizca de desaprobación, pero no estoy segura. A veces es muy difícil leer a TJ.

—Bueno, sí. Somos amigos.

«Amigos que se besan».

Pero ese cachito de información me lo guardo para mí. Joder, no sé por qué todavía estoy pensando en ello. He besado dos veces al chaval y estaría contenta de besarlo otras cien. Pero Hunter me ha rechazado dos veces y no quiere ni un beso más.

Uf, y ni siquiera me prometió que seguiríamos con los besos cuando termine la temporada de *hockey*. Solo reiteró que nuestra amistad es demasiado importante, y procedimos a pasar el resto de la noche con Dean y sus otros amigos, haciendo como si no nos acabáramos de chupar las caras el uno al otro.

Es muy molesto. Frustrante. No creo que sea un problema de ego por mi parte, porque estoy bastante segura de que no tendría muchos problemas en encontrar a alguien que quisiera tener sexo conmigo. La mitad de los hombres de Tinder se ofrecerían.

Pero yo no quiero a esos hombres.

Quiero a Hunter Davenport.

No me he permitido a mí misma indagar demasiado en qué es lo que quiero de él precisamente. Seguir besándonos, seguro. Y sexo, clarísimamente. La mera idea de nuestros cuerpos desnudos entrelazados me pone.

Y no miro más allá. Pero sí que creo que está equivocado: yo pienso que podríamos ser amigos con derecho a roce sin complicar nada.

¿Verdad?

—Solo creo que es raro —dice TJ, sacándome de mis problemáticos pensamientos.

—¿Por qué es raro?

—No sé. Es muy putón.

—No tanto.

—Y más. Te conté lo de que lo pillé en la biblioteca el año pasado, ¿te acuerdas? Cualquier chaval que se folle a chicas en público es un baboso.

—Primero, eso no es un barómetro justo de si se es o no se es baboso. Hay mucha gente respetable que tiene tendencias exhibicionistas. ¿No estabas prestando atención en la lección de Andrews sobre compulsiones sexuales? Y segundo, eso pasó el año pasado. Ahora Hunter es distinto. Ni siquiera tiene citas.

—Sí, seguro que es por el herpes.

Echo una mirada penetrante a TJ.

—Es muy feo decir algo así.

Se encoge de hombros.

—La verdad no siempre es bonita.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué verdad? ¿Me estás diciendo que Hunter Davenport tiene herpes?

—Creo que era eso. No me acuerdo exactamente, pero una amiga de mi residencia me dijo que Davenport le pasó una ETS la primavera pasada. Usó la palabra brote, así que asumí que era herpes. ¿Pero las otras te dan brotes? ¿Qué hacen la clamidia y la gonorrea?

—No lo sé. —Frunzo el ceño—. ¿Vas en serio?

—Palabra de honor.

Se me revuelve un poco el estómago. TJ es un chico decente, y no suele difundir rumores, así que estoy predispuesta a creerme que oyó algo. Pero ni de coña esto es verdad. Hunter no tiene una enfermedad de transmisión sexual.

Bueno, quiero decir... podría.

De repente se me ocurre algo. ¿Es por esto que no es activo sexualmente? ¿Porque le avergüenza tener algo y pasárselo a otra persona?

Es posible, supongo. Sea como sea, me incomoda hablar de la vida privada de Hunter con TJ, al que está claro que no le cae bien.

—En fin. No es una conversación que deberíamos tener —dice TJ antes de que me dé tiempo decirlo a mí—. No es de nuestra incumbencia.

—Tienes razón —coincido.

—Ni siquiera tendría que haber dicho nada. Pero quería que estuvieras al tanto, por si acaso. Como estás pasando tanto tiempo con él...

* * *

Esa misma noche, arrastro a Pippa al partido de *hockey* con Brenna y conmigo. Más que nada porque me preocupa que Brenna esté tan absorta en el partido que no tenga a nadie con quien hablar. Como yo, Pippa no es una fan del *hockey*. Ninguna de las dos podría explicar qué ocurre ahora mismo sobre el hielo. Solo veo unos tíos descomunales patinando muy rápido y blandiendo los palos.

Hunter me dijo que su número de camiseta es el 12, así que intento seguir esos dos dígitos con la mirada. ¿Creo que lo está haciendo bien? Pero no ha marcado ningún gol, ¿así que tal vez lo está haciendo fatal?

De verdad que no sé cómo medir el éxito en el *hockey*. Nico jugaba a baloncesto en el instituto y solía marcar un montón de puntos en cada partido. Pero cuando le pregunto a Brenna por qué nadie está marcando, me explica que el *hockey* no está tan cargado de puntos como el

baloncesto. Al parecer, hay partidos que pueden terminar con un único gol entre los dos equipos. O incluso en un empate a cero.

Hablando de Nico, Pippa me pregunta por él durante la primera pausa.

—¿Has tenido noticias de Nico desde que atacó al chico del *hockey*?

—No.

—¿Ha intentado contactar contigo? —pregunta Brenna con curiosidad.

—Ni idea. Ya os lo dije, lo bloqueé en todas partes, incluso en el correo electrónico. Estoy segura de que ya se habrá dado cuenta a estas alturas.

—Oh, se ha dado cuenta —confirma Pippa.

Giro la cabeza bruscamente.

—¿Has hablado con él?

—Yo personalmente no. Pero Darius ha vuelto a hablarle.

Eso me hace fruncir los labios. El otro día estaba hablando con D por mensaje, y no me mencionó que volviera a estar en contacto con mi ex.

—Darius dijo que Nico está perdiendo la cabeza. Los chicos tuvieron que pararle a la fuerza varias veces para que no se presentara en tu casa. D le dijo que era buscarse problemas.

Me hago una nota mental de llamar a Darius más tarde para pedirle los detalles.

—Pero sí, está claro que ni te ha superado ni está llevando bien esta ruptura. —Pippa mira hacia el hielo, donde la máquina pulidora se arrastra para alisar la superficie brillante. Entonces cambia de tema del exnovio que me puso los cuernos a la amiga con la que lo hizo—. Corinne dice que os habéis vuelto a escribir.

Asiento.

—Me mandó un meme gracioso el otro día y tuvimos una conversación corta.

—Por si sirve de algo, todavía se siente fatal por todo.

—Normal —musito, pero mi enfado por nuestra amiga no es tan fuerte como antes. Incluso mi enfado hacia Nico ha disminuido.

—Espero que podáis volver a ser amigas algún día y que podamos volver a quedar como solíamos hacer. ¿A lo mejor durante las vacaciones podríamos montar una noche de chicas las tres?

Se me escapa un suspiro.

—Bueno, podríamos probarlo.

—Un segundo, ¿estás hablando y haciendo planes para quedar con la chica que se acostó con tu novio? —inquire Brenna. Tiene la boca abierta con incredulidad, lo que lleva la atención hacia sus labios rojos característicos. Es el único destello de color entre su jersey de cuello alto, mallas y botas de cuero, todo negro.

Pippa sacude la cabeza con ironía.

—En serio, Demi, eres tan indulgente y comprensiva que me dan ganas de pegarte un puñetazo.

—¿En serio? ¿Estas dos cualidades maravillosas mías hacen que me quieras pegar un puñetazo? ¡Además! Me acabas de sugerir tú de montar una noche de chicas. Me estás animando a volver a ser amiga de Corinne.

—Sí, pero si aceptas estás dejando un antecedente de mal ejemplo para el resto de nosotras.

Ya sabes, las rencorosas.

Brenna sonríe.

—Yo soy rencorosa, ya te lo digo.

Les pongo los ojos en blanco a las dos.

—Quiero ser psicóloga. Eso significa que debería practicar lo que predico,  no?

La segunda parte empieza cuando el árbitro patina hacia el cara a cara y deja caer el disco.

— C mo no le hacen daño? —inquire Pippa.

—A quién,  al árbitro? —pregunta Brenna.

— S !  Mira a ese chaval peque nito! Est  demasiado cerca de la acción. Uno de esos monstruos enormes se podría estampar contra él en cualquier segundo y romperle todos los huesos del cuerpo.

—S  que parece peligroso, pero los árbitros saben cómo mantenerse fuera del peligro —le asegura Brenna.

Un v tor colma el estadio y yo entorno fuerte los ojos, intentando comprender qué estoy viendo. El número 12 pasa volando la línea azul que hay en el centro de la pista.

— Oh, es Hunter! Y está solo.

Brenna nos provee de la jerga de *hockey*.

—Est  en una escapada.

Dios mío, va a toda velocidad hacia la red opuesta, con el palo hacia arriba listo para hacer el tiro. Mientras se me atasca el corazón en la garganta, me encuentro a mí misma poniéndome de pie de un salto.

—Ostras,  s  que te gusta el *hockey*! —me acusa Pippa, mirándome impactada con la boca abierta.

— Que si me gusta? No.  Pero has visto ese tiro? —Hunter ha fallado, pero ha sido increíblemente emocionante de ver de todos modos.

Pippa entrecierra los ojos.

—Oh —dice al fin—. Ya entiendo lo que pasa. No es que te guste el juego. Es que te gusta el jugador.

—No —miento. Entonces suelto un gemido—. Bueno, tal vez un poquito.

Brenna ulula.

—Eso significa un muchito.  Ya has encontrado la llave para su cinturón de castidad?

Se me escapa una carcajada.

—Por desgracia, no. Sigue cerrad simo. —Titubeo por un segundo. No le he contado a nadie que he besado a Hunter, pero sospecho que eso está a punto de cambiar. Necesito consejo, y no hay mejor momento que el actual.

Así que mientras Brenna y Pippa est n sentadas sonri ndome, les confieso los dos besos, en los que pienso como el Beso del Baño y el Beso de Salsa.

—El Beso de Salsa incluyó un estrujón de culo —confieso—. Pero entonces lo detuvo todo para que no fuera más allá. Creo que tengo que aceptar que no est  interesado.

—Menuda gilipollez —dice Brenna.

Pippa asiente, de acuerdo.

—Si no estuviera interesado, no te habría besado de vuelta dos veces.

—Y luego lo detuvo —reitero—. Está determinadísimo a intentar ser un buen líder y en hacer del *hockey* su prioridad.

—Acostarse contigo no destruirá al equipo. —Brenna pone los ojos en blanco—. Eso es una chorrada.

—Puede, pero no puedo obligar a alguien a acostarse conmigo. Existe esta cosa llamada consentimiento...

—Nadie te está diciendo que lo obligues —dice Pippa—. Pero un empujoncito no va a matar a nadie, ¿no?

—Le he dado más que un empujoncito. Lo he besado dos veces. Me ha parado dos veces. Después del Beso de Salsa, le dije que no volvería a tirarle la caña hasta que terminase la temporada.

—Entonces no se la tires. —Un destello malicioso ilumina los ojos de Brenna—. Tienes que cambiar la táctica, cielo. Deja de perseguirlo. Haz que él venga a ti.

—¿Cómo?

—Ponlo celoso. Tontea con alguno de sus amigos.

—Oh, ¡Operación Celos! —se añade Pippa—. Es totalmente lo que tienes que hacer.

Ponerlo celoso... Supongo que eso ya lo hice la noche que bailé con Dean. Y funcionó, supongo. No estaba tonteando abiertamente, pero el mero hecho de bailar con otro hombre activó el instinto posesivo de Hunter.

—¿No hay siempre una fiesta después de estos partidos? —pregunta Pippa—. Deberías hacerlo esta noche.

—No puedo. Tengo planes con TJ. Oh, mierda, ¡eso me ha recordado algo! Tengo que escribirle a qué hora espero estar. ¿Cuándo termina el partido? —le pregunto a Brenna. Me preocupa que termine llegando tarde, porque, aunque hemos llegado aquí a las siete y media, no han dejado caer el disco hasta pasadas las ocho. Ha habido mucho preámbulo al principio, incluyendo una ceremonia honorífica a un antiguo alumno que se supone que batió un montón de récords en su momento.

—Acaba de empezar la segunda parte. Así que queda por lo menos otra hora, hora y media. Y puede que otra media hora para que los chicos se duchen y se cambien.

Mierda, eso nos lleva más cerca de las once. Y si quiero saludar a Hunter una vez salga de los vestuarios, es incluso más improbable que llegue a Hastings a una hora razonable. Mierda.

Desbloqueo el móvil y abro mi conversación con TJ.

YO: Oye, resulta que me he equivocado con los horarios. Al parecer no voy a salir de aquí hasta las 11. Creo que no tiene mucho sentido aparecer a las 11 si la feria cierra a las 12. ¿Mañana por la noche también está?

TJ: No estoy seguro. ¿No puedes salir antes del partido?

YO: Lo haría, pero es que estoy aquí con Pippa y Brenna, y le prometí a Hunter que iría a saludarlo después del partido.

Hay una larga pausa. Y sigue sin haber respuesta.

YO: Lo siento mucho. Por favor, no te enfades. Nuestra quedada fue cosa de último

momento de todos modos, ¿te acuerdas? Yo ya tenía planes para ir al partido.

ÉL: Lo sé. Está bien, D. Pásalo bien en el partido.

Se nota que está molesto. No lo culpo. Pero me estoy empezando a cansar de tener que tranquilizarlo todo el rato. TJ me dice de quedar casi cada día. Somos amigos, claro, pero ni siquiera veo a Pippa cada día, y la considero mi mejor amiga. Joder, ni siquiera veía a Nico cada día y éramos una pareja.

A parte de eso, me siento mal por no poder ir a la feria. No tendría que haber aceptado dos planes en una noche. Siempre que se hace eso, los tiempos se solapan de alguna forma estúpida, y ahora he decepcionado a uno de mis buenos amigos.

YO: Lo siento mucho, cielo. Mea culpa. No tendría que haber hecho planes por encima de otros planes. Los horarios se han solapado y te pido perdón. Te llamo mañana y planeamos un día de amigos que nos vaya bien a los dos ¿vale? Un beso

Me responde con «Besos» seguido de un «Okay».

Uf. Me alegro de haber remendado eso. Ahora toca resolver temas más urgentes.

—No voy a quedar con TJ —les digo a las chicas—. Así que supongo que me va bien ir de fiesta luego. ¿Cuáles tienen que ser mis movimientos?

—Tontear y seducir —recomienda Brenna—. Elige a su amigo más buenorro, que creo que es Conor o Matty. Ponte a tontear y asegúrate de que Hunter está mirando.

—¿Y entonces qué?

Se encoge de hombros.

—Si pica el anzuelo, con suerte tendrás un cinturón de castidad en el suelo de tu habitación esta noche. Si no... a la mierda, entonces te enrollas con Conor o Matty.

Retrocedo.

—Pero apenas los conozco.

Pippa se ríe por la nariz.

—Eres la mujer que más se protege del planeta. Está bien tontear con chicos a los que no conoces desde que tenías ocho años, D.

Le saco la lengua.

—Voy en serio. Puedes experimentar. Hasta donde sabes, puede que tuvieras el peor sexo de tu vida con Nico, pero pensabas que era maravilloso porque no conocías nada mejor. Déjate conocer algo mejor.

—Nico y yo teníamos buen sexo. —Hago una pausa— Bueno, a parte del oral subóptimo. — Porque, ¿a quién quiero engañar? Nunca llegó a unos mínimos—. Pero nunca le vi el atractivo, la verdad. El oral ni me va ni me viene.

—¡Pero si es la parte más importante! —dice Brenna, indignada.

—Si termino con Hunter esta noche, ¿debería estar preocupada por... ya sabéis, enfermedades de transmisión sexual? —La advertencia de TJ sigue acechándome desde el fondo de mi mente como un ladrón experto.

—En plan, ¿que si Hunter tiene una? —Brenna se lo piensa—. No me han dicho nunca nada al respecto, pero por supuesto no puedo saberlo seguro. —Frunce el ceño mirándome—. Pero

para eso se tiene la conversación antes de sacarse la ropa.

—¿La conversación?

—Sincerarse —explica—. Sobre enfermedades, métodos anticonceptivos, cualquier fetiche raro que quieras compartir. Por ejemplo, si un chico tiene un fetiche con los pies, tengo que saberlo para no vomitarle encima.

Pippa estalla en risas.

—Oh, Dios, tiene sentido. Todos los fetiches de pies tienen que comunicarse antes de tener relaciones sexuales. Y no me hagáis hablar del pavo de segundo que quería que le meara encima.

Resisto la necesidad de enterrar la cara entre las manos y gemir de desesperación. Estoy muy fuera de mi zona de confort con todo esto. Solo me he acostado con una persona. Perdí la virginidad con él, y estuvimos en una relación larga durante años. Nunca tuvimos la necesidad de tener «la conversación».

Y nunca, nunca me tuve que preguntar si querría que le mease encima.

Nunca había pensado en mí misma como alguien ingenua o sin experiencia. Pensaba que era una chica con labia y de armas tomar de Miami, dueña de su cuerpo y de su sexualidad. Pero parece que es hora de crecer un poco. Tengo que pensar en cosas como las ETS y en nuevos compañeros de cama.

Y si todo va como yo quiero que vaya esta noche, ese nuevo compañero será Hunter Davenport.

Capítulo 26

Demi

La fiesta de después es en casa de Conor. De mi última visita sé que tiene cuatro compañeros y que son todos jugadores de *hockey*. De hecho, esta noche la mayoría de cuerpos masculinos de la casa adosada pertenecen a jugadores de *hockey*, lo que significa que no hay mucho espacio para maniobrar. Músculo por doquier.

Una canción horrible de música de baile electrónica retumba por el aire y hace que me palpiten las sienes. Nunca he sido fan de la electrónica. Nico y yo fuimos a un par de raves en Miami, pero no era lo mío. Cuando estábamos ahí me intentó convencer para tomar MDMA y yo dije que ni de coña, lo que sorprendió a la mayoría de sus amigos.

Es curioso, pero la gente espera de mí que sea más temeraria de lo que en realidad soy. Quiero decir, me pongo a bailar a la primera de cambio esté donde esté. Hablo con desconocidos en la cola de la farmacia. Y seguro que si alguien me dijera de saltar en paracaídas o de hacer *puenting* lo consideraría. Pero nunca me ha interesado el mundo de la droga ni el tipo de actividades peligrosas que les gustaban a nuestros amigos de Miami. Siempre que iba de visita, Nico pasaba mucho tiempo en carreras de coches. Ilegales, por supuesto, lo que significaba que me tiraba todo el rato mirando hacia atrás esperando a que aparecieran los policías.

Así que no, la temeridad no es una característica mía. Pero esta noche voy a serlo. Voy a provocar a mi amigo y con suerte lo convenceré de romper su voto. Supongo que eso me convierte en una cabrona, pero una parte de mí se pregunta si Hunter estará intentando compensar algo. El año pasado actuó de manera autodestructiva, se enrollaba con desconocidas, bebía demasiado. Pero no me creo que esa sea su naturaleza inherente. Creo que simplemente se estaba tambaleando en la vida después del rechazo de Summer y por la traición de su amigo.

Si me preguntan a mí, yo no creo que el sexo fuera la razón por la que su temporada de *hockey* colapsó el año pasado, ni tampoco creo que la falta de sexo sea la responsable del éxito del equipo este año.

Estoy empezando a pensar que es cuestión de confianza. Es decir, que no confía en que puede tomar buenas decisiones en este momento. Pero no creo que la solución sea evitar situaciones que requieren una toma de decisión difícil.

Mi mirada divaga hacia Hunter. Está al otro lado de la sala de estar, absorto en una

conversación con Matt Anderson. Mientras tanto, yo estoy en un rincón como una pringada, lamiendo una de las muchas piruletas que llevo siempre en el bolso. Hunter me ha dejado a mis bola cuando hemos llegado, pero esta no es mi gente y no se me escapan las miradas sucias que me dirigen las *groupies* del *hockey*, como si estuviera traspasando su propiedad.

No entiendo del todo la mentalidad de las *groupies* de los deportes. El hecho de que parezca que les estoy intentando robar algo me dice que no les importa el hombre que están codiciando, solo el estatus que estos hombres ponen sobre la mesa. Yo miro a Hunter y veo a Hunter. Ellas le miran y ven JUGADOR DE HOCKEY.

—¿Qué pasa? ¿No te lo estás pasando bien? —Conor pasa por mi lado y se queda conmigo al marco de la puerta.

Es imposible mirar a Conor y no fijarse en lo increíblemente atractivo que es. Se parece un poco a Dean, el amigo de Hunter, pero con un estilo surfero, mientras que Dean debería salir en anuncios de colonia o de ropa interior.

—Bueno, es que no conozco a nadie. —Me encojo de hombros y giro el palo de la piruleta entre el pulgar y el índice de manera ausente.

—Me conoces a mí.

Me dedica una rápida sonrisa torcida.

—Cierto.

Señala a Hunter con la cabeza.

—Y a Davenport.

—Cierto también. Pero está ocupado ahora mismo.

—Bueno, yo no. —Conor inclina la cabeza—. Ven a bailar conmigo. Nos podemos entretener el uno al otro.

Normalmente nunca rechazaría una oferta de baile, pero tengo la vejiga llena de los dos refrescos que me he bebido durante el partido y el vodka con arándanos que me ha preparado un compañero de piso de Conor.

—Iría, pero me estoy meando —admito—. Si bailamos, seguro que me meo encima de ti. —De hecho, igual es su fetiche. Como he aprendido esta noche, es algo que la gente hace.

Se ríe.

—Vale, pues qué te parece si solucionas ese problemilla primero y luego lo volvemos a evaluar.

Miro por detrás nuestro y me fijo en la cola que hay para el baño del piso de abajo.

—¿Qué te parece si me haces compañía mientras hago la cola?

—Haré algo mejor. —Me guiña un ojo y me extiende la mano.

Se la tomo.

Y cuando me doy cuenta de que Hunter frunce el ceño en nuestra dirección justo antes de que salga de la habitación, no puedo evitar sonreír con suficiencia. No tenía intención de que pasara ahora mismo, pero parece que la Operación Celos ha empezado oficialmente.

Arriba, Conor me abre una puerta y me hace un gesto para que entre.

—Tengo la habitación principal con el baño privado. Mi lavabo es suyo, *milady*.

Me río.

—Gracias, milord.

En el baño, tiro mi piruleta, y me subo el vestido para hacer mis cosas. Me siento un poco estúpida llevando un vestido corto en pleno invierno, pero hemos parado en casa de Brenna y Hunter después del partido, y Brenna me ha convencido para cambiarme las mallas y la sudadera y ponerme un vestido suyo: un jersey-vestido acanalado de manga larga que apenas me llega a las rodillas. Negro, por supuesto.

Mientras me lavo las manos, oigo el murmurio de las voces detrás de la puerta del baño. Una femenina, y más de una masculina. Salgo y me encuentro con Matt tumbado en la cama al lado de una chica con trenzas oscuras.

—¡Hola! —me dice cuando me ve—. Soy Andrea.

—Demi.

—Ven, siéntate —me dice Conor desde el pequeño sofá. La habitación maestra es lo suficientemente grande para tener una cama doble, un tocador, un sofá y una tele de plasma enorme. Conor está en un lado del sofá, jugueteando con un mando de videojuegos. Hunter está en el otro lado, descorchando una botella de un líquido de color ámbar.

—¿*Whisky*? —digo, arrugando la nariz—. ¿Ahora vamos a beber *whisky*? ¿Qué le ha pasado a tu preciada cerveza? —Cuando llegamos, le ha dado mucha importancia a que Matt y él se habían pillado una caja de Dampf Punk. Por supuesto, he preguntado por qué alguien había elegido un nombre tan estúpido para una cerveza, a lo que me ha respondido con una peineta.

—Se ha terminado. Lo único que queda es el barril aguado. —Hace una mueca—. Tómame un chupito conmigo, Semi.

Titubeo. Si empiezo a tomar chupitos, puedo perder la cabeza. Por otro lado, podría usar este coraje líquido. A decir verdad, no tengo ni idea de cómo se seduce a alguien.

—¿Sigue estando bien si me quedo a dormir en tu sofá esta noche? —le pregunto.

Hunter asiente. Se quita la gorra para pasarse los dedos por el pelo oscuro, y se la vuelve a poner.

Me siento a su lado en el sofá.

—Vale. Al lío.

Mientras Conor está ocupado poniendo los ajustes de un videojuego de monopatines, Hunter se sirve un chupito y se lo traga.

Miro la fuerza de su garganta mientras engulle el *whisky*. Quiero besarlo ahí mismo, en la base de la garganta. Me pregunto si sentiría su pulso martilleando bajo mis labios.

Me pasa el vaso de chupito. Lo miro, sospechosa.

—¿Qué? ¿No voy a tener uno propio?

—Solo hay uno aquí arriba. Si quieres el tuyo, baja a buscarte uno. —Hunter arquea una ceja—. Qué, ¿te da miedo pillar mis piojos?

—Tu lengua ha estado en mi boca. Si tienes piojos, ya me he infectado.

Eso hace reír a Conor.

—Sírvenme un chupito a mí también.

—Yo primera —digo, y me acerco el vaso a los labios.

Bebo, y el alcohol enseguida me humedece los ojos. Puaj. Supongo que no estoy acostumbrada al *whisky*. Puedo ir a tequilas como una profesional, pero hay algo en este *whisky* que hace que me suba más fuerte y rápido de lo habitual.

Hunter sirve otro, y le paso el chupito a Conor. Se lo traga y empieza una partida. Veo cómo

su *skater* lleva a cabo una serie de trucos sobre un medio tubo concreto.

—Eh, ¡eso es Jacksonville! —exclamo mientras examino el escenario de la pantalla.

—El *Skatepark* de Kona —confirma Conor—. ¿Has estado?

—Un par de veces. Mi ex —Dios, sigue siendo rarísimo decir eso— era amigo de muchos *skaters*. ¿Has estado en Florida alguna vez? —le pregunto.

—No, soy un chico de la Costa Oeste.

—¿California?

Conor asiente.

—La playa de Huntington.

—Nunca he estado —admito.

—Deberías venir a visitarme este verano. Y te lo enseño.

Hunter pone los ojos en blanco.

—Ten cuidado, Semi. Está haciendo su movimiento estrella.

—No estoy haciendo ningún movimiento —protesta Conor—. Solo estoy aquí sentado como un buen chico, jugando a mi juego. —Presiona un par de botones del mando, y entonces me dirige una sonrisa de suficiencia—. ¿A menos que quieras que haga algún movimiento?

Me lo pienso.

—Puede ser.

Hunter hace un sonido gruñón.

—Demi. Creo que voy a tener que cerrarte el grifo.

—¡Si solo me he tomado un chupito!

—Y claramente te ha nublado el juicio si estás tonteando abiertamente con este imbécil.

Sobre la cama, Andrea le oye y se ríe.

—Oh. No se puede no tontear con Conor Edwards. Simplemente saca a la luz esa parte de las mujeres.

—¿Y qué hay de mí? —se queja Matt, y me doy cuenta de que se han acercado tanto que casi se podría decir que se están haciendo mimos—. ¿Qué parte de ti saco a la luz yo?

Ella le susurra algo al oído. Matt se ríe como respuesta, y pierdo el interés.

Conor le pasa el mando a Hunter, que se tira hacia delante y apoya los brazos sobre los muslos. Se le frunce la frente de concentración mientras su jugador hace una serie de volteretas con patada. No reconozco el sitio, y a decir verdad mi umbral de paciencia para ver videojuegos ha excedido su límite de manera oficial.

Mientras tanto, no se me escapa que Conor se ha acercado más a mí. Huele bien, como a sándalo y a jabón cítrico. Tiene el pelo ligeramente húmedo por la ducha que se debe de haber dado después del partido. Lleva una camiseta de manga corta, bermudas y va descalzo.

Tener la temperatura corporal alta de manera perpetua debe de ser una característica de los jugadores de *hockey*: Hunter se ha sacado la sudadera en cuanto llegamos a la fiesta, y se ha quedado en su distintiva camiseta blanca sin mangas.

—Bueno. —Conor suena pensativo—. Hemos establecido que quieres que haga un movimiento.

—He dicho que puede ser —le recuerdo. Con falsa modestia.

—Vale... ¿Qué me va a costar convertir ese puede ser en un «joder, sí»?

—No lo sé. Hazme una oferta y vemos qué pasa.

—Mmm. —Sus dedos largos se deslizan por mi manga y juegan con un mechón de pelo mío—. ¿Qué te parece el mejor sexo de tu vida?

Hunter se ríe por la nariz. Pero sigue concentrado en la pantalla.

—¿Qué más tienes? —Apoyo la mano ligeramente sobre la rodilla de Conor, y esta vez Hunter gira la mirada.

—¿Qué te parece el mejor masaje de tu vida?

—Tío, tienes que dejar de usar superlativos. Solo te deja margen para el fracaso. —Hunter le tira el mando a Conor sobre el regazo—. Te toca. Tengo que ir a echar un riego. —Se pone de pie y se mete en el baño.

Conor no empieza una partida nueva. En lugar de eso, deja el mando en el suelo y angula su cuerpo hacia el mío. Sus ojos plateados destellan, a sabiendas.

—Bueno, ¿así que el capitán y tú tenéis un rollo?

—Nos hemos besado un par de veces —confieso, con la lengua suelta a causa del *whisky*—. Pero no quiere hacer nada más.

—Ah, claro. El voto de celibato.

—Sip.

—¿Por eso me has estado tirando la caña? —Ladea la cabeza, y se le curvan los labios en una sonrisa burlona—. ¿Esperas que se ponga tan celoso que acabe cediendo?

—No te estoy tirando la caña.

—No hagamos eso.

—¿El qué?

—Mentírnos el uno al otro. —Con una risita, Conor me coge del mentón con el pulgar y el dedo índice, forzando el contacto visual—. ¿Quieres que te ayude o no?

Se me seca la garganta. Trago saliva un par de veces, pero no ayuda.

—¿Crees que podemos conseguirlo?

—Cielo —dice, arrastrando las palabras—. Yo puedo conseguir a cualquiera.

Capítulo 27

Hunter

Cuando salgo del baño, Demi y Conor siguen en el sofá, pero Matt y Andrea se han ido. No me hace especial ilusión la proximidad de Demi y Con. Está tan cerca de él que podría estar sentada en su regazo.

Pero no puedo decir nada, porque la semana pasada dejé mi posición clara. Le dije que solo quería que fuéramos amigos. Lo que significa que si quiere tontear con mi compañero de equipo sería muy de capullo por mi parte intentar detenerla. Y sería un capitán de equipo egoísta si le cortara el rollo a uno de mis chicos.

Esa es la norma número cinco mil del tercer borrador del manual del buen capitán: «La polla de tu compañero de equipo va primero».

A pesar de su tonto descarado, no me piden que me marche. Y, como un tonto, no me voy, a pesar del hecho de que claramente soy el sujetavelas.

Conor murmura algo que hace reír a Demi.

Se me ponen los pelos de punta.

—¿Sobre qué estáis susurrando por ahí?

—Nada. ¿Me pasas la botella? —Con extiende la mano.

Miro a Demi. Tiene las mejillas sonrojadas, pero no estoy seguro de si es por el consumo de alcohol.

—Es para mí —dice Conor, consciente de lo que he pensado.

Me inclino para darle el *whisky* y toma un trago directamente de la botella.

Me la devuelve, y yo también tomo un trago. Puede que esto sea lo que tengo que hacer: emborracharme como un imbécil. Porque es inevitable que Demi encontrará su lío sin compromiso esta noche y si no es con Conor, me como mis propias palabras. ¿Y por qué no? A pesar de su reputación de donjuán, nunca he oído a una sola mujer expresar que se ha sentido usada por él o que no ha pasado un buen rato.

—Así que os habéis besado —dice Conor de repente, con los ojos grises fijos en mí—. ¿Cómo fue eso?

«Fenomenal».

—Estuvo bien —digo en voz alta.

El resoplido airado de Demi me hace sonreír.

—¿Solo bien? Vete a la mierda, monje. Mis besos están mucho mejor que bien. Beso genial.
—Sus ojos me retan a desafiarla.

—Besa genial —admito.

Me sonrío.

—¿Y quieres volver a hacerlo...? —me da pie.

—Nop.

Conor se ríe por la nariz.

—Joder, tío, no le haces ningún bien al ego de una mujer.

—Créeme, su ego está bien.

—Lo está —confirma Demi—. Estoy muy segura de lo maravillosa que soy como persona.

—Ah, ¿sí? —Ahora Conor tiene un brazo alrededor de ella, mientras las yemas de los dedos de su otra mano acarician de manera provocativa su muslo descubierto.

A pesar de las mangas largas, el vestido negro de Demi es indecentemente corto. No recuerdo que lo llevara durante el partido. ¿Cuándo ha tenido tiempo de cambiarse?

Está empezando a ser complicado respirar. No estoy lo suficientemente borracho para esto. Y seguro que no estoy lo suficientemente borracho para cuando Conor desliza la mano hacia arriba, y con los nudillos roza el pecho derecho de Demi de camino hacia su cuello. Empieza a acariciarlo también.

A ella se le acelera la respiración.

—¿Me acabas de robar un magreo?

—No. —Él tiene la lengua entre los dientes cuando le ofrece una sonrisa lujuriosa.

—Me has rozado la teta.

—Sí, un roce, no un magreo.

—Es lo mismo. ¿Verdad, Hunter?

No respondo. Tengo la boca seca. Recuerdo estar liándome con ella en el club de Boston, y las ganas que tenía de cogerle las tetas con ambas manos, pasar mis pulgares por sus pezones hasta que estuvieran más duros que un par de témpanos. Pero estábamos en público y no lo hice. Y ni siquiera en privado lo puedo hacer.

¿A lo mejor ver cómo lo hace Conor me puede dar algo de satisfacción? ¿Existe el magreo de pechos de forma indirecta?

Pero la atención de Con ya no está sobre los pechos perfectos de Demi. Desciende la boca, y Demi chilla sorprendida.

Yo me pongo rígido al ver su cabeza rubia enterrada en el cuello de ella. Ella, por otro lado, se ablanda como la mantequilla caliente. Su cuerpo prácticamente se deshace en el de Con, e incluso ladea la cabeza para darle mejor acceso a chuparle el cuello.

Ya no es difícil respirar: es imposible. Los celos me provocan un ritmo de redobles constante por la sangre. Pero también la excitación. Debería levantarme e irme lo más pronto posible. Cualquier otra cosa es autotortura.

Pero mi culo sigue pegado al cojín del sofá.

Conor levanta la cabeza, con los párpados pesados por el deseo.

—Quiero besarte —le susurra a Demi, que inhala profundamente.

Rodeo mi rodilla con los dedos para evitar que se cierren en un puño.

Con me ofrece una breve mirada, me guiña el ojo y baja la boca hacia la de Demi.

Hijo de puta.

Ella recibe el beso, separando los labios para él, y yo casi suelto un taco en voz alta cuando veo su lengua entrar en su boca.

Aprieto los dientes. Por fin encuentro mi voz.

—Creo que me voy a ir...

Demi detiene el beso y me planta una mano en el muslo.

—Quédate.

Oh, por el amor de dios. Sí, definitivamente, ya no queda oxígeno en esta habitación.

—Nah —consigo responder—. Siento que necesitáis algo de privacidad.

Conor se lame el labio inferior.

—Cuando estabas en el baño, le estaba contando a Demi sobre esa vez que me pillaste mientras me la estaban chupando. Ha dicho que es lo más caliente que ha oído jamás.

Miro a Demi rápidamente, y se le curvan los labios de forma seductora.

—Lo más caliente —dice con la voz rasgada—. ¿Por qué no te uniste a ellos?

—¡Eso dije yo! —Con vuelve a acariciarle el cuello con la nariz. Sé cuándo le está chupando la carne, porque ella suelta una bocanada de aire de placer.

Cuando vuelve a levantar la cabeza, Con arquea una ceja y mantiene la mirada fija en la mía, como diciendo: «Yo me apunto a lo que sea. ¿Y tú?».

Yo no sé qué leches estoy sintiendo. Sé que estoy duro como una piedra y que no debería.

Sé que Demi está enredando los dedos por el pelo de Conor largo hasta los hombros, y que tira de sus mechones rubios para acercárselo.

Sé que cuando veo que sus lenguas se tocan, tengo ganas de arrancarle la suya de la boca y colgármela alrededor del cuello como un trofeo de guerra mientras me follo a Demi delante de él.

Y ahí es cuando me rompo. Los celos abrasadores que me recorren la sangre rivalizan con la necesidad primal que me inunda el cuerpo. Rujo como un perro territorial, me pongo en pie y tiro de Demi.

—Nop. Nop, nop, nop, nop, nop.

Pone los ojos como platos.

—¡¿Qué cojones?!

Conor se limita a reírse flojito.

—Nos vamos —espeto a Demi mientras me late el pulso a toda velocidad y tengo la respiración irregular.

—Pero...

Silencio su protesta con un gruñido.

—¿Quieres tu lío sin compromiso? Te voy a dar tu lío sin compromiso. Vámonos.

Capítulo 28

Demi

No recuerdo llegar a casa de Hunter. No porque esté borracha y no sea consciente de lo que me rodea, sino porque estoy tan llena de ansia que no puedo pensar ni ver con claridad. Joder, tampoco puedo oír con claridad: el único sonido que registro es el palpar incesante de mi corazón.

Hacer que Hunter ceda ha sido fácil. Aunque no voy a mentir: durante un segundo estaba preocupada por si había cruzado la línea de ponerlo celoso a apartarlo del todo. No puedo negar que besar a Conor estuvo guay, pero nada es comparable a la exaltación mareante de entrar dando traspies a la habitación de Hunter y entreverle esa mirada famélica.

Cierra la puerta de una patada. Pasa el pestillo. Y entonces se me acerca como un depredador. Se detiene cuando nuestros cuerpos están a menos de medio metro.

—¿Estás segura de esto? —Su voz es grave. Rasposa.

—Sí. —Trago saliva—. ¿Y tú?

Un resoplido andrajoso aparece entre los dos.

—Sí, por desgracia.

Se me desencaja la mandíbula.

—¿En serio, Hunter? La idea de tener sexo conmigo es taan horrible...

Me corta con un beso y ya me he olvidado de qué me estaba quejando.

Estoy obsesionada con los besos de este chico. Calientes, apasionados, con la cantidad justa de lengua para no ser agobiante ni babosa. Sabe cómo arrancarme gemidos de la garganta, cómo seducirme con su boca firme y talentosa. Y mientras su lengua se desliza sobre la mía de forma seductora, sus grandes manos se dejan llevar hasta mis nalgas, y acaricia la línea de piel donde termina el dobladillo del vestido de Brenna.

—Este vestido es demasiado corto —me sisea en el oído antes de meter las manos por debajo y estrujarme el culo. Y podría ser que mis nalgas estén desnudas, con el tanga del grosor de un hilo dental que llevo puesto.

—¿Corto es malo? —pregunto sin aliento.

—Lo es cuando tienes la mano de Conor Edwards en el muslo.

—¿Celoso?

—Sí. —No hay negación, solo puro deseo en sus ojos oscuros mientras tira de mi vestido hacia arriba y me lo saca por la cabeza. Lo estampa contra el suelo de un tirón y echa un paso hacia atrás para admirar mi tanga y mi revelador sujetador sin aro.

—Quítate el sujetador —dice con voz rasgada—. Enséñame esas tetas.

Me tiemblan los dedos mientras deshago el cierre frontal. El sujetador cae al suelo. Ahora estoy de pie ante suyo, con el corazón martilleando.

Me admira durante un momento. Entonces se lame los labios y se vuelve a acercar, y se llena las palmas de las manos con mis pechos doloridos por el ansia. Cuando me roza los pezones con los pulgares, gimoteo. Están tan duros que me duelen de verdad.

—Tus tetas son perfectas, Demi.

No puedo hablar. Estoy demasiado ocupada mirando su cara mientras juega con mis pechos. Cada caricia hace que me lata el corazón aún más deprisa. Estoy segura de que nota el rápido pum-pum bajo sus manos exploradoras. Casi gimo cuando se detiene, pero entonces esas manos ásperas viajan más abajo para coger el cordel fino que tengo en la cadera. Estira del tanga para bajarlo por mis piernas. Ahora estoy desnuda. Hunter sigue completamente vestido.

Me está mirando, y el deseo ardiente en sus ojos se vuelve demasiado. Mi núcleo se tensa, ceñido.

—Haz algo —susurro.

—No debería —dice con voz ronca, pero se coge la camiseta por el cuello y se la saca.

Su torso desnudo me tienta. Tiene la piel suave y dorada con unas trizas de pelo entre los gruesos pectorales. Unos abdominales esculpidos que se estrechan en una cintura esbelta. Su tableta de chocolate desaparece por la cintura de sus bermudas negras y no hay nada que me apetezca más que pasar la lengua entre los abdominales y ver hacia dónde lleva.

Quiero besarle el pecho, pasar la lengua por cada pliegue, cada terso tendón. Pero estoy demasiado asustada para moverme. Tengo miedo de que si rompo el hechizo, detendrá esto.

Sin una palabra, se quita los pantalones y deja que caigan. La hebilla de su cinturón tintinea al dar contra el suelo de madera. Lo siguiente que hace es sacarse los bóxers blancos por las piernas musculosas. Su pene da un respingo hacia arriba, largo y grueso.

Como si fuera un perro de Pávlov, se me llena la boca de saliva.

—Oh, Dios mío. ¿Esa cosa ha estado ahí debajo todo el tiempo?

Suelta una risa ahogada.

—Sí. El pene de un hombre suele estar unido a su cuerpo.

No puedo despegar los ojos. Es mucho más grande que el de Nico.

Hunter da un paso hacia delante, y luego otro. Cuando nuestros cuerpos están casi alineados, su pene me roza la barriga y deja un hilito húmedo cerca de mi ombligo.

Mira hacia abajo, avergonzado.

—Me acabo de dar cuenta de algo.

—¿Qué pasa?

—Me voy a correr en cuanto me toques.

Entrecierro los ojos.

—Estás exagerando.

—No, créeme. No he estado con nadie desde abril.

Se me fruncen los labios de la risa.

—¿Me estás diciendo que no vas a disfrutar esto?

—Eso no es lo que estoy diciendo para nada.

Y antes de que me dé tiempo a parpadear, me coge en brazos.

Cierro las piernas alrededor de su cadera de manera instintiva, y le paso los brazos por detrás del cuello. Me besa profundamente mientras da tumbos hacia la cama y me deja sobre el colchón. Me doy contra una almohada con la cabeza. Vuelvo a parpadear y de repente sus manos callosas están deambulando por mi cuerpo. Cuando me pone la mano sobre el sexo, me invade una oleada de placer.

—Joder. —Hunter gime contra mi cuello y me pregunto si hay algún sonido más *sexy* que un hombre gimiendo. Si lo hay, no sé cuál es.

El sonido rasposo es jodidamente seductor, y no puedo evitar comparar este encuentro con cualquiera de mis encuentros con Nico, que era tan silencioso durante el sexo que a veces, si la habitación estaba a oscuras, parecía que estaba sola en la cama.

Pero Hunter hace ruidos. Susurra lo *sexy* que soy. Gime cuando su palma se desliza por mi agujero húmedo. Sisea cuando la punta de su dedo se introduce para notar todavía más humedad. Me encanta lo ruidoso que es. Me encanta la neblina de deseo que tiene en los ojos cuando se eleva sobre los codos y me mira hacia abajo.

—Eres preciosa. —Sus labios vuelven a encontrar mis pechos, y un pezón queda engullido por la succión caliente y húmeda de su boca.

Me estremezco.

—Qué gusto —murmuro.

—Ese es el objetivo. —Sigue chupándome los pezones hasta que me quedo sin aliento de placer.

Me siento maravillosamente bien, y me mojo hasta lo imposible. Cuando su cuerpo musculoso cambia de posición sobre el colchón y su cabeza queda entre mis piernas, casi pido perdón por lo excitada que estoy. Estoy bastante segura de que he dejado una mancha mojada sobre su sábana. Es muy vergonzoso, pero a él no parece importarle.

Me friega el clítoris de manera ausente, y me mira desde abajo con unas pestañas sorprendentemente gruesas.

—No me voy a levantar hasta hacer que te corras —me informa—. Voy a lamer cada centímetro de ti, y lo voy a hacer bien. —Una sonrisa *sexy* le curva los labios—. Eso significa que me tienes que decir qué te gusta...

—Ya te lo dije —digo con torpeza—, el sexo oral no es tan importante para...

Me besa el sexo y se me disparan las caderas de la cama.

—Eso. —Me quedo sin aire—. Me gusta eso.

Me vuelve a dar un beso suave, y luego otro, y entonces su lengua se une a la ecuación y la sensación de cómo se desliza sobre mi clítoris es pura tortura y éxtasis exquisito a la vez.

—Empieza lento —susurro. Entonces me preparo, porque este suele ser el momento en que una lengua demasiado ansiosa hace movimientos rápidos y fuertes sobre mi clítoris hasta que me retuerzo para que pare.

Pero Hunter procede a otorgarme los lamidos más dulces y lentos sobre mi sexo lleno de placer. Le da besos, lo tantea, lo explora. Sus palmas se mueven con una caricia suave antes de

meterse por debajo para estrujarme el trasero. Me levanta ligeramente y me acerca a su avariciosa boca. Dios mío. Creo que me gusta el sexo oral. No era por mí que no me gustaba.

Su gruñido grave me vibra en el núcleo.

—Sabes tan puto bien. Podría hacer esto durante horas. —Empieza a ir más rápido al fregarme el clítoris con la lengua, y me aparto un poco.

—¿No está bien? —murmura.

—Todavía no —mascullo—. Es demasiado y demasiado pronto.

Vuelve al ritmo lento mientras susurra palabras obscenas contra mi sexo.

—Entendido. ¿Y si chupo esto durante un rato? —me friega el clítoris con su pulgar con delicadeza—. Creo que eso se sentiría muy, muy bien, cielo. ¿Qué te parece?

—No lo sé —croo—. ¿Por qué no lo intentas?

Captura mi clítoris entre sus labios, lo succiona levemente y oh, Dios mío, es la mejor sensación del universo.

Hunter sigue provocándome con largos lametazos lánguidos, intercalados con besos con la boca abierta que siempre terminan con la dulce succión de mi clítoris y yo bamboleando las caderas de pura desesperación.

—Hmmm —se ríe contra mi sexo—. Así es como lo vamos a hacer, entonces.

—¿Hacer el qué? —Estoy demasiado cachonda como para pensar.

—Así es como vamos a hacer que te corras. Lento y firme, y justo cuando no puedes más, te chupo este pequeño clítoris ardiente y tu cuerpo se pone a cantar... —Levanta la cabeza y me sonrío. Tiene los labios hinchados y brillantes—. Te he descifrado.

Quiero decir que no es tan difícil, pero sé por experiencia previa que mi cuerpo es un hueso duro de roer.

Tarareando de satisfacción, Hunter retoma el volverme loca. Mientras me trabaja con su lengua, deslizo mis manos por su pelo. No soy el tipo de chica que se corre en tres segundos. Me lleva un tiempo, pero él no se queja. En todo caso, los sonidos que hace se vuelven cada vez más hambrientos, y cuando me mete un dedo dentro y mi vagina se ciñe alrededor suyo con deseo, gime en alto.

Observo su largo cuerpo tumbado delante de mí, sus muslos musculosos, su trasero prieto. Entreveo un destello de movimiento y me doy cuenta de que tiene el pene cogido con su mano libre. Está duro como una roca, pero no se lo está menando. Lo está estrujando, como si tratara de no correrse. Saber que está tan cachondo por comerme me dispara una oleada de placer. Empiezo a mecer las caderas más rápido.

—Joder sí, nena. Quiero sentir cómo te corres en mi lengua. Dámelo todo.

La orden me sale ronca, lasciva:

—El dedo —consigo decir, con la voz ahogada, y me vuelve a meter un dedo mientras sus labios se cierran alrededor de mi clítoris.

El orgasmo me recorre entera en una oleada de placer abrasadora. Es la primera vez que llego al clímax con alguien que no es Nico, y me asusta y me entusiasma y no puedo dejar de gemir mientras agarro el pelo de Hunter y tiemblo, aliviada.

Cuando me calmo, me planta un beso suave entre las piernas y susurra:

—Joder, eso me ha puesto muchísimo. —Entonces me besa mientras sube por mi cuerpo hasta acariciarme el cuello con la nariz.

Su pene me pesa sobre la cadera, y está tan caliente que me quema la piel. Bajo la mano para cogerlo y el gemido agonizante de Hunter me hace reír.

—En algún momento tendrás que dejarme tocarlo —señalo.

—Lo sé. Es que ya me está dando vergüenza lo que va a pasar.

—Tú puedes —le animo—. Yo creo en ti.

Tiembla de la risa. Entonces empieza a darse la vuelta, y por un segundo me pregunto si me la va a meter sin protección. Pero no, solo se está poniendo de rodillas y se inclina sobre mi cuerpo para coger un condón de la mesilla de noche.

El paquetito cuadrado es un recordatorio de vuelta a la realidad sobre la conversación que no hemos tenido antes de arrancarnos la ropa.

—Em. —Trago saliva—. Sé que es algo incómodo, pero... ¿no me tengo que preocupar de ninguna enfermedad por tu parte, no...? —Dejo la frase en el aire.

Su respuesta suena con seguridad.

—Estoy limpio al cien por cien. Nos hacen pruebas de manera regular en el equipo. Te puedo enseñar mis últimos resultados, pero tienen un mes de antigüedad.

—Nos tendríamos que hacer pruebas juntos —sugiero—. De hecho, yo... —Me detengo, horrorizada de repente—. Oh, Dios mío, me tendría que haber hecho pruebas inmediatamente después de saber lo de Nico. ¡Mierda, Hunter! Él se acostaba con otras chicas. ¿Y si soy yo la que tiene una enfermedad?

Se ríe arrepentido.

—Bueno, ahora no hay nada que pueda hacer al respecto, porque te acabo de comer durante media hora. Pero te diré una cosa, usamos condón ahora y luego, si queremos volver a hacer esto en algún momento, vamos de excursión a la clínica juntos.

—¡Suena divertido! ¡Pruebas de ETS en pareja!

Suelta una carcajada. Me alegra que le haya parecido divertido y que no haya comentado nada respecto a la palabra «pareja». Solo era una forma de hablar, de todos modos. Sé qué es y qué no es esto.

Mientras Hunter se coge la base del pene para desenrollarse el condón encima, empiezo a aplaudir.

—¡Mira, no te has corrido por hacer eso!

—Sí, bueno, ya sabes, la conversación sobre las enfermedades suele cortar un poco el rollo.

—¿Me estás diciendo que ya no tienes ganas?

Se asegura bien el condón, y su erección despunta como un clavo de acero.

—¿Te parece que ya no tengo ganas?

Me río flojito.

—Solo digo que ahora puede que sea capaz de durar un poco más.

—Bien. Métete dentro de mí una vez. —Y entonces volvemos a besarnos y está encima mío. Todavía estoy mojada, y más que preparada, cuando entra dentro de mí.

En el momento en el que toda su longitud se entierra hasta lo más profundo, Hunter suelta una retahíla de tacos desesperados contra mis labios.

—Oh, joder, se está tan bien dentro de ti.

La saca, y luego vuelve a zambullirse.

—Joder, joder, joder, joder, joder. ¿Por qué el sexo es tan genial? —Los expletivos empapados de lujuria calientan el aire que hay entre nosotros.

—¿El sexo o el sexo conmigo?

Sí, al parecer, en plena faena, me las apaño para pescar cumplidos.

—El sexo contigo —dice con voz ronca.

—¿Así que no estaría igual de bien con cualquier otra persona?

Le da un tirón en la cabeza mientras la sacude, y su pelo oscuro me cosquillea en la mejilla.

—No sé si nunca ha estado tan bien.

Estoy segura de que es la sequía de ocho meses la que habla, pero me gusta pensar que puede que sea yo.

Empieza a moverse, y yo lo acompaño a cada empujón levantando el culo. Mientras se zambulle en mí una y otra vez, nos besamos frenéticamente y emitimos sonidos torturados llenos de desesperación contra los labios del otro. Es maravilloso. No creo que vaya a correrme otra vez, pero ya he tenido mi orgasmo y ahora puedo ver cómo Hunter se deshace ante mis ojos.

La angustia le arruga la frente. Se muerde el labio inferior, y entonces lo suelta lentamente. Maldice. Gime. Tiene los ojos ardientes de lujuria.

Me lo hace durante más tiempo del que esperaba, y me doy cuenta de que le tiembla el pecho y de que tiene los rasgos tensos porque está tratando de no perder el control desesperadamente. Así que le araña la espalda con las uñas y ciño mis músculos internos alrededor de su pene.

—Déjate ir —le insto.

Gime.

—¿Estás segura?

—Ajá. No hay nada más *sexy* que mirarte ahora mismo. Dámelo todo.

Una llama le arde en los ojos y entonces mueve las caderas hacia delante. Acelera el ritmo. La respiración le sale a jadeos cortos, hasta que da un último empujón y noto cómo el orgasmo le estremece el cuerpo. Cuando me mira, parece adormecido y saciado y es jodidamente *sexy*.

—Ha estado bien —mascullo.

—Muy bien. —Se le vuelve a caer la cabeza, y dirige la boca hacia mí mientras busca cualquier tipo de contacto con los labios. Conectan con mi barbilla, y la besa antes de enterrar la cara en mi cuello.

—Siento haberte hecho romper tu voto —susurro avergonzada mientras lo abrazo fuerte contra mí.

—Yo no —susurra de vuelta.

Capítulo 29

Hunter

—Ey, ¿está Matty? —pregunto cuando Conor me abre la puerta al día siguiente. Es la una y media, Demi se ha ido de mi casa hace treinta minutos, y necesito consejo desesperadamente.

Conor sacude la cabeza.

—Se fue a casa con Andrea anoche. Todavía no ha vuelto. El resto de los chicos todavía está durmiendo. Yo iba a ponerme a hacer pesas. Venga, me puedes vigilar.

—Venga, qué cojones. —Entro y me quito el abrigo y las botas.

—¿Qué tal fue anoche? —pregunta Conor con una sonrisa cómplice.

Increíble, quiero decir. Magnífico. Tremendo. Maravilloso. Estupendo. No hay adjetivos suficientes para describir cómo de bien estuvo anoche. Fue el mejor sexo de mi vida, sin duda.

Cuando me he levantado esta mañana y he visto a Demi tumbada desnuda en mi cama, tan dulce, tan irresistible, no me he podido contener de nuevo. La he llevado a correrse con mi lengua, y entonces me ha hecho una paja que me ha hecho ver las estrellas. Cuando me he corrido en su mano, ha guiñado un ojo, se ha llevada un dedo a la boca para lamérselo, y casi me vuelvo a correr.

Esta chica es... increíble. Magnífica. Tremenda... vale, vuelvo a quedarme sin adjetivos. Es muy *sexy*, y me atrae todo de ella. Y aun así, aunque tenga ganas de volver a acostarme con ella, también estoy enfadado conmigo mismo. He venido hasta aquí caminando para hablar sobre ello con Matt, pero parece que me voy a tener que conformar con Conor.

Bajamos al garaje, donde los chicos tienen un gimnasio improvisado. No es mucho: una cinta de correr, un press de banca, una máquina de remo y algunos pesos sueltos y gomas de resistencia. Conor va hacia la banca y se saca la camiseta.

Con un gruñido, se da en el estómago fuerte como una roca y dice:

—¿Tengo barriga cervecera? Me siento hinchado.

—¿Estás buscando cumplidos? Porque tus abdominales están más duros que el culo de un gimnasta —mascullo mientras le ayudo a coger los pesos. Alzo una ceja cuando veo lo que está levantando.

—¿Cuarenta y cinco kilos? Vaya flojo —le provoco.

—Tengo resaca —se queja—. Voy a empezar despacio.

Me río por la nariz.

—¿Resaca de qué? Estoy bastante seguro de que yo me bebí todo tu *whisky*.

—Abrí otra botella cuando te fuiste —dice con una sonrisa—. Me quedé despierto hasta las tres de la madrugada bebiendo con una pelirroja que estaba buenísima.

—Ajá, estoy seguro de que todo lo que hicisteis fue beber.

—Bueno, no. Follamos. Obviamente.

Pongo los ojos en blanco.

—Obviamente.

No me sorprende que pasara de besar a mi chica a acostarse con otra. Y dudo que lo hiciera por calmar su ego malherido: el ego de Con podría aguantar un disparo directo de misil. Si se acostó con alguien, fue porque estaba cachondo de besar a Demi, no porque necesitara un subidón de autoestima cuando Demi se fue a casa conmigo.

—¿Y tú qué tal, capitán? —pregunta.

Me hago el tonto.

—¿Yo qué tal de qué?

—No me has respondido a cómo te fue la noche. ¿Soy el único que echó un polvo? —Se tumba en la banca y levanta las manos para que deposite la haltera en ellas.

Cuando no respondo, Con suelta una carcajada.

—Venga, tío, no es una pregunta trampa.

—Vale. Eché un polvo —admito.

—¡Sorprendente! ¡Nunca lo habría dicho!

—Vete a la mierda —suspiro.

Arquea una ceja.

—¿Por qué estás tan decaído? ¿Echaste lo tuyo demasiado rápido por eso del celibato? ¿O fue sexo malo en general? —Frunce el ceño—. Eso me sorprendería, porque parecía ser una chica con la que divertirse mucho. —Mientras sube y baja la haltera, se le hinchan y flexionan todos los músculos de los brazos.

—Es divertida. Y el sexo fue genial —digo, bruscamente.

—¿Entonces por qué parece tan enfadado?

Bajo la mirada hacia él, descontento.

—Porque rompí mi voto.

—Que le den al voto.

—Quería ceñirme a él —digo con voz cansada—. No estabas aquí el año pasado. Que yo saliera tanto de fiesta fue la razón por la que no ganamos a Harvard.

Conor pone los ojos en blanco.

—Si de verdad crees eso, eres un capullo arrogante. Un jugador no hace al equipo entero.

—No era un jugador, eran dos. Nuestro capitán también estaba fuera. Nate y yo éramos los dos mejores jugadores del equipo.

—Bueno, cosas que pasan. Algunos equipos pierdan a sus tres, cuatro, cinco mejores jugadores por lesiones. Solo es mala suerte.

—Supongo. —Todavía no estoy convencido. Suelto otro suspiro—. Solo quería ser un buen capitán este año.

—Tío, eres un buen capitán. Quiero decir, mira toda la mierda que toleras. Bucky y Jesse querían un cerdo, y tú te atreviste a quedar como un completo idiota delante del entrenador para hacérselo realidad. No seas tan duro contigo.

—Solo dices eso porque tú no eres duro con nadie. Eres un tío surfero: tu vida entera es la antidureza.

Se ríe, cosa que le desestabiliza la respiración durante un segundo. Inhala profundamente y prosigue con los levantamientos. Cuando termina con el set, dejo la barra en su lugar y le doy un segundo para recobrar el aliento.

—Solo estoy preocupado por si nos mando a la mierda —confieso—. Me preocupa que ahora entremos en una racha mala.

—Te tienes que calmar, tío. —El tono de Con se vuelve serio—. Mira, Demi es guay. Me gusta.

Entrecierro los ojos.

Con eso me consigo otra carcajada.

—No me gusta de ese modo. Quiero decir, no me malinterpretes, si no estuvieras tú, me gustaría en plan gustar. Pero: uno, sí que estas tú; y dos, no estoy buscando una relación.

—Anoche también estaba yo —digo, pesimista.

Parece que Con está intentando no poner los ojos en blanco otra vez.

—¿En serio crees que le tirarías la caña a tu chica?

—Le tiraste la caña a mi chica.

—Sí, para meterte un petardo en el culo, idiota.

Titubeo.

—¿A qué te refieres?

—En ningún momento pensé llevarlo hasta el final. Ni ella tampoco.

Conor se ríe mientras hace estiramientos en el banco y me hace un gesto para volver a colocarle la haltera.

—Me sorprende que nos dejaras llegar hasta tan lejos. Ella y yo nos imaginábamos que tontearíamos un poco y nada más. No sabía que tendría que meterle la lengua hasta la garganta para que te llegase la circular.

—¿Lo planeasteis? —Estoy indignado, pero a la vez, estoy... ¿conmovido? Sí, creo que en realidad estoy conmovido. Pero supongo que tiene sentido después de lo que ocurrió con Summer y Fitzy. Le dije a Fitz que me gustaba Summer y él dio un paso de todas formas. Me alivia bastante saber que Conor no me haría lo mismo.

—Como he dicho, Demi es muy guay —me dice—. Mujeres como ella no aparecen a menudo, así que créeme cuando te digo que te la tienes que asegurar lo más pronto posible. Si no te esfuerzas en mantenerla, la vas a perder. Tendrá novio otra vez en cero coma, y entonces echarás la vista atrás y te darás cuenta de lo imbécil que fuiste por dejarla ir.

* * *

Consigo aguantar seis horas antes de ceder y mandarle un mensaje a Demi.

YO: ¿Quieres quedar esta noche?

Para mi alivio, contesta inmediatamente.

DEMI: ¿Te vienes a casa?

YO: Estoy en 20.

Se me hace difícil no saltarme todas las normas de tráfico de camino al campus. Me obligo a ceñirme al límite de velocidad, lo que significa que me remuevo con impaciencia para cuando llego a la residencia Theta. La presidenta de la hermandad, Josie, me deja entrar. No parece sorprendida de verme. Las Thetas se han acostumbrado a verme por aquí, gracias a nuestro proyecto de psicología con Demi.

Cuando entro en la habitación de Demi, la encuentro en la cama, sentada delante de una montaña de trabajo de la universidad. El colchón está cubierto de libros de texto, papeles, notas, carpetas y marcadores fluorescentes.

—¿Has atracado una tienda de material escolar? —pregunto amablemente.

—Estoy estudiando para el examen de biología —gime. Levanta la mirada hacia mí con esos ojos grandes y marrones—. Odio la ciencia, Hunter. La odio.

Me invade la compasión.

—Lo siento.

Parece muy estresada en contraste con cómo se le ilumina la cara cuando trabajamos en nuestro proyecto de Psicología.

—Creo que voy bien con Bío y Mates. Estoy más preocupada por Química Orgánica. El examen es el último día antes de las vacaciones de Navidad, y no estoy preparada ni de lejos. Tendría que hacer unas diez mil sesiones de estudio más para bordarlo en esa asignatura.

—Las vas a bordar todas —le aseguro—. Tengo fe en ti. —Y tengo fe en su ética de trabajo. Esta chica se deja los codos. He visto lo involucrada que está en psicología, y sé que pone el mismo esfuerzo en todas sus asignaturas.

—¿Estás segura de que tienes tiempo para que pasemos el rato? —pregunto. Estoy de pie torpemente a los pies de su cama, porque no hay espacio para mí encima—. ¿Debería estar aquí, siquiera?

Demi me fulmina con la mirada.

—Te mato si te vas.

No sé discernir si está bromeando. Es el problema de que te guste una chica a la que le gustan los asesinos.

Se levanta y recoge de manera metódica todo su material de estudio. Apila los libros de texto en su escritorio, luego las carpetas, las páginas de apuntes. Todo en montoncitos ordenados. Sus dotes de organización son igual de adorables que ella misma.

Cuando la colcha está limpia, le echa un vistazo antes de girarse hacia mí con las mejillas sonrojadas.

—Llevo pensando en ti desde el momento en el que he abierto los ojos esta mañana —admite.

—Obvio. —Sonrío, engreído como yo solo—. Esta mañana has abierto los ojos con mi

lengua entre tus piernas.

—Mmm, sí. —Sufre un alegre escalofrío—. Voy a decirlo de otra manera: llevo pensando en ti desde que he salido de tu casa hoy. —Titubea—. ¿Tú has estado pensando en mí?

—Dios, sí. —No hay titubeo por mi parte.

Se le ilumina la expresión.

—¿En serio?

—Oh, sí.

—Oh. Vale. Está bien. Porque no estaba segura de si querías que lo de anoche fuera cosa de una sola vez.

Nos miramos a los ojos.

—No creo que con una vez sea suficiente —confieso.

—Yo tampoco —coincide solemnemente, y lo próximo que pasa es que nuestras bocas están fusionadas.

El beso hace que me dé vueltas la cabeza. Me encanta besarla. Me encanta lo deseosa que está su lengua, lo calientes que están sus labios. Me encanta cómo gimotea cuando acerco su cuerpo al mío.

Detengo el beso para lamerme los labios.

—¿Has estado lamiendo algo de cereza? ¿O es fresa?

—Chuches de cereza —confirma—. Pero... preferiría estar lamiendo otra cosa ahora mismo...

Con una amplia sonrisa, me empuja hacia la cama y empieza a sacarme la ropa. Al cabo de un segundo, estoy en bolas y tumbado panza arriba, mientras Demi va reptando por mi cuerpo.

Me da besos en su descenso, y sus labios dejan escalofríos a su paso cuando se apartan. Mi erección se yergue en todo su esplendor, implorando su atención, y cuando me envuelve la base con los dedos, una gota de líquido se forma en la punta.

Con una sonrisa diabólica, Demi lame la perlitita con la punta de su lengua.

El gemido torturado que me provoca desde el fondo de la garganta es tan alto que casi espero que aparezca un ejército de Thetas a la puerta preguntándonos si va todo bien.

Demi levanta la cabeza.

—Haces los sonidos más sensuales en la cama.

—Eso es porque tú haces las cosas más sensuales en la cama. —Entonces miro por debajo de mis párpados pesados cómo me chupa la punta antes de cubrirme de húmedos besos por todo el miembro.

Al final se me cierran los ojos y me permito perderme en la sensación. El dulce roce de su lengua, la succión caliente de sus labios. La mamada es lenta, tentativa, a medida que determina lo que me gusta.

La guío con órdenes roncas.

—Me gusta más duro que eso —susurro, y alcanzo su puño, lo envuelvo con mi mano y le ajusto el agarre.

—¿En serio? ¿Así? —dice, sorprendida—. ¡Tengo la sensación de que eso duele!

—No duele —le aseguro.

Vuelve a probar su agarre, estruja fuerte, y me estremezco de placer.

—¿Y si te rompo el pene?

Se me escapa una risita ahogada.

—No me vas a romper el pene, te lo prometo.

Demi hace un movimiento fuerte, y entonces vuelve a chuparme la punta y es la mejor sensación del mundo. Le paso una mano por el pelo y empiezo a empujar hacia arriba. Esto está demasiado bien. Se me tensan las pelotas y se me nubla la visión. Demasiado bien.

—Tengo que estar dentro de ti —consigo pronunciar.

Se levanta y gatea hacia la mesilla de noche, y verla sobre las manos y las rodillas es demasiado tentador como para ignorarlo. Me pongo de rodillas detrás suyo y deslizo una mano entre sus piernas. Está muy mojada. Cuando le meto un dedo dentro, su vagina se ciñe alrededor.

Con un gemido, Demi presiona hacia atrás hacia mi contacto. Añado otro dedo, y ahora hay dos moviéndose en su interior, que le arrancan sonidos jadeantes de los labios.

—Oh, Dios mío. Qué bien.

Le meto los dedos con movimientos perezosos y provocadores hasta que mi cuerpo no puede soportarlo más.

—El condón —musito, y Demi me estampa uno contra la palma de la mano.

Me palpita la erección mientras le enrolló el látex. Me detengo un segundo para admirar el culo perfecto de Demi. Se proyecta en el aire, casi suplicándome que...

—¡Ay! —exclama cuando mi palma conecta con su piel suave.

—Perdón —digo, calmando enseguida el picor con una caricia suave—. Tu culo es tan azotable, es que no tienes ni idea, nena.

—Hazlo otra vez.

Una sonrisa me eleva la comisura de la boca.

—¿Te gusta que te azoten?

—¿Puede ser? —Menea ese culo *sexy* y mi palma vuelve a aterrizar ahí con un azote nítido.

—Oh, Dios mío —masculla Demi—. Hazlo de nuevo. Pero esta vez, cuando estés dentro de mí.

Esta chica es increíble.

Estoy más duro que el acero cuando coloco el pene en apertura. Lo deslizo hacia dentro y le azoto el culo al mismo tiempo, y Demi gime tan fuerte que podría despertar a los muertos.

El corazón me late de manera errática cuando empiezo a cabalgarla. Con una mano le estrujo la nalga derecha, con la otra le cubro la izquierda, estrujándola, presionándola, azotándola cada vez que me lo suplica. Mis caderas se mueven como pistones empujándome dentro de ella. Más profundo, más rápido, hasta que los dos gemimos de desesperación mientras nos precipitamos a la línea de meta.

Todavía está a cuatro cuando llega al orgasmo, pero cuando termina de estremecerse, está tumbada sobre la barriga, gimiendo feliz. Curvo mi cuerpo sobre su espalda empapada en sudor y angulo las caderas, me impulso hacia su interior con movimientos poco profundos. Empujones rápidos y desesperados, mientras mi corazón amenaza con fallarme y se me estremecen las pelotas salvajemente.

—Me corro —gruño.

El placer me golpea y me roba el aire de los pulmones. Colapso sobre ella, y me aparto solo cuando me informa de que no puede respirar.

No tengo palabras mientras me la acerco más. Se acurruca a mi lado, con la barbilla sobre mi hombro. Ella tampoco habla. No hay nada que decir.

Los dos sabemos lo bien que ha estado esto.

Los dos sabemos que volverá a ocurrir.

Y a los dos nos parece perfecto.

Capítulo 30

Demi

Mis padres me han traicionado.

Y hablo de una traición al nivel de la de Benedict Arnold pasándose al bando británico durante la Guerra de Independencia.

No. Incluso peor. Al nivel de Brad Pitt poniéndole los cuernos a Jennifer Aniston.

Así de profundo es el nivel de traición.

Tenía la sensación de que no pasaría las vacaciones con la familia de Nico. Mi padre nunca lo confirmó directamente, pero no se había vuelto a sacar el tema desde la noche que les dije sin rodeos que tener a Nico por aquí en Navidades, y me cito a mí misma, me iba a doler.

Pero supongo que mis sentimientos no importan, porque mientras vamos en el coche de alquiler desde el aeropuerto, mi padre me informa de que los Delgados nos acompañarán esta noche.

Sí, mis padres han esperado a que llegáramos a Miami para soltar la bomba, seguramente porque sabían que de otro modo no me habría embarcado en el avión en el aeropuerto Logan.

Con una familia tan grande como la mía, las vacaciones siempre son una producción de gran magnitud. El Día de Navidad lo pasamos con la enorme prole de mi madre, pero Nochebuena es una celebración mucho más tranquila: solo nosotros y la familia de Nico. Lleva siendo tradición desde que tenía ocho años.

Sin embargo, este año será como el argumento de una película cutre de comedia. *Unas Navidades con los Delgado*, protagonizada por mi exnovio infiel y mis padres desleales.

Mientras echo humo en el asiento de atrás, mi padre me explica que cree que romper nuestra tradición anual es algo de lo que me arrepentiré en el futuro. Maravilloso. Ahora incluso se deciden por mí las cosas de las que me arrepentiré en la vida, y ni siquiera han ocurrido todavía.

Lo veo absolutamente ofensivo. No me importa que sean amigos de la familia. Mis padres podrían haber encontrado una solución a medio camino. Podrían haber ido a cenar con los padres de Nico por su cuenta, librándome de tener que pasar tiempo con Nico. Pero nooo, Dios nos libre de romper la tradición. ¡Sería el fin del mundo!

Llegamos a casa de la Tía Paula a media tarde. Es la única hermana de mi madre que todavía no está casada, y tiene una propiedad preciosa a primera línea de playa. Hay gente que piensa

que tiene que haber nieve en el suelo para que sea una Navidad de verdad, pero como he crecido en Florida, para mí las vacaciones son los rayos de sol y las palmeras y el océano salpicándome gotitas saladas en la cara.

Todavía estoy echando humo cuando es hora de irnos a casa de Nico. Mientras mi padre busca las llaves del coche, mi madre se fija en mi cara y me aparta un segundo.

—Mami, sé que no te gusta esto...

—Tienes razón, lo odio —gruño.

—Pero tu padre ha tomado su decisión, y tienes que hacer lo mejor de esto. Dora y Joaquín continuarán estando en nuestras vidas estéis o no estéis saliendo Nico y tú. Dora es como una hermana para ti, y papá ve a Joaquín como a un hermano. —Mi madre suaviza el tono—. No es fácil para ti, lo sé. Pero es lo que pasa cuando las familias están tan unidas. Así que, por favor, deja que esta sea tu primera prueba: una prueba para ver si podéis estar cerca del otro sin hostilidad. Nico tiene intención de intentarlo. Le dijo a Dora que le parecía bien.

Pues claro que le parece bien. Si seguro que se piensa que vamos a volver juntos. Es lo que le dice a Darius desde el segundo en el que rompimos.

Pero mi madre tiene razón. Los Delgado son sus amigos más cercanos. Son familia. No me queda otra que aguantarme.

Me había planteado vestirme extra atractiva esta noche, pero no quiero que Nico entienda lo que no es. Así que he hecho lo contrario: me he vestido más casual. Un vestido blanco liso hasta las rodillas con un escote modesto, conjuntado con unas sandalias marrones, ni una pizca de tacón. Llevo el pelo recogido en una coleta baja con un lazo rojo. Parezco una niña que va a cantar una canción que dé vergüenza ajena para los adultos después de cenar.

Perfecto.

Al cabo de quince minutos, entramos en la casa familiar donde he pasado tanto tiempo. La verdad es que nunca me había imaginado que Nico y yo no estaríamos juntos durante las vacaciones.

O que me acostaría con otro chico.

Reiteradamente.

Mi lío sin compromiso con Hunter no terminó después de la fiesta de Conor. Volvimos a dormir juntos el día siguiente. Y el siguiente, y el siguiente. Ayer nos pasamos toda la noche despiertos teniendo sexo, aunque me tuviera que despertar temprano para encontrarme con mis padres en el aeropuerto.

Mi cuerpo ya lo está deseando de nuevo. Soy adicta a él. Nunca pensé que me acostaría con un deportista engreído, pero ahora entiendo por qué a tantas mujeres les encantan los deportistas. Dios. Todos esos músculos duros como piedras. La pura fuerza de sus cuerpos. Ayer Hunter me elevó sobre su pene y me penetró de pie contra la pared de mi habitación. Al parecer, toda la residencia oyó los golpes contra la pared, y mis hermanas me han vacilado sin piedad al respecto esta mañana. Pero se alegran por mí. Joder, hasta yo me alegro por mí. Me merezco sexo del bueno con un hombre que no está sexualizando a todo el mundo además de a mí. Cualquier mujer se merece esto.

La familia de Nico me da una sincera bienvenida. Su hermana pequeña, Alicia, me pasa los brazos por detrás del cuello y chilla:

—Oh, Dios mío, ¡hace la vida que no nos vemos!

Tiene trece años y siempre me ha visto como modelo a seguir. Cuando el año pasado le vino la regla por primera vez, fue a mí a quien llamó.

Dora me saluda con besos ruidosos y un abrazo de oso, y entonces Joaquín da un paso hacia delante para darme un abrazo.

—Qué imbécil —musita.

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

Su expresión se vuelve irónica.

—Mi hijo es un jodido imbécil. —Pronuncia estas palabras flojito, para que solo lo pueda oír yo.

La arruga se me disuelve en una leve sonrisa.

—Sip.

Nico todavía no ha bajado, gracias a Dios. Espero que se esté acojonando en su cuarto. Nos acompañan a toda la familia a la sala de estar, donde Dora y Alicia me atosigan mientras Joaquín les prepara una bebida a mis padres.

Entonces oigo su voz.

—Demi.

Me giro lentamente. Al contrario que yo, Nico sí que se ha esforzado. Ha elegido unos pantalones negros y una camisa blanca con el botón de arriba desabrochado. Tiene el pelo peinado hacia atrás y está recién afeitado. Está muy guapo, pero verlo solo me provoca indiferencia. No lo he visto ni he hablado con él desde la noche en la que cortamos. Pensaba que sería horrible cuando nos volviéramos a encontrar cara a cara. Que se me aceleraría el pulso, que tendría un pinchazo de nostalgia.

Pero no. Si siento algo, es lástima por él. Casi parece un niño pequeño cuando da un paso hacia delante. Empieza a extender los brazos, pero le respondo con una negación de cabeza.

—No hagamos eso —aconsejo.

La decepción le nubla los ojos.

—Venga ya, Demi.

Lo próximo que sé es que tengo un vaso en la mano. Sí, es solo un refresco, y no el vaso de tequila a rebosar que habría preferido. Pero igualmente. ¡Mamá al rescate!

—Vamos a ayudar a Dora con la cena —pía mientras me conduce hacia la cocina.

La sigo sin echar la vista atrás hacia Nico.

* * *

La cena es algo incómoda, al menos para mí. Si lo es para nuestros padres, no lo muestran.

Cada vez que Nico me habla, respondo de manera cortés. Pero no me involucro ni elaboro ninguna de mis respuestas. Revela que ha dejado la empresa de mudanzas, y ni siquiera me inmuto porque no me importa. Entonces habla de su nuevo trabajo como pinche de cocina en el Della's Diner. Eso tampoco me importa, pero me hago una nota mental de no volver a comer ahí. Es capaz de escupirme en la comida o de echarme una poción de amor.

Después de la cena, los hombres salen al patio de ladrillo a fumar sus habanos, y las mujeres

nos ponemos a recoger. Puede que sea chapado a la antigua, pero es que siempre ha sido así. Alicia y yo ponemos el lavavajillas y entonces lavamos los platos más grandes a mano. Habla del curso y de sus amigos mientras le paso ollas y sartenes para secar.

—No me puedo creer que Nico y tú ya no estéis juntos —se queja—. Estoy muy triste.

—Ya lo sé, cielo, pero las cosas no siempre salen como nosotros queremos —respondo, con remordimientos—. Ve a coger el bol enorme de ensalada de la mesa, ¿quieres? Creo que es lo último que tenemos que lavar.

Cuando Alicia sale disparada, se me acerca Dora.

—Nicolás me contó lo que hizo —dice flojito—. Quiero que sepas lo decepcionada que estoy con él, Demi. Lo crie mejor que eso.

Le devuelvo la mirada triste.

—Me sorprende que te haya contado la verdad y que no haya confabulado cualquier historia que le pintase a él de víctima.

Se ríe por la nariz.

—Ese chico es incapaz de mentirle a su mamá, ya lo sabes.

Cierto. Nico es un niño de mamá. Además, las mujeres cubanas tienen una intuición aterradora: pueden leer la mente. Aunque hubiera intentado mentir, Dora lo habría sabido.

—Él se lo pierde, Demi. Y lo digo en serio, aunque sea mi hijo. Y tú ya sabes que siempre serás una hija para nosotros, pase lo que pase.

—Lo sé. —Le doy un cálido abrazo, y por primera vez en toda la velada noto la sensación de nostalgia que no he sentido con Nico antes.

Quiero a sus padres, y recordar que las cosas nunca volverán a ser como antes ahora que Nico y yo no estamos juntos me provoca una tristeza genuina.

Pero las cosas cambian. Las relaciones evolucionan. La misma gente puede quedarse en tu vida, gente a la que conoces de hace muchísimos años, solo que ahora tienen un papel distinto.

Parpadeo para no dejar caer las lágrimas mientras apago el grifo y me seco las manos con un trapo.

Han servido los postres en el salón de estar, donde Alicia quiere que juguemos a un juego de mesa.

—¡Tengo uno nuevo que se llama Zombies! TM! —exclama, y me pongo a reír.

—Oh, estoy bastante familiarizada con ese —informo a la chica de trece años—. He jugado un montón de veces en casa de un amigo. La última vez que jugamos me mató él.

Se queda sin aliento.

—¡Te sacrificaron!

—Sí.

—¿Qué amigo? —pregunta Nico, sospechoso.

Quiero decirle que se meta en sus asuntos, pero no puedo ser borde delante de su familia.

—Nadie —digo, vagamente.

Arquea una ceja.

—¿En serio? ¿Nadie?

Por alguna razón, mi padre decide que también quiere librar esta batalla.

—¿Qué amigo es? —pregunta.

Pongo los ojos en blanco por su tono severo.

—Mi amigo Hunter.

—¿El jugador de *hockey*? —inquire Nico con ojos iracundos.

—Sí, el jugador de *hockey*. Ya sabes, al que tus compis y tú...

—Ya sé a quién te refieres —me interrumpe con una nota de advertencia en la voz.

Oh, no quiere que me chive a sus padres. Por supuesto que no. A Dora no le gustaría nada si supiera que su hijito estuvo pegándole una paliza a alguien sin razón alguna.

Nos mantenemos la mirada durante un segundo. Nico parece preocupado por si le delato, y se relaja cuando ve que no lo hago.

—Hunter y sus compis de piso son la monda —digo en lugar de eso, y miro a Alicia—. Organizan una noche de juegos de mesa un par de veces al mes, y ahora es su juego predilecto. Pero no creo que sea un buen juego de Nochebuena, cielo. ¿Igual podríamos simplemente jugar a las películas?

Mi madre aplaude.

—¡Sííí! ¡Juguemos a las películas!

Dora le sonrío a su hija.

—Ve a buscar las tarjetitas que escribimos el año pasado, mami. Tendrían que estar en el cajón de los juegos en el salón.

Alicia sale disparada de la emoción.

Me levanto de mi sitio en el sofá de cuero.

—Voy a robar algún caramelo del bol del comedor. ¿Alguien quiere?

—Me sorprende que todavía no se te hayan podrido los dientes —reprende la madre de Nico con un suspiro.

—Tengo buenos genes —digo, y muestro mis blancas perlas. Soy una fanática del azúcar, y aun así nunca he tenido una sola caries.

Entro en la otra habitación y rebusco en el bol con la intención de encontrar algo con sabor a cereza. Llevo apenas cinco segundos fuera y ya oigo la voz ronca de Nico desde el marco de la puerta.

—¿Podemos hablar?

Temía que pasara esto.

—La verdad es que no hay mucho que decir.

Entra en la habitación.

—Mira, no voy a intentar recuperarte, si es lo que te preocupa. Hemos terminado, lo pillo.

—Gracias. Aprecio que digas eso.

—Pero quería pedirte perdón. No solo por lo que pasó con nosotros, también por lo que le hice a tu amigo del *hockey*. Estaba borracho esa noche.

Cambia los pies de postura, avergonzado.

—Guárdate las disculpas para Hunter. Por lo que a mí respecta, ninguna disculpa va a arreglar lo que me hiciste. —Me muerdo las mejillas mientras me sobreviene la ira—. Estuvimos juntos durante tanto tiempo, ¿y me la jugaste así?

—Lo sé. Lo siento, D. Fui un idiota, ¿vale?

—Un idiota que estaba cachondo.

Nico sacude la cabeza.

—No. Iba más allá del sexo. Yo...

—Tú, ¿qué?

Emite un sonido frustrado.

—No sé explicar por qué lo hice. Es que... a veces es difícil llegar a tus expectativas, ¿sabes?

Se me disparan las cejas.

—¿Mis expectativas? Nico. La única expectativa que tenía contigo era que no se la metieras a nadie más. No sabía que fuera un estándar tan difícil de cumplir —digo con sarcasmo.

Se pasa una mano por el pelo oscuro.

—No lo entiendes. Tú eres muy lista y siempre has sabido exactamente qué quieres hacer con tu vida. Yo solo soy un perdedor pringado de Miami.

—Eso no es verdad.

—Eres demasiado perfecta, Demi. Incluso cuando solo éramos amigos, siempre tuve la necesidad de impresionarte. Y entonces empezamos a salir y la presión incluso empeoró. Me sentía como si estuviera tratando de estar a la altura de algo. Y esas otras chicas se me tiraban encima, me hacían sentir como alguien grande, y me lo tragué, ¿vale? —Me esquivo la mirada—. En fin, es patético, pero es la verdad.

—Sí, es patético —coincido, pero mi mente de psicóloga ya se ha puesto en marcha. Ni en mis sueños más locos habría pensado que lo había estado emasculando—. Lo siento si te hice sentir así, Nico. Siempre he querido lo mejor para ti.

—Lo pillo. Y yo intenté ser el tío que tú querías. Me dejé los codos para entrar en una universidad de la Ivy League...

—Nunca te pedí que lo hicieras —protesto.

—Sentía que tenía que hacerlo. Sabía que te perdería si íbamos a universidades diferentes. Pero... —Suena exhausto—. Pero es jodidamente difícil, D. Estudio muchísimo. Y trabajo incluso más porque mi familia no es tan adinerada como la tuya.

—Nunca te pedí que hicieras nada de eso —mantengo. Pero el chantaje emocional me está haciendo efecto—. Te presionaste tú mismo, Nico. Sea la que sea la necesidad que tuvieras para hacerlo, te creaste la presión tú mismo. Pero si en algún momento di la impresión de que yo necesitaba que fueras un prototipo perfecto, lo siento. No pretendía hacerlo. Siempre me gustaste exactamente como eras.

—¿Gusté? —repite, triste.

—Sí. Es lo que pasa cuando te acuestas con alguien que no soy yo.

—Lo siento, ¿vale? Soy asqueroso. No hay excusa.

—No. Pero un consejo para la próxima vez, con la próxima chica: tal vez podrías hablar sobre las inseguridades que puedas tener, en lugar de salir y llevarte un subidón de ego a través de otras mujeres.

—Haces que suene todavía más patético si lo dices con estas palabras.

Suspiro flojito.

—El hecho de que no pudieras hablar conmigo sobre cómo te sentías solo muestra que nuestra relación nunca iba a funcionar. Éramos unos niños cuando empezamos a salir. Fue muy ingenuo por nuestra parte pensar que iba a durar para siempre.

—Habría durado si yo no lo hubiera mandado a la mierda.

—Pero lo hiciste, y ahora nunca sabremos qué habría pasado. —Doy un paso hacia la puerta y me alejo—. Es Navidad, Nico. Vamos a pasar tiempo con nuestras familias.

—Demi.

Echo la vista atrás y veo el remordimiento nadando en sus pupilas oscuras.

—¿Qué pasa?

—No hay ninguna posibilidad, ¿verdad?

—No. No la hay.

* * *

En el coche de camino a casa, mando mensajes de «¡*FELICES FIESTAS!*» A TJ, a Pax, y a los demás Niños Perdidos, y por fin tengo la oportunidad de mandarle un mensaje a Hunter, que está pasando las vacaciones en Connecticut. Al parecer, la empresa de su padre organizaba una fiesta de Navidad esta noche, y se esperaba que Hunter y su madre fueran porque, bueno, no eran más que atrezo para su padre.

YO: ¿Cómo ha ido esta noche?

ÉL: No ha sido horrible. Barra libre, comida rica. He bailado con mi madre una versión en vivo de Baby It's Cold Outside, lo cual ha sido muy incómodo.

YO: ¿Incómodo? ¡Más bien, *sexy!*

ÉL: ¡X FAVOR! Estamos hablando de mi madre.

YO: ¿Tu padre se ha comportado bien?

ÉL: Por supuesto. Tenía que hacer el *show* para sus queridos fans.

—Demi —dice mi padre desde el asiento del conductor—. ¿Podrías cerrar tu ventana? Tu madre tiene frío.

—Aaa-jááá. —Le doy al botón automático de forma ausente, pero lo presiono mal y termino abriendo del todo la ventana en lugar de hacer lo contrario—. Oh, mierda. Perdón, mamá. —Dejo caer el móvil en el asiento de al lado y vuelvo a darle al botón.

—¿Con quién estás hablando? —pregunta, curiosa.

—Solo es un amigo.

Mi padre se mete al instante.

—¿Ese tal Hunter que has mencionado antes?

Arrugo la frente.

—Sí. ¿Algún problema?

No responde durante un segundo. Cuando lo hace, tiene la voz teñida de sospecha.

—A Nico no le cae muy bien.

Interesante. Parece que Nico tenía más que decir cuando los hombres han ido a por su segunda ronda de puros.

—Ya veo —asiento educadamente—. Porque la opinión de Nico es la regla con la que medimos toda pureza y sabiduría.

—Demi —reprende mi madre desde el asiento del copiloto.

—¿Qué? ¿Es verdad? Su brújula moral no está muy a punto que digamos. —Le encuentro la mirada a mi padre en el espejo retrovisor—. Cuando estabais fuera hablando de mi amigo, ¿os ha contado también Nico cómo le pegó una paliza a Hunter?

Mi madre se queda sin aire.

—¡No! ¿En serio?

—Oh, sí. Hunter fue el que me avisó de lo de los cuernos. A Nico no le gustó, así que localizó a Hunter y le pegaron con cuatro amigos más. Cinco contra uno, papá. Así es como los adultos resuelven sus problemas, ¿verdad?

A mi padre se le ahuecan las mejillas como si estuviera rechinando los dientes.

—Bueno. Aparte de eso, me pregunto si tal vez deberías mantener las distancias con este tal Hunter.

—¿Por qué? Esto no tiene sentido. Ni siquiera lo conoces, y no creo que debas tomar la palabra de Nico para nada, por favor. Es un mentiroso.

—Te mintió a ti, sí. Pero eso no le convierte en mentiroso.

—Papi. Si ahora te asesinara, sería una asesina. Él me mintió, por lo tanto, es un mentiroso.

—Esa semántica.

Suelto un suspiro cargado.

—Mira, Hunter me cae bien. ¿vale? Es genial.

—¿Estás saliendo con él? —pregunta mi padre.

—No del todo.

Mi madre se gira sobre sí misma en cuanto se le activa el instinto de cotilla.

—¿«No del todo»? ¡Dios mío! ¡Sí que estás saliendo con él! ¡¿Cuándo ha pasado esto?!

—No estamos saliendo.

«Solo nos hemos acostado. Repetidas veces».

—Pero si lo estuviéramos, esperararía que ambos le dierais una oportunidad sincera. Nico ya no es mi novio, gente. Eventualmente, alguien más va a ocupar ese papel, y necesito que lo aceptéis y que tengáis la mente abierta al respecto. —Me encojo de hombros—. Por lo que a Hunter respecta, es un buen chico y me gusta mucho. —Vuelvo a encontrarle la mirada a mi padre—. Y si lo conocieras, a ti también te caería bien.

Capítulo 31

Demi

Nochevieja

Hunter me tiene en la cama antes de que pueda siquiera decirle hola. Pega su avariciosa boca contra la mía, y el beso me roba el aire de los pulmones.

—Echaba de menos esto —lloriqueo, y su gemido de respuesta me vibra a través del cuerpo. Le rodeo las caderas esbeltas con las piernas y me restriego sin vergüenza contra su bulto prominente.

—Yo también te echaba de menos —masculla. Ahora sus labios exploran mi garganta. Me chupa un lado del cuello, y entonces nos da la vuelta y me deja sentada a horcajadas encima de él.

Desliza las manos por debajo de mi camiseta para cogerme los pechos. No llevo sujetador, así que sus palmas llenas de callos son un roce delicioso sobre mi piel sensible. Enseguida se me yerguen los pezones y se tensan bajo su contacto.

—Joder —gruñe—. Quítate esta cosa. —Me saca la camiseta y la lanza al otro lado de la habitación.

Se me escapa una risa.

—Eh, mi camiseta no ha hecho nada malo.

—Estaba cubriendo estas tetas perfectas. Estoy furioso con ella. —De su susurro caliente me llega aire sobre el pezón y gimo cuando se lo lleva a la boca y succiona profundamente. Dios. No me puedo creer que hayan pasado dos semanas desde la última vez que lo vi. ¿Cómo he pasado dos semanas sin esto?

Muevo las caderas afilándole la erección, cubierta. Me acaricia y me estruja los pechos, y entonces me pasa una mano por detrás del cuello y me acerca para darme un beso. Me toca la lengua con la suya y es como un rayo directo a mi núcleo inferior.

En un frenesí sincronizado sin planear, hurgamos en la cintura del otro. Él me baja los pantalones de pijama. Yo trato de hacer lo mismo con sus vaqueros, pero la tela tejana se le queda atrapada en los muslos. Sonríe y levanta el trasero para ayudarme. Todavía lleva camiseta, pero está desnudo por debajo de la cintura, y la erección se le alza como un muelle, larga y gruesa. Se me hace la boca agua.

—Joder —consigue pronunciar Hunter mientras su mirada me recorre el cuerpo desnudo. Encajamos las miradas. Pasa un segundo, dos, tres.

Y entonces volvemos a atacarnos mutuamente. Encuentro un condón y se lo pongo. Vuelve a ponerme sobre su regazo. Me empalo sobre él, y ahí vamos, a la carrera.

No sé durante cuánto tiempo lo monto. Podrían ser segundos, minutos u horas. Todo lo que sé es que el nudo de placer que tengo entre las piernas es casi doloroso, insoportable. Me tiembla la respiración. También las manos. Se me estremecen las puntas de los dedos mientras acaricio sus pectorales esculpidos. Dios, sé que estoy cerca.

Pippa tenía razón cuando planteó que tal vez siempre había tenido sexo mal. O tal vez el sexo simplemente se vuelve predecible cuando llevas teniéndolo con la misma persona durante años. Con Hunter es totalmente impredecible, y ahora mismo estoy disfrutando de la novedad de ello, de todas estas primeras veces con él.

Primer beso.

Primer polvo.

Primer orgasmo mientras le monto el pene.

Me corro yo primera, colapso encima de él, y él mueve las caderas agarrándome el culo con los dedos. Me muerde el hombro mientras se corre, y me río sin aliento contra su pecho empapado. Nos quedamos así durante un momento, yo con sus brazos ajustados alrededor mío, él con su pene todavía enterrado dentro de mí.

—Oh, Dios mío —digo, ensoñada—.Ha estado muy bien.

—Muy bien —masculla.

Nos quedamos en esta posición durante casi un minuto antes de que se retire, reticente. Me siento y le ayudo a quitarse el condón.

—Trae, déjame que tire esto. Tengo que hacer pis de todos modos.

Vuelvo a la cama al cabo de un minuto y nos acurrucamos, todavía desnudos. Hunter alcanza la manta tirada a los pies de la cama, pellizca una esquina y estira de ella para cubrirnos.

—Es la Víspera de Año Nuevo —comenta.

—¿Te acabas de enterar? ¿No has visto todas las decoraciones que están poniendo las chicas en el piso de abajo? —La residencia Theta Beta Ni organiza una de las numerosas fiestas que se celebran en la calle de las hermandades esta noche. Lo que significa que mi presencia es obligatoria.

Me conmueve que Hunter haya elegido venir aquí esta noche en lugar de pasar el rato con sus colegas. Sus compañeros de equipo montan una fiesta enorme en Hastings.

—¿Estás seguro de que no quieres ir a casa de Conor? —pregunto, preocupada.

—No. —Me besa la coronilla—. Nunca voy a irme de esta habitación.

—Bueno, tendremos que salir en algún momento para hacer una aparición en el piso de abajo.

—Vale. Bajaremos cada hora para intervalos de veinte minutos, entonces volveremos a subir y follaremos. Después de la media noche, ya todo vale y nos quedaremos aquí para siempre. —Baja una mano disimuladamente para pellizcarme el trasero descubierto.

—Eres insaciable.

—Nena. Estoy volviendo de una sequía de sexo de nueve meses. Si fuera posible, tendría el pene dentro de ti de manera permanente durante al menos tres semanas.

—¿Tres semanas? —aúllo. Suena extenuante. Divertido, pero extenuante.

—Tienes razón. Eso no es nada razonable. Necesitaré por lo menos tres meses de estar dentro de ti antes de que mis pelotas vuelvan a la normalidad. Que se regule la producción de semen lleva su tiempo.

Me río en alto por la nariz.

—Qué asco.

Oigo varias voces al lado de mi puerta a la que pasan algunas de mis compañeras de la residencia.

—Bueno, si quieres salir de fiesta con tus amigos, no te culparía —digo, mientras le acaricio el abdomen rugoso como sin darle importancia.

—No me voy a ninguna parte, Semi —dice, terco, apretando los brazos alrededor mío.

—¿Te puedo preguntar algo?

Se ríe por la nariz.

—Me lo vas a preguntar sin tener en cuenta lo que te responda a eso.

—Cierto. —Se me apaga la sonrisa cuando saco el tema que llevo evitando desde la primera vez que tuvimos sexo—. ¿Estás enfadado conmigo por presionarte a romper tu voto de celibato?

—No. —Nada más que sinceridad en sus palabras.

—¿Estás enfadado contigo mismo?

—Lo estaba a la mañana siguiente —revela.

—¿En serio? —digo, sorprendida. Es la primera vez que admite haber tenido dudas o estar arrepentido sobre lo nuestro.

—Sí, durante unos cinco minutos enteros. —Me acaricia el hombro con las puntas de los dedos llenas de callos—. Entonces vi tu cuerpo desnudo en mi cama, y quise volver a romper el voto una y otra vez.

—Pero era importante para ti —digo, culpable.

—Lo era, pero... —Su mano sigue vagando por mi piel desnuda—. Esto parece más importante.

No lo desarrolla más, y no le obligo a hacerlo. Nos quedamos un rato así tumbados, ninguno de los dos tiene prisa por unirse a la fiesta, que ya ha empezado, a juzgar por la música que retumba por toda la casa.

—¿Te lo pasaste bien en Nueva York? —Después de Navidad pasó un par de días en Manhattan con Dean y su novia.

—Fue divertido. Los Bruins jugaban contra los Islanders, así que Garrett nos consiguió sitio en el palco. Fue una locura de partido.

Levanto la mano y le paso los dedos por el pelo.

—No parece que te falte ningún pelo —le chincho.

—Es por la gomina, tía. Hace que no me lo arranque.

—¿Qué te gusta más, ver *hockey* en vivo o jugar tú?

—Jugar yo, por supuesto. —Ni siquiera se lo piensa.

—¿Alguna vez has jugado delante de una cantidad de público tan grande como en el TD Garden?

Hunter se ríe.

—Ningún estadio universitario puede competir con eso. Sería una pasada, ¿eh?

Frunzo el ceño.

—Todavía no entiendo por qué no puedes hacerlo. Por lo que me ha dicho Brenna, te ficharían en un abrir y cerrar de ojos. Dice que, si anunciaras tu interés, la mitad de equipos de la liga te estarían cortejando después de que te gradúes. Pero no paras de decir que no te interesa y no le veo ningún sentido. Dijiste que no quieres ser famoso, pero no me creo que sea eso. Quiero decir, puede que esté relacionado, pero ¿cuál es la razón real?

—Es el estilo de vida, Demi. Tengo un problema con el desenfreno.

—No, creo que crees que tienes un problema con el desenfreno —lo corrijo—. Pero por lo que he podido comprobar yo, no bebes en exceso, no tienes ninguna compulsión sexual que interfiera con tu vida normal, no tomas drogas. Eres encantador, así que te las arreglarías bien en las entrevistas o en las ruedas de prensa. —Inyecto una nota de desafío en mi voz—. Así que, ahora en serio, ¿de qué tienes miedo?

Hunter se queda en silencio durante un buen rato. Me acaricia el hombro de manera ausente. Cuando por fin habla, tiene la voz ronca.

—Si te lo digo, ¿me prometes que no te reirás de mí? ¿Ni me juzgarás?

Casi me río hasta que me doy cuenta de que va en serio. Así que pongo el tono más neutro que puedo.

—Prometo que no me reiré de ti. Y no te juzgaría nunca, Hunter.

—Vale. —Se le eleva el pecho cuando toma una bocanada de aire—. Tengo miedo de traicionar a alguien —confiesa.

—¿Traicionar? Cómo, ¿jugando mal un partido?

—No, el otro tipo de traición. —Exhala con una lenta vaharada de aire—. Con todos los partidos fuera de casa, todas las habitaciones y bares de hotel, todas esas mujeres que se me tiran encima. Sé que no tengo una adicción al sexo, pero tengo los genes de mi padre y no tienen exactamente el mejor historial.

—Tu padre es un narcisista. Tú, no. —Le planto un beso tranquilizador en el hombro—. No eres para nada como él, cielo.

—Él no estaría de acuerdo contigo en eso. Hace unos años me dijo que éramos de tal palo tal astilla.

Entrecierro los ojos.

—¿Por qué leches dijo eso?

Hunter suspira avergonzado.

—El verano antes de entrar a la universidad, me pilló tirándome a una chica en nuestra encimera de la cocina. Mi madre se había ido a visitar a mis abuelos ese fin de semana, y mi padre se suponía que tenía que estar fuera por trabajo, pero volvió antes a casa. —Se le oscurece la voz—. Tendrías que haber visto lo orgulloso que estaba de haberme encontrado en pelotas y haciéndoselo a una chica con la que ni siquiera estaba saliendo. La conocí en una fiesta la noche anterior y se quedó a dormir.

Trato de imaginar lo que haría mi padre si me pillara teniendo sexo con alguien en nuestra cocina. Cometer un doble homicidio, por supuesto.

—Estaba genuinamente orgulloso de pensar que su hijo era un sinvergüenza depravado. Pero supongo que no es muy sorprendente. Sé que mi padre se acostó con al menos tres de sus

asistentas, y fui testigo de primera mano de una de las veces. Y es que... me pongo a pensar en todos los viajes de negocios que ha hecho a lo largo de los años. Me apuesto a que tenía una mujer en cada ciudad. Estoy seguro de que ha tenido más aventuras de las que mi madre y yo podemos siquiera imaginar.

—¿Y estás preocupado de que tendrás una novia o una mujer, y que estarás fuera de casa mucho tiempo y les serás infiel?

—Básicamente.

—Así que te estás castigando por algo que ni siquiera has hecho.

Se le tensa el pecho descubierto.

—No es eso.

—Es exactamente eso. Te estás castigando de forma preventiva: te estás privando de algo que te encanta por miedo a que, en algún momento, podrías hacer algo que odias. No es una manera muy sana de ver las cosas.

—No. Quiero decir, ¿puede? Puede que sea eso, pero puede que no. Todo lo que sé es que cuando decidí no entrar en las listas después del instituto, me sentí aliviado.

—Sin embargo, cada vez que te veo observar cómo juegan Garrett y Logan, hay envidia en tus ojos.

La voz rasgada de Hunter me cosquillea la cabeza. Su torso vuelve a subir y bajar.

—Dejemos esto de momento. Hace que me duela la cabeza. Cuéntame tus vacaciones.

—Ya lo he hecho: nos hemos escrito cada día —le recuerdo.

—Ya lo sé, pero me gusta tu voz y quiero oírte hablar.

Sonríó contra su pectoral izquierdo, y le ofrezco una recapitulación más detallada de mi visita a Miami. Le cuento sobre mi sobrino nuevo, sobre mis tíos locos y mis primos ilusionados. Al ser una comunidad muy católica, en Miami las Navidades se celebran mucho, y una de las tradiciones favoritas de mi familia es visitar el Bosque Encantado de Santa. Llevé a mis primos pequeños, y María, de cinco años, se hizo pis durante uno de los trayectos. Sentada sobre mi regazo. Divertidísimo.

—¿Hablas español? —pregunta Hunter, curioso—. Me acabo de dar cuenta de que ni siquiera lo sé.

—Lo entiendo mejor de lo que lo hablo. Mi padre tiene un oído terrible para los idiomas, así que él solo habla inglés en casa. Mi madre solía hablarme en los dos porque no quería que perdiera el español, pero en parte ha ocurrido —digo con tristeza—. Pero no del todo. Quiero decir, volvería a hablarlo con fluidez en una semana si estuviera rodeada de gente que solo hablara español.

—Me encantaría aprender otro idioma. Tendrías que enseñarme español, y así podríamos practicar juntos.

—Hecho. —Me arrimo más a él—. Ah, y en el vuelo de vuelta, intenté volver a sacar el tema de la facultad de medicina con mi padre. Mi madre se queda una semana más en Miami, así que solo éramos mi padre y yo. Pero no le pareció bien —admito.

Hunter me acaricia el pelo.

—¿Todavía tienes dudas al respecto?

—Más que dudas. —Inhalo lentamente—. No quiero ir.

Es la primera vez que lo digo en voz alta.

—Pues entonces no vayas —dice Hunter, simplemente—. No deberías ir a la facultad de medicina por tu padre, deberías ir por ti misma. Tienes que hacer tu propio camino, y eso significa seguir tus sueños, no los suyos. Tu primera prioridad debería ser satisfacerte a ti misma, no a él.

Una risita me cosquillea en la garganta. Intento mantenerla a raya, pero se me escapa.

—¿Qué pasa?

—Me acabo de dar cuenta de que vaya par de tristes somos. —No puedo parar de reír flojito—. Aquí estoy yo, sacrificando mis aspiraciones para ser como mi padre, y tú estás sacrificando las tuyas para no ser como el tuyo. Es fascinante.

—Dios. Eres tan psicóloga. ¿Va a ser siempre así? ¿Estar tumbados desnudos en la cama mientras nos psicoanalizas?

Me elevo sobre el codo y me muerdo el labio.

—¿Te molesta de verdad?

—Nah. —Me lanza su sonrisa con hoyuelos y me acerco para besárselos, tan adorables—. Es divertido —continúa—. La mayor parte del tiempo, analizas, racionalizas e intentas encontrar soluciones. Las otras veces estás loquísima perdida.

—¡No lo estoy!

—Tienes un lado violento, maníaca. Estampas las consolas de la gente contra el suelo. —Me sonrío—. Aquí hay una dicotomía, Demi Davis.

—Loca y cuerda a la vez —digo, sombría—. Una condición extraña, cuanto menos.

—En fin. —Me roza la mejilla con los nudillos—. No tienes que buscar la aprobación de tu padre: ya la tienes. No creo que te desherede si escoges otra facultad en lugar de la de medicina.

—No sabes cómo es con los doctorados, Hunter. Durante el resto de mi vida, hará bromitas sobre cómo no soy una doctora de verdad. —La vibración de mi móvil me capta mi atención—. Mierda, seguro que es Josie diciendo que baje a colocar más decoraciones.

Me estiro por encima de su pecho musculoso para coger el móvil de la mesilla de noche. Hunter aprovecha la oportunidad para deslizar una mano entre nosotros y cogerme un pecho.

Me estremezco de placer, pero se me disuelve el calentón cuando veo el nombre de mi padre. Hablando del papa de Roma.

Le doy al mensaje, y se me disparan las cejas hacia arriba.

—Oh, qué interesante.

—¿Qué? —Hunter me acaricia el pecho de forma perezosa.

—Mi padre nos invita a un *brunch* de Año Nuevo mañana.

La mano de Hunter se queda congelada.

—¿«Nos»?

—Sí. —Me siento y sonrío al ver su expresión de pánico—. Te quiere conocer.

Capítulo 32

Demi

Al cabo de unos días después de Nochevieja, Hunter y yo volvemos a estar en el campus de camino al edificio de Psicología. Es la última clase del semestre y se supone que nos tienen que devolver los estudios de caso, pero mientras yo voy dando saltitos, paseando sin prisa por la senda, las largas zancadas de Hunter son rígidas y luce una expresión taciturna. Ha estado enfurruñado sin parar desde que tomamos el *brunch* con mi padre.

—Por favor, ¿podrías intentar sonreír? —inquiero—. Es un día precioso.

—Hace menos veinte putos grados y tu padre me odia. No es un buen día.

Reprimo un suspiro.

—No te odia. Le caíste bien.

—Si con caer bien te refieres a detestar, entonces tienes razón.

—Ya veo. Ahora ya no solo te odia, te detesta. Alguien ha bebido zumito de drama.

—Y alguien está evitando aceptar la verdad —gruñe Hunter—. No le caí bien a tu padre.

Quiero volver a discutirlo, pero se está volviendo más difícil encontrar una excusa sólida para el comportamiento de mi padre.

Me niego a decirlo en voz alta, porque no quiero herir más el orgullo de Hunter, pero el *brunch* fue... fatal.

No fue bien.

De verdad que ojalá mi madre hubiera estado allí para dar un cierto equilibrio parental, pero sigue en Florida, y solo éramos Hunter y yo contra mi padre desde el minuto uno. Después de la friolera de dos preguntas sobre los orígenes de Hunter, mi padre determinó que estaba tratando con un niño rico mimado de Greenwich, Connecticut. Cosa que no es el caso para nada: Hunter es la persona con los pies más en la tierra que conozco, y su ética de trabajo es estelar.

Pero mi padre tiene muchísimos prejuicios y es imposible contentarlo. Creció siendo pobre y ha sacrificado tanto para llegar donde está ahora, que no hace falta decir que cualquiera que haya nacido con una cuchara de plata en la boca ya tiene una falta a ojos de mi padre.

Y ni siquiera le impresionaron los logros atléticos de Hunter. Yo pensaba que eso seguro que iba a ganarle. No tan sutilmente saqué el tema del trabajo que se requiere para destacar en un deporte, pero creo que en ese momento mi padre ya estaba haciéndose el difícil porque pasó por

alto mi comentario. Lo que es una estupidez. Es muy fan del fútbol, y le he oído decir en muchas ocasiones que los jugadores de fútbol tienen una ética de trabajo increíble.

Claramente, mi padre sigue en el Equipo Nico. Pero espero que cambie de lealtad, porque yo ya soy Equipo Hunter hasta la médula.

—Se acostumbrará a ti —digo, y le estrujo la mano a Hunter.

Ladea la cabeza.

—¿Ah, sí? Porque eso implica que lo veré a menudo.

Titubeo. No hemos declarado de manera formal que estemos «saliendo», así que no estoy del todo segura de si volverá a ver a mi padre. Además, hasta que definamos nuestra relación, estoy intentando evitar las muestras de afecto en público, así que le suelto la mano cuando llegamos al edificio, porque Pax y TJ están esperando a las escaleras.

—¡Ah! ¡Botas nuevas! —chilla Pax cuando me ve. Su mirada envidiosa devora mi calzado, que, efectivamente, es nuevo: botas de cuero negras con pieles marrones, a juego con la capucha de mi *parka*—. ¡Adoro! —anuncia.

—¡Gracias! Me gustaría decir lo mismo sobre tu pelo, pero... ¿qué cojones ha pasado ahí arriba?

Hunter se ríe por la nariz.

—En serio, Jax. No me gusta.

Pongo los ojos en blanco. Sabe perfectamente el nombre real de Pax, pero ahora ya es una broma recurrente, y Pax le sigue el rollo porque cree que Hunter está bueno.

—¿Cuándo te lo hiciste? —pregunto.

—Y, ¿por qué? —dice TJ, que parece que está intentando no reír.

Con un suspiro dramático, Pax se pasa una mano por las mechas verdes de su pelo negro.

—El finde pasado. Y, ¿por qué? Pues porque mi hermana pequeña estudia Cosmetología y tiene los exámenes pronto, así que ha estado practicando sus habilidades de tinción conmigo.

—No voy a mentir —le informo—. Queda horrible.

—Uy, gracias, amiga. —Me guiña un ojo—. Al chico con el que me acosté anoche no parecía importarle.

—Buena esa.

Hunter levanta la mano para chocar los cinco.

Jax... mierda, ahora yo también lo hago. Pax le devuelve el choque, y entonces los cuatro escapamos del frío de enero y entramos en el edificio. Me doy cuenta de que TJ lanza una miradita curiosa ente Hunter y yo, pero no dice nada.

Nos sentamos en los asientos de siempre a mitad de la fila, pero esta vez Hunter usurpa el lugar de Pax, a mi lado. De nuevo, la mirada de TJ toma nota.

La expectativa hierve dentro de mí cuando la profesora Andrews llega escoltada por sus dos asistentes. ¡Sí! O mis ojos están proyectando lo que quieren ver, o los asistentes están llevando nuestros trabajos corregidos.

—Buenos días, damas y caballeros. Bueno... Las veces anteriores que he dado esta asignatura, solía devolverlas al final de la última clase, con el único propósito de torturar a todo el mundo. No estoy segura de qué dice esto de mi propia situación psicológica... —Andrews sonrío a la clase—. Dicho esto, estoy de buen humor y quiero ser maja hoy.

Se está comportando extrañamente bobalicona hoy, pero puede ser que sea porque es nuestro

último día. Los asistentes que nos han llevado las tutorías se acercan a cada pasillo y empiezan a llamarnos por el nombre. Uno por uno, los estudiantes se levantan para recoger sus trabajos.

Aunque todos han trabajado en parejas en los proyectos, todos los artículos se han entregado y han sido evaluados por separado. Prácticamente salto de la silla cuando pronuncian mi nombre. En el momento en el que tengo el sobre con mi entrega en la mano, no pierdo el tiempo en abrirlo. A mi lado, Hunter hace lo mismo con el suyo.

Hay una página grapada delante de mi trabajo, y casi chilló en alto cuando veo mi nota.

Sobresaliente alto, nena.

Joder, sí.

Curiosa, llevo la vista hacia la hoja de Hunter.

—¿Qué te han puesto?

—Un notable alto. —Parece contento con eso. Revisé su artículo de investigación y pensé que era excelente, pero seguramente yo habría entrado en más detalle con algunas cosas, así que creo que la nota es justa.

Hojeo las páginas de mi estudio de caso para ver que Andrews ha garabateado notitas en los márgenes. Los halagos que me encuentro son ridículamente buenos para alimentarme el ego. Cosas como: «¡Muy bien visto!», «¡Qué perceptivo!», «Provocador...». «BUEN enfoque», escribe en la sección donde discuto sobre posibles tácticas de consejo para intentar ayudar al narcisista a mejorar su tan rara concepción de sí mismo. La ristra de cumplidos me hincha el ego hasta unas proporciones monstruosas. Esto es mucho más satisfactorio que el sobresaliente alto que recibí en Química Orgánica. Me lo he ganado.

Hunter se acerca para susurrarme al oído.

—Estás muy atractiva ahora mismo.

Frunzo el ceño.

—¿En serio?

—Oh, sí. —Su aliento me cosquillea en la mejilla—. Esta mirada orgullosa que tienes en los ojos. Nunca pensé que me pondría cachondo por una académica, pero, joder, tengo una semi, Semi.

Me río flojito. Pero me doy cuenta de que no está bromeando cuando se vuelve a erguir y detecto la lujuria nadando en sus ojos.

Engullo saliva a través de mi garganta, seca de repente, y me giro hacia TJ para distraerme.

—¿Cómo te ha ido a ti?

—Tengo un sobresaliente —responde, y Pax ha sacado un notable, así que en general diría que Psicopatología ha sido un éxito rotundo.

Como es nuestra última clase, Andrews nos obsequia con un tema sobre el que seguramente podría pasarme escuchando hablar a alguien veinticuatro horas seguidas: los asesinos en serie. De hecho, si sumas todo el tiempo que he pasado viendo documentales de crímenes, seguramente da una porción total tristemente alta de mi vida.

Andrews empieza a discutir un caso tan macabro que estoy en el borde de mi asiento. Al cabo de diez minutos, y aunque todavía no ha nombrado al asesino, le cojo el brazo a Hunter y siseo:

—¡Está hablando de Harold Howarth!

—¿De quién?

—Fue el sujeto del episodio *Neurocirujanos que matan*. —Me acuerdo de llamar a mi padre inmediatamente después de ver ese episodio. Le dije que nunca nunca podía inyectarle veneno al lóbulo frontal de un paciente, y me preguntó si iba fumada.

Cuando vuelvo a sentarme bien en la silla, casi apoyo la mano en la rodilla de Hunter, un hábito que tengo cuando nos sentamos juntos en su sofá. Esta mañana me he tenido que detener a la fuerza. No están permitidas las muestras públicas de afecto hasta que sepa qué es esto. Pero mi mirada no para de dirigirse hacia él. Ojalá pudiera tocarle la pierna. O mejor incluso: deslizar la mano en sus pantalones y agarrarle el miembro. Tengo ganas de tocar a este hombre todo el rato.

Literalmente todo el rato. A veces le tengo tantas ganas que no puedo ni siquiera esperar a que cierre la puerta de la habitación antes de tirarme encima suyo. Hoy es una de estas ocasiones, pero no estamos en una habitación, y mi cuerpo palpitante está furioso con estas situación.

Cuando Andrews nos deja irnos, me duele todo de las ganas. Apenas oigo cómo Andrews nos da las gracias por haber estado tan atentos este semestre y cómo nos desea suerte en el futuro. Cualquier otro día me habría quedado después de clase para expresar mi propia gratitud, pero creo que tendré que conformarme con mandar un largo correo electrónico.

Estoy tan excitada que prácticamente me salgo de mi propia piel cuando salimos del auditorio. Mi mirada impaciente se dispara por el ancho pasillo. No hemos venido en coche, y ni de coña me puedo esperar al largo camino de vuelta a pie hasta mi casa. Así que cuando Pax y TJ caminan por delante nuestro, cojo a Hunter de la mano y lo arrastro hacia la vuelta de la esquina.

Capítulo 33

Hunter

Demi me empuja a través de la puerta más cercana. Por suerte, lleva a una habitación sin luz con mesas y sillas ordenadas en un semicírculo. Las persianas están bajadas, pero la habitación no está oscura del todo. Solo está ensombrecida, con finas líneas de luz del sol asomándose por las ranuras.

—¿Qué haces? —pregunto, divertido.

Cierra la puerta con prisa.

—Me estaba volviendo loca por no poder tocarte ahí dentro. No tienes ni idea de lo cerca que estaba de quitarte los pantalones y montarte ahí mismo, delante de todo el mundo.

Se me tensa la entrepierna. Dios, eso me pone. Los dos lo estamos por el otro, todo el rato. Casi se ha vuelto una adicción. Y me avergüenza decir que no ha afectado al *hockey* para nada, lo que significa que mi voto de celibato no tenía ningún tipo de sentido. En todo caso, estoy jugando incluso mejor estos días.

He evitado hablar con Demi sobre ello, porque tengo miedo de que me chinche, de que me diga que he estado haciendo una escenita de *El Mago de Oz* o algo así. En plan: «¡El poder de ser un buen capitán y un compañero de equipo siempre ha estado en ti, Hunter! Era la sensación de culpabilidad y tu miedo a ser un capullo egoísta como tu padre lo que te impedía verlo».

Qué fácil es imaginarme a Demi usando una analogía así de cursi.

Pero supongo que es una lección que tenía que aprender. El desastre de la temporada pasada me dejó cicatriz. Y había empezado esta temporada queriendo poner a mi equipo —y no mi pene— por delante. Quería ser un buen capitán. Quería demostrarme a mí mismo que no soy un capullo egoísta narcisista al que solo le importan sus necesidades. Cuando nuestra temporada se hundió el año pasado, fue como un despertar para mí. Lo primero que pensé cuando perdimos ese partido fue: «Puede que sí seamos de tal palo tal astilla». Mi padre y yo.

La primera vez que me lo dijo, empalidecí por dentro. Me sentí sucio. Asustado por la idea de que realmente podía ser un poco como él. Un capullo. Un egocéntrico.

Pero el sexo con Demi no ha resultado en nada más que en mí yéndome a dormir saciado cada noche y bordándolo en los entrenamientos cada mañana. Por no hablar de la ronda clasificatoria: estamos dominando a los demás equipos.

Demi me pasa los brazos por detrás del cuello y me tira de la cabeza para abajo para darme un beso. Dios. Me encanta besarla. Me encanta acostarme con ella. Me encanta hacérselo todo y hacerlo todo con ella.

Los dos sabemos que esto que hay entre nosotros es más que su lío sin compromiso. Más que sexo. Pero no sabemos qué es ese más. Y lo estoy disfrutando demasiado como para liarla preguntando.

Me río cuando me empotra contra la puerta. Cierra el pestillo y me pone la mano en el cinturón en un abrir y cerrar de ojos. Me deshace los vaqueros y me los baja junto con los bóxers lo suficiente como para poder meter la mano y sacarme la polla caliente y pesada.

—Dios mío, llevo las últimas dos horas queriendo tanto hacer esto —masculla Demi, atormentada—. La quiero todo el rato.

—Cógela —digo con la voz ronca.

Se pone de rodillas y se me tensa el cuerpo por las expectativas. Cuando me engulle el pene con la boca en un deslizamiento húmedo, siseo de placer. Ella también, y le brillan contentos los ojos marrones cuando me suelta para decir:

—Me encanta tener esto en la boca.

—Tú y tu fijación oral —me burlo, mientras tanteo volver a meter el glande en sus labios *sexies* con un empujoncito.

Se ríe al ver mis intentos patéticos.

—Así que cuando necesito mis piruletas es... ¿cómo lo dijiste el otro día? Un problema serio. Pero cuando me muero por tu pene, ¿mi fijación oral te parece fantástica?

Sonrío.

—Lo vas pillando.

Demi me saca la lengua, y me aprovecho totalmente de eso. En cuestión de segundos, vuelvo a estar en su boca caliente.

—Oh, sí. —Le aguanto la cabeza por detrás con ambas manos, y la guío por mi erección.

Hay un murmullo de voces en el pasillo. No me importa. Demi hace que me olvide de que hay más gente viviendo en este mundo con nosotros. Estamos solos en esta habitación, en este edificio, en este planeta. Cuando estoy dentro de ella, solo existimos nosotros. Cuando me la está tocando y frotando y chupando, solo existe ella.

Me la envuelve por completo, con esa lengua ansiosa curvándose alrededor del glande. Lo deja bien mojadito, mientras su puño se mueve arriba y abajo de toda la largada. Aprieta la punta con cada movimiento ascendiente, y me la chupa hasta la base cuando desciende.

Muevo las caderas, sin descanso, excitado, y empiezo a notar cosquillas en las pelotas. Cuando me ha metido aquí dentro, he asumido que se lo haría contra una pared. Pero esta mamada está tan bien hecha que debería ser ilegal, no voy a durar lo suficiente como para entrar dentro de ella.

—Nena —gimo, intentando detenerla.

Me mira hacia arriba con esos ojos enormes. Me la tiene bien envuelta con los labios. Es la cosa más *sexy* que he visto nunca, y resigo esa «O» traviesa con el pulgar y le froto la comisura de la boca.

—Estoy cerca —advierto—. Si has entrado aquí con ganas de follar, será mejor que pares.

Su boca mojada se desliza, y mi pene sale de un respingo haciendo *pop*.

—No, quiero hacer que te corras ahora mismo. Quiero oír cómo gimes mi nombre cuando me dispares en la boca.

Dios santo. Esta chica acabará conmigo.

Vuelve a la carga con su tarea endiablada, y en menos de treinta segundos le doy a esta mujer lo que quiere.

—Demi —gruño cuando mi clímax rompe la superficie. Sus labios se quedan firmes alrededor mío mientras se traga todo lo que tengo para dar. Estoy muerto. Me ha matado. Es perfecta.

Demi me planta un beso suave en mi miembro todavía duro mientras yo bajo flotando de las alturas. Con una sonrisa, me la vuelve a acurrucar dentro de las bermudas. Se seca la boca con delicadeza con la parte trasera de la mano y se pone de pie. Me sube la cremallera y se pone de puntillas para rozarme los labios con los suyos.

No puedo evitar hacer el beso más profundo, y cuando noto mi sabor en su lengua estoy a punto de excitarme de nuevo. Tengo un escalofrío.

—¿Estás bien? —me chincha.

—De maravilla —croo.

Se ríe, y me da un largo repaso antes de abrir la puerta. Volvemos a salir al pasillo, y la fuerte luz fluorescente me ciega por un momento.

—¿Vienes a casa esta noche? —pregunta cuando empezamos a caminar al mismo ritmo.

—No puedo. Voy a tomar algo con Hollis. Pero puedo ir ahora y estar contigo hasta que tenga que irme a verlo.

—Buuu.

—No me abuchees.

—¿Por qué no? Tú me abuchees constantemente.

—Porque yo soy un niño, Semi. Tú eres demasiado madura para estas tonterías. Te tienes que respetar un poco más.

Se echa a reír y sonrío. Me gusta hacerla reír.

—Me escaquearía —digo—, pero Hollis ha remarcado que era importante.

Demi deja de andar.

—Un segundo. ¿Mike Hollis ha insinuado que algo era importante?

—¿Insinuado? Más bien lo ha manifestado de manera explícita. Me ha apartado un segundo esta mañana y me ha pedido si podíamos hablar esta noche.

—¿Por qué estaba en casa? Es lunes.

Frunzo los labios ligeramente.

—Ha dicho en el trabajo que se encontraba mal, pero a mí no me parecía que estuviera enfermo.

—Espero que esté bien.

—Seguro que sí. Hollis es indestructible. Me apuesto a que solo quiere hablar de algo aleatorio, como qué le puede regalar a Rupi por su cumpleaños.

—¿Es pronto?

—Oh, esto te va a encantar. La chica nació... prepárate... el 14 de febrero.

Demi se queda sin aliento.

—¡El día de San Valentín! Dios mío. Pobre Mike. Va a tener que ir con todo. Puede que incluso tenga que comprarle un poni.

Me río por la nariz.

Cuando entramos en el vestíbulo, me fijo en que a unos metros está TJ charlando con uno de los asistentes de la profesora. Hace una mueca con la boca cuando nos ve. Parece una respuesta extrema sin ningún motivo, hasta que me doy cuenta de que su mirada se posa en mi entrepierna.

Miro hacia abajo y reprimo un taco. Demi se debe de haber dejado la cremallera a medias, porque tengo la bragueta abierta otra vez. Me la subo con discreción, pero a TJ no le borra la mirada de sospecha de la cara.

* * *

Más tarde, esa misma noche, me meto en el reservado al otro lado de Hollis, y le hago señas a la camarera mientras me instalo. Hollis todavía no ha pedido, a pesar de que lleva aquí diez minutos. He llegado tarde porque había un metro de hielo en el parabrisas cuando he salido de casa de Demi. Casi me congelo las pelotas rascándolo todo.

—Perdona, estaba rascando hielo —mascullo.

—Puto hielo. Debería de estar prohibido.

—Me aseguraré de comunicarle al clima que así lo sientes, Michael.

Sonrío en agradecimiento cuando la camarera vuelve con mi cerveza rubia. Hollis se ha pedido una lata de Boom Sauce, que creo que solo le gusta por el nombre. Chocamos las bebidas para brindar.

—Entonces, ¿qué ocurre? —le pregunto a mi colega—. ¿Por qué me has arrastrado al Malone en pleno jodido invierno cuando vivimos en la misma casa y podríamos haber hablado allí tranquilamente?

Hollis juega con el aro de su lata de cerveza.

—Necesitaba salir. —Se encoge de hombros—. ¿A ti cómo te va? ¿Todavía te estás viendo con Demi? ¿El entrenador ya ha aprobado al cerdo?

Está postergando lo suyo, pero de momento le sigo el rollo. Hollis es tan dramático que presionarlo podría resultar en que salga hecho una furia del local, y la verdad es que me gustaría terminarme la birra.

—Estoy bien. Me fueron bien todas las asignaturas del semestre pasado. Me sigo viendo con Demi. Y no, el entrenador no ha dado luz verde para el cerdo todavía. —Me lo pienso un segundo—. Pero me acabo de dar cuenta de que cuando lo haga, Pablo se tendrá que ir. —Mierda. No sé si estoy preparado para despedirme todavía.

—Tío, ya es hora. ¿Sabes lo mucho que apesta ese canijo? Los huevos no están hechos para estar en estado salvaje.

Me río.

—Ya ni siquiera noto el olor, la verdad.

—Deberíamos buscarnos una mascota para la casa —dice Hollis.

—¡Ja! Seguro. Rupi nunca te dejaría tener una mascota. Porque haría que le dedicaras menos atención a ella.

—Cierto. Ya es lo suficientemente difícil dedicarle tiempo solo los fines de semana. —

Hollis se frota los ojos, y me doy cuenta de que se le ve tremendamente exhausto. Sabía que las dos horas de trayecto al trabajo hasta New Hampshire le estaban pasando factura, pero parece que ahora ha empeorado. Tiene los ojos hinchados, de hecho, como si no hubiera dormido bien en años.

—¿Vuelves a casa de tus padres mañana o llamas otra vez al trabajo para decir que te encuentras mal? —pregunto con cautela.

—Vuelvo. —Da un trago rápido—. La verdad es que ya no quiero vender seguros, Davenport. Lo odio. Odio volver a vivir en casa, y odio trabajar con mi padre. Ese hombre está loco.

—Mmm-hmmm, está loco.

—¡Lo está! Y se pasa el día contando chistes tontísimos.

Miro a Hollis fijamente.

—La verdad es que no concibo el tipo de tortura por la que debes de estar pasando.

—¿Verdad?

Fiuuum. Y casi la pilla.

—¿Por qué no intentas encontrar trabajo en Hastings? —sugiero.

—Lo he hecho, pero no están contratando a gente en ningún lado. O por lo menos no para puestos de trabajo que de verdad quiero. Hay una vacante de dependiente nocturno en la gasolinera, pero ¿qué sentido tendría? Dormiría todo el día y trabajaría toda la noche, y pagan una mierda.

—Si me entero de algo, te lo digo.

—Gracias.

—Supongo que de momento te quedas con tu trabajo de jornada completa vendiendo seguros entre semana, y con tu trabajo de jornada completa con Rupí los fines de semana.

—Tío, es que es verdad que esta chica es jornada completa. —Pero mientras lo dice se le ensancha la sonrisa.

—No entiendo vuestra relación para nada.

—Claro que no. Es trascendente.

—¿Y eso qué significa?

—Exacto —dice, orgulloso. Pero sus ojos azules no tardan mucho en volver a ponerse serios. No es una expresión que se vea a menudo en la cara de Mike Hollis—. Solo va a segundo, tío.

—¿Rupí? ¿Y qué?

—Pues que no se gradúa hasta de aquí a dos años y medio. Eso significa que me quedan dos años y medio por delante de hacer este trayecto horrible al trabajo para vender seguros con mi padre loco.

Dejo la cerveza en la mesa.

—¿Te estás planteando... dejarlo con ella?

Se horroriza por completo.

—¡¿Qué?! ¿Qué cojones te pasa? Por supuesto que no. ¿No has oído la parte en la que te he dicho que somos trascendentes?

—Claro, perdona, me había olvidado. —Lo vuelvo a examinar—. ¿De qué estamos hablando

entonces? Odias tu trabajo. Odias estar viviendo en tu casa otra vez. Odias el tener que hacer ese trayecto. Odias que a Rupi todavía le queden dos años de universidad. Pero quieres a Rupi.

—Sí a todo.

Frunzo los labios.

—Vale, respóndeme esto. Si las cosas que has enumerado como las que odias no estuvieran en la ecuación, ¿qué estarías haciendo?

—No te sigo.

—Imagínate que no te tienes que preocupar de los trabajos ni de los trayectos ni de toda esa mierda. ¿Qué te gustaría estar haciendo?

—Estaría... —Se detiene—. Nada. Es estúpido.

—No, dímelo —le ordeno—. Vamos a resolver esto, tío.

Hollis traga un poco más de Boom Sauce.

—Estaría viajando —confiesa, al fin—. En plan, tío, ¿te das cuenta de cuántos países hay en el mundo? ¡Docenas!

—Cientos —le corrijo.

—A ver, no te pases. Solo hay siete continentes. ¿Por qué iba a haber cientos de países? Tu cálculo es erróneo. Pero sí, eso es lo que haría. Viajaría por todo el puto mundo y conocería a gente nueva y me acercaría a nuevas culturas y comería comida rara y... Oh, Rupi y yo podríamos echar polvos en los trenes y en los aviones y sobre los camellos si vamos a algún sitio con camellos...

—Espera, ¿Rupi también está en el viaje?

Asiente con fervor.

—¿Dónde más iba a estar?

Asiento de vuelta, pero lento y pensativo.

—¿Quieres un consejo? Tendrías que hablar con Rupi de todo esto. Sé sincero sobre lo exhausto que estás, y dile que te encantaría ir de viaje con ella. ¿A lo mejor podéis planear algo para el verano? Te daría algo de motivación mientras haces esos largo trayectos hasta New Hampshire... —dejo la frase a medias para que suene más tentador.

Hollis me mira estrechando los ojos.

—¿Qué? —digo.

—¿Tú siempre has sido tan listo, o soy yo que siempre he sido tan estúpido?

Le sonrío.

—Elijo no responder a esta pregunta.

Capítulo 34

Demi

A finales de enero, Hunter y yo todavía no hemos definido nuestra relación. Solo dejamos que nos lleve la corriente, tenemos sexo de constantemente, nos hacemos mimos, nos escribimos y nos damos consejos el uno al otro. Yo voy a sus partidos de *hockey* aunque todavía no me importe el *hockey*. Él ve documentales de crímenes aunque le parezcan turbios.

Como le gusta decir a Brenna, estamos en una relasituación. Pero, según Pippa, somos una pareja casada que ni siquiera dice que son novios.

Pippa tiene razón. Él es mi novio, y yo soy su novia. Es divertido: para dos personas que se comunican tan bien, ninguno de los dos ha sacado el tema. Yo sé por qué no lo he hecho yo, pero me pregunto qué está deteniendo a Hunter.

Yo tengo miedo de hacer ese compromiso. ¿Y si las cosas cambian en el momento en el que lo llame mi novio? ¿Y si de repente decide que lo estoy atando o limitando su manera de ser, y empieza a buscarse algo más? Es un miedo irracional, y el recuerdo amargo de los cuernos de Nico no ayudan.

La ambigüedad de nuestra relación es una fuente de ansiedad constante para mí. Los humanos tenemos compulsión por definir las cosas. Las definiciones nos reconfortan. Pero no consigo decidirme entre qué quiero más: ponernos una etiqueta, o evitar un posible rechazo. De momento, simplemente no saco el tema, y Hunter tampoco lo hace.

Su equipo está en plena ronda clasificatoria y ha estado trabajando mucho esta semana pasada. Los entrenamientos son agotadores, y está cubierto de moratones cada vez que lo veo. Esta noche estaba especialmente mazado, así que he decidido salir con mis amigas y darle tiempo a su cuerpo para que se recupere. Me es imposible ver a Hunter y no trepar por ese cuerpo serrano y hacérselo duro.

Hunter, en cambio, está gruñón por estar solo esta noche. No para de mandarme fotos de varias partes de su cuerpo, algunas con heridas y otras sin, suplicándome para que vaya y se las bese. Llega un punto en el que interrumpo a Pippa a mitad de frase y digo:

—Un segundo. Déjame que lo mande a la eme.

YO: Estoy con mis amigos, Monje. El mundo no gira a tu alrededor.

ÉL: Claro que sí.

YO: Ya veo. ¿Estás canalizando a tu padre?

ÉL: DIOS tienes razón. Lo siento. El mundo no es mi ostra. Solo soy una perla flotando en un mar de perlas.

YO: Esa analogía no tiene ningún sentido. Ahora vete. Estoy con mis amigas.

ÉL: ¡Vale!

Dejo el móvil.

—Perdonad, tenía que hacerlo —les digo a mis amigos.

Pippa, TJ y yo estamos en un reservado estrecho en uno de los bares del campus. Corinne está de camino, y será la tercera vez que hacemos algo juntas desde que explotó todo, en noviembre.

La primera vez fue todo incomodísimo. Hicimos noche de peli en casa de Pippa y no conseguía pronunciar ni una sola palabra dirigida a Corinne. Cada vez que la miraba me la imaginaba desnuda con mi exnovio. La segunda vez fue mejor, porque había bebida de por medio. Pero entonces me tomé algún que otro chupito de tequila de más, lo que me llevó al territorio de la Mujer Despechada y puede que soltara un par de comentarios malintencionados. Me prometo no volver a hacerlo esta noche.

Cuando se me vuelve a iluminar el móvil, lo giro boca abajo.

—Este chico —refunfuño.

—¿El chico del *hockey*? —dice Pippa con una carcajada.

—Sí. Está todo herido y dolorido, así que está en casa descansando y se aburre. Cuando se aburre, se pone pesado.

—¿No lo hacen todos?

—Eh, yo no molesto a nadie cuando estoy aburrido —protesta TJ. Le da vueltas con indiferencia a la pajita del daiquiri de fresa que le hemos obligado a pedir.

Al principio iba a ser noche de solo chicas, pero TJ parecía triste al ver que no podía venir, así que le he dicho que podía unirse siempre y cuando respetara las normas de la Noche de Chicas. Es decir, pedirse un montón de bebidas de colores vivos.

—¿Qué hay entre vosotros dos, a todo esto? —pregunta, curioso—. Parece que ha evolucionado de solo pasar el rato.

—Em, sí —responde Pippa en mi lugar—. Están casadísimos.

TJ parece aturdido.

—¿En serio?

Se me escapa una risa por la nariz.

—No, en serio no. Pero sí que pasamos mucho tiempo juntos. —Cojo mi bebida rosa extravagante con su sombrilla lila chillón—. Supongo que significa que estamos saliendo. Pero no estoy del todo segura. No hemos tenido la conversación de la exclusividad.

—Ah, ¿no? —Pippa alza una ceja—. Han pasado meses, D. ¿Qué pasa si se está acostando con más chicas?

—No lo está.

—Por supuesto que sí —dice TJ, y pone los ojos en blanco.

Los miro con el ceño fruncido.

Pippa objeta:

—Eh, a mí no me mires así. Yo no he dicho eso. Ha sido este. —Le da un toque en el brazo a TJ.

Él levanta ambas manos como si se estuviera rindiendo a los soldados enemigos.

—Eh, no disparéis al mensajero. Por supuesto que se ha estado acostando con más gente. Te lo digo como chico universitario que vive en la residencia rodeado de otros tíos universitarios. Si no le dejas claro a un chico que quieres exclusividad, te garantizo que se está viendo con más de una chica.

—A ver... algo de razón tiene —dice Pippa lentamente.

—Y salió con todas estas chicas hace como una semana —prosigue TJ—. Definitivamente, se está acostando con más gente.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—¿Qué chicas? ¿Y cómo sabes qué estaba haciendo?

—Vi algo en Instagram

—Viste algo en Instagram —repito con incertidumbre.

TJ asiente.

—Sigo a un montón de gente de Briar. Alguien subió una foto del equipo de *hockey* en una fiesta, no estoy seguro de dónde era. Davenport salía en la foto besando a una pava.

«Vaya trola», quiero replicar.

Pero me invade la duda como hebras de hiedra y me aprieta alrededor de la garganta. Es verdad que Hunter fue a una fiesta la semana pasada a la que yo no fui, pero eso no significa nada. Además, ni siquiera somos una pareja oficial.

Me muerdo el interior de la mejilla. Fuerte. El dolor que me provocan mis propios dientes no es nada comparado al dolor del disparo que siento en el corazón. Se me revuelve el estómago. Con los dedos temblorosos, le doy la vuelta a mi móvil. El último mensaje de Hunter era un emoticono del beso.

Lo ignoro. De repente me pregunto cuántos otros emoticonos del beso ha mandado y a quién.

—Hice una captura de pantalla para ti —admite TJ—, pero la borré.

—¿Qué?! ¿Por qué? —vocifera Pippa.

Se le nublan los ojos de pena cuando me mira.

—Porque no quería que pensaras que estoy intentando causar problemas. Me acuerdo de lo mucho que te molestó la última vez que hablamos de Hunter a sus espaldas.

—Thomas Joseph —espeta Pippa—. Saca el móvil y recupera esa foto de la carpeta de borrados. Me apuesto algo a que todavía sigue allí.

El corazón me late de forma irregular mientras TJ va pasando las fotos de su carrete. Casi deseo que no encuentre la foto. No quiero que exista. Quiero que sea producto de la imaginación de TJ.

—¡Aquí está! —dice, y se me desploma el estómago como un misil de derribo.

TJ desliza el móvil hacia mí. Pippa prácticamente cubre toda la mesa pegajosa para poder verlo bien.

En la foto salen media docena de chicos y unas cuantas chicas. Reconozco varias caras: Matt Anderson, el chico ese, Jesse, y creo que el de la esquina es Mike Hollis pero es difícil de decir. Matt envuelve con el brazo a una pelirroja sonriente, y Jesse posa al lado de una chica que creo que puede ser su novia, Katie. Pero no veo a Hunter...

Oh. Ahí está.

TJ tiene razón. Hunter está en la foto.

Y, clarísimamente, está besando a otra persona.

Capítulo 35

Demi

Del horror, el corazón me da un salto hasta la garganta, se me estrecha la tráquea y se me dificulta la respiración. En la foto, la boca de la rubia está fusionada con la de Hunter en un beso estático, capturado para toda la eternidad. Documentado de forma permanente para que yo, Demi Davis, lo vea.

Los celos y la ira forman un nudo en el foso de mi estómago. Tengo permitido sentir lo primero, pero no lo segundo.

—¿D? —dice Pippa.

Me pongo la careta de expresión de indiferencia.

—No hemos tenido la conversación de si tenemos exclusividad.

Ve a través de mí.

—Oh, cielo. No sabemos cuándo sacaron esta foto —señala.

Habla TJ:

—La publicaron hace seis días.

—Eso no significa que la sacaran hace seis días —argumenta Pippa.

—¿Por qué iba alguien a subir una foto antigua?

—¿Va en serio? ¡La gente lo hace todo el rato! ¿Los jueves de *throwback*? ¿Los viernes de *flashback*? ¿Los miércoles de recuerdos?

—No usaban ninguno de estos *hashtags* en el pie de foto —replica TJ.

—A lo mejor se olvidaron. No sé.

—¿No sabes qué? —se une una tercera voz.

Levanto la mirada a la llegada de Corinne. Lleva un jersey más grande que su talla y vaqueros ajustados, y el pelo rizado recogido con una goma elástica amarilla arrugada. Se mete en el reservado a mi lado, y ahora todavía parece más estrecho.

—Solo estábamos debatiendo sobre esta foto del chico con el que sale Demi —explica Pippa.

—¿El chico del *hockey*? —pregunta Corinne.

—Sí. —Esa horrible sensación fría sigue palpitándome en el cuerpo.

Coge el móvil.

—¿Cuál de ellos es?

Señalo a Hunter y a la rubia. En la foto, todavía se están besando.

Mierda. De algún modo esperaba volver a mirar y que estuvieran en lados opuestos del encuadre.

Corinne estudia la imagen.

—¿Este es el chico con el que te ves?

—Sí.

—Oh. Lo siento. —Parece genuinamente molesta en nombre mío. O puede que solo sea lástima. Pobre Demi, que no paran de reemplazarla con otras chicas.

Pippa vuelve a coger el móvil y se pasa una cantidad de tiempo excesiva examinando la pantalla.

—No, definitivamente, es una foto vieja —anuncia al fin—. Reconozco a esta chica. —Le da un toquecito a la cara de la pelirroja que hay al lado de Matt Anderson—. Es Jenny.

—¿Quién es Jenny? —pregunta Corinne.

—Iba a una de mis clases de teatro en primero. —Pippa parece aliviada y triunfante al mismo tiempo—. Es una foto vieja, D. Te lo prometo.

—¿Cómo estás tan segura? —Casi me avergüenzo por el globo de esperanza que me crece en el pecho.

—Porque ya no va aquí. Se trasladó al programa de interpretación de la UCLA hace más de un año.

—¿En serio?

—¿Cómo sabes que es ella? —pregunta TJ—. No es una foto muy nítida. O puede que esté en el pueblo visitando a amigos, no lo sabes.

—Espera. Déjame buscar su cuenta de Insta para comparar la foto. Entreteneos solos durante un segundo, chicas y chico. —Se inclina el teléfono, ahora es una mujer con una misión.

Intento concentrarme en Corinne mientras charla de sus clases nuevas de este semestre, pero cuando Pippa suelta un chillido de satisfacción, mi atención rebota de nuevo hacia ella en un instante.

—¡Veis! —Deja el móvil en la mesa, al lado del de TJ—. Esta es Jenny.

Comparo las fotos. Es la misma chica.

—Y no está de visita —añade Pippa—. Según su Insta, lleva varias semanas en Hawaii con su familia.

El alivio fluye a través de mí, y es tan abrumador que me mareo. Y siento náuseas. Y tengo miedo.

No definir una relación es una situación terrible en la que estar. Pero todavía más terrible es el estado mental y de corazón en los que me encuentro ahora. He ido de cero a infidelidad en un nanosegundo. He sucumbido a la sospecha al instante y he asumido que Hunter se había liado con otra en una fiesta.

Me obligo a beberme el daiquiri entero. A escuchar a Pippa y a Corinne, a expresar interés cuando TJ cuenta que este verano va a visitar a su hermano a Inglaterra. Pero no me puedo concentrar. Estoy demasiado irritada por la falsa alarma. Me siento estúpida e insegura.

Necesito hablar con Hunter.

—Ey, me voy a ir yendo —digo cuando Pippa sugiere que pidamos otra ronda—. No tengo la cabeza aquí.

TJ parece decepcionado.

—Solo son las nueve y media.

—Lo sé. Lo siento. Pero estoy exhausta emocionalmente.

—Está bien —dice Pippa, y me dice adiós con la mano—. Te veo mañana de todos modos. La cena con Darius, ¿te acuerdas?

—Es verdad. —Me despido, me subo la cremallera de la parka y salgo del bar. La calle de las hermandades está a tres minutos a pie, pero no voy a mi casa. Me pido un Uber, y al cabo de quince minutos estoy en Hastings, llamando al timbre de Hunter.

Summer me deja entrar.

—Hola. No sabía que ibas a venir. —Me recibe con una sonrisa deslumbrante, porque ese es el estado por defecto de su cara. Deslumbrante.

—Ha sido idea de última hora —respondo vagamente.

Por detrás de su hombro, vislumbro a su novio Fitz cruzando la puerta de la cocina en pantalón de chándal gris y sin camiseta. Retrocede al verme, y levanta una mano tatuada para saludarme con un gesto rápido.

—Ey, Demi. Ha sobrado *pizza*, si quieres.

—No, gracias. Estoy bien. Solo voy a subir a ver a Hunter. —El corazón me va cada vez más deprisa mientras subo las escaleras y me aproximo a la puerta de su habitación.

Cuando llamo, responde con un gruñido fuerte.

—Pírate, Rupi. No quiero ver *Riverdale*. Es estúpido.

—Soy yo —respondo con una risa.

—¿Semi? ¿Y para qué llamas a la puerta? Ven aquí con tu culo bonito.

Entro en la habitación y me lo encuentro espatarrado en la cama. Hay un partido de *hockey* puesto en la tele, pero no sabría decir quién juega. Hunter tiene la cabeza apoyada en un cojín, lleva el pelo oscuro enmarañado y la barba incipiente le ensombrece la mandíbula.

Aparecen los hoyuelos cuando me sonrío.

—Pensaba que no querías venir.

—No iba a venir, pero entonces...

—..., pero entonces te has dado cuenta de que querías tema con mi pene. Sabia decisión.

Sonrío un poco.

—No. Solo... —Dejo la frase a medias.

De repente me siento ridícula por aparecer aquí así. ¿Qué se supone que voy a decir?

«Estaba con mis amigos cuando he visto una foto de ti besando a otra chica y he pensado que era reciente y se me han revuelto las tripas pero entonces ha resultado ser una foto vieja y sin embargo no podía dejar de estar nerviosa así que he venido aquí corriendo sin motivo».

—¿Qué ocurre? —pregunta, y se le arruga la frente—. ¿Qué ha pasado?

Para mi absoluto horror, se me llenan los ojos de lágrimas calientes.

—Demi. —Se sienta—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Solo... ah, soy una idiota.

—No, no lo eres. Pero voy a picar: ¿por qué crees que eres una idiota?

Exhalo de forma atropellada, y entonces derramo la historia entera. Hunter escucha sin una sola interjección, visiblemente desconcertado.

—Lo siento —baluceo—. No estoy diciendo que hayas hecho nada malo, porque no has hecho nada: era una foto antigua. Pero cuando he pensado que no era antigua, mi cerebro ha concluido inmediatamente que me habías puesto los cuernos. Y aquí es donde entra mi idiotez, porque, ¿cómo puedes ponerme los cuernos si ni siquiera estamos juntos de manera oficial?

—Claro que sí.

Me tambaleo.

—Ah, ¿sí?

—Claro que sí. Solo porque no le hayamos puesto una etiqueta, no significa que no estemos juntos. Cuando alguien me pregunta, me refiero a ti como mi novia.

—Ah, ¿sí? —Me seco los ojos húmedos con rabia—. ¿Por qué cojones no te refieres a mí como tu novia cuando estoy aquí?

Se ríe por la nariz con un soplido.

—No lo sé, ¿por qué tú nunca me llamas «tu hombre»?

—Porque no quería precipitarme con las cosas. —Suelto un suspiro pesado, a la par que intento articular las emociones que se arremolinan dentro de mí—. Menuda vergüenza —admito, al fin—. Me gusta pensar que soy una persona madura y equilibrada, y sin embargo he sacado conclusiones apresuradas y he asumido que te estabas acostando con más gente. Y con esto me he dado cuenta de que Nico me ha afectado a la mente. Pensaba que lo había superado, pero al parecer, no. Al parecer, ahora cada vez que pase algo remotamente sospechoso, voy a asumir que la persona con la que estoy se está acostando con alguien más.

Termino con un gruñido angustiado.

—Ven aquí —dice, con voz ronca. Se mueve hacia los pies de la cama, donde estoy paralizada, y me acomoda en su regazo.

Apoyo el mentón en su hombro a inhalo una bocanada débil.

—No has sacado conclusiones apresuradas, Demi. Has visto una foto de mí besando a otra mujer. Sí, es del año pasado, pero al principio no lo sabías. Créeme, si yo viera una foto de ti besando a otro hombre, perdería los papeles.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Mira, sé que hemos hecho esto un poco al revés. No hemos tenido ninguna gran conversación de la relación, ni hemos puesto normas básicas, pero... —Hunter me captura la barbilla con las manos y me levanta la cabeza para que nuestras miradas se encuentren—. Te lo prometo, no me estoy viendo con nadie más. No me estoy acostando con nadie más. Estoy contigo, y voy con todo. —Se le rompe la voz—. Te quiero.

Capítulo 36

Hunter

Nadie tiene tanto trabajo como el hombre que viene después del infiel.

Para ser sincero, me sorprende que Demi no haya tenido una crisis nerviosa como esta antes. Sí, tuvo la crisis violenta, su ataque de ira cuando arrojó las cosas de Nico por la ventana y le pegó una bofetada. Pero creo que nunca terminó de lidiar con las implicaciones emocionales de lo que hizo Nico.

Lo sé todo sobre las secuelas de una infidelidad. Recuerdo cómo actuaba mi madre después de la revelación de la aventura de turno mi padre. Estaba de los nervios y desconfiaba de todo durante semanas y meses más tarde. Cuando le veía inclinado sobre el móvil, se le tensaban los hombros. «¿Con quién habla?», se preguntaba. Cuando tenía que ir a la oficina, la ansiedad le colmaba los ojos. «¿A quién se va a tirar sobre el escritorio hoy?».

Yo solía sentir mucha compasión por ella, pero al cabo de los años se desvaneció. Cada persona está al mando de su propia vida y de sus propias decisiones. No son las víctimas desvalidas de algún jefe supremo que las mantiene atrapadas en un bucle de miseria. Mi madre tomó la decisión de quedarse con él. Ya no puedo sentir compasión por ella, no cuando tiene tantas soluciones distintas a su alcance. No tiene que vivir miserable, ni con miedo, ni desconfiada. No tiene que ser una pusilánime. Elige serlo.

Pero Demi, al contrario que mi madre, no quiere quedarse atascada en esta situación. Ha venido directa hacia mí para buscar confirmación, y se la voy a dar.

—Me quieres —repite.

Se me acelera el pulso mientras estudio su expresión. Es imposible de descifrar. No sé cómo se siente ella respecto a lo que acabo de decir. Joder, ni siquiera sé cómo me siento yo al respecto.

Solo le he dicho estas palabras a otra persona, una novia del instituto. Y si soy sincero, ella las dijo primero y me sentí incómodo por no devolverle el sentimiento. Los chicos adolescentes a veces son unos cobardes estúpidos. No estaba enamorado de ella de verdad, de la chica del instituto.

Pero con esta chica, la mujer preciosa que tengo en el regazo, tengo claro que estoy enamorado de ella. Me encanta todo de ella. Su inteligencia, su descaró, su locura. Tiene la

personalidad más dinámica del mundo. Demi Davis tiene un montón de facetas, y cuantas más descubro, más la quiero.

Así que sí, voy a hacerme cargo de esta tarea desafiante y voy a encarar el embate de las heridas que ha causado Nico. Seré paciente y ayudaré a Demi a volver a ganar confianza en mi estúpido género, que se ha ganado una mala reputación gracias a hombres como Nico y como mi padre. Me voy a quedar a su lado y la colmaré de certezas de que la quiero, hasta que se dé cuenta de que no se tiene que preocupar de por qué estoy haciendo algo o con quién lo estoy haciendo, porque es la única que me importa.

Me recorre una rara sensación de empoderamiento. Y me doy cuenta de algo. Del mismo modo que mi madre tiene el control de su propia felicidad, yo tengo el control de mis impulsos. No estoy esclavizado por mis genes, y no soy mi padre.

—Joder —me maravillo.

—¿Qué? —Todavía parece un poco aturdida por mi admisión de que la quiero.

La miro boquiabierto.

—Nunca te sería infiel.

Se ríe flojito por la nariz.

—No hagas que suene tan sorprendente.

—Pero es que lo estoy. Estoy pensando en la conversación que tuvimos hace un tiempo sobre mi carrera de *hockey*. Sobre cómo no quiero ser como mi padre, lo preocupado que estoy por estar viajando, solo y cachondo y sucumbir a la tentación. Pero no puedo siquiera imaginar estar tentado por alguien más. Puede que sea muy ingenuo por mi parte, pero ahora mismo podrían entrar diez chicas aquí, en pelotas, y yo seguiría teniendo ojos solo para ti. Incluso con esta cara toda hinchada que tienes ahora.

—¿A quién estás llamando hinchada? —objeta.

—A ti. Eres una llorona malísima, Semi. No te queda bien llorar.

Me da un puñetazo en el hombro.

—Se supone que tienes que ser romántico ahora mismo.

—¡Te acabo de decir que te quiero! Créeme, soy un puto romántico.

—Cierto. —Se lame el labio inferior. Entonces se lo muerde—. No sé si estoy preparada para decirlo de vuelta —confiesa, y me río porque está monísima mordisqueándose el labio así.

—No lo he dicho para que lo digas de vuelta. Lo he dicho porque así lo he sentido. Estoy enamorado de ti. Y no quiero besar a nadie más que a ti. —Acerco mis labios a los suyos, y me rodea el cuello con los brazos y me besa de vuelta.

Nos caemos en el colchón, nos besamos con ansia y nos quedamos sin aliento hasta que paramos un segundo para coger aire. Pero ahora estoy apoyado sobre los codos, lo que presiona mi cuerpo malherido, y me manda una descarga de dolor a las costillas.

—No me puedo quedar en esta posición —me quejo—. Me palpita el costado. Perdona, cielo.

—No pidas perdón nunca. Por nada.

Sonrío.

—¿Por nada?

—No, espera, retiro eso. Estoy segura de que vas a tener que pedir perdón por mil cosas que merecerán tus disculpas, pero esta no es una de ellas. Túmbate. Déjame que te haga sentir mejor.

—Se supone que soy yo el que te tiene que hacer sentir mejor a ti.

—¿Entonces por qué has estado mandándome fotos de tus pupas toda la noche?

—Para molestarte mientras estabas con tus amigos.

—Imbécil. Pero, qué, ¿esto significa que me vas a detener si empiezo a besarte todas las pupas? —Me levanta el dobladillo de la camiseta y me planta un beso provocador en la cadera.

Me manda un temblor caliente por la columna.

—Solo un tonto del culo rechaza unos besos gratis.

—Eso pensaba. —De forma muy metódica, me saca la camiseta. Hace una mueca de dolor cuando ve los moratones que me tiñen las costillas—. Oh, qué mala pinta tiene esto. Tal vez no debería estar haciendo esto. —Me recorre los abdominales con la palma de la mano, tentadora, tan cerca de la goma de los pantalones que se vuelve una tortura.

—Deberías estar haciendo esto siempre —discrepo.

—¿Estás seguro de que tu cuerpo puede con esto? Porque yo... lo necesito mucho. —Con expresión avergonzada, dirige los ojos hacia abajo.

—Los dos lo necesitamos —la aseguro.

Demi se quita el jersey y se coloca para desabrocharse los vaqueros. Me deja en la cama solo para coger un condón, y ya está de vuelta, tirando de la cinta de mis pantalones de chándal. No llevo nada debajo, y ella gime feliz. Me la coge y le da una caricia lenta.

Estoy duro, preparado, listo para empezar. Mientras me enrolla el condón, alcanzo su entrepierna y la encuentro igual de preparada. Su sexo mojado se desliza bajo mi palma, y cuando la sostengo con las manos, me envuelve una espiral de placer mareante. Nunca me voy a cansar de esta chica. Me pone de una manera feroz.

—Ven aquí y móntame ya —mascullo.

Se ríe por mi impaciencia, y se sube a mi regazo con cautela. Me toma la base y me guía la punta hasta donde los dos queremos que esté.

—Joder —jadeo cuando está sentada del todo—. Qué sensación más buena. —Entonces empieza a moverse, y es todavía mejor.

Me monta con cuidado de no darme empujones.

—¿Está bien así? —murmura.

Cuando el placer aumenta, aparecen puntos negros en mi visión.

—Más que bien.

Sus caderas se mueven de forma seductora. Se me acelera la respiración. La cojo del trasero y deslizo la palma por su delicada columna, y doy la vuelta para estrujarle los pechos. Me encanta tocarla. Me encantan los sonidos susurrados que emite cuando presiona su cuerpo contra el mío, en búsqueda de su propio placer.

Le paso los dedos por el pelo oscuro y le bajo la cabeza con ansia.

—Bésame —digo con voz raspada.

Y lo hace, y gimotea cuando nuestras lenguas se tocan. Nos quedamos en esa posición eternamente, su boca explora la mía, su cuerpo cubre el mío mientras me folla lentamente hasta la inconsciencia. Y cuando me corro, con un placer ardiente que me envuelve el cuerpo, no tengo ninguna duda de que, a ciencia cierta, estoy enamorado de esta chica.

Capítulo 37

Demi

TJ: ¿Habéis arreglado las cosas el chico del *hockey* y tú?

El mensaje aparece cuando estoy en un bus de camino a Boston. Hubiera preferido coger el tren, pero ninguno de los horarios de salida ni llegada me iban bien con mi horario de hoy. Llevo toda la semana queriendo ir a Boston, pero mi padre ha estado en quirófano casi cada día. Ahora es viernes y está libre, pero esta noche juega el equipo de Hunter, así que he encajado un viaje rápido a la ciudad para luego volver corriendo a Hastings.

No me puedo perder este partido. Al parecer, es un partido crucial de las clasificaciones. Si ganan, ¿van a la semifinal? ¿Creo? No estoy del todo segura de cómo funciona, pero sé que Hunter apreciaría si fuera a animarle.

Estoy en la parte frontal del bus, acurrucada en un asiento con ventana. Por suerte, no hay nadie con fotos de hurones a mi lado. De hecho, no tengo compañero de asiento en general, así que mi bolso tiene un asiento propio.

YO: Sí, todo bien. Hablamos al comienzo de la semana.

ÉL: Oh. No lo mencionaste.

YO: No preguntaste :)

ÉL: Siento que esa foto te sentara mal. Ojalá no te la hubiera enseñado.

YO: No, me alegro de haberla visto. De hecho, fue el catalizador que necesitábamos para tener LA CONVERSACIÓN. En fin, ¿tú cómo vas? ¿Tu profe de Literatura sigue siendo mala gente?

ÉL: Más o menos, pero no importa. Me interesa más tu CONVERSACIÓN. ¿Cómo fue?

YO: Bueno, ahora estamos oficialmente juntos, así que diré que fue bastante bien. Adivina quién tiene novio otra vez xd estoy de camino a Boston para contárselo a mis padres.

ÉL: ¿En serio? ¿Te vas hasta Boston para decirle a tu familia que estás saliendo con un chico?

YO: Sí.

Una sonrisa burlona me hace cosquillas en los labios. Es verdad, con una llamada habría sido

suficiente. Con un mensaje, incluso. Pero mis padres son una parte enorme de mi vida. Siempre hemos sido solo nosotros tres, y en mi familia hablamos las cosas en persona. Nuestra pequeña unidad recibió un golpe cuando Nico y yo lo dejamos, pero mi padre ha dejado de presionarme para que vuelva con él. Pero es cierto que ahora deja caer indirectas sobre que debería dejar de verme con Hunter.

La verdad es que no sé qué problema tiene con Hunter, a parte de su origen adinerado, que no es un problema. Mi padre solo está siendo sobreprotector, y me gustaría llegar a la raíz de eso.

Y como me siento tan valiente, también le voy a decir que no me voy a presentar a la Facultad de Medicina.

Lo que significa que o bien estaré en el partido de Hunter esta noche, o bien estaré muerta.

TJ: Bueno, buena suerte con eso. ¿Tu padre no lo odia?

YO: No sé si le odia como tal. Pero no lo aprueba.

ÉL: Es lo mismo.

YO: No lo es. Pero no importa. Hunter es mi novio, y mi padre tendrá que lidiar con ello. En fin, ¡me tengo que ir! Acabo de llegar a la estación. Bss.

Guardo el móvil y me pongo la parka, preparándome para abandonar la cálida temperatura del bus. El aire está gélido cuando travieso la estación de bus hacia el estacionamiento de los taxis y los coches compartidos. Hay un taxi ahí mismo y hace demasiado frío como para esperar un Uber, así que me meto en el asiento de atrás de uno y le doy mi dirección.

Mi madre me ha dicho que mi padre se ha pasado toda la noche en el hospital y ha llegado a casa a las diez y media de la mañana. Eso significa que lo más probable es que tendré que lidiar con Papá Gruñón hoy. No es lo ideal, pero no puedo organizar mi vida alrededor de los estados de ánimo de mi padre.

Cuando el taxi llega a nuestra casa de piedra arenisca, tomo una profunda bocanada de aire antes de salir del coche. Tengo que reunir todo mi valor, porque mi padre no estará contento de oír lo que le tengo que decir. Pero Hunter tenía razón: mi padre no me va a desheredar. Muy al fondo, sé que no lo va a hacer. Puede que sople y sople, pero no derribará ninguna casita como el lobo.

Solo tengo que mantenerme firme y no dejar que me intimide, sobre todo con lo referente a la facultad de medicina. Es hora de dejar de ser la Niña de Papá y ser mi propia mujer.

Como es habitual, un montón de aromas saludan mis fosas nasales cuando entro en la casa.

—¿Mamá? —pregunto.

—Aquí. —Está en la cocina. ¿Dónde, si no?

Paso por la puerta y casi me desplomo en un charco de baba famélica. Está friendo pollo con pimientos y guisantes, y el olor especiado me atrae hacia los fogones.

—Oh, Dios mío, mamá. Por favor, múdate a la residencia Theta conmigo —imploro—. Podrías cocinar para nosotras cada día. Desayunos, comidas, cenas. —Me estremezco de pura alegría—. Estaría viviendo el sueño.

Mi madre se ríe por la nariz.

La rodeo por detrás con los brazos y le doy un beso en la mejilla. Entonces intento robarle un

trozo de pollo y me da un tortazo en la mano con la espátula.

—¡Vete! ¡Fuera, fuera! —Bate el brazo como si se estuviera intentando deshacer de una mosca molesta.

—Eres mala —me quejo.

Pone los ojos en blanco y sigue cocinando.

Como la comida tiene tan buena pinta y huele tan bien, tomo la decisión ejecutiva de esperar hasta después de cenar para empezar a lanzar las bombas de la verdad. Mi padre parece exhausto cuando se une a nosotras en el comedor. Tiene los ojos oscuros arrugados de la fatiga, y no para de frotárselos durante la cena.

—¿Operación dura? —me compadezco.

—Operaciones, en plural. He empalmado craneotomías: una biopsia y una extracción de un tumor. Y justo cuando pensaba que había terminado, por puente aéreo me llegó un tercer paciente con un hematoma subdural. —Habla de cada caso en profundidad, lo que incluye un montón de detalles técnicos. No entiendo la mitad de lo que dice, pero parece satisfecho de charlar conmigo de ello.

—No me imagino estar en una sala de operaciones durante tanto tiempo —confieso—. Seguramente me dormiría sobre el paciente.

—Requiere una gran disciplina —se ríe—. Es curioso: efectivamente, ha sido una noche larga, pero ni de lejos estoy tan petado como cuando estaba terminando la residencia o cuando iba a la facultad de medicina.

Es el mejor pie para sacar el tema.

«Aprovecha, Demi, ¡aprovecha».

Pero soy una miedica. Así que no lo hago.

En lugar de eso, saco el otro motivo por el que estoy en casa. Es mejor empezar con cosas pequeñas, ¿verdad? Desvelar que tengo un novio nuevo no es tan extremo como contarles que voy a cambiar el rumbo de mi carrera.

Me aclaro la garganta.

—Quería hablar de una cosa con vosotros.

Mi madre mueve la silla hacia atrás con un chirrido y empieza a levantarse.

—Déjame que lo guarde todo primero.

—No, mamá. Venga, siéntate. Podemos hacerlo luego.

—¿Luego? —sueno horrorizada. Porque en nuestra casa, después de una comida copiosa, se limpia todo enseguida. Pero entonces ve mi expresión grave y vuelve a sentarse, con un destello de preocupación en los ojos de color miel—. ¿Va todo bien?

—Todo va más que bien —confieso.

A la cabeza de la mesa, a mi padre se le nubla la expresión. Mierda. Creo que sé qué es lo que estoy a punto de decir.

—Quería haceros saber que... —Suelto un soplo de aire apresurado—. Estoy saliendo con Hunter oficialmente.

Silencio.

—Ehm... Son buenas noticias... —Apunto, mirando ahora a uno, ahora a la otra.

Mi madre es la primera que habla.

—Vale. Marcus. ¿Qué piensas de esto?

—Ya sabes lo que pienso. No creo que sea bueno para ella.

Mi madre asiente de forma deliberada antes de volver a girarse hacia mí.

—¿Eso es todo? —exclamo, incrédula—. ¿Él dice eso y tú solo asientes como una marioneta?

Mi madre frunce el ceño.

—Demi.

—Es verdad. ¡Ni siquiera conoces a Hunter!

—Tu padre dice que no es bueno para ti, y yo estoy de acuerdo con él.

—Ni. Siquiera. Lo. Conoces. —Escupo cada palabra a través de los dientes apretados. Entonces tomo varias bocanadas de aire para tratar de calmarme—. En serio, mamá. Estoy muy decepcionada contigo ahora mismo.

La indignación le ensombrece la cara. Abre la boca y sé que está a punto de dar rienda suelta a su temperamento de latina. Pero el mío gana esta vez.

—¡Siempre dejas que papá dicte lo que piensas! Chillas y gritas y haces pataletas cuando se trata de tus cosas. Tu cocina, tu armario, tus intereses. Pero cuando se trata de cosas importantes, es él quien está al mando de la casa. Y al mando de tu cerebro, al parecer.

—Demi —gruñe mi padre.

—Es cierto —insisto, y sacudo la cabeza mirando a mi madre—. Ni siquiera le has dado una oportunidad a Hunter. Me esperaba más de ti. Y tú, —me giro hacia mi padre—, sí que lo conociste, y solo fue majo contigo. No fue borde, te escuchó mientras hablabas, trató de pagar por la comida...

—Porque es un niño rico —dice mi padre, con sarcasmo.

—No, porque es una buena persona. Y me gusta mucho, muchísimo. —Me crece la angustia en la garganta—. No tiene que caer bien si no queréis, está bien. Pero él va a estar en mi vida de todos modos. Ahora estamos saliendo, y tenemos algo serio. Hemos hablado de hacer un viaje durante las vacaciones de primavera, y tal vez vayamos a Europa este verano. Hunter estará en mi vida os guste o no.

Mi padre tiene la frente arrugada.

—Se supone que este verano tienes que hacer Biología Molecular —me recuerda.

La frustración me tensa todos los músculos. Durante un momento, estoy demasiado tensa para moverme, y para hablar ya ni te cuento. Vuelvo a inhalar, dispuesta a relajarme. Sé por experiencia que las pataletas no funcionan con mi padre. Es impenetrable a los gritos. Si quieres llegar a mi padre, tienes que usar la lógica.

—No voy a hacer esa asignatura —le digo—. No estoy interesada en hacer más clases de ciencia.

Frunce el ceño.

—¿Qué dices?

—Digo que me va a explotar la cabeza. No me importa la biología ni la química ni ninguna de las asignaturas previas a medicina que he estado haciendo estos dos años. —Me lamo los labios, que de repente se me han secado—. No voy a ir a la facultad de medicina después de graduarme.

El silencio que sigue es atronador. Nadie dice una sola palabra, y sin embargo mi cabeza es

una cacofonía de ruidos gracias a mi pulso chirriante. El estado de *shock* de mi padre es inconfundible, pero no sabría decir si está enfadado.

—No voy a ir a la facultad de medicina —repito—. Es algo que me he estado planteando desde... bueno, básicamente desde que empecé en Briar. Quiero hacer un máster y después un doctorado. Y mientras hago eso, me puedo sacar el título de terapeuta y ver a pacientes de verdad...

—Clientes —me corrige con frialdad—. Es distinto.

—Bueno, vale, no serán pacientes. Pero seguirán siendo personas, personas a las que podré ayudar. Esto es lo que quiero hacer —termino. Y cuando me doy cuenta de que se me han hundido los hombros, derrotada, me obligo a ponerme recta. Porque, qué cojones, ¿por qué tengo que estar derrotada? Estoy orgullosa de esta decisión.

Mi padre alza una ceja poblada.

—¿Qué dice tu nuevo novio de esto?

—Me apoya al cien por cien.

—Por supuesto que sí —dice con desdén.

—Marcus —dice mi madre, brusca. Y la miro agradecida. Tal vez lo que he dicho le ha calado un poco.

—¿Es él quien te ha convencido para que no vayas a la facultad de medicina? —inquire mi padre.

—No. Te lo he dicho, he tenido problemas con esto desde siempre. Tomo mis propias decisiones, Hunter solo las apoya. Al contrario que tú. —Se me tensa el pecho de decepción—. En fin. Por esto he venido a casa hoy. Os quería contar, en persona, los dos cambios importantes que está habiendo en mi vida. Estoy con alguien nuevo y estoy pivotando en cuanto a la carrera. Estoy segura de que hay muchas especialidades interesantes en Psiquiatría, pero no es el camino que quiero tomar. —Hago una pausa—. Ah, y ya que estoy siendo extrahonesta: no me gustan los pendientes de aro y le di a Pippa vuestro regalo de cumpleaños porque no me los voy a poner nunca.

El comedor se queda en silencio.

Mi madre se levanta y empieza a recoger los platos. Sin decir palabra, la ayudo. Mientras entramos a la cocina en silencio, fatigadas, me doy cuenta de que tiene los ojos húmedos.

—¿Estás llorando? —pregunto, preocupada.

Parpadea fuerte, y sus largas pestañas brillan con las lágrimas.

—Lo siento, mami. No me había dado cuenta... Yo... —Hace una pausa, y lo vuelve a intentar—. Conoces a tu padre, Demi. Es un macho alfa. Y tienes razón, cedo a él con muchas cosas y me disculpo por ello. Tendría que formarme mi propia opinión sobre tu nuevo novio.

—Sí —coincido.

Se frota los nudillos por debajo de los ojos mojados.

—La próxima vez que vengas a la ciudad, ¿por qué no lo traes y vamos a comer o a cenar? —sugiere, con voz suave—. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso. Gracias —digo, agradecida.

—Por el resto, ya sabes que te apoyaré sin importar la carrera que elijas. —Me guiña un ojo—. Podrías hacerte bailarina de *striptease*, que yo estaría en primera fila animándote. Pero por favor no elijas ese camino porque entonces creo que tu padre podría matarte en serio.

Suelto una risa temblorosa.

—¿Crees que me va a matar por lo de la facultad de medicina?

—Lo superará.

—¿De verdad lo piensas?

—Claro. —Suspira—. Pero no creo que te perdona nunca por darle a alguien tu regalo de cumpleaños. Eligió esos pendientes él mismo, Demi.

* * *

El trayecto a casa está cronometrado a la perfección. El partido de Hunter empieza a las ocho, y el bus estaciona en Hastings justo antes de las siete. Esto me deja el tiempo suficiente para ducharme y llegar a la pista de *hockey* para encontrarme con Pippa y los compis de piso de Hunter. Bueno, excepto Hollis y Rupi. Se han ido de escapada de fin de semana, lo cual es un alivio porque el estadio ya es lo suficiente ruidoso sin la voz de Rupi Miller.

Pero tengo que completar una tarea más. Llevo días pensando en ello, desde que Hunter me dijo que me quería.

Me siento como una cabrona por no habérselo dicho de vuelta, pero no quería que pensara que la única razón por la que se lo decía era porque estaba mal, o simplemente agradecida de que no me hubiera puesto los cuernos. Cuando se lo diga quiero estar calmada y centrada. Quiero que me mire a los ojos y vea cómo me brillan de sinceridad al decirle que le quiero. Porque le quiero.

Y cuando quiero a alguien, mi primer instinto es protegerlo, apoyarlo, animarlo a abrazar sus fortalezas y combatir con sus debilidades. Oí la seguridad en la voz de Hunter al anunciarme que nunca me iba a ser infiel, y eso me transmitió algo importante.

Me transmitió que está empezando a creer en sí mismo.

Claro, seguro que ayuda el hecho de que su temporada no se ha desmoronado después de que empezáramos a dormir juntos, como él temía. Pero incluso si hubiera ocurrido, creo que Hunter habría aprendido las mismas lecciones. Que es capaz de ser fiel. Que es capaz de jugar a *hockey* y tener novia y vida sexual.

De verdad creo que puede tener éxito en la NHL sin dejar que el estilo de vida lo corrompa. No me malinterpretéis, entiendo que le pueda asustar. Garrett Graham no puede salir de su casa sin disfrazarse, por el amor de Dios. Y la novia de Garrett me contó en la discoteca que hay una mujer que merodea por delante de su casa con la esperanza de vislumbrarlo.

Así que sí, es una vida abrumadora. Son largos períodos de tiempo lejos de tus seres queridos. Es sexo servido en bandeja. Pero tengo fe en Hunter. Y aunque ya está empezando a tener fe en sí mismo, necesita un último empujón.

Marco el número de Brenna y miro por la ventana mientras espero a que responda. El bus está a diez minutos de la estación de Hastings.

—Ey —me saluda Brenna—. ¿Todo sigue en pie para esta noche?

—Claro. Pero voy a coger un Uber hasta el campus primero, para hacer una parada en casa, ducharme y cambiarme. Pero tengo una pregunta rápida.

—¿Qué hay?

—¿Tienes alguna manera de contactar con Garrett Graham?

Pasa un segundo.

—Em. Sí, debería poder. ¿Por qué?

—Estoy planeando una sorpresa para Hunter —respondo de manera vaga—. Me iría bien la ayuda de Garrett.

—Claro. No sé si tengo su número guardado en el móvil, pero Fitzzy seguro que lo tiene, o el hermano de Summer. Se lo pregunto.

—Gracias, chica. Te veo en nada.

En cuanto llego a casa, me saco la ropa y me doy una ducha caliente, esperando inyectarme algo de calidez en los huesos de nuevo. Hemos llegado a esa parte del invierno en la que nunca, nunca se está calentito. El febrero en Nueva Inglaterra es un infierno glacial, es la época del año en la que mi madre y yo estamos de acuerdo de todo corazón. Ella odia el invierno de principio a fin, yo lo odio en febrero. Es como un diagrama de Venn en el que las dos por fin estamos en el mismo círculo, y nos pegamos la una a la otra para conseguir calor corporal.

Me envuelvo en la bata y me acerco al armario mientras pienso qué me pongo. Me gustaría estar mona para Hunter si vamos a salir luego, pero en el estadio hace mucho frío. Sí, hay calefactores y cuerpos suficientes para generar algo de calor, pero no elimina del todo la rasca.

Al final me decido por unas mallas gruesas, unos calcetines gruesos y un jersey grueso rojo. Palabra clave: grosor. Parezco una nube de chuche, pero oh, vaya. El calor desbanca a la belleza.

Estoy a punto de empezar a maquillarme cuando se me ilumina el móvil. Espero que no sea Hunter llamando para preguntar cómo ha ido en Boston. Se tiene que concentrar en el partido de esta noche, y oír que mi padre y yo no nos hablamos no lo va a motivar para la clasificatoria. Ya se lo contaré luego.

Pero no es Hunter; es TJ.

—Ey —le saludo—. ¿Vienes al partido? Al final no me respondiste.

—No. No voy.

—Ah. Vale. Qué mal. —Abro el estuche del maquillaje—. Habría estado bien verte.

—¿En serio? ¿Lo habría estado? —Su voz de burla se extiende por mi oído.

Frunzo la ceja.

—¿Estás bien? Parece que estés un poco borracho.

Solo se ríe.

Arrugo más el ceño.

—Vale, entonces. Bueno. Me estoy preparando, así que dime qué ocurre, si no te llamo mañana.

—Mmm-hmmm. —Todavía se está riendo, pero ahora tiene un toque de histeria.

—TJ. —Una sensación de mareo me hormiguea en el estómago—. ¿Qué coño está pasando?

Silencio. Dura unos tres segundos, y justo cuando estoy a punto de comprobar si se ha cortado la llamada, TJ empieza a balbucear. Habla tan rápido que apenas puedo seguirle el ritmo, y mis interrupciones constantes —«¿Espera, ¿qué?», «¿Qué estás diciendo?», «¿Qué significa esto?»— solo lo ponen más nervioso. Para cuando se queda sin fuelle, estoy a punto de vomitar.

Tomo una bocanada de aire temerosa.

—Quédate donde estás. Estoy de camino.

Capítulo 38

Hunter

La emoción crepita en el aire mientras mis compañeros de equipo y yo nos preparamos. Quien gane esta noche pasa a la final de la liga, así que todos sentimos la presión. La temporada pasada llegamos a esa final, y sufrí una rotura de muñeca gracias a un novio despechado. Esta semana mi muñeca está perfectamente y mi pene no me ha metido ni en un solo problema.

A mi lado, Bucky se está subiendo los pantalones hasta las caderas mientras barbotea con Matt y Alec sobre unas terapias radicales nuevas que se usan con los deportistas en estos tiempos.

—Os lo juro, es una cámara donde parece que se tortura a James Bond. Te meten nitrógeno líquido a menos ciento cincuenta grados.

—¿Y entonces qué? —Alec parece fascinado.

—Bueno, en teoría estimula la cicatrización. En realidad creo que solo te congela.

Les echo una mirada, divertido.

—¿De qué estáis hablando?

—Crioterapia —responde Bucky.

—Parece intenso —apunta Conor, que está sentado en el banquillo a mi lado. Levanta la mano y se coloca el pelo rubio detrás de las orejas.

—Tío —le digo—. No sé si te lo ha dicho alguien, pero... tus greñas están bastante cerca de ser un *mullet*.

Desde su taquilla, Matt ulula.

—Hombre de negocios por delante, fiestero por detrás, *yeah*.

Conor se encoge de hombros con indiferencia. Ni que le informen de que lleva greñas incomoda este chico. Ojalá pudiera embotellar su confianza y vendérsela a los adolescentes con acné. Lo petaríamos.

—Te lo tendrías que cortar —recomienda Jesse—. Es un cortarrollos para las tías.

Conor pone los ojos en blanco.

—Primero, no hay nada que yo pueda hacer que le corte el rollo a una chica.

Seguramente tenga razón.

—Y segundo, no me lo puedo cortar. O perderemos el partido.

—Mierda —dice Jesse, y empalidece—. Tienes razón.

Los jugadores de *hockey* y sus supersticiones. Parece que Con no se va a cortar el pelo hasta abril.

—Dios santo, ¿qué es este hedor? —inquire el entrenador desde la puerta. Entra en los vestidores con la nariz arrugada de la repulsión.

Intercambio una mirada con los chicos. Yo no huelo nada, y las expresiones de los demás me dicen que están igual de confundidos.

—Huele como si hubiera explotado una fábrica de azufre —gruñe el entrenador.

—Oh —cae en la cuenta Bucky—. Sí, es Pablo.

—¿El huevo?

No puedo evitar reírme.

—Yip yip...

—Hostia, no digas «yip yip», Davenport.

Lo ignoro.

—... porque esto es lo que pasa cuando le pides a alguien que cuide de un huevo durante cinco meses. Que se pudre. Ya estamos todos acostumbrados al olor. —Echo un vistazo a Bucky, que está sacando a Pablo Huescobar de su taquilla—. Pensaba que lo guardabas en esa funda con cremallera para contener el hedor.

En estos momentos, Pablo está envuelto en varias capas de celofán, con su funda para bebidas ajustada alrededor del fardo de plástico. Ni siquiera se le ve la carita de cerdito porque el plástico supresor del olor hace dos centímetros de grueso.

—Lo he sacado porque me daba pena el pobre, siempre encerrado ahí dentro. No es un criminal.

Las risitas retumban por los vestidores. Al entrenador, sin embargo, no le hace gracia.

—Dámelo —ordena, y prepara su zarpa enorme.

Bucky parece alarmado. Me mira a mí como preguntando: «¿Debería dárselo?».

Me encojo de hombros.

—Él es el jefe.

En el segundo en el que el entrenador tiene a nuestra mascota en la mano, se dirige a la basura que hay al lado de la puerta y tira a Pablo sin ningún miramiento.

Estalla un sollozo estrangulado, cortesía de Bucky, seguido de un silencio que provoca un ambiente espeluznante en la sala.

Siento que me acaban de quitar el aire. Pablo lleva siendo una parte de nosotros desde hace tanto que ni siquiera sé qué decir. Las caras pasmadas de mis compañeros confirman que se sienten igual.

El entrenador Jensen se cruza de brazos.

—Felicidades, habéis aprobado la absurda tarea que no os quería asignar ni pensaba que recordaríais llevar a cabo. Pero... —Su voz se vuelve áspera— me habéis demostrado un buen trabajo en equipo y responsabilidad pasándoos ese huevo. Y yo soy un hombre de palabra: hablé con el decano y dijo que podríamos organizar algo con lo del cerdo.

Bucky está extático.

—¿En serio? ¿Vamos a tener al cerdito? Tíos, lo hemos conseguido.

—Pablo el Cerdito —dice Jesse lentamente—. No tiene el mismo gancho. Necesitamos un nombre nuevo.

—Pablo Puercoabar —soltamos Conor y yo al unísono, y nos giramos el uno hacia el otro, sonrientes.

—Oh, Dios —dice Matt con un llanto de la risa—. Ya está, a callar todo el mundo. Nada de lo que digáis puede superar eso.

El resto del equipo se está partiendo la caja. Incluso al entrenador le tiemblan los labios. Pero entonces da unas palmadas para indicar que la Hora Feliz se ha terminado y todo el mundo reanuda su preparación.

Estoy a punto de pasarme el protector pectoral por la cabeza cuando me vibra el móvil Echo un vistazo en mi taquilla y veo una llamada entrante de Garrett.

—Ey, entrenador —le digo—. Tu hijo favorito Garrett Graham está al otro lado de la línea. ¿Te importa si lo cojo?

Mira el reloj. Tenemos treinta minutos antes de que dejen caer el disco inicial.

—Sí, pero que sea rápido, Davenport. Y dile que fue una jugada brillante, la del final de la tercera parte del partido de ayer contra Nashville.

—Lo haré. —En los vestidores hace demasiado ruido, así que salgo al pasillo, donde asiento para saludar al guardia de seguridad. Briar se toma en serio la protección de sus deportistas.

—G —respondo al subirme el móvil a la oreja—. ¿Qué hay?

—Ey, me alegra haberte pillado. Estaba preocupado por si ya habías apagado el móvil.

—Oh. ¿Me llamas para desearme suerte?

Suelta una risa por la nariz.

—No la necesitas. Los de la UB no tienen ninguna probabilidad de ganar.

Ya te digo que no la tienen. Han sido nuestra competencia más dura del año, pero tengo la seguridad de que podemos vencerlos. Claro, habría preferido jugar contra un oponente más blando. Como los del Eastwood College, que, como sospechaba, no han conseguido organizarse a pesar del portero maravilloso que tienen. Kriska puede parar mil goles, pero no ayuda si sus delanteros no están marcando nada en la otra portería.

—El caso, estoy con Landon en su despacho ahora mismo. Se va a Los Ángeles esta noche y estará fuera dos semanas, pero quería ponerse en contacto contigo antes de marchar.

—¿Landon? —no tengo ni idea de quién está hablando G.

—¿Landon McEllis? Mi agente, pero ahora mismo no podemos pronunciar esta palabra, así que como si no la hubiera dicho. De hecho, no estamos teniendo esta conversación, ¿vale?

—Vale. ¿Por qué llamas exactamente?

—Porque acabo de hablar con Demi y me ha dicho que te gustaría firmar con algún club después de la graduación.

Casi se me cae el móvil.

—¿Qué? —¿Cuándo cojones ha hablado con Demi?

—Sí, hemos hablado del tema con todo lujo de detalles. Se preguntaba si necesitabas un agente para firmar, y le he explicado que técnicamente no puedes tener un agente mientras estás en un programa universitario de la NCAA. Pero justo estaba con Landon cuando ha llamado, que ha querido tener una charlita rápida contigo. Pero recuerda: esta conversación no está

ocurriendo.

Entiendo su necesidad de secretismo. A los deportistas de la NCAA no se les permite tener ningún contacto con agentes deportivos. Incluso los chicos a los que ya han reclutado están obligados a detener la relación jugador-agente de manera oficial durante lo que dure su carrera universitaria.

De todos modos, eso es lo oficial. En todos los deportes hay un poco de cosas turbias entre bastidores. Pero es importante ir con cuidado.

—Te pongo en altavoz —dice Garrett—. ¿Va bien?

—Adelante. —Todavía estoy un pelín aturdido.

—Hunter, hola. Landon McEllis al habla.

—Hola, señor.

—Deja esto de «señor», llámame Landon. —Se ríe—. Escucha, cuando G ha mencionado que podrías estar en el mercado para los agentes el año que viene, prácticamente he saltado de la silla y me he tirado encima del teléfono.

Que me maten si esto no me hincha un poco el pecho.

—Quería presentarme —prosigue—. De manera no oficial, por supuesto.

Trato de no reírme.

—Por supuesto.

—Y no voy a andarme con rodeos: eres uno de los mejores jugadores universitarios del país. Si estás interesado en jugar en la liga profesional, te puedo buscar un acuerdo sin mover ni un dedo.

—¿En serio? —Sé que a los chicos de dieciocho y diecinueve años les es mucho más fácil aterrizar en algún club grande. Pero yo tendré veintidós cuando me gradúe. Sí, llegaré allí a una edad ya, un hombre viejo con la edad actual de veintiún años. Pero las carreras deportivas son cortas.

—Totalmente. Y mira, no puedo hacerte firmar ahora mismo, y no podemos volver a hablar después de esta noche. Pero quería evaluar tu interés, enterarme de qué otros agentes estás considerando...

—No estoy considerando a otros agentes —admito. Joder, no me esperaba recibir noticias de este agente. No sé si estar enfadado por la interferencia de Demi, o estarle eternamente agradecido. Incluso podría meterme en problemas con la universidad si alguien se enterase de que Landon y yo hemos tenido esta conversación.

—Entonces estás interesado —dice.

—Sin duda. —Incluso si tuviera una docena de agentes llamándome a la puerta, Landon McEllis seguiría estando en lo más alto de la lista. Su plantilla de clientes es asombrosa, y Garrett no ha dicho más que cosas buenas de él.

—Perfecto, entonces estamos en la misma página. —Vuelve a reírse—. Me pondré en contacto contigo el año que viene.

—Estupendo. Gracias, señor... digo, Landon.

—Mételes una paliza esta noche —me pía la voz de Garrett en el oído—. Hablamos luego.

—Hasta luego, G. —Cuelgo. Otra vez me he quedado sin aliento, y me quedo parado mirando el móvil. Joder, con Demi. Esta mujer es literalmente lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Davenport —retumba una voz grave.

El universo tiene un sentido del humor magnífico, porque en el momento en el que pienso en Demi, aparece su padre como un espectro aterrador.

Lo observo confundido, porque, o estoy alucinando, o es verdad que es Marcus Davis el que está al otro lado del pasillo.

Un segundo guardia de seguridad le impide entrar. La universidad empezó a tomar más precauciones después de que se colara algún que otro maleante a los vestuarios. En lo que llevo aquí no ha pasado nunca, pero Dean contó que cuando iba a primero, un equipo rival se infiltró llevando un abrigo lleno de botes de sirope de chocolate y rociaron la salsa marrón por todo nuestro vestidor. Cuando los jugadores de Briar llegaron antes del partido, se pensaron que era diarrea lo que caía de las paredes.

—Ey, está bien —le digo al guardia—. Le conozco.

El guardia se echa a un lado, y el Dr. Davis se acerca acechante con toda su terrorífica magnitud. Jesús, es un hombre enorme. Irónicamente, solo debe de ser cinco o siete centímetros más alto que yo, pero su complexión es como la de Dwayne La Roca Johnson, y parece que me doble el tamaño. Me confunde la mente que este hombre enorme se pase los días realizando operaciones delicadas en una sala de operaciones. Pero no hay que juzgar a los libros por su portada, ¿no?

—Hola, señor. —Me preparo para su respuesta, que sospecho que no será amable. No lo veía desde el corto e incómodo *brunch* que tuvimos en enero, cuando dejó clarísima su aversión por mí.

—Es hora de que tengamos una conversación —contesta el Dr. Davis—. Hombre a hombre. Me trago un suspiro.

—Me encantaría, señor, pero tengo un partido que empieza en unos veinte minutos. ¿A lo mejor podríamos posponerlo para mañana?

—No. No podemos. Me tomo muy en serio los asuntos relacionados con mi hija.

—Yo también —digo, simplemente—. Significa mucho para mí.

—Ah, ¿sí? ¿Y por eso la estás animando a tirar su futuro por la borda? —Se le endurece el tono como el hielo, y sus duros rasgos son todavía más intimidantes cuando está enfadado.

Es evidente que el viajecito a Boston de Demi no ha ido tan bien como esperaba.

—No está tirando su futuro por la borda —respondo en tono cauteloso—. Se queda en el mismo campo, pero toma otro camino para llegar a la meta.

—¿Sabes cuánto gana un psiquiatra de media? Más de doscientos mil al año. Doscientos setenta y cinco, en el mejor de los casos. ¿Quieres que lo comparemos con un psicólogo clínico? O, mejor aún, ¿con un terapeuta cualquiera? Hay uno de estos en cada esquina.

—A Demi no le importa el dinero. Y no quiere ser doctora en medicina. Quiere hacer un doctorado.

—Mira, chaval, ¿a santo de qué estás dictando las decisiones vitales de mi hija?

—No estoy dictando sus decisiones vitales. En todo caso, ella es la dictadora de nuestra relación. —No puedo evitar reírme por la nariz—. ¿Conoce a su hija? Es la persona más mandona del planeta.

Durante un milisegundo hay un destello de humor en sus ojos, y creo que tal vez, tal vez, se está ablandando. Pero desaparece en cero coma, y su cara vuelve a volverse de piedra.

—No confío en ti —dice, firme.

Suelto una respiración cansada.

—Con todo el respeto, señor, ni siquiera me conoce.

—Tú y mi hija sois demasiado diferentes. Ella es...

La puerta que hay detrás de mí se abre sin avisar. Espero a que aparezca la cara furiosa del entrenador, así que ya estoy pronunciando «Lo siento, yo...» cuando me doy cuenta de que estoy delante de Matt.

Matty se asusta de ver a un hombre calvo corpulento que se cierne sobre mí, pero entonces se sacude y vuelve en sí.

—Tío, tienes que entrar ahora mismo. —Me pone su móvil debajo de la nariz—. Es un puto caos.

Junto las cejas.

—¿El qué?

—Hay un jaleo de la hostia en la residencia Bristol. Hay dos personas en la azotea y parece que van a saltar. Alguien lo está tuiteando en vivo, y la chica del ático de la residencia Hartford ha conseguido sacarles una foto. —Matt me mete el móvil en la mano—. Una de las dos personas es tu chica.

Capítulo 39

Demi

Ninguno de los dormitorios del campus ofrece acceso a la azotea a sus residentes. De hecho, está expresamente prohibido estar en esta zona, lo cual es comprensible. La administración no quiere fiestas escandalosas ahí arriba. Ni a chavales borrachos muriendo por caídas accidentales.

O, en casos excepcionales, no accidentales.

La mayoría de universidades tienen guardias de seguridad contra estas mierdas. Las puertas van con una llave que solo tienen los de mantenimiento. Algunas residencias nuevas requieren de una tarjeta para acceder a la azotea. Pero la residencia de Bristol es conocida por su laxa seguridad. La puerta que lleva a la azotea es vieja, y es fácil forzar la cerradura. Si vives allí, como yo en primero, se sabe lo fácil que es colarse a la azotea de Bristol. La mayoría de residentes pasan desapercibidos, suelen subir a fumar maría o a follar. Se entiende que si usas la azotea de Bristol, no lo publicitas.

TJ, sin embargo, parece que no recibió la notificación.

Y yo nunca he tenido tanto miedo en mi vida como ahora que observo a mi amigo de pie en la cornisa, y la silueta de su cuerpo delgado se dibuja contra la oscura noche.

—TJ, por favor —se me rompe la voz. Me cuesta hablar desde que he llegado. No, incluso desde antes. Desde que me ha llamado hace veinte minutos y me ha informado de que se iba a matar.

¿Cómo coño no vi las señales?

¿Estoy planeando convertirme en psicóloga y no he sabido ver que uno de mis amigos cercanos tenía conductas suicidas?

Quiero llorar. No me había dado cuenta de que TJ estaba sufriendo. Sí, a veces está de bajona, pero desde que lo conozco, nunca, ni una sola vez, ha expresado sentimientos de desesperanza ni ha hablado del suicidio. Puede que haya mostrado tendencias ansiosas, pero no suicidas.

Hasta ahora, todos mis intentos de convencerlo de bajar de la cornisa han fracasado. No sé cómo comunicarme con él.

—TJ —imploro—. Baja de ahí.

—¿A ti qué más te da? —escupe—. No te importa nadie más que tú misma.

Sus duras palabras me duelen, pero bloqueo mis propias emociones de esta ecuación. Esto no va de mí. TJ está pasando por un mal momento.

«¿Pasando por un mal momento?», chillaba una voz en mi cabeza. «¡Has ganado el premio del año a quedarse corta!».

Tengo el corazón atascado en la garganta, capaz de ahogarme. La azotea está cubierta de hielo porque nadie sube nunca aquí a tirar sal. Para hacerlo exponencialmente peor, está empezando a nevar, y se está levantando viento. Un paso en falso y se...

«¡Ni siquiera lo pienses!».

—TJ, por favor baja de ahí y vuelve —le ruego—. Ven a hablar conmigo.

—No. No quiero hablar. Odio hablar, Demi, joder.

—Ya sé que lo odias —susurro.

Me acerco lentamente a él. Las sinapsis de mi cerebro están en modo pánico total mientras tratan de catalogar las señales de alarma que he omitido.

TJ siempre ha sido antisocial, pero también hacía esfuerzos por salir por salir por ahí conmigo, por socializar con mis amigos. No se aislaba de todo el mundo, así que no lo consideraba una señal de alarma. Apenas bebe, no abusa de las drogas, así que aquí tampoco hay alarmas. Tiene problemas al abrirse con la gente, al expresar sus emociones, pero eso no es raro. Corinne es igual de precavida, y a ella tampoco la he catalogado nunca de suicida.

Dios. No sé qué hacer.

De verdad que no lo sé.

Esto no es un proyecto de clase, ni una jodida serie de crímenes. Esto es la vida real, y estoy completamente desamparada.

Lo vuelvo a intentar.

—Escucha, es obvio que has estado bebiendo...

—No, no he bebido. —Su voz resuena con una serenidad inquietante.

Me muerdo el labio. Mierda. ¿Está sobrio? Está literalmente sobre una cornisa a cuatro pisos del suelo, ¿y está sobrio e indiferente?

De repente oigo el berrinche de las sirenas a lo lejos. Me da un brinco el corazón. ¿Es por nosotros? ¿Alguien nos ha visto aquí arriba y ha llamado a la policía? Dios, quiero que llegue la policía. Quiero que traigan a uno de esos negociadores que hablan con los que están a punto de saltar y los convencen para que no se suiciden.

Yo no estoy capacitada para encargarme de esto.

El viento se me mete por debajo del pelo y lo hace volar como un pájaro en pánico. Ni siquiera he cogido el abrigo cuando he salido corriendo de mi casa. Llevo el jersey rojo y las mallas y las botas, y hace tanto frío que lo noto en los pulmones. No me puedo ni imaginar del frío que debe estar pasando TJ: lleva una camiseta fina. Una ráfaga fuerte sería capaz de derribarlo, con su complexión liviana. Y a juzgar por los copos de nieve que caen y se arremolinan feroces en el aire, esa ráfaga podría darse en cualquier momento.

—Vale —digo, débil—. Vale. Si tú no vas a bajar, voy a subir yo.

—No te acerques, Demi. —Se le tensan los hombros—. En serio. Voy a hacerlo.

Aprieto los dientes, de miedo, no de ira, y me acerco más a la cornisa.

—No quiero que lo hagas —le digo, mientras el corazón me percute un ritmo aterrado en las costillas—. Primero quiero hablar contigo. Después de eso, podemos trazar tu próximo

movimiento.

—No hay nada de qué hablar. Vuelve con tu nuevo novio.

Llego a la cornisa. Y casi vomito cuando veo la fina capa de escarcha blanca que cubre el cemento. Por lo menos espero que solo sea escarcha, y no un trecho sólido de hielo.

—¿Va de esto, entonces? —pregunto—. ¿De Hunter y de mí?

—Sí, estoy aquí a punto de matarme de un salto por Hunter y por ti. ¡Hostia puta, Demi! Eres una jodida egocéntrica.

Me estremezco. Entonces inhalo una bocanada de aire gélido y levanto un pie para ponerlo en la cornisa. Resbala al primer intento. Mierda, sí que es hielo. Oh, Dios. ¿Qué cojones estoy haciendo ahora mismo?

«Salvar a tu amigo. Necesita ayuda».

Sí. TJ necesita ayuda.

Tomo otra bocanada de aire.

La segunda vez, consigo subir. Y entonces estoy de pie a su lado, y cometo el terrible error de mirar hacia abajo y hostia puta, mirar hacia abajo ha sido una idea horrible.

Inhalo a través de la oleada de mareo que me ha dado. Inhalo. Entonces exhalo. Me obligo a seguir respirando. No vuelvo a mirar hacia abajo. Pero la imagen ya se ha grabado con fuego en mi cerebro. Esa caída enorme. Tampoco hay hierba ni arbustos, ahí abajo. Solo la acera.

Se me escapa el aliento en forma de nubes blancas frenéticas. Ha sido lo más aterrador que he visto en la vida.

Pero lo que es incluso más aterrador es la idea de perder a TJ. Puede que no haya oído sus gritos de socorro antes, pero ahora seguro que los estoy oyendo.

—Bájate —me espeta, pero la ira ha abandonado su voz. Ha sido reemplazada por preocupación. Desesperación—. Te podrías hacer daño.

—Tú también. Y no voy a bajar hasta que lo hagas tú.

—¿En serio? ¿De repente te importo tanto?

—Siempre me has importado, TJ. Eres uno de mis mejores amigos.

«No vuelvas a mirar hacia abajo, Demi. No lo ha...».

Vuelvo a echar un vistazo hacia abajo y casi vomito. Cuatro pisos son, qué, ¿quince metros? ¿Por qué parece mucho más alto desde donde estamos? Nunca había pensado que quince metros es tanto.

—Mejores amigos —se mofa TJ—. ¿Sabes lo condescendiente que es eso?

—¿El qué, llamarte mi amigo? Te conozco desde primero, TJ.

—¡Exacto! ¡Desde primero! Eso significa que he esperado casi tres años a que te despertaras y te dieras cuenta de lo imbécil que era Nico.

El viento nos ondula el pelo. Esta vez me niego a mirar para abajo desde el borde.

—Y entonces cortaste con ese capullo, y te di espacio y tiempo para sanar. Pensé: solo ten paciencia, tío. Tenemos una conexión, y pensé: por fin verá lo que ha tenido delante durante tres años. —La angustia le nubla la cara—. Pensaba que vendrías a mí después de dejar a Nico, y en lugar de eso, ¿vas a por ese estúpido del *hockey*?

No defiendo a Hunter. Tengo miedo de que sea el detonante de que TJ tome medidas drásticas. Pero sí que doy un rodeo con una observación suave.

—Pensaba que habías dicho que esto no iba sobre mí.

—Vale, supongo que sí. No todo, pero en parte sí. Solo estoy cansado de ser puto invisible. Invisible para ti, invisible para mi familia. Mis padres están obsesionados con mi hermano y su trabajo estelar en Londres y yo solo soy el segundo plato de todo el mundo, si es que paso por su mente en algún momento. Cosa que dudo.

—Eso no es verdad. —Una vez conocí a sus padres y parecía que querían mucho a su hijo. Las apariencias engañan, lo sé. Pero el instinto me dice que los padres de TJ entrarían en pánico si supieran lo que está considerando hacer su hijo ahora mismo.

—Creo que no te estás reconociendo muchas cosas a ti mismo —le digo.

Las sirenas se vuelven más fuertes.

TJ se tensa. Cambia la posición de los pies y de forma instintiva me preparo para lo peor. Pero entonces vuelve a ponerse recto, y me mareo tanto del alivio que casi pierdo control de mi vejiga y me lo hago en los pantalones.

No me he movido ni un centímetro desde que he subido aquí. Soy una estatua en esta cornisa. Tiene unos dos pies de ancho, así que no es que me sobresalgan los dedos por el borde, pero siento que estoy haciendo equilibrios sobre un clip de alambre.

—¿Por qué no me habías hablado nunca de todo esto? De que te sientes ignorado por tus padres, de que te sientes inferior a tu hermano, de que sientes que quieres... —«Morir». No lo digo en voz alta. Me muerdo fuerte el interior de la mejilla—. Sabes que habría estado ahí para ti. ¿Por qué no pediste ayuda?

—¿Por qué lo elegiste a él? —dice, en lugar de abordar mi pregunta.

—No era cuestión de elegir. —Suspiro, cautelosa—. No es que tú y Hunter estuvierais los dos delante de mí y yo haya tenido que elegir entre vosotros. Él y yo éramos amigos, y ha evolucionado hacia algo más...

—Tú y yo somos amigos. ¿Por qué no hemos evolucionado nosotros hacia algo más? —El dolor y la traición le oscurecen los ojos.

Mierda, no he dicho lo correcto.

—No lo sé —digo, simplemente—. Atribúyeselo a la química, supongo. Tengo química con él.

—¿Y conmigo no?

¿Qué hago ahora? ¿Le miento? ¿Le doy esperanza solo para bajarle de esta cornisa?

Pero eso me parece cruel y deshonesto. Además, creo que será capaz de ver a través de mí. No tengo sentimientos románticos por TJ. Nunca los he tenido.

Decido ser sincera, porque así es como soy yo.

—No siento ninguna química sexual contigo —admito—. Creo que eres atractivo...

—Vaya trola —escupe.

—De verdad lo creo —insisto—. Tienes unos ojos muy amables, y un buen culo.

Titubea, como si estuviera tratando de determinar si estoy mintiendo.

—Pero, objetivamente, también creo que Liam Hemsworth está buenísimo, y no tengo ningún deseo de acostarme con él. No puedo explicar la química. Hay gente que la tiene, y hay gente que no.

—Química —responde. El dolor le retuerce las facciones—. ¿Por qué yo no tengo química con nadie?

—¿Puedo aventurar una hipótesis?

Me dirige una mirada penetrante.

—Acabas de decir que durante los últimos tres años has estado esperando a que corte con Nico. Así que, parece lógico que no te has expuesto demasiado a la gente. En casi tres años, solo has tenido una cita, hasta donde yo sé. La de mi compañera de la hermandad con la que te junté. Si estás cerrado al potencial de salir con alguien, no vas a encontrar a nadie.

—No estoy cerrado a ello. —Pero no suena convencido.

El viento vuelve a agitarme el pelo, y tengo un escalofrío que me va desde la nuca y baja por la columna vertebral como las ratas cuando se escapan de un barco que se hunde. Me gustaría poderme escapar, también. Hace mucho frío aquí arriba. Pero no pienso bajar de esta azotea sin TJ. Me quedaré aquí toda la noche si hace falta.

—Sí, lo estabas —le digo—. Y lo entiendo, ¿vale? Pillarse de una chica con novio es una mierda. Incluso peor, significa que no estabas transmitiendo las vibras que querías. Has perdido casi tres años, TJ. Pero, y aquí viene la parte buena, todavía te queda un año y medio de universidad. Tienes un montón de tiempo para ponerte ahí fuera y conocer gente.

—Ya me he cansado de exponerme —argumenta—. No después de ti.

Me trago la frustración. No parece ocurrírsele que nunca se ha expuesto a mí, nunca me ha expresado sus emociones: solo estaba ahí de forma pasiva esperando a que me diera cuenta de que le gusto. Supongo que era más fácil eso que sacar sus sentimientos a la luz.

Pero ¿por qué yo no me había dado cuenta? Joder. La tristeza me trepa por la garganta mientras pienso en todas las veces que Nico, incluso Hunter, me han dicho que le gustaba a TJ. No lo veía.

O tal vez no quería verlo.

Puede que, como TJ, y como el resto del mundo, elegí el camino fácil. De forma inconsciente, por lo menos. A lo mejor era más fácil permanecer ciega ante los verdaderos sentimientos de TJ, categorizarlo como un amigo que me necesita, en lugar de procesar qué podían significar esos sentimientos para nuestra amistad.

—TJ —digo con suavidad. Y por primera vez en cinco minutos, me muevo. Extiendo la mano hacia él. Me tiemblan los dedos más de lo que me han temblado nunca. Tengo tanto miedo que siento que va a ser inevitable mearme en los pantalones.

Observa mi mano visiblemente temblorosa, con la tristeza en los ojos mientras se aparta los copos de nieve de la cara.

—Tienes miedo —musita—. No quiero que tengas miedo.

—Entonces baja de esta cornisa conmigo —suplico.

No responde.

Dejo caer la mano, y me la vuelvo a apretar fuerte contra el costado.

El murmulio leve de las voces asciende hacia nosotros. Se ha reunido un grupo de gente bajo nosotros. Consigo ver a los policías uniformados, y me pregunto si el que nos arrestó a Hunter y a mí está ahí. El Agente Hill. Ese gilipollas. Una ambulancia y varios coches de policía se han detenido en el aparcamiento delante de la residencia.

—No hay nada para mí aquí —masculla TJ—. Prefiero estar muerto a seguir lidiando con esta estúpida vida de mierda.

—Puede que no te mueras —apunto.

—Estamos a cuatro pisos de altura. Es como una caída de quince metros.

—Con una caída desde cuatro o cinco pisos de altura tienes un porcentaje del cincuenta por ciento de sobrevivir. Desde treinta metros, claro, lo más probable es que te mueras. —Arqueo una ceja—. Pero la mayoría de caídas desde esta altura no son fatales.

Le destellan los ojos.

—No estoy de humor para oír tus falsas estadísticas de mierda, Demi.

—No son falsas. He hablado de esto con mi padre esta misma noche.

—¿Por qué cojones ibais a hablar de esto?

—Porque mi padre ha operado a un hombre que se había caído por la ventana de un apartamento a dieciocho metros de altura. Estaba intentando fumarse un cigarro a escondidas de su mujer, así que se ha apoyado en la ventana y ha perdido el equilibrio. Se ha caído de cabeza contra el asfalto. —Trago saliva—. ¿Quieres que te cuente lo que le ha pasado?

—Ha sobrevivido a su gran aventura aunque su mujer se ha divorciado de él por fumar a sus espaldas, y ahora vive feliz comiendo perdices con la enfermera sexy que le ha bañado con esponjitas —dice TJ con sarcasmo—. Moraleja: siempre vale la pena vivir la vida. Buen intento, Demi.

Suelto una carcajada sin humor.

—No. Ha sobrevivido a la caída, pero ha sufrido una fractura de cráneo, lo que le ha provocado un hematoma subdural. Mi padre le ha operado pero la lesión es demasiado severa. Sigue vivo, pero tiene el cerebro muy dañado. No volverá a llevar vida normal. Ah, y se ha quedado ciego de un ojo porque la caída le ha herido el nervio ocular. Todavía es pronto para decir el grado de deterioro cognitivo, pero mi padre no tiene muchas esperanzas.

TJ parece aturdido. Se queda tan en silencio que da miedo, con la mirada pegada al suelo que tenemos debajo.

Las luces intermitentes rojas y azules cortan la oscuridad. Las nubes espesas oscurecen la luna, y la nieve que cae es un despliegue de blanco cegador contra telón de fondo que es el cielo negro como la tinta. A pesar de la multitud que se ha reunido delante de la residencia Bristol, parece que TJ y yo somos las únicas personas que hay en el mundo ahora mismo.

Tengo el estómago lleno de nudos mientras me estrujo el cerebro y me pregunto qué más podría decir. Cómo podría ayudarle.

—Bueno —digo, flojito—. Aquí estamos.

Le titila la cara de dolor.

—Aquí estamos.

Capítulo 40

Hunter

No tengo ni idea de qué está pasando cuando entro apresurado a los vestidores. Los chicos ya van todos equipados. Soy el único que está a medio vestir y no me importa una mierda ahora mismo. Tengo al padre de Demi pegado a los talones, y sobresalta a todos mis compañeros con su aparición.

Al entrenador se le disparan las cejas.

—¿Quién es este? —inquire.

—Es el padre de Demi —explico—. El doctor Marcus Davis.

—Guau —se le escapa a Bucky, que mira boquiabierto al recién llegado—. ¡Sí que ha llegado rápido! La noticia acaba de salir.

—¿Qué está pasando exactamente? —inquire el Dr. Davis, que ignora a todo el mundo salvo al otro adulto que hay en la sala.

Jensen le extiende la mano.

—Chad Jensen, y me temo que no le puedo responder eso. Lo único que tenemos es una foto borrosa en un móvil.

—Es Demi —digo a través de los dientes apretados.

El Dr. Davis asiente, sonrío.

—Es mi hija. ¿Dónde es ese sitio exactamente? ¿La residencia Bristol?

—Es una residencia que hay en el ala oeste del campus —resuelve Matt—. Son diez minutos a pie, dos minutos en coche.

El Dr. Davis ya vuelve a estar en la puerta.

—Davenport —ladra—. Necesito que me enseñes dónde es.

Se me quedan los pies pegados al suelo. Porque... el equipo está a punto de salir a la pista de hielo. Este partido determina quién llega a la final de la liga, y de allí se pasa al torneo nacional. La Frozen Four.

Pero no puedo jugar a *hockey* ahora mismo. Mi novia está en una azotea en pleno febrero, intentando convencer a un suicida a punto de saltar para que baje. He echado un vistazo a varios tuits de la transmisión que me ha enseñado Matt, y no parece que sean dos personas que simplemente están pasando el rato ahí arriba. Está claro que TJ amenaza con saltar.

Me paso las manos por el pelo. Me tiemblan los dedos de forma salvaje. Llevo puestas las protecciones inferiores, los pantalones de *hockey* y los calcetines. Pero por arriba llevo una camiseta sin mangas. Mis protecciones de los hombros y de los codos sobresalen desordenadas de mi taquilla. Mi protector de pecho está en el banquillo.

Trago saliva con dificultad y barro la sala con la mirada. Estoy a punto de romper todas las normas de la guía del capitán.

Quería ser un buen capitán. Quería poner al equipo por delante, apoyar a mis chicos, ser paciente con ellos, seguir todas las normas que he recopilado desde que empezó la temporada. Me prometí a mí mismo que no dejaría que las chicas interfiriesen en el *hockey*, y ahora estoy a punto de tirar la guía del capitán por la borda... por una chica.

Pero de verdad que no tengo otra opción. Chicos como Garrett, Dean o Logan... creo que lo entenderían. Creo que nunca pusieron el deporte por delante de sus chicas. Así que si mi equipo me odia, que así sea. Lo único que sé es que, si Demi está en peligro, ella va por delante.

—Chicos. —Tengo la voz ronca—. Lo siento. No puedo jugar esta noche.

Nadie dice una sola palabra.

La culpa se arremolina en mi interior y me forma un nudo apretado al fondo del estómago.

—Creedme —continúo, desesperado—. No quiero perderme este partido, pero es que si saliera ahí fuera a jugar ahora mismo, solo sería una molestia para el equipo. No tengo la cabeza aquí, está con Demi. No voy a ser capaz de concentrarme hasta que sepa que está a salvo y...

—Acaba de subirse a la cornisa —suelta Matt, con los ojos pegados a la pantalla del móvil.

El Dr. Davis se queda congelado en el marco de la puerta. Estoy seguro de que el puro terror que veo en sus ojos refleja también el mío.

—¿Que ha hecho el qué? —inquiero—. ¿Qué está pasando ahora?

—No lo sé. Este tuit solo dice que ahora hay dos personas en la cornisa. No da más detalles.

El corazón me va tan rápido que creo que me voy a desmayar. Tomo una bocanada de aire irregular, y vuelvo a pasarme la mano por el pelo. Me lo quiero arrancar.

—Lo siento —le digo a mi equipo—. Tengo que irme.

—Tío, ¿por qué cojones lo sientes? —pregunta Matt.

—¿Y por qué mierdas sigues todavía aquí? —dice Conor alargando las palabras. Su tono de voz lento se contradice con el destello de seriedad que hay en sus ojos.

Miro al entrenador con cautela, que me ofrece un breve asentimiento de cabeza. Entonces pillo las bambas que tengo en el suelo y salgo corriendo de los vestuarios.

* * *

—Aquí es —anuncio al cabo de cinco minutos, con la preocupación y la impaciencia disputándose en mi interior—. La entrada al parking está ahí mismo a la derecha.

Pero cuando intentamos girar al aparcamiento, nos encontramos con que la policía de Hastings ha cortado el acceso. Al otro lado del parking veo una ambulancia y tres coches de policía, además de dos coches de seguridad del campus.

Suelto un taco de la frustración.

—Para aquí mismo a un lado de la carretera. Si se llevan tu coche, te doy el mío, ¿vale?

Está igual de impaciente que yo cuando salimos de su BMW. El frío de invierno me da una

bofetada en la cara, igual que cuando hemos salido corriendo del estadio. El aire es gélido. Pero no es la temperatura lo que hace que me duelan los huesos. Es el miedo. El puro terror que me paraliza.

Cuando subo la mirada hacia la azotea de la residencia Bristol, se me escapa un siseo de horror.

—Joder.

—Dios mío —dice el Dr. Davis al mismo tiempo. Suelta un gemido torturado, y cuando le miro se está cubriendo los ojos con la mano, como si no pudiera soportar volver a mirar. Entonces deja caer el brazo sin energía y asiente, determinado—. Vamos.

Nos apresuramos a movernos, pero la policía ha acordonado la escena. La escena. Dios, ya estoy viendo esto como la escena de un crimen. O más bien, un accidente potencialmente devastador.

Vuelvo a subir la cabeza, y se me cierra la garganta hasta el punto de asfixiarme. Aunque el pelo de Demi se mueve con el viento, ella está quieta como una estatua. Lleva un jersey rojo y mallas negras, y se la ve muy pequeña y vulnerable ahí arriba. Ojalá oír su voz o verle los ojos.

A su lado, TJ lleva una camiseta y pantalones de chándal, y tiene los brazos flacos plantados con firmeza a cada lado.

Están hablando. No sé qué están diciendo. No me importa lo que están diciendo. Quiero subir ahí arriba y sacar a ese capullo de la cornisa. Y entonces tirarlo yo mismo por poner en peligro la vida de Demi.

Me obligo a coger aire. Entonces me doy cuenta de que el padre de Demi está a punto de saltar la barrera, a pesar de las protestas del joven agente que le está intentando detener.

—¡No puede pasar de este punto, señor!

Mi mirada vuela hacia la cara del poli. Conozco a este chico. ¿Cómo se llamaba? ¿Alberts? ¡Albertson!

—Es su hija —le explico, y me pongo entre los dos. A Albertson se le ensanchan los ojos cuando me reconoce—. Y es mi novia. La conoce, Albertson. Es la que estuvo en el calabozo conmigo.

El Dr. Davis se gira para fulminarme con la mirada.

—¿Qué calabozo?

Esquivo la pregunta.

—Por favor, Albertson. —De alguna manera, mi voz suena serena.

El hombre uniformado echa un vistazo discreto por detrás del hombro, y entonces hace un levísimo asentimiento de cabeza y nos deja pasar corriendo por su lado.

Derrapamos a unos veinte metros de la entrada de la residencia. Al lado de la puerta frontal hay varios agentes involucrados en una conversación intensa con un hombre en traje. Me doy cuenta de que es el decano. Hay otros miembros de la facultad presentes, además de un pequeño grupo de observadores a los que los policías intentan acorralar en la misma zona.

El Dr. Davis me coge por el brazo de repente. Hago una mueca de dolor, porque su agarre de acero me va a dejar marca seguro.

—¿Sabes cómo subir ahí arriba? —inquire.

Titubeo. Porque sí que lo sé. No es un secreto donde tienes que ir si te quieres fumar unos porros en la azotea es a la resi de Bristol. Pero la mirada salvaje de sus ojos me dice que no es

una idea muy sabia estar cerca de Demi ahora mismo. Joder, si es que apenas soy capaz de estar tranquilo yo, y es mi novia. No puedo ni imaginarme cómo me sentiría si quien estuviera ahí arriba fuera mi hija.

El miedo y la desesperación forman un cóctel letal en mi corriente sanguínea. No paran de temblarme las manos. Apenas puedo estar derecho sin tropezarme, y tengo los brazos descubiertos con la piel de gallina.

—Creo que ni aunque lo supiera conseguiríamos que los policías nos dejasen entrar en el edificio. Creo que nos tendremos que quedar aquí fuera.

La ira le arde en los ojos oscuros.

—¿Y pretendes afirmar que te importa una mierda mi hija?

—Claro que me importa —exhalo débilmente—. Dr. Davis. Marcus. Mírela. Mírelos.

Su ira se disuelve en agonía cuando tira la cabeza hacia atrás. Su cuero cabelludo brilla bajo la luz de la farola que hay al pie del camino.

—Confíe en ella —le insto.

Parpadea.

—¿Qué?

—Solo confíe en ella. Sé que quiere subir ahí arriba y llegar furioso a la azotea, pero lo único que hará será asustar a TJ. Créame, si yo estuviera en esa cornisa y llegara usted... —Sacudo la cabeza para advertirle—. Solo empeoraría las cosas, se lo prometo. Sé lo mucho que quiere a su hija. Quiero decir, ha venido en coche desde Boston para ordenarme que me aleje de ella. Lo que todavía no entiendo, por cierto, porque no he hecho otra cosa que quererla con todo mi corazón. Y como la quiero, tengo fe en ella.

Traga saliva de manera visible. Su nuez sube y baja como si tuviera un ente separado en la garganta.

—Es muy lista —le digo—. Y sabe lo que está haciendo. Nos hemos pasado todo el semestre trabajando en un proyecto que requería que simulara que era mi terapeuta. Si hay alguien que puede convencer a TJ, es ella. Confíe en ella.

Parece que se le drena toda necesidad de lucha. Se le hundén los hombros enormes.

Después de dudarle un segundo, le alcanzo el brazo para darle un toque reconfortante.

Primero achica los ojos, pero luego se le suaviza la expresión.

—Sí que la quieres —dice con brusquedad.

—Sí.

Volvemos a dirigir la atención hacia Demi. El tiempo deja de existir. Está congelado como el aire. Congelado como el suelo bajo mis pies. Congelado como el miedo que hay en mi corazón. Pasan los minutos, o puede que sean horas. Días. No lo sé.

Lo que sí sé es que me cuesta respirar hasta que, por fin, Demi coge a TJ de la mano y lo ayuda a bajar de la cornisa con cuidado.

Capítulo 41

Demi

Estoy en *shock*. Mi cuerpo entero está frío como el hielo y tiemblo como una hoja en un vendaval. Mis ojos parpadean y enfocan, pero no veo nada. Mis orejas funcionan pero no registro ningún sonido. Cuando salgo por la puerta frontal de la residencia Bristol y veo a Hunter y a mi padre de pie a un lado, asumo que no son reales. Son producto de mi imaginación, de mi estado de *shock*. Así que sigo andando con el brazo alrededor de TJ.

—Demi.

Me detengo. Porque eso ha sonado de verdad. Ha sonado a mi padre.

Pero ahora se nos acercan los policías, y me apartan de mi padre. TJ parece igual de en *shock* que yo, y el pánico nada en sus ojos cuando uno de los agentes intenta conducirlo hacia la ambulancia.

—No necesito ir al hospital —protesta—. Demi.

—Sí, lo necesitas —digo, flojito, y le doy un estrujón fuerte—. Tienes que hablar con alguien de lo que ha pasado esta noche.

—He hablado contigo.

Es cierto, pero yo he hecho todo lo que he podido. El hecho de que contemplara seriamente el suicidio y haya pasado a la acción para intentar llevarlo a cabo está por encima de mis capacidades. Además, no tiene otra opción que ir al hospital. Seguramente lo ingresarán en el ala de psiquiatría y lo tendrán en observación durante setenta y dos horas para asegurarse de que no se hiere a sí mismo ni a los demás.

—Iré a visitarte en cuanto pueda —le aseguro—. Te lo prometo.

Con eso me llevo un leve asentimiento. Está completamente aturdido cuando sigue al policía hacia la ambulancia que les espera.

Me giro, y lo próximo que sé es que los brazos de mi padre me envuelven por completo. Ya tenía problemas para respirar. Ahora me estoy ahogando.

—Papá, por favor —jadeo desesperada—. No puedo respirar.

Con mucha reticencia, me suelta y me pone de pie. Parpadeo y me vuelven a abrazar, no de forma tan violenta como antes, pero con la misma cantidad de emoción.

—No tienes ni idea de lo preocupados que estábamos —dice Hunter con voz ronca.

Mi padre emite un sonido gutural y asiente, en absoluto acuerdo.

—No lo entiendo —digo lentamente—. ¿Por qué estás aquí?

—Alguien os ha sacado una foto en la azotea y hay gente tuiteando sobre ello —explica Hunter.

—No, tú no. —Miro a mi padre—. ¿Por qué estás tú aquí? ¿Por qué no estás en Boston?

—He venido a... —Se detiene por un instante, y Hunter termina su frase hábilmente.

—A verte.

Mi padre sonrío con ironía.

—No, chaval, no necesito que me cubras las espaldas. —Se encoge de hombros—. He venido a decirle que deje de verse contigo.

—Papá. —Se me desencaja la mandíbula.

—Lo sé, cielo. Lo siento. Es que... —Se pasa una mano por la calva—. Eres mi niña pequeña. Te acababan de romper el corazón y no quería que volviera a ocurrir. Nico te ha hecho daño, y entonces vi a quién habías elegido justo después. —Señala a Hunter con la cabeza—. ¿Un chaval rico, un deportista de éxito? En mi experiencia, esas dos cualidades indican donjuán. Parecía la receta perfecta para otro corazón roto —gruñe, protector—, y no iba a dejar que pasara eso.

—Estoy seguro de que tenías las mejores intenciones, pero Hunter no es un donjuán. Y como te he dicho antes, ahora estamos juntos, y vas a tener que lidiar con ello. Puedes ponérselo difícil a todo el mundo, o puedes aceptar que es mi nuevo novio. Y sí, es un jugador de *hockey* rico, pero... ¡Joder! —exclamo, de repente.

—Demi, esa boca.

Mi mirada alterada se dirige hacia Hunter, y por primera vez en los cinco minutos me doy cuenta de que lleva puesta la parte inferior de su uniforme de *hockey*.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Qué hora es? —Me revuelvo para sacarme el móvil del bolsillo—. ¡Son las ocho y media! ¡Tu partido empezaba a las ocho!

—Ya, lo sé.

Se encoge de hombros sin darle importancia, lo que me desata otra avalancha de pánico.

—Entonces, ¿por qué no estás jugando? ¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Esa boca.

—Papá, ¡por el amor de Dios!

Hunter frunce los labios cuando me busca la mano con la suya.

—Cariño. ¿En serio te crees que me pondría el uniforme y jugaría a *hockey* mientras tú estás en una cornisa a cincuenta metros del suelo...?

—Quince metros...

—¿... a mil metros del suelo, con un chico que amenaza con saltar? Uno, eso habla muchísimo de la mala opinión que tienes de mí. Y dos... bueno, no tengo un dos, ¿vale? La razón número uno ya es lo suficientemente mala. Joder, Demi.

—Esa boca —le reprende mi padre.

A Hunter se le escapa una sonrisa avergonzada.

—Perdone, señor.

—Tienes que llegar a la pista —le ordeno—. Tenemos que llevarle a la pista. —Y de repente

me pongo a caminar deprisa—. ¿Dónde tienes el coche, papá?

Marca el camino hasta su BMW plateado, y me alucina descubrir que el motor todavía está encendido, tanto la puerta del conductor como la del copiloto están abiertas, y el parachoques trasero del coche sobresale a la carretera. Guau. Deben de haber estado muy ocupados.

Mi padre se coloca al volante, con Hunter a su lado, y yo en medio del asiento trasero.

—No me puedo creer que no estés sobre la pista de hielo ahora mismo —digo, consternada.

—Significas más para mí que el *hockey* —dice, simplemente, y que me maten si eso no hace que se me ensanche el corazón—. Métetelo en esa terca cabecita.

Me inclino hacia él y le alcanzo la mano. Me la aprieta fuerte, y sé que nota lo congelados que tengo los dedos.

—No tienes ni idea de lo asustado que estaba —dice, con la voz áspera.

—No tan asustado como yo —admito.

Mi padre me mira, severo.

—¿Estás segura de que no quieres ir al hospital a que te hagan una revisión?

—Estoy bien. Solo estoy en *shock*. —Me muerdo fuerte el labio inferior—. Tenía mucho miedo de que lo hiciera de verdad. No tenéis ni idea.

Las instalaciones de *hockey* de Briar aparecen a la vista. Mi padre pasa de largo el aparcamiento y se detiene justo en la puerta. Para mi consternación, Hunter no sale disparado por la puerta del coche.

En lugar de eso, se gira para mirarme a los ojos.

—Sabía que serías capaz de ayudarlo.

—¿Ayudarlo? —La angustia me obstruye la garganta—. Ni siquiera me di cuenta de que necesitaba ayuda, Hunter. ¿Cómo se me escaparon todas las señales? ¿Qué tipo de psicóloga voy a ser si ni siquiera soy capaz de ver las señales de alerta en mis propios amigos?

—Una psicóloga brillante —responde mi padre, con tono serio—. Los seres humanos no son infalibles, cielo. A veces cometemos errores. A veces fracasamos. He perdido a más pacientes en la mesa de operaciones de los que puede soportar mi conciencia, pero ¿tú? Tú no has perdido a tu amigo esta noche. Lo has salvado. —Mi padre hace un gesto hacia Hunter—. Y él tiene razón: él sabía que lo conseguirías. Yo estaba a segundos de trepar por ese edificio como Spider-Man para rescatarte, pero tu novio me ha convencido de que tenía que tener fe.

—¿Fe en qué?

—En ti —responde Hunter, e intercambia una sonrisa incómoda con mi padre.

Me conmueve verlo.

—Dice mamá que quiere llevarnos a comer a Hunter y a mí la próxima vez que estemos en la ciudad —digo después de un momento de duda—. ¿A lo mejor podrías venir con nosotros y repetimos el *brunch* desde el principio?

Mi padre asiente.

—Allí estaré.

—Gracias. —Me giro hacia Hunter—. Y gracias por venir a salvarme. Dicho esto, sal de este coche, monje. Ahora. Si te das prisa, puede que te dé tiempo a estar listo para jugar en la segunda parte. —Vuelvo a hundir los dientes en el labio—. ¿Te sentaría muy mal si no fuera a ver el partido? Necesito algo de tiempo para procesar lo que ha pasado esta noche. Como... descomprimirme, ¿sabes? Y quiero llamar a mi madre.

Hunter me coge por la mejilla con suavidad.

—Está bien, no te preocupes. ¿A lo mejor tu padre y tú podéis ir a por un café para que entres en calor? Tienes las manos congeladas. —Mira a mi padre, expectante.

Mi padre responde con un asentimiento firme.

—Me ocuparé de ella. Ve a jugar ese partido, chaval.

—Te vendré a buscar después —le prometo a Hunter.

Se inclina para plantarme un decoroso beso en los labios, y sale del coche de un salto. Se me llenan los ojos de lágrimas mientras veo cómo corre hacia la entrada del estadio.

—Está bien —dice mi padre con voz ronca—. Estoy seguro de que su ausencia no ha perjudicado demasiado a su equi...

—No estoy llorando por eso —le interrumpo entre sorbos—. Ni siquiera sé por qué estoy llorando. Las lágrimas han empezado a derramarse sin motivo.

—No sin motivo. Se te está pasando el estado de *shock*, y ahora te está empezando a llegar a la mente la gravedad de lo que ha pasado esta noche. —La sonrisa de mi padre está teñida de tristeza—. Ven aquí delante, cielo, y vamos a algún sitio a hablar. ¿Vale?

Me froto las mejillas mojadas de lágrimas, asiento y alcanzo la manilla de la puerta.

—Gracias por estar aquí, papi.

—Siempre.

Capítulo 42

Demi

Me siento como si hubiera corrido dos maratones y hubiera ido a la guerra, todo en la misma noche, para cuando Hunter y yo entramos por su puerta delantera.

Su equipo ha ganado el partido, así que todo el mundo ha salido a celebrarlo esta noche. Pero hemos decidido escaquearnos de la fiesta junto con Summer y Fitz. Y Brenna, que ha dicho que prefiere hacer una llamada de Skype con su novio antes que «lidiar con un grupo de tíos borrachos cachondos babeándole encima».

La casa está totalmente a oscuras y en silencio cuando entramos el grupo entero.

—Vale, esto da mucho mal rollo —apunta Brenna.

—No se está del todo cómodo cuando no están aquí —coincide Summer.

—¿Quién? —pregunto. ¿Hollis y Rupi?

—Sí. —Summer ondea una mano hacia el pasillo lleno de sombras—. Escuchadlo.

Arrugo la nariz.

—¿El qué?

—¡Exacto!

Cuando entramos en el salón, las primeras notas inquietantes, aunque flojitas, de una canción familiar salen del móvil de Brenna. Es la canción «Sound of Silence», de Simon and Garfunkel. Me echo a reír cuando lo levanta, solemne, para que la oigamos todos.

Pero tiene algo de razón. Es la vez que más en silencio me he encontrado esta casa.

—¿Dónde han ido, por cierto? —pregunto.

—Ni idea —responde Hunter—. Hollis dijo que era sorpresa.

—¿Sorpresa para quién?

—Para Rupi.

—Entonces, ¿por qué no os lo podía contar a los demás? —contraargumento.

—Porque era una sorpresa.

Suelto un suspiro.

—No entiendo a ese chico.

—Nadie lo entiende —dice Brenna con sinceridad—. No hace falta que desgastes las

neuronas intentándolo.

—En fin, nos vais a perdonar —anuncia Hunter—. Semi y yo nos vamos a la cama. Ha pasado una noche difícil.

—Me sabe fatal que hayas tenido que pasar por esto —dice Summer, compasiva. No somos muy íntimas, pero me sorprende con un abrazo tan fuerte que me deja sin aire en los pulmones.

—Gracias. Ha sido horrible, no voy a mentir.

—Espero que tu amigo se mejore —dice Fitz con voz ronca.

—Yo también. —Me pregunto qué deducirán los psicólogos del hospital del estado mental de TJ. Creo que sufre de depresión, y está claro que tiene la autoestima a unos niveles peligrosamente bajos. Espero que quien hable con él le ofrezca la ayuda y el consejo que necesita.

Estoy segura de que la universidad y la policía ya han contactado con su familia, y pienso ir a verlo en cuanto se le permita tener visitas. TJ siempre ha estado ahí cuando he necesitado hablar con alguien, cuando he necesitado a alguien que me escuchara, y pienso estar igual de disponible para él.

Pero esta noche no quiero revivir lo ocurrido en esa azotea. Mi padre y yo lo hemos hablado largo y tendido con una taza de café en mi cocina, y el orgullo que le brillaba en los ojos cuando le he descrito cómo he hablado con TJ hasta que ha bajado de la cornisa, me ha encogido el corazón de la emoción. Espero que en algún momento acepte mi decisión de renunciar a la facultad de medicina. A lo mejor algún día también estará orgulloso de ello.

Miro el móvil mientras entramos en la habitación de Hunter. Me esperan un millón de mensajes. De Pippa, de Corinne, de Darius, de Pax, de mi madre, e incluso hay uno de Nico, al que desbloqueé después de Navidad. Dice que ha oído lo de TJ, que se alegra de que estemos los dos bien, y que soy una muy buena amiga. Es un mensaje bonito, y me hago una nota mental para responderle mañana, a él y a todos los demás.

—Felicidades por tu victoria —le digo a Hunter.

—Felicidades por salvarle la vida a alguien.

—Me siento fatal por él —admito—. Siempre ha sido tímido y reservado. Pero nunca pensé que tuviera pensamientos suicidas, Hunter. De verdad que no.

—Ya lo sé, cariño.

—Ojalá hubiera hablado conmigo de ello y hubiera compartido lo que sentía, en lugar de dejar que las cosas se volvieran tan difíciles que ha sentido que su única opción era matarse. —Me trago el bulto de pena que tengo en la garganta—. Es que... sabes qué, no puedo hablar más del tema esta noche. Distráeme. Por favor.

—Claro. —Alza una ceja—. ¿Quieres que te cuente sobre la llamada que he recibido hoy, del agente de Garrett?

Me invade el pánico.

—¡Virgen santa! ¡No!

—¿Cómo que no?

—Garrett dice que tienes prohibido tener agente. Va en contra de las normas de la NCAA...

—No te preocupes, todo está bien —me interrumpe Hunter con una sonrisa—. Solo ha llamado para saludar. Un saludo muy no oficial. Y, bueno, tal vez también haya habido una expresión de interés no oficial por ambas partes.

—¿Ambas? ¿Estás interesado? —Intento muy fuerte que no se me escape una sonrisa de satisfacción. Sabía que llamar a Garrett sería el empujón que Hunter necesitaba.

Asiente.

—Quiero decir, ni siquiera sabemos si algún equipo me querrá después de que me gradúe...

—Claro que sí.

—... pero si alguno quiere, y es un buen contrato... —Deja la frase sin terminar.

—¿Lo firmarás? —La completo, veloz.

—Lo firmaré. Pero... —Me envuelve la cintura con el brazo y me acerca más a él—. Eso significa que tendrás que mandar solicitudes para hacer el máster en la ciudad donde me cojan. O... —Se lo piensa—. Supongo que podríamos ver dónde te cogen a ti y entonces le pido al agente de G que me meta en ese equipo.

—Ya encontraremos una solución. —Me encanta que ya estemos haciendo planes para el futuro. Y, ¿por qué no? Estoy entusiasmada por ello. No hay nada que me apetezca más que trabajar en mi máster y abrir una consulta mientras el hombre al que quiero juega...

—Oh, mierda —se me escapa—. ¡Me olvidé de decirte que te quiero!

La mirada sobresaltada de Hunter choca con la mía. Entonces se empieza a reír.

—Perdona, ¿qué?

—Me olvidé de decirte que te quiero. Quería decirlo la noche que lo dijiste tú, pero...

—No estabas preparada. Lo entiendo. —Su voz suena ronca.

—No era el momento adecuado, dadas las circunstancias. Pero sí, te quiero. —Noto cómo se me enrojecen las mejillas. Nunca pensé que me enamoraría del Sr. *Hockey*, con sus sonrisas de suficiencia con hoyuelos y su raro sentido del humor. Pero la vida está llena de sorpresas raras—. Te quiero, Hunter Davenport.

—Te quiero, Demi Davis. —Se inclina para besarme. Mientras tanto, sus palmas cálidas se deslizan por debajo de mi camiseta para acariciarme la espalda, y chilla horrorizado—. Joder, estás como un cubito de hielo, cariño. Ven aquí.

Sonríe cuando empieza a desvestirme de manera experta.

—Si estás intentando hacerme entrar en calor, deberías ponerme más ropa encima.

—No, debería ponerme a mí encima de ti. —Bambolea las cejas de forma juguetona y me da empujoncitos hacia su cama. Entonces levanta la esquina de la manta y nos metemos debajo, donde enredamos nuestros cuerpos desnudos.

Me mete una mano entre las piernas, y tantea con caricias suaves

—¿Cómo estás ya tan mojadísima?

—Es lo que pasa cuando estás cerca —mascullo, y encuentro su pene con los dedos. Grande, grueso, muy caliente.

Pero me priva del disfrute, porque me aparta la mano con un grito escandaloso.

—¡Hostia puta, Demi! No vuelvas a tocarme la polla nunca jamás.

Suelto un aullido de la risa.

—¿Tengo las manos demasiado frías?

—Demasiado frías es quedarse corto. Nop. Nop, nop, nop, nop. Te prohíbo tocarme esta noche. —Hunter me tumba sobre la espalda, me inmoviliza ambas muñecas con la mano izquierda, y me coloca los brazos por encima de la cabeza de un tirón—. No te muevas —

advierete.

—¿O qué?

—O no te follo.

Hago pucheros.

—Eres cruel.

—No, lo que es cruel es el crimen de guerra que acabas de acometer contra mi pene.

Una tormenta de risas me sacude el cuerpo. Me encanta este chico. Nos lo pasamos muy bien juntos, sin importar las circunstancias. Podemos estar estudiando, encerrados en un calabozo o tumbados desnudos en la cama, que siempre consigue desternillarme de la risa.

Ajusta el agarre de mis muñecas.

—Te advierto...

—Oh, vale. Pues venga, haz lo tuyo.

Con una sonrisa, inclina la cabeza para besarme, y dejo que me seduzca con la boca, con la lengua, con sus yemas llenas de callos. Termina por soltarme, pero mantengo las manos sobre la cabeza y dejo que me haga lo que quiera. Su boca está caliente, mojada, cuando se cierra alrededor de mi pezón. Succiona con cuidado, arremolina la lengua alrededor de mi punta deseosa, y se me mueven las caderas sin cesar, buscando aliviarse.

Hunter mete la mano entre nosotros, y me roza el clítoris con los nudillos antes de deslizar un largo dedo dentro de mí.

—Oh, joder —gime. Su boca caliente sigue enganchada a mi pecho cuando empieza a meterme los dedos—. Madre del amor hermoso, nena, necesito estar dentro de ti. —Se restriega con descaro contra mi pierna desnuda, y su pene me deja rastros de fluido preseminal en la piel.

Rujo con impaciencia cuando sale de la cama para coger un condón.

—¡Lo tendrías que haber hecho antes! —le regaño.

Responde alegre.

—Por favor, no me des lecciones cuando estoy a punto de darte un orgasmo.

—¿Quién dice que me vas a dar un orgasmo?

Se coge la erección y la menea hacia mí.

—Este chico.

Me vuelvo a estremecer de la risa, pero se transforma en un gemido gutural cuando Hunter trepa encima de mí y entra en mi sexo con un solo movimiento fluido. Me llena por completo, mi cuerpo se amolda para acomodarlo, y le acaricio los músculos fibrosos de la espalda mientras se mueve con dulzura y lentamente.

—Te quiero tantísimo —susurro.

—Yo también te quiero. —Retira las caderas, y luego se flexiona hacia delante con un profundo movimiento que me hace ver las estrellas.

El placer me forma un nudo estrecho en el núcleo, y luego se deshace poco a poco, hasta que un arroyo de calor me recorre todo el cuerpo. Ya no tengo frío. Estoy ardiendo. El cuerpo de Hunter es una estufa de latón. Su lengua está caliente y ansiosa. Su miembro me provoca unas sensaciones increíbles por dentro que avivan mi excitación.

Cuando el orgasmo surge, libero la voz y me aferro a él. Se traga mis gemidos con besos desesperados, ávidos, hasta que gruñe con voz ronca cuando se rinde a su propio placer.

—No me voy a cansar nunca de esto —cra. Nos da la vuelta para tumbarme sobre su pecho cálido.

—Qué bien que no te tengas que cansar —lo chincho, todavía con escalofríos por los temblores del clímax.

Sus brazos fuertes me rodean con seguridad.

—Oh, ¿en serio? Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Que vamos a estar juntos para siempre?

Con una sonrisa, le observo esa cara bonita. Entonces le acaricio los labios con un beso suave.

—Es exactamente lo que estoy diciendo.

Epílogo

Demi

Son las once de la noche de un domingo y estamos en el sofá de Hunter viendo mi serie favorita. El capítulo de hoy: *Magos que matan*. Summer se ha dormido enseguida al otro lado del sofá. Brenna está hecha una bolita en uno de los sillones, y observa la pantalla fascinada mientras Fitz ocupa el otro sillón, todavía sin entrar del todo en el episodio. Solo llevamos diez minutos y ya ha dicho «Esto da un mal rollo que flipas» unas cinco veces.

—Os lo juro, si la cabeza amputada de la chica aparece en el sombrero del mago, me levanto y me voy —advierte Fitz.

Hunter se inclina cuando le vibra el móvil sobre la mesita del café.

—Ey, es Hollis.

—Contéstale —ordena Brenna—. Averigua cuándo vuelven a casa.

—Pero es una videollamada —se queja Hunter.

—¿Y? Qué pasa, ¿te tienes que retocar el maquillaje? —se burla ella.

Suelto una risita.

—Da igual. —Presiona el botón, y al cabo de un segundo una explosión de ruido invade el salón.

—¡Ahhh! ¡Chicos!

Summer se sienta de un brinco, completamente despierta en un segundo.

—¿Qué mierdas...? ¿Qué pasa? —inquieta mientras se frota los ojos, alarmada.

—¡Chicos! ¡¿Nos oís?! —es Rupi, estridente y preocupada—. ¡Mike! ¡No sé si nos oyen!

—¡Sí que nos oyen, cariño!

—¡Os oímos! —dice Hunter, exasperado—. ¿Qué cojones? ¿Dónde estáis? ¿Por qué hay tanta luz?

Echo un vistazo al móvil, pero yo tampoco consigo descifrar dónde están. Es luz de día, eso seguro. ¿En qué huso horario están?

Brenna se levanta y se coloca en el brazo del sofá para ver mejor, mientras que Summer mira por encima de mi hombro. Fitz no se levanta de su asiento, pero se nota que su interés está centrado en la conversación.

—Estamos en Nepal —desvela Hollis.

Nos quedamos todos de piedra.

—¿Qué quieres decir con que estáis en Nepal? —inquire Brenna.

—Quiero decir que estamos en Nepal. Tío, ¡nos alojamos en el sitio más guay del mundo! Está como encima de una montaña, y hay un monasterio budista aquí mismo, y, oh, ¡Davenport! Aquí hay monjes de verdad, ¡y estos pavos no tienen nada de sexo! Muchos de ellos han jurado el voto de silencio, así que no puedo conseguir demasiados detalles para ti, pero...

—Hollis —le interrumpe Summer—. ¿Por qué estáis en Nepal?

Rupi reaparece en el encuadre, con esos dientes blancos perfectos resplandeciendo bajo la luz del sol de las montañas nepalíes, o donde quiera que estén.

—¡Estamos en nuestra luna de miel! —chilla.

Summer se queda sin aliento. El resto miramos el móvil, boquiabiertos.

—¿Es broma? —pregunta Brenna, y se le estrechan los ojos oscuros.

—¡No! —responde Hollis. Su rostro y el de Rupi ocupan la pantalla entera, y no puedo negar que nunca he visto a dos personas con tanta felicidad en la cara—. ¡Nos hemos casado el viernes! Lo siento, chicos, sé que os habría gustado venir. Y Fitz, lo sé, lo sé, siempre has soñado con ser mi padrino...

—Siempre —dice Fitz, sin emoción.

—Lo siento, tío, ya te lo compensaré. Este verano vamos a organizar una boda de verdad. Va a ser en la India, y estáis todos invitados.

—¿Qué está pasando? —pregunta Summer visiblemente desconcertada.

—¿En serio os habéis casado? —pregunta Hunter, incrédulo.

—Sí, en un juzgado de Boston. Nuestro testigo fue un tío que quería que le quitaran una multa de tráfico.

Me reprimo una carcajada.

—Y ahora estáis en vuestra luna de miel en Nepal —dice Brenna, pronunciando cada palabra poco a poco y repleta de perplejidad—. Pero vais a organizar una boda oficial este verano. En la India.

—¡Sí! —dice Rupi, orgullosa—. ¿No es maravilloso?

Nadie responde.

El breve silencio le arranca un chillido de la garganta.

—¿Ninguno de vosotros nos piensa felicitar? —inquire, con los ojos en llamas.

Eso nos devuelve a la acción, y enseguida estamos todos balbuceando felicitaciones.

—¡Estamos muy contentos por vosotros! ¡De verdad! —les asegura Summer, y no hay nada deshonesto cuando lo dice—. Solo estamos anonadados. No nos esperábamos que os fuerais a fugar.

—Por eso se fuga la gente, ¡porque nadie se lo espera! —píe Rupi, contenta.

—¿Y hasta cuándo estaréis en Nepal? —dice Fitz en dirección al móvil—. ¿Cuándo volvéis a casa?

—Volveremos en un año —dice Hollis.

—¿Un año? —repite Summer, asombrada—. Pero...

—¿Qué hay de tu trabajo? —le pregunta Hunter a Hollis.

—Rupi, ¿y la universidad? —añado.

—He dimitido —contesta Hollis.

—La he dejado —responde Rupi.

Los miro boquiabierta.

—Ni siquiera había elegido especialización —dice Rupi, y mueve la mano con indiferencia—. No me importa la universidad.

—Y a mí no me importa mi trabajo —se suma Hollis—. Davenport dijo que deberíamos viajar, así que eso estamos haciendo.

Le echo una mirada intensa a Hunter, como diciendo, «¿Qué cojones?».

—Le aconsejé que se llevara a Rupi de escapada de fin de semana o que hicieran un viaje de verano —replica Hunter—. ¡No que se fugaran a la India!

—Nepal —le corrige Hollis—. Dios, presta atención, tío.

—Bueno. —Summer se aclara la garganta—. Estamos todos entusiasmados por vosotros. No me puedo creer que estéis casados.

Yo tampoco, pero Rupi y Hollis parecen estar en el séptimo cielo, y ¿quién soy yo para juzgarlos?

—Vale, chicos, aquí son como las ocho de la mañana y tenemos un gran día planeado —anuncia Rupi con su voz estridente y mandona.

—Os llamaremos de nuevo en unos días —nos asegura Hollis—. O en un mes. Cuando sea. ¡Os queremos chicos! ¡Volvemos en un año!

Se corta la llamada.

Intercambiamos miradas de desconcierto.

—Ha dejado la universidad —dice Brenna, impresionada.

—Se han casado —dice Fitz, horrorizado.

—Solo tiene diecinueve años —caigo en la cuenta.

—Sí, pero en defensa de Rupi, ella sabía que se iba a casar con Mike Hollis en el segundo en el que lo conoció —apunta Summer.

—Cierto —coincide Brenna.

—O se divorcian en una semana, o estarán juntos para siempre —predice Hunter con un suspiro—. Con estos dos no hay punto intermedio.

Summer se coloca el pelo dorado por detrás de las orejas.

—Me alegro por ellos, de verdad que sí. Pero santo cielo, ha salido de la nada.

Hunter sacude la cabeza un par de veces, como si intentara sacarse el aturdimiento de encima.

—Bueno, entonces. Eso ha sido... fascinante. —Coge el mando a distancia—. ¿Seguimos viento la serie? Estábamos a punto de descubrir si la cabeza desmembrada termina en el sombrero del mago.

—Yo me subo a jugar al Fortnite —gruñe Fitz.

—Yo me voy a dormir —dice Summer.

Brenna se levanta.

—Yo voy a ver si Jake sigue despierto para contarle las últimas novedades.

—Aguafiestas —los acuso.

Mientras los compis de piso de Hunter se desperdigan y desaparecen, él me acerca más a su cuerpo cálido y musculoso.

—¿Qué me dices, nena? ¿Le damos?

Ladeo la cabeza y le sonrío.

—Yip yip.

Pide ayuda

Si tú o alguien a quien conoces tenéis pensamientos suicidas o estáis considerando autolesionaros, por favor, pide ayuda a un ser querido o contacta con los servicios de apoyo siguientes. Siempre hay alguien dispuesto a escuchar. Vales mucho.

España

Teléfono de la Esperanza

717 00 37 17

<https://telefonodelaesperanza.org>

Internacional

Asociación Internacional para la Prevención
del Suicidio (IASP)

<https://www.iasp.info/>

Nota de la autora

¡Ha sido un placer escribir este libro! La amistad, las charlas y las chispas entre Hunter y Demi me han mantenido alerta durante todo el proceso de escritura, y no puedo estar más contenta con cómo se ha desarrollado su historia. Dicho esto, por favor, tened en cuenta que me he tomado ciertas libertades con el calendario de los semestres de la universidad y de las temporadas de *hockey*; los he extendido por motivos de la trama.

Ya lo he dicho antes y lo volveré a decir, pero este libro (y la vida en general) serían una lata sin el amor y el apoyo de varias personas maravillosas:

Gracias a mi editora Lindsey Faber, ¡qué bien sienta reunimos de nuevo! Y a mi agente Kimberly Brower por asegurarse de que mantenga el control y por actuar como terapeuta relacional ocasional.

A las habilidosas lectoras beta Nikki Sloane («¡chúpale la \$#&!, ¿no?»), K. A. Tucker (campeona de las bodegas y tía buena en general), Robin Covington (¡GRACIAS!) y Sarah J. Maas (fan número 1 de Garrett Graham y —¡por fin!— ¡alguien igual de tontita que yo!)

A Sarina Bowen, simplemente porque la quiero. ¡Es tan duulce!

A Vi Keeland, mi ami-ene-miga, que vive indirectamente a través de mi vida amorosa. De nada.

A Monica James, mi alma gemela australiana. Eres muy genuina y maravillosa, y sé que tu padre estaba muy orgulloso de la mujer que eres. Qué suerte tengo de haberte conocido.

A Nina, mi publicista y mujercita, que me quiere tanto que no se ha divorciado de mí ni al descubrir que nunca he leído Harry Potter.

A Aquila Editing, por revisar este libro. (¡Perdón por todas las erratas!).

A Nicole, salvavidas extraordinaria.

Heyyyyy, Natasha. ¡Suéltalo!

A Damonza.com, ¡por dar vida a Demi con la cubierta maravillosa que ha creado para la edición original!

A todos mis amigos autores que han compartido esta publicación y me han ofrecido su amor y su apoyo: es increíble el apoyo que da esta comunidad. ¡Hay muchos corazones grandes y escritores con un enorme talento!

Y, como siempre, a los blogueros, reseñadores y lectores que continúan haciéndose eco de mis libros. Estoy muy agradecida por vuestro amor y vuestra amabilidad. ¡Sois la razón por la

que sigo escribiendo estas historias locas!

Con amor,
Elle

Sobre la autora



Elle Kennedy es una de las nuevas revelaciones de la novela romántica. Tras graduarse en Estudios Ingleses por la Universidad de York en 2005, decidió orientar su vida profesional a la escritura, y desde entonces ha ido consolidando una gran carrera literaria: una treintena de novelas que recorren la temática amorosa desde distintos géneros.

Es autora *best seller* del *The New York Times*, el diario *USA Today* y el *Wall Street Journal*.



Cántame al oído

Rubiales, Inma
9788418509148
528 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Escribiría todas mis canciones sobre ti. Holland es una de las chicas más populares e inteligentes del instituto y su vida parece perfecta. Alex es un chico tímido y solitario que ama la música, pero renunció a su pasión hace tiempo tras sufrir una trágica pérdida. Cuando ambos coinciden por casualidad en el cuarto del conserje, no saben que sus vidas están a punto de cambiar. Acompañado de un variopinto y divertido grupo de amigos, Alex forma una banda de pop rock en la que cada miembro brilla con luz propia y con la que, junto a Holland, aprenderá que la música y la confianza en uno mismo pueden sanar incluso los corazones más rotos. De la autora de *Un amigo gratis* y *Mi conquista* tiene una lista

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amor prohibido

Kennedy, Elle

9788418509063

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dicen que los polos opuestos se atraen. Qué gran verdad... No hay ningún motivo lógico para que me sienta atraída por Colin Fitzgerald. No me gustan los chicos llenos de tatuajes que juegan al hockey, son unos frikis de los videojuegos que además me consideran la típica chica popular superficial. Para colmo, Colin es el mejor amigo de mi hermano. Y su compañero de piso Hunter está coladito por mí. Por si fuera poco, acabo de mudarme con ellos. Sí, lo habéis leído bien: ¡acabo de mudarme con ellos! No..., por mucho que me guste Colin Fitzgerald, es territorio prohibido. Aunque supongo que da igual, porque es evidente que no le intereso. La nueva novela de Elle Kennedy, autora best seller de Kiss Me y Los Royal "¡Sumamente adictiva! Amor prohibido es una lectura ligera perfecta". Vi Keeland, autora best seller del New York Times "¡Este libro tiene todo lo que me encanta de Elle Kennedy! Una novela muy divertida y llena de

amor." Sarina Bowen, autora best seller del USA Today "Una historia de amor de dos polos opuestos que se atraen repleta de humor y escenas románticas y apasionadas... Cuando digo que Amor prohibido lo tiene todo, ¡lo tiene todo! Una experiencia lectora fantástica." Mary Dubé, autora best seller del USA Today "Amor prohibido es sumamente adictivo. ¡Una lectura obligatoria!" Natasha is a Book Junkie "Kennedy ha escrito una historia de amor increíble llena de amistad, pasión y tensión no resuelta que te hará perder la cabeza." Shayna Renee's Spicy Reads

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Amor inesperado

Kennedy, Elle

9788418509131

392 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Solo sé una cosa con certeza: no puedo enamorarme de Jake Connelly. Reconozco que nunca se me ha dado bien acatar las normas, pero tengo muy claro que no puedo traicionar la confianza de mi padre. Es el entrenador del equipo de hockey sobre hielo de la Universidad Briar, y eso me impide confraternizar con el arrogante y atractivo Jake Connelly, la estrella del equipo de Harvard, nuestro máximo rival. Pero el destino es caprichoso y Jake es el único que puede ayudarme a conseguir unas prácticas como periodista deportiva. ¿Cuál es el plan? Pedirle que se haga pasar por mi novio para que me den el puesto. ¿El inconveniente? Jake quiere salir conmigo de verdad, y ese es el precio que deberé pagar por su ayuda... Cada vez me cuesta más resistirme a los encantos de Jake, pero me niego a enamorarme de mi gran rival: es un riesgo que no estoy dispuesta a correr. La nueva entrega de la autora best seller de Kiss Me y Los

Royal. "¡Elle Kennedy escribe las mejores novelas románticas! Amor inesperado es una de esas historias divertidas y apasionadas sobre jugadores de hockey atractivos que me ha enganchado desde el principio." Penelope Ward, autora best seller del New York Times "Elle Kennedy es la reina de las novelas con protagonistas que se odian, pero que acaban enamorándose. ¡Sin duda, es una de mis favoritas!" Vi Keeland, autora best seller del New York Times "Amor inesperado es la combinación perfecta de humor, amor y pasión. Nadie escribe historias tan increíbles y divertidas como Elle Kennedy. ¡Este libro me ha encantado!" Nikki Sloane, autora best seller del USA Today "Después de Amor prohibido, Amor inesperado es todavía más ardiente." Sarina Bowen, autora best seller del USA Today

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La princesa de espinas

Khanani, Intisar

9788418509049

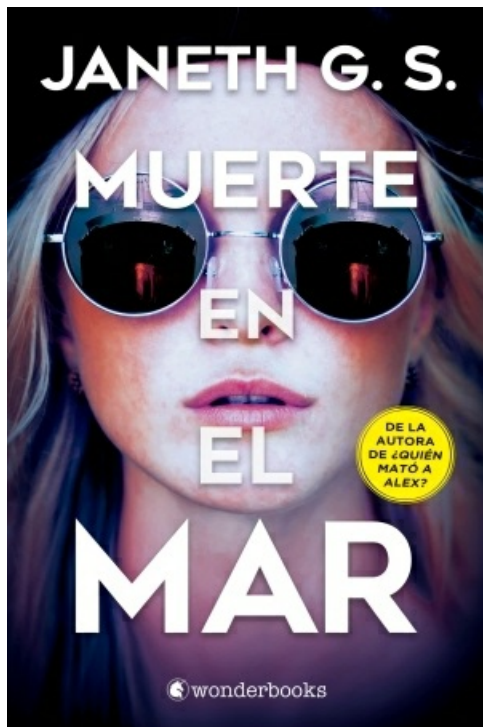
416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una princesa. Dos destinos. Una decisión imposible. La princesa Alyrra, despreciada durante mucho tiempo por su familia, tiene la oportunidad de escapar y comenzar una nueva vida cuando el rey de Menaiya los visita con la intención de desposarla con su hijo, el príncipe Kestrin. Pero, en el camino a su nuevo hogar, una misteriosa y aterradora hechicera intercambia el cuerpo de la princesa con el de Valka, la doncella que la acompaña. Convertida en sirvienta, Alyrra deberá decidir entre aceptar un futuro humilde como criada o defender su derecho al trono y salvar a Kestrin del terrible destino que le espera. Descubre el mágico mundo de Intisar Khanani. "Intisar Khanani ha convertido un cuento de hadas tradicional en una historia moderna y sugestiva." School Library Journal "Un cuento fantástico evocador y hermoso sobre una chica y la familia que elige. ¡Me ha encantado!" Gail Carriger, autora best seller del New York

Times "Un cuento profundo y hermoso que recomendaré durante años." S. A. Chakraborty, autora de City of Brass "Una vívida versión de un cuento clásico llena de amor, justicia y empatía." Emily B. Martin, autora de la serie the Creatures of Light "Deliciosa y vívidamente imaginada, La princesa de espinas toma un cuento popular y lo convierte en algo nuevo: una historia de y para nuestro tiempo, con lecciones que permanecerán con los lectores mucho después de que hayan terminado sus últimas y maravillosas páginas." G. Willow Wilson, autora de The Bird King

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Muerte en el mar

G. S., Janeth

9788418509056

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un misterio. Una chica. Un asesino se esconde entre las olas. Claire Campbell tiene dieciséis años y ha ganado una beca para asistir al prestigioso instituto Westminster de Altamar, una escuela de élite en un barco. Pronto, Claire comienza a ver comportamientos extraños entre la tripulación y, una noche, presencia la muerte de una estudiante. La versión oficial afirma que ha sido un trágico accidente. Sin embargo, algo le dice a Claire que el barco oculta una terrible verdad... ¿Descubrirá Claire el secreto del Westminster? ¿Y sobrevivirá para contarlo? De la autora del best seller ¿Quién mató a Alex? Más de 300 .000 lectores ya han disfrutado de las novelas de Janeth G. S.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

Amor irresistible

Contenido

Página de créditos

Amor irresistible

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Epílogo

Pide ayuda

Nota de la autora

Sobre la autora